



*Siempre
a tu lado*

Proyectos de amor y deseo, 2

M E L C A R A N

 **esencia**

Índice

[Portada](#)

[Septiembre](#)

[Viernes, 20 de septiembre](#)

[Sábado, 21 de septiembre](#)

[Lunes, 23 de septiembre](#)

[Viernes, 27 de septiembre](#)

[Miércoles, 2 de octubre](#)

[Viernes, 4 de octubre](#)

[Lunes, 7 de octubre](#)

[Miércoles, 9 de octubre](#)

[Jueves, 10 de octubre](#)

[Viernes, 11 de octubre](#)

[Viernes, 11 de octubre \(por la noche\)](#)

[Sábado, 12 de octubre](#)

[Domingo, 13 de octubre](#)

[Lunes, 14 de octubre](#)

[Miércoles, 16 de octubre](#)

[Viernes, 18 de octubre](#)

[Sábado, 19 de octubre](#)

[Domingo, 20 de octubre](#)

[Lunes, 21 de octubre](#)

[Miércoles, 23 de octubre](#)

[Jueves, 24 de octubre](#)

[Viernes, 25 de octubre](#)

[Viernes, 25 de octubre \(por la noche\)](#)

[Sábado, 26 de octubre](#)

[Lunes, 28 de octubre](#)

[Lunes, 28 de octubre \(por la tarde\)](#)

[Martes, 29 de octubre](#)

[Martes, 29 de octubre \(por la tarde\)](#)

[Inmediatamente después, en el estudio de Alan](#)

[Mientras tanto, en casa de Rebeca](#)

[Miércoles, 30 de octubre](#)
[Jueves, 31 de octubre](#)
[Miércoles, 6 de noviembre](#)
[Jueves, 7 de noviembre](#)
[Jueves, 7 de noviembre \(de madrugada\)](#)
[Viernes, 15 de noviembre](#)
[Sábado, 16 de noviembre](#)
[Sábado, 16 de noviembre \(mediodía\)](#)
[Domingo, 17 de noviembre](#)
[Lunes, 18 de noviembre](#)
[Enero](#)
[En marcha](#)
[La última noche](#)
[La despedida](#)
[Jueves, 17 de abril](#)
[Viernes, 18 de abril](#)
[Viernes, 18 de abril \(en Dubái\)](#)
[Miércoles, 23 de abril](#)
[Miércoles, 23 de abril \(por la noche\)](#)
[Domingo, 27 de abril](#)
[Finales de junio](#)
[Viernes, 4 de julio](#)
[Lunes, 1 de septiembre](#)
[Lunes, 22 de septiembre](#)
[Al cabo de dos años...](#)
[Sábado, de madrugada](#)
[Epílogo](#)
[Nota aclaratoria de la autora \(o sea yo\)](#)
[Sábado, de madrugada](#)
[Agradecimientos](#)
[Sobre la autora](#)
[Notas](#)
[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

Septiembre

Este año, las vacaciones de verano han sido las más tristes de mi vida. Desde principios de agosto, después de la fatídica cena de gala en casa de los padres de Alan, cuando todo se precipitó y al día siguiente abandoné el hogar de mi amado, dejándolo destrozado en su habitación, he mantenido una angustiada lucha diaria con mi corazón y con mi mente y he intentado seguir adelante sin él y aprender a convivir con su, a veces, doloroso recuerdo.

Lo he intentado sí, juro que lo he hecho, que lo haya conseguido ya es otra historia.

Me he volcado de una forma total y desesperada en mis hijos. Me he convertido en una madre hiperactiva, llenando los días de actividades sin parar, saliendo, entrando, arriba, abajo, a la playa, a la piscina... Todo con el único y firme propósito de, por las noches, caer rendida en la cama y no darle ni siquiera un segundo a mi mente para que se refugie en las bonitas imágenes que todavía conservo de él y de nuestra relación. Las de esos momentos que me devolvieron las ganas de disfrutar de la vida, esas situaciones dulces y comprometidas en las que, incluso en público, Alan me hacía sentir como una princesa al lado del ser más atractivo y maravilloso del universo. Esos momentos en los que me demostraba su amor, sin importarle nada de lo que pudiera haber a su alrededor, sólo yo, sólo nosotros...

Fue algo tan especial y tan intenso, que incluso ahora, estando sola, me sigo sintiendo amada y como si lo siguiera teniendo conmigo. Su amor perdura dentro de mí y rebosa por cada uno de los poros de mi piel, aun después de transcurridas varias semanas de haberle abandonado y dejarlo totalmente roto en su habitación.

Y ese amor seguirá conmigo, porque cuando algo es sincero y fuerte como fue lo nuestro, es imposible que se desvanezca. Siempre existirá y siempre recordaré que di mucho amor, pero recibí muchísimo más.

De vuelta ya a la normalidad de la actividad laboral y estudiantil que acompaña septiembre, llevo un ritmo frenético. Me paso el día trabajando, incluso muchos días ni me acuerdo de comer y mi cuerpo empieza a

resentirse. Me siento agotada y a menudo, tras mis ataques de ansiedad, me sumerjo en angustiosos y largos estados de somnolencia.

Este fin de semana será el primero que pasaré sin los niños. Después de las tres semanas de vacaciones junto a ellos, ahora les toca ir con su padre. Mi querida amiga Sofía ha organizado una cena para el viernes, para mantenerme alejada de mis tristes pensamientos y aprovechar también para celebrar mi treinta y ocho cumpleaños, que será a mediados de la semana que viene.

Además, ella también está teniendo problemas en su matrimonio y necesita evadirse, así que, por lo que veo, vamos a ahogar nuestras penas con fiesta y bailoteos.

Pero aunque ella lo esté pasando muy mal y sea mi cumpleaños, no me apetece nada ir. Además, ha quedado también con algunas chicas más y, la verdad, no tengo ganas de conocer a gente nueva.

Estas últimas semanas, lo único que he hecho ha sido quedarme en casa sin parar de llorar. Pero sé que Sofía no me lo va a permitir. ¡Pues vaya una! ¡Cualquiera le lleva la contraria cuando se le mete algo en la cabeza! En eso sí que nos parecemos...

Viernes, 20 de septiembre

Llego al restaurante un poco tarde; me cuesta arrastrar mi cuerpo a cualquier sitio. Las constantes llamadas de Sofía me han mantenido en movimiento, controlando que me estuviera vistiendo, asegurándose de que saliera de casa... Está preocupada por mí. Y no me extraña, porque parezco una zombi, de seguir así mucho más tiempo, si me presento al casting para «Walking Dead» ¡me cogen fijo!

Cuando llego ya están todas y me reciben con sus mejores sonrisas. A algunas chicas las conozco, pero a otras no. Me siento en la silla vacía que hay junto a mi amiga y ella enseguida me rodea con sus brazos y me da un efusivo beso en la mejilla.

—¡Tardona! Ya está bien, ¿eh?

Le dirijo una mirada suplicando perdón y de golpe me reconforta ver su rostro resplandeciente a mi lado.

La verdad es que, al final, y al contrario de lo que yo pensaba, la cena se me hace muy amena. Las amigas de Sofía están locas y, sinceramente, es lo que necesito. Alegría a mi alrededor. Algo que me ayude a olvidar, aunque sólo sea por unas horas.

Cuando terminamos de cenar deciden ir a tomar una copa a una discoteca cercana. Mi intención es despedirme e irme a casa, ya que he bebido demasiado vino y la falta de costumbre ha hecho que se me suba un poco a la cabeza.

De repente, me vienen a la mente recuerdos del exquisito Château Smith que Alan y yo bebíamos juntos... Empiezo a desconectarme del mundo real y ya estoy sucumbiendo al dolor y al fustigamiento emocional. Cuando Sofía se percata de la extraña expresión de mi cara, se apresura a cogerme del brazo.

—¡No, no, no! ¡Tú no te vas! ¡¿A que no, chicas?! —les grita a sus amigas.

Los gritos de alegría me arrancan de mis dolorosos pensamientos y mil manos me empujan calle arriba entre risas y palabras de ánimo.

Cuando llegamos a la discoteca, me sorprende ver que está abarrotada.

Se me hace casi imposible andar entre tanta gente, pero consigo llegar a la barra y sentarme en un taburete. Tras pedir una copa, me quedo ahí, inmóvil, mientras mis recuerdos viajan hacia mi primer encuentro con Alan, sentados en la cafetería de la exposición de arquitectura. ¡Dios! ¡No lo voy a conseguir! No podré vivir ya, día tras día, sin echar de menos su presencia, su calor, sus caricias...

—Hola, guapa, ¿estás sola?

Una voz desconocida me despierta de mi ensoñación y veo sentado frente a mí a un hombre con cara de imbécil, que me mira fijamente. Como un rayo, atraviesa mi mente el pensamiento de que ese tipo me ha arrancado del recuerdo de Alan y, sin pensarlo dos veces, mis manos impactan contra su pecho y lo empujo de tal manera que casi se cae del taburete.

—¡Aparta, gilipollas! —Cojo la copa y, sin poder evitar ver su cara de asombro, me apresuro a alejarme de él.

No puedo avanzar ni dos pasos cuando siento que el corazón se me detiene y de mi garganta emerge un ahogado y profundo gemido. Ahí está Jan, frente a mí, con semblante divertido, testigo de la cómica escena que acabo de protagonizar, y a su lado Sara, con su cara angelical. Y, al verla, al momento, los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas. Lanzo una mirada desesperada a su alrededor, con un nudo en la garganta que no me deja ni respirar, temiendo o deseando, no lo sé, que él también esté aquí.

—Hola, Rebeca. Veo que tu genio sigue intacto. —Los brazos de Jan me rodean por los hombros y los míos estrechan con fuerza su cintura, mientras me besa en las mejillas con cariño.

Me deshago de sus brazos, un poco incómoda al recordar cómo se sentía Alan frente a las muestras de cariño de su socio y amigo hacia mí y me dirijo a Sara, abrazándola con fuerza.

—¡Jan! ¡Sara! ¿Cómo estáis?

—Bien, Rebeca, ¿y tú? —contesta Jan, cogiéndome las manos—. Se te ve... diferente... ¿Estás bien?

Tiene razón, he perdido peso y mi cara refleja todo el dolor de mi corazón.

—No, Jan, no lo estoy. ¿Cómo está... él? ¿Está... aquí? —Me duele hasta pronunciar su nombre y miro a mi alrededor nerviosa.

—No. No está aquí. Rebeca... —Duda.

—¡Jan! ¿Cómo está? —insisto.

—Mal. Está mal. Desde que lo... desde que te fuiste... ha cambiado...

Tengo los ojos ya inundados, incapaces de retener a sus inseparables compañeras húmedas y cristalinas, mientras escucho esas dolorosas palabras.

—Le he rogado mil veces que te llame y que hable contigo, pero no quiere. Sus dolores de cabeza son cada vez más frecuentes y... no es él. Rebeca... a veces me asusta.

Sus dolores de cabeza... Es verdad... Viví alguno de ellos. Creía que no habrían reaparecido, después del último que sufrió estando conmigo.

—Rebeca... —sigue diciendo Jan. Sara me abraza por la cintura mientras me acaricia las mejillas.

—Deberías verle, hablar con él... Le dejaste para que siguiera con su vida, para que se dedicara a su trabajo, pero te aseguro que no lo está haciendo... Se consume... ¡os estáis consumiendo los dos! —afirma, mientras recorre mi cuerpo con la mirada.

—¡Jan, no puedo! Alan es inteligente, en el fondo sabe que esto es lo mejor para él y acabará por aceptarlo —explico entre sollozos.

—No, mi amor... —La dulce voz de Sara se me clava en el corazón—. Lo mejor para Alan eres tú. Y siempre lo serás. Nunca aceptará que estés lejos de él.

Mis lágrimas son ya un torrente desbordado. Por mi izquierda veo que se acerca Sofía con cara de terror.

—¿¿Qué coño está pasando aquí?! —grita.

—Nada, Sofía, son amigos míos y de... Alan. No pasa nada. Estoy bien, voy enseguida.

Sofía se marcha, pero no sin antes lanzarles una mirada de reproche por hacerme revivir esos dolorosos recuerdos que ella está intentando por todos los medios alejar de mí.

—Rebeca —continúa Jan—, me pediste que cuidara de Alan, pero no deja que nadie se le acerque, ni tampoco que nadie lo ayude. Él me ha prohibido que hable contigo y que te llame, pero ahora, al encontrarte aquí... he visto un hilo de esperanza...

Mi corazón está a punto de estallar y el cuerpo de jugarme una mala pasada, desconectándose del cerebro. Necesito salir de aquí. No puedo escucharlo más.

—Jan, lo siento. Tengo que irme.

—Rebeca, por favor...

Sus palabras se pierden entre la multitud, a medida que me acerco hacia el grupo de chicas. Cuando llego hasta ellas, cojo mi bolso y me despido con rapidez, sin dar tiempo a que Sofía me diga nada.

—Necesito estar sola, Sofía, lo siento. Mañana hablamos. —Y salgo casi a la carrera del local.

De vuelta a casa, me cuesta trabajo ver la carretera con los ojos llenos de lágrimas. Además, la música que suena en la radio del coche no me ayuda para nada. Ahora mismo inunda mis oídos *Under** de Alex Hepburn, una canción triste y que, escucharla, no me da otra opción que no sea llorar y llorar.

Ya en casa, en la soledad de mi habitación, me desplomo sobre la cama y hundo la cara en la almohada de Alan, inhalando, deseando percibir su olor... pero no... ya no está... ha pasado demasiado tiempo... Y las lágrimas corren y corren de nuevo...

Sábado, 21 de septiembre

Sabía que me llamaría. Efectivamente, cuando pasan escasos diez minutos de las doce del mediodía, suena mi teléfono móvil.

SOFÍA llamando...

—Buenos días, mami... —saludo, intentando parecer contenta, aunque por dentro esté rota en mil pedazos.

—Buenos días, Rebeca, y no disimules, te conozco. ¿Cómo estás? ¿Qué ocurrió ayer?

Le explico lo que me contó Jan acerca del comportamiento y la salud de Alan. También le menciono su insistencia en que lo llame y hable con él, pero como ante Sofía no puedo mentir, le reconozco que no puedo hacer tal cosa, ya que, si lo hiciera, no podría resistirme y volvería con Alan y eso es algo que no puedo permitir que ocurra.

—Todavía es muy pronto —digo—. Alan es joven y supongo que no tardará en superarlo. Sólo hay que darle tiempo. Pero de lo que sí estoy segura es de que si lo llamo y, por supuesto, si lo voy a ver, no podré soportarlo y no seré capaz de alejarme de él otra vez. Y no le puedo hacer eso. Le irá muy bien sin mí. No me necesita en su vida.

—Rebeca, eso es lo que tú piensas. Pero te voy a decir una cosa, y no quiero que creas que intento convencerte de nada. Respeto la decisión que has tomado y si crees que es la acertada, estás en tu derecho de seguir adelante con lo que tú piensas que es adecuado, pero el día que cenamos juntos, no es lo que vi en su mirada. Él te necesita, te ama y sus ojos decían que eras su vida, de eso estoy convencida.

Al final, Sofía desiste. Me conoce y sabe que conmigo es peor insistir, porque cuando me cierro en banda es imposible hacerme entrar en razón.

Me paso el resto del día tirada en el sofá, escuchando música con la televisión encendida pero sin prestarle atención, y con la caja de pañuelos de papel como compañía.

Por la noche, al volver de uno de mis viajes al baño para refrescar mis hinchados ojos llorosos, me quedo parada frente al televisor. Están emitiendo

una película en la que una pareja de enamorados pasa unas vacaciones en una bonita playa... Y eso, de inmediato me hace recordar nuestra maravillosa escapada a Santorini.

Alan conducía por el solitario y oscuro camino de tierra cuando volvíamos por la noche de cenar. Estábamos ya a punto de llegar a la casa y a mí se me ocurrió jugar con él.

—Alan, mi amor, ¿sabes que estos vaqueros te quedan de escándalo? He estado durante toda la cena deseando poner la mano sobre tu paquete, pero claro... el restaurante estaba tan lleno... —Lo provoqué recostándome en el asiento y poniendo una mano sobre su muslo.

—Rebeca, no me provoques o lo lamentarás el resto de la noche... —murmura entre dientes, sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Ah, sí? ¿Y qué serías capaz de hacerme, chico malo? —Mi mano está ya a tan sólo un centímetro de su ingle y él, abriendo las piernas, inspira una gran bocanada de aire.

—Rebeca... sabes que no tendría ningún problema en frenar el coche en seco y follarte aquí mismo. Y no creo que éste sea uno de los sitios más deseados por ti para tal escena... O sea que... ¡no me provoques! —Su mirada, acompañada de una sonrisa lujuriosa, me invita a tentar a la suerte.

—¡Dios! Es que estás tan bueno, que no me puedo contener. Tranquilo, no te preocupes... sólo te acaricio un poquito, con eso me conformo... —Y diciendo esto, coloco la mano entera sobre su entrepierna y lo masajeo, apretando con dulzura. Un gutural gemido emerge de su garganta y eso me hace sonreír de forma maliciosa—. ¿Lo ves? Ya está. ¿A que no ha sido tan malo ni traumático? Y yo... ahora ya estoy satisfecha. Gracias.

Su reacción no se hace esperar. Dicho y hecho. Aprieta el pedal del freno y el coche culea por la parte trasera, levantando una gran nube de arena, que flota por los costados cuando detiene el vehículo con brusquedad bajo los árboles, al lado del camino que lleva a la casa.

—¿Ya está usted satisfecha, señorita Hot?

Su cara está frente a la mía. Con su brazo derecho apoyado en el respaldo de mi asiento, me sujeta con fuerza por la nuca y con la otra me agarra por debajo de la rodilla izquierda, separándome las piernas y haciendo que mi culo se deslice hacia adelante por la fuerza con que me ha sacudido.

—Ahhh... —Me pilla por sorpresa y eso me altera al segundo.

—¿Y yo qué tengo que hacer ahora? ¿No has notado cómo me has dejado, chica mala? —Sus ojos bajo la luz de la luna se ven brillantes y llenos de deseo.

—No... No me ha dado tiempo... Lo juro —bromeo, deslizando la mano de nuevo por su muslo—. Pero voy a remediarlo enseguida. Ahora mismo lo compruebo...

Acaricio su entrepierna y mi mano se deleita paseándose por encima de su erección.

—Ohhh... Alan... tienes razón... ¡no veas cómo te he dejado! —Río.

—¡Joder, Rebeca! —Aferra la cinturilla de mis leggins y tira de ellos hacia abajo—. ¡Vamos, ven aquí!

Vuelve a sentarse bien en su asiento mientras se desabrocha los vaqueros y se los baja junto con los bóxers hasta la mitad de los muslos. Yo, sin dejar de mirarlo ni de observar su miembro erecto, retándome, me libero de la ropa y, apoyando una rodilla en su asiento, paso la otra pierna por encima de él y me siento a horcajadas en su regazo.

Empiezo a restregar mi sexo contra su pene y busco su boca. Su fuerte mano me sujeta por la barbilla y, manteniéndome a tan sólo dos centímetros de sus labios, me susurra de forma amenazante:

—Ahora, vas a compensarme muy bien por el mal rato que me has hecho pasar y vas a moverte sobre mi polla como no lo has hecho nunca en tu vida. —Me besa con pasión—. ¡¿Lo has entendido, princesa?! —grita, clavando sus dedos en mis nalgas.

—Mmmmm... sí, me ha quedado muy claro, mi Don Perfecto. Voy a follarme tu delicioso miembro y te juro que me vas a suplicar que pare... —afirmo.

Vuelvo a la realidad, sobresaltada por el sonido del teléfono y siento mis mejillas húmedas por las lágrimas. Miro la pantalla. No tengo ganas de hablar, pero... debo atender la llamada. Es mi madre. Sabe por lo que estoy pasando y está muy preocupada. Y cada noche tengo que responder a la llamada nocturna de control y revisión.

—Hola, mamá, ¿qué tal? —la saludo, intentando disimular mi tristeza.

Lunes, 23 de septiembre

El fin de semana ha transcurrido muy lento, únicamente alterado por las constantes llamadas de Sofía. Después de contarle mi encuentro con Jan, sigue aconsejándome de manera incansable e insistente que visite a Alan. Ya no aguanta más verme en ese estado deplorable. Le juro y perjuro que no puedo hacerlo, aunque en el fondo sea lo que más desee.

Sé que tarde o temprano lo superaré y el paso de los días ya no será un cúmulo de dolor instalado en mi corazón. Al final, este peso que me oprime el pecho se desvanecerá y podré seguir adelante y continuar con mi vida igual que antes de conocerle.

Me vienen a la cabeza los divertidos pensamientos que tenía cuando la mente se me nublaba con su presencia y me decía a mí misma que tendría que visitar a un psicólogo... Pues ahora esa idea empieza a hacerse real y tomo la decisión de buscar ayuda médica, porque soy consciente de cómo poco a poco estoy perdiendo la cabeza, y no puedo permitir que eso suceda.

Pero eso será mañana, porque ahora tengo que arreglar un poco la habitación-taller, que está patas arriba, ya que en media hora he quedado con un nuevo cliente. Abro la aplicación de Spotify en mi ordenador y le doy doble clic a la lista de Olly Murs. Todavía no puedo escuchar canciones que me recuerden estos meses pasados junto a Alan, así que últimamente me acompaña Olly, un chico guapo y divertido. Aunque un par de sus canciones sean algo románticas y me hagan pensar en mi amado, no las compartí con él, así que no me duelen tanto como otras.

Pero debo de ser masoquista, o algo peor, porque la primera que selecciono es *Dear Darlin*^{*} y mientras ordeno las cosas, susurro la letra.

No puedo seguir, le doy a la siguiente, respiro hondo y continúo recolocando las cosas, al ritmo de otra canción más animada.

Mi nuevo cliente viene recomendado por el señor Vetel. La verdad es

que fue una auténtica suerte tener la oportunidad de trabajar para ese gran hombre, ya que a partir de que le entregué la casita de muñecas para su hija, me ha ido consiguiendo nuevos clientes y además de los buenos, de esos que no reparan en gastos y que les parece bien casi todo lo que les propongo, y encima se deshacen en halagos sobre mi trabajo y no me vuelven loca añadiendo, quitando o modificando cosas.

Espero que éste sea uno de éstos. No sé nada de él, ni siquiera lo que quiere. Sólo sé que tiene una voz... Mmmmm... Qué voz... Aunque debe de ser de lo más típica, porque me resulta como... familiar... Pero qué más da. Como todo lo demás lo tenga igual...

¡Bien! Empiezo a bromear conmigo misma, aunque no sé si esto será señal de recuperación o de que lo mío ya no tiene remedio. Pero, bueno, sea lo que sea, este pedido no se me tiene que escapar de las manos, así que voy a poner toda la carne en el asador y a centrarme un poquito en el trabajo. Venga, Rebeca... ¡tú puedes!

Mientras coloco bien todas las maderas de encima de la mesa de trabajo y recojo los frascos que están desperdigados para meterlos dentro de la caja que tengo para ellos, recuerdo cómo fue el primer contacto con este cliente. Quedé con él por teléfono y a través del auricular me llegó su voz, masculina y ronca y al instante mi mente ya la acompañó de una buena imagen. A ver si la suerte me acompaña. Al menos que me pueda recrear la vista un poco, ¿no?

Planto mi culo en el taburete para contemplar mi obra de arte en cuanto a la espléndida redistribución del tablero de trabajo —lástima que durará poco—, cuando llaman a la puerta. Me levanto de un salto, golpeando la mesa y a punto estoy de lanzar por la borda todo lo que he hecho. Las maderas se tambalean, los frascos tintinean y mi corazón galopa desbocado dentro de mi pecho. Nunca me acostumbraré a los timbres, ni interfonos, ni notificaciones de WhatsApp, ni mensajes... Como me pasaba con Alan... Sacudo la cabeza y me dirijo hacia la entrada.

En el preciso instante en que abro la puerta, mi mente se transporta a mi última salida nocturna sola con Sofía, un viernes por la noche en el Eclipse, e inmediatamente soy consciente de que entonces mi imaginación se quedó corta, vaya que... quiero decir que... Cielo santo, ¡no me acerqué ni por asomo!

Lo que me encuentro ahí de pie, en el rellano, volatiliza de inmediato

mis pensamientos. Y porque todavía sigo enamorada hasta la médula, porque de lo contrario, creo que ahora mismo habría muerto fulminada por el deseo. La primera vez que lo vi me pareció atractivo, pero ahora... madre mía...

—Buenos días, ¿es usted la señorita Cold?

Su voz seductora, masculina y rota de tal manera que podría seducir hasta al mismísimo diablo vuelve a deleitarme los oídos, pero gracias al ápice de sensatez que me queda, mi cerebro reacciona y manda una señal a mis ojos para que dejen de regodearse en lo que ven, en lo que hay debajo de ese jersey de cuello de pico, ajustado a su cuerpo, un cuerpo no especialmente musculado, pero del todo apetecible.

Pero ¿no me ha reconocido? Será capullo...

—Ejem... —carraspeo, disimulando—. ¿Señor Jonah?

—Terence, por favor. Aunque prefiero que me llamen Terry —puntualiza él, tendiéndome la mano.

—Está bien. Buenos días, Terry. Adelante.

Le suelto la mano y me hago a un lado, dejándole el paso libre. No voy a decirle nada, si él no se da cuenta, será por algo. Cuando pasa por delante de mí, se me queda mirando.

—El señor Vetel me ha dado muchos recuerdos para usted —dice, deteniéndose frente a mí.

—Gracias. Espero que su hija estuviera contenta con el regalo.

Su porte elegante y lentitud de movimientos me están poniendo ya nerviosa y sólo lleva dos minutos aquí. ¿O será que hay algo en él que me atrae de una manera brutal y descontrolada?

—Oh... sí, por supuesto. El señor Vetel me contó lo mucho que le había gustado. Lo que no me dijo en ningún momento es lo sumamente atractiva que es usted... Aunque creo que eso ya lo pude ver yo mismo hace unas semanas, ¿no?

Ha acercado su rostro demasiado al mío y su actitud empieza a molestarme.

—Sí, en el Eclipse. Pensaba que usted no me había reconocido...

—Su melodiosa voz la ha delatado, porque, la verdad, no la recordaba tan bella.

Esa inclinación de su cabeza me inquieta.

—Disculpe, señor Jonah —me mira recriminándome—, quiero decir, Terry, si no le importa, vamos a empezar con lo que le ha traído hasta aquí.

Tengo otra cita después y no me gustaría retrasarme. —Cierro la puerta y me dirijo hacia el taller, haciéndole un ademán de que me siga.

—¿Su novio? —Su pregunta me detiene en seco y me vuelvo para encontrarme de lleno con sus ojos.

—No quisiera parecer maleducada, pero no creo que eso sea de su incumbencia. —Intento que mi tono de voz parezca amenazante y no sé si lo consigo, ya que lo único que yo percibo es un temblor en mi estómago, causado por el nerviosismo que me transmite esta situación.

—No, claro, perdone, señorita Cold. De todas formas, sea quien sea, sin duda es un hombre afortunado...

Ignorando sus últimas palabras, reanudo de nuevo la marcha y, una vez frente a mi mesa de trabajo, agarro nerviosa el catálogo de casitas y, soltándolo, dejo que impacte sonoramente sobre la superficie de madera, frente a él. Cierro los ojos y cuento hasta cinco. Tengo que calmarme y dejar de ser tan borde, al fin y al cabo, tampoco me ha dicho nada escandaloso, y no puedo perder este pedido.

Empiezo a mostrarle los diferentes modelos, cuando, de repente, su mano sujeta la mía.

El leve contacto de sus dedos me hace bullir por dentro y ya no puedo más. ¡A la mierda el pedido! Estoy a punto de saltar sobre él, dispuesta a morderle la yugular o, al menos, a soltarle una serie de insultos acompañados de algunos empujones para echarlo de mi casa, cuando sus palabras me dejan sin palabras e incapaz de hacer nada de lo que he pensado.

—Señorita Cold, soy un auténtico imbécil. Le ruego que me disculpe por mi atrevimiento. Éste es el problema de llevar una vida de solterón empedernido, que crees que todo el mundo es igual que tú. Le prometo que esto no volverá a ocurrir. Se lo juro. —Con una mano en el pecho y mirándome fijamente, inclina la cabeza y cierra los ojos—. Sólo me gustaría pedirle una cosa. Aquella noche nos tuteábamos, ¿por qué no hacer lo mismo ahora? Me parece de lo más aburrido tanta seriedad...

¡Dios santo! Pero ¿qué...?

—Está bien, vale... Será mejor que lo olvidemos. Empecemos de nuevo... ¡Buenos días! Soy Rebeca. —Le tiendo la mano, esbozando una amplia sonrisa.

—Buenos días, Rebeca. Yo soy Terry —responde entre risas estrechando mi mano con fuerza.

Al cabo de dos horas, el señor Jonah, o sea, Terry —acabo por acostumbrarme a llamarlo así—, escoge el modelo de maqueta que más o menos está buscando. Acabamos de concretar las pequeñas modificaciones que quiere que haga y quedamos para finales de semana para que le enseñe los bocetos.

Al final, Terry resulta ser un hombre encantador y educado, aunque un poco egocéntrico para mi gusto. Pero, bueno, supongo que eso lo da el dinero y el éxito. Esa seguridad en uno mismo que te hace sentir como un pequeño moco a su lado.

Pero aunque parezca mentira, durante los minutos que ha durado esta reunión he conseguido evadirme un poco de mis preocupaciones y penas y me he sumergido de lleno en el trabajo. Y sus bromas hasta han conseguido arrancarme alguna sonrisa.

—Bueno, Rebeca, debo irme. Tengo una reunión en media hora y tampoco querría entretenerte para tu cita —dice, torciendo la cabeza en un gesto que ya me parece típico de él cuando quiere darle un toque pícaro a sus frases.

—La verdad es que no tengo ninguna cita, sólo pretendía deshacerme de ti lo antes posible... Me has caído muy mal al principio. Parecías distinto al otro día... —No sé por qué he dicho eso. ¡Seré idiota!

—Vaya... pues espero que fuera sólo eso, al principio, y que ahora hayas cambiado de opinión.

—Eso lo decidiré en cuanto me digas si aceptas o no los bocetos...

—Eso está hecho entonces —dice, guiñándome un ojo—. Tengo la semana a tope de reuniones aburridas, pero el viernes al mediodía dispongo de un par de horas y podríamos vernos. Si ya tienes los bocetos terminados y no tienes nada que hacer, claro... Si te parece bien, podríamos quedar en la cafetería del hotel donde me hospedo, así aprovechamos el tiempo al máximo.

—Ah... es verdad, no eres de aquí...

—No, tranquila, no tendrás que soportarme durante mucho tiempo. Todavía estaré por aquí un mes, más o menos. Hasta que cierre unos negocios y me ocupe de un tema que tengo pendiente desde hace unos años a pocos kilómetros de aquí.

—Mmmm... Entiendo. Bueno, pues por mí perfecto. El viernes los tendré terminados, sí.

—¡Bien! Estoy en el Hotel Ágora. ¿Lo conoces?

—Sí, por supuesto, el pijo y caro que hay aquí en la playa... Huy, lo siento.

Su media sonrisa, acompañada de su inclinación de cabeza, me indican que mi desafortunado comentario no lo ha molestado y, acto seguido, apoyándose en el marco de la puerta, me lanza su última frase lapidaria del día:

—No te preocupes, Rebeca, tienes toda la razón. Todo lo bueno lo quiero para mí, por eso estoy aquí. Por ti. Y me alegro mucho de que el destino nos haya ofrecido esta maravillosa oportunidad de continuar lo que empezamos esa noche...

—Será mejor que te vayas, Terry, o de lo contrario llegarás tarde a tu reunión. Hasta el viernes —digo fingiendo enfado.

Cierro la puerta sin esperar su despedida y, apoyada en ella, su imagen se instala en mi cerebro. No sé muy bien qué es lo que habrá querido decir con eso, pero la sensación que tengo es muy extraña. No me da la impresión de que con su actitud quiera nada más de mí que lo estrictamente profesional, pero en cambio las cosas que dice me descolocan por completo, aunque en lugar de sentirme incómoda, me siento como si fuéramos dos amigos que se conocen desde hace tiempo.

Pero bien pensado, ¡qué más da! Además de un pedido interesante, podría sacar algo bueno de todo esto, algo que me ayude a olvidar, algo que me mantenga firme en mi propósito de seguir alejada de Alan.

Viernes, 27 de septiembre

La verdad es que cogí el trabajo con ganas y el miércoles terminé los bocetos de Terry. Me llamó el señor Vetel interesándose por cómo habían transcurrido nuestras negociaciones y también aprovechó para tranquilizarme y decirme que no me preocupara aunque el señor Jonah pareciera un hombre un tanto superficial y altivo. Yo más bien diría un poco caradura y capullo, pero, claro, el señor Vetel es muy educado... Bueno, que, en definitiva, me aseguró que, en el fondo, era una buena persona, con las ideas muy claras.

Así que, puesta sobre aviso respecto a la peculiar personalidad del enigmático señor Jonah, y también de sus maravillosos logros profesionales, cuando pasan cinco minutos de las doce llego frente a la puerta del Hotel Ágora, con el dossier de los bocetos sobre el asiento del copiloto, acompañado por mis, a conciencia, abultados honorarios. Dicen que quien algo quiere, algo le cuesta, ¿no? Pues eso. Si voy a tener que luchar por parecer fría e indemne a sus insinuaciones y juegos psicológicos, al menos que me beneficie en algo, monetariamente hablando, claro.

Me dirijo a la cafetería con paso firme. Bordeo la cristalera en forma de media luna que rodea la terraza exterior con vistas a la playa y me dispongo a cruzar la doble puerta de acceso al lujoso bar. Justo antes de traspasar el umbral, y como si en ese preciso instante me hubiera convertido en un vampiro que no puede entrar en un recinto si no lo invitan a pasar, me detengo en seco al acordarme de que no he cogido el dossier y que sigue ahí fuera, en la calle, dentro de mi coche.

Me doy la vuelta como si me persiguieran mil demonios, muy avergonzada por si Terry me ha visto, aunque no creo que lo haya hecho, porque he reaccionado muy rápido. Tanto que ya estoy de nuevo frente a mi coche, accionando el mando para abrirlo, sin que haya tenido tiempo ni de pensar en lo que hacía.

Cuando finalmente entro en la cafetería, lo veo sentado en uno de los sofás que están situados a lo largo de la pared izquierda. Nuestras miradas se cruzan y entonces se levanta. A diferencia del día en que tuvimos nuestra

reunión en casa, hoy lleva un elegante traje que le sienta de maravilla y lo hace parecer incluso más alto. ¿O será que mis malos pensamientos me han hecho empequeñecer? Porque cuando llego frente a él incluso tengo que levantar la cara para mirarlo a los ojos.

—Hola, Rebeca. Por un momento he pensado que tendría que hacer uso de mis valiosos contactos para que te hicieran entrar en razón y así poder retenerte a mi lado.

—Hola, Terry. ¿Serías capaz de hacer todo eso por una simple casita de muñecas? Da igual, no me contestes. Sólo había olvidado el dossier en el coche —digo, moviendo la carpeta frente a sus narices.

—No lo haría sólo por la casita, eso seguro. Ven, sentémonos. ¿Te apetece un aperitivo antes de comer? He pedido que nos sirvan un menú degustación, así podemos comer algo rápido antes de volver a la tediosa rutina del trabajo, después de esta deliciosa y entretenida reunión. Rebeca, ¿te encuentras bien?

Cuando reacciono, lo veo frente a mí, con su típico gesto de inclinar la cara hacia mi rostro y esa expresión mitad de diversión y mitad como si estuviera diciendo: «¡Síiii, aquí está, rendida a mis encantos!». Y así es. Hoy lo veo algo distinto a como lo vi el lunes y su mirada me deja encandilada. Además, con esa barba de dos días, el pelo medio despeinado y esa voz ronca que martillea mis oídos...

«¡Vuelve en ti, Rebeca! ¡Maldita sea!»

—Diossss... Perdona... No sé qué hago aquí... Yo tendría que estar llorando por las esquinas... —Bajando la mirada, busco algo en el bolso que no sé qué es.

—Rebeca, ¿de qué estás hablando? ¿Qué te ocurre?

Ahora su brazo rodea mi cintura y su cara está más cerca todavía de la mía. No lo soporto más. Me escabullo de su brazo y me siento en el sofá, soltando el dossier sobre la mesa.

—Nada, olvídalo. Estoy bien. Vamos a acabar con esto.

Empiezo a explicarle los bocetos sin esperar siquiera a que él se siente a mi lado, y puedo ver en un fugaz cruce de miradas su expresión de no entender nada. De pronto se sienta junto a mí, me sujeta las manos y, cerrando el dossier con brusquedad, me mira fijamente.

—¡Rebeca, para! Espero que no estés así por algo que te haya dicho. Yo soy así. Aunque a primera vista parezca un tipo prepotente y completamente

imbécil, en el fondo soy un bromista. Sé que no nos conocemos lo suficiente, pero contigo me sale mi lado canalla, no lo puedo evitar. Tengo la impresión de que conectamos y es como si te conociera desde hace tiempo. Pero si te molesta, me contendré, lo prometo. —Me hace una mueca de arrepentimiento y eso me hace sonreír.

—No es por ti —digo, soltándome de sus manos y cogiendo el dossier de nuevo con disimulo—. No estoy pasando una buena racha, tendrás que perdonar mis cambios de humor. Y no quiero que te contengas, tus bromas me distraen y además a mí también me gusta bromear. Pero... nada, no te preocupes, sólo es eso, ya te digo que no estoy en mi mejor momento.

—¿Problemas familiares?

—Si no te importa, no me apetece hablar de ello. Prefiero que nos centremos en esto —comento, señalando los bocetos.

—Por supuesto. Venga, no se hable más. Dale.

—Dale... —me río—. Me gusta esa expresión.

Después de poco más de una hora, hemos disfrutado de una comida exquisita, le he explicado todo lo relacionado con la maqueta y el ambiente es amigable y distendido, hasta que...

—Me sorprende el dominio que tienes de los planos, medidas, escalas y demás. ¿Has estudiado algo que tenga que ver con la arquitectura? —me pregunta Terry sonriendo.

Al instante, mi cabeza es fustigada por un látigo imaginario que lleva el nombre de Alan escrito a fuego. Y mi cuerpo se tensa de inmediato.

—No, para nada. Mucha navegación por internet, sólo eso. —Rehúyo su mirada y me entretengo pasando el dedo por encima de la portada del dossier.

—Pues yo sí, soy arquitecto.

Su escueta afirmación me deja de piedra. Y mi cara debe de reflejar el espanto que ahora mismo me invade, porque, sin dejar de mirarme, Terry se apresura a hacerme una pregunta:

—¿Tienes algo en contra de los arquitectos? Por la cara que has puesto parece que los odies. ¿Qué pasa? ¿El que hizo tu casa no colocó bien las columnas? Dime quién es y lo lamentará el resto de su vida...

Esta vez su broma no me hace sonreír.

—Conocí a uno hace poco y... —Bajo la vista y empiezo a jugar con la servilleta.

—Oh, vaya... Lo siento. Eso de lo que no querías hablar, ¿no? Pues

mira, no me digas nada más y vamos a hacer una cosa —pro pone, rellenando las copas de vino—. Mi pasado amoroso también es triste y deprimente, así que vivamos el presente y brindemos por el futuro. —Me ofrece mi copa, sonriendo.

—Vale, brindemos por eso. Pero todavía no me has dicho si aceptas mi proyecto —señalo, sosteniendo la copa en alto, pero sin acercarla a la suya.

—Cierto. ¿Qué te parece si lo pienso esta tarde y te lo digo esta noche cenando tú y yo en un bonito restaurante que descubrí ayer?

—Terry, lo siento, pero no creo que sea muy buena idea. Yo... —empiezo a decir, dejando la copa sobre la mesa.

—Eh, eh, eh... tranquila. Sólo una cena de nuevos amigos que van a hablar de sus tonterías e intentarán pasar un rato divertido. Nada más. Prometo portarme bien —asevera, manteniendo su copa en alto y cogiendo la mía para ofrecérmela de nuevo.

La acepto, la hago chocar con la suya y asiento con una sonrisa. La verdad es que sus bromas, acompañadas de ese rostro tan expresivo, me divierten y es cierto que por momentos me olvido de los problemas, y eso es lo que necesito. Bebemos de nuestras copas, lo miro y no puedo dejar de sonreír.

—Perfecto. Pues te paso a recoger a las nueve y media. Y ahora... —dice, mirando el reloj—, lo siento mucho pero te tengo que dejar, belleza.

—Sí, yo también tengo que ir a trabajar... A ver si consigo algún pedido por ahí, porque el pijo engreído que me tiene ocupada ahora, no creo que se lo quede, y me ha hecho perder un tiempo que ya no podré recuperar.

—No me digas... como para romperle las piernas al descerebrado ese...

—¡Y tanto!

Nos levantamos del sofá a la vez, entre risas y, pasándome un brazo por la cintura, me acerca a él y me besa en la mejilla.

—Hasta esta noche.

—Hasta luego, Terry. —Le devuelvo el beso y me marcho rápidamente, con ganas de darme la vuelta para verlo una vez más. Pero no, soy fuerte y salgo por la puerta hacia la calle.

No puede ser. Al final la sensatez vence a la locura y, por la tarde, lo llamo para anular la cita. Después de varios intentos de convencerme de lo contrario, Terry accede a regañadientes y, tras decirme que por supuesto que acepta mi proyecto, que es algo que tenía claro desde el primer día y que

espera que empiece pronto con su maqueta, se despide de mí, no sin antes decirme que no dude en llamarlo cuando quiera, aunque sólo sea para tomar algo. ¡Qué mono!

Miércoles, 2 de octubre

Siento que mi corazón ya no puede más. No me veo capaz de soportar esta presión continua y empiezo a temer realmente por mi salud. Como era de esperar, no me he puesto en manos de ningún loquero, incluso haciéndome mucha falta, pero es que no podré explicarle mis sentimientos. Sólo el hecho de pensar en estos sentimientos ya hace que se me llenen los ojos de lágrimas. No quiero pensar lo que sería estar allí, tumbada en el diván, hablando de ellos. Seguro que en la primera sesión acababa con todas las existencias de pañuelos de papel y me cobraba un plus especial.

Estos días he tenido la mente ocupada a ratos, ya que he empezado con el proyecto de Terry y tener trabajo entre manos me ayuda a superar los momentos de soledad. Estuve a punto de cometer un gran error al aceptar en un principio ir a cenar con él, error del cual seguramente me habría arrepentido toda la vida, pero por suerte supe reaccionar a tiempo.

No estoy muy segura de sus intenciones y yo tampoco soy de ese tipo de mujeres que se lanzan a los brazos del primero que se cruza en su camino. Aunque... últimamente la mente me está jugando muchas y muy malas pasadas y empiezo a desconfiar hasta de mí misma.

Hace ya diez minutos que he dejado a los niños en el cole y con la mente perdida en mis penas, cosa habitual cuando me quedo sola, de repente soy consciente de que no me he dirigido a casa. Además de eso, cualquier día me estamparé contra algún árbol y eso sí que no lo puedo consentir. Mis hijos me necesitan y yo a ellos.

Detengo el coche en la esquina de la casa de Alan e intento hacer memoria de cómo he llegado hasta aquí. Nada. Lo último que recuerdo son los besos de despedida de mis hijos y verlos entrar por la puerta de la escuela.

Yo creo que esto es un síntoma claro de algo no muy bueno. Así que por fin me convengo de una cosa, y es que no voy a pedir hora para nadie, porque seguro que me encierran. Vamos... lo tengo clarísimo.

Desde donde estoy tengo una buena perspectiva de la casa. Si alguien entrara o saliera, lo podría ver perfectamente, porque la leve elevación de la

calle permite ver la puerta de entrada por encima de la valla que rodea la propiedad.

No sé por qué he venido, mi subconsciente está enfermo y él no sabe, como yo, que Alan no saldrá. Como mucho, puedo ver a Gaby o a alguno de sus ayudantes, porque, por lo poco que me contó Jan, sé que Alan vive entre las paredes de su habitación y de su estudio.

Pero... Dios... Sólo pensar que estoy a escasos metros de él hace que el estómago me empiece a temblar y de inmediato le sigan mis piernas y, cómo no, las envidiosas de mis manos también. Con la mirada fija en la entrada del chalet, apago el motor, saco la llave del contacto, abro la puerta y salgo del coche.

La valla que rodea el jardín delantero de la casa empieza a tan sólo unos diez metros de donde estoy yo y unos pocos más allá está la pequeña puerta de entrada a la propiedad y ese precioso caminito de piedras, rodeada cada una de ellas de un verde y cuidado césped, y que conduce a la puerta de entrada a mis sueños, esa puerta detrás de la que vivimos tan bonitos momentos, la puerta de entrada a mi vida.

Como en estado de shock y casi sin parpadear, echo a andar. Mi pie derecho sigue al izquierdo y éste a su vez sigue luego al derecho y así, en unas pocas zancadas, me planto allí. Lentamente, abro la portezuela y, siguiendo el caminito, llego justo frente a los dos escalones que me separan de la entrada.

Me sudan las manos y mis ojos se clavan en el botón del timbre. Me imagino pulsándolo y viendo cómo segundos después la puerta se abre y aparece Alan con su arrebatadora sonrisa, me rodea con sus fuertes brazos y me besa con auténtica pasión.

El ruido del motor de un coche que pasa por la calle me asusta y me arranca de mi sueño. Me aparto del caminito y me refugio entre las plantas que crecen junto a la pared, entre la puerta y una ventana.

La tentación es muy fuerte y no me puedo resistir. Muy despacio, y con la sensación de que estoy haciendo algo malo, voy acercando la cara al cristal. Lo primero que veo en el interior es el sillón que hay a la izquierda de la entrada y luego, al fondo, traspasando el gran arco que separa el salón del vestíbulo, el gran sofá blanco en forma de U y, detrás de él, caminando a grandes zancadas, a Alan hablando por teléfono y gesticulando con la mano.

Alcanzo a ver sus facciones de perfil. Duras. Frías. Una cara seria y

triste. Por los movimientos de su mano, deduzco que debe de estar manteniendo una airada conversación, supongo que una discusión, con algún trabajador o algún cliente, aunque su cara no muestra enfado ni rabia, sólo tristeza.

De pronto, se vuelve hacia mí y, pasándose nervioso la mano por el pelo, me ofrece un claro primer plano de su rostro. Con la mirada fija en el techo y sus labios moviéndose rápidamente, se aparta el teléfono de la oreja y da por terminada la conversación.

Entonces baja los ojos y yo puedo verlos. Esos ojos brillantes que hasta hace pocas semanas me observaban con deseo, ya no están ahí... En su lugar hay otros ojos lánguidos, tristes e inexpresivos. El corazón me da un vuelco y echo a correr, aplastando sin querer las bonitas flores que crecen bajo la ventana, aquellas espectaculares hortensias de color malva que un feliz día plantamos los dos juntos.

Ese día...

—Este mediodía he pasado por delante del centro de jardinería y se me ha ocurrido una idea. He entrado y he comprado unas cositas... ¿Quieres que te las enseñe, princesa? —me pregunta Alan, tumbados los dos en la cama.

—Ohhh... Alan... enseñame otra cosa... —lo provocho, besando sus pectorales.

—Mmmmm... Rebe... Necesito recuperarme... Así que, vístete y vamos —ordena, levantándose y poniéndose un pantalón de chándal.

Es viernes por la tarde. Tenemos por delante dos días enteros repletos de actividades y ocio juntos, ya que este finde no estoy con los niños. Como ya viene siendo habitual, Alan marca por la mañana un ritmo frenético de trabajo en su estudio, que luego compensa dándoles la tarde libre a todos sus ayudantes y a su socio, nuestro buen amigo Jan. Y después... fiesta... amor... sexo... intimidad... conmigo, él y yo solos.

Y así, vestida con una camiseta de tirantes y shorts, me lleva hasta el garaje, abre el maletero de su coche y ahí están tres inmensas macetas repletas de preciosas y grandes hortensias de color malva.

—Creo que en alguna ocasión me has comentado que este color te gusta, ¿no? —bromea, dándome un ligero beso en los labios.

Plantar las tres macetas nos lleva más de dos horas, ya que las interrupciones son constantes. Se me hace difícil estar al lado de Alan

mostrando sus espectaculares músculos bajo el sol y permanecer inmune a tal visión. Y como mis ruegos son inútiles, paso de sus cariñosas órdenes y actúo.

—Vamos, mi caliente Rebe, ¿puedes parar aunque sólo sean unos minutos? Como no acabemos rápido con esto, nos vamos a achicharrar aquí al sol.

—La que me voy a achicharrar voy a ser yo de un momento a otro, pero no por el sol —digo, acariciando su abdomen y besándole el hombro—. Ponte una camiseta y así no tendré tentaciones a cada momento, ¿quieres?

—¡No me voy a poner una camiseta! Hace mucho calor, ¿quieres que muera asfixiado? —pregunta, pasando el dedo por mi escote entre mis pechos—. Mmmmm... tú también estás un poco acalorada. Te arrancaría ahora mismo esta camiseta tan bonita que llevas y pasaría la lengua por todo tu cuerpo para refrescarte...

—¡Dios, Alan! —Me lanzo sobre él, que está en cuclillas, y, perdiendo el equilibrio, caemos los dos sobre el césped.

Entre risas, nos besamos y, rodando sobre la mullida cama verde, se coloca sobre mí y me muerde el lóbulo de la oreja.

—Venga, mi traviesa Rebe, sé buena y acabemos rápido con la jardinería, que luego plantaré mi árbol en tu jardín. ¿Quieres?

—¡Vamos, quítate de encima y corre, que tenemos mucho trabajo! —grito, empujándole para quitármelo de encima.

—Sabía que te gustaría la idea...

Al llegar frente a mi coche, vuelvo a la realidad. Entro en él con rapidez, tengo que irme de aquí cuanto antes. No estoy preparada todavía para verle. Esos ojos tristes me han destrozado y no soy capaz de tenerlos a tan poca distancia. Me arrebatarían lo poco sano que me queda de corazón.

—¡Mierda! ¿Dónde está la maldita llave? —mascullo entre dientes, mientras la busco desesperada. Miro en la bandeja del salpicadero, por el suelo y, al inclinarme, algo se me clava en la ingle. La llave. La saco del fondo de mi bolsillo y arranco el coche.

Me marchó de ahí como alma que lleva el diablo y al pasar frente a la casa y echar un último vistazo, puedo ver cómo la puerta de la entrada empieza a abrirse. Acelero y huyo sin mirar por el retrovisor.

Viernes, 4 de octubre

Del proyecto de Terry, ya tengo las paredes levantadas y los suelos colocados sobre la base que simulará un precioso jardín, así que ayer le llamé para que se pasara por casa y diera su visto bueno, antes de seguir ya con la colocación de tabiques interiores, puertas y ventanas.

Llega pasados pocos minutos de las doce del mediodía, enfundado en su elegante traje y saludándome con su seductora inclinación de cabeza, seguida de un casto beso en la mejilla. Instintivamente, le pongo una mano en el bíceps para mantener un poco la distancia y reconozco que me gusta lo que noto ahí debajo. No tan espectacular como Alan, pero seguro que algo que merece un buen piropo o una buena mirada.

—¿Cómo estás, Rebeca? —pregunta, sin soltar mi cintura.

—Bien, gracias. Ven, te enseñaré lo que tengo —respondo nerviosa.

—Mmmmm... qué bien sonaría eso en otro contexto diferente...

Me doy la vuelta, reprendiéndolo con la mirada sin dejar de caminar hacia el taller y me río al ver su cara.

—Perdón. Ha sido un impulso incontrolable... —bromea, dándose un suave manotazo en sus bonitos labios.

Tal como yo esperaba, y no quiero parecer presuntuosa, el trabajo le encanta, así que lo que me toca es seguir trabajando y acabarlo en menos de un mes, para que pueda llevárselo a su casa de regreso a Madrid.

—Me parece realmente increíble. Ya me lo estoy imaginando terminado y va a ser espectacular —dice, rodeando la mesa de trabajo sin quitarle ojo a la maqueta.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Terry? —le digo, mirándolo mientras se pasea por la habitación.

—Por supuesto. Lo que sea. Pero eso te va a costar que yo te haga otra después. —Se coloca delante de mí, apoyando su trasero en el filo de la mesa y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Vale, pero yo no sé si te responderé...

—Lo harás...

Ignoro su desafiante afirmación.

—¿Esto es un regalo especial para alguien? —Clava su mirada en mí y, ladeando la cabeza, me contesta, aunque no lo que yo quería.

—Igual te gustaría hacer la pregunta de otra manera. ¿No te interesaría más saber si tengo a alguien especial en mi vida? —Se levanta y se acerca a mí, yo retrocedo.

—Nooooo. ¡No me importa en absoluto a quién tienes en tu vida! Simplemente era... curiosidad profesional.

—Ya entiendo. Entonces, ¿por qué te pones a la defensiva?

—Mira, Terry, da igual. No me contestes.

—Eh, eh, huracán Rebeca, tranquila. Lo sé, lo he vuelto a hacer. Lo siento. —Posa sus manos sobre mis hombros y su media sonrisa me tranquiliza—. Ahora voy a hacerte yo mi pregunta.

—No voy a contestarte. Tú todavía no has respondido a la mía. —Intento parecer enfadada, pero viendo su expresión divertida me es imposible.

—Te responderé con mi pregunta. ¿Qué me dices? ¿Te arriesgas?

—Eso son dos preguntas —respondo, apartando sus manos de mí.

—Éstas no cuentan. —Ríe.

—Está bien, dale.

—Dale, mmmmm. —Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. ¡Dios, qué atractivo es!

—Terry, contrólate...

Aunque eso creo que debería decírmelo a mí misma.

—Bien, allá va. ¿Quieres comer conmigo y, mientras degustamos unos exquisitos manjares, te cuento para qué quiero esta maqueta que no es para nadie especial?

—Bufff, ¿y ahora qué contesto yo? Ya me has dejado con la intriga.

—Pues muy fácil, di que sí.

—Sí.

—¡Bien! Pues vamos.

—Eh, eh, no tan deprisa, ejecutivo agresivo. Necesito un repaso antes de salir de casa.

—Yo sí que te daba un... —Enmudece de golpe, arqueando la ceja izquierda y sonriendo—. Iba a decir que estás perfecta, pero, por supuesto, esperaré aquí pacientemente.

—Eso está mejor. No tardo nada. ¿Quieres tomar algo para hacer más dulce la espera?

—No, gracias. Haré un par de llamadas mientras —contesta, mostrándome su móvil de ultimísima generación.

Ya en el restaurante y una vez pedida la comida, lo miro interrogante.

—Esperas mi historia, es eso, ¿no? —me pregunta con mirada seductora.

—Eso es. —Apoyo la barbilla en los nudillos de la mano y lo miro de nuevo, ahora fijamente.

—Pues deja de mirarme así o harás que me porte mal.

—Terry, tú hoy quieres acabar comiendo solo, ¿no?

—¡No, por Dios! Está bien —dice, juntando las manos pidiendo perdón.

Nos traen ya el primer plato y él empieza a hablar, mientras juguetea con la comida, dándole vueltas con el tenedor.

—Hace unos cinco años, yo tenía mi empresa aquí. Gozaba de un gran prestigio y todo proyecto que me proponía lo conseguía. Estaba felizmente casado, pero... mi esposa murió.

—Terry, lo siento, no sabía... No sigas si no quieres... —Le cojo la mano en un impulso de protección y consuelo y él aferra con fuerza mis dedos.

—No te preocupes. Lo superé. Pero no estoy acostumbrado a hablar de ello... Tras su muerte, caí en una especie de depresión que me llevó a la ruina total. Perdí la empresa, el prestigio y casi pierdo la cabeza. Fue entonces cuando decidí mudarme a Madrid. Tenía que poner kilómetros de por medio, porque, si no, hubiera hecho algo de lo que me habría arrepentido toda la vida. Empecé de cero con un pequeño estudio de arquitectura que no tardó ni dos años en convertirse en lo que es ahora. He superado con creces lo que tuve. Y aquí estoy, a mis cuarenta y dos, solterón y enteramente dedicado a mi trabajo.

—Me alegra mucho oír eso.

—Y aquí entra en juego tu maqueta. Será la imagen exacta de lo que fue mi primera empresa, que aunque me trajo mucha desgracia, siempre tendré que agradecer que me hiciera como soy ahora.

—¿Y cómo eres? —Me siento totalmente absorbida por sus palabras.

Mi mano sigue prisionera de la suya y ahora con el pulgar me acaricia los dedos.

—¿En serio quieres saberlo? —pregunta, acercando su rostro al mío.

El nerviosismo acciona la palanca de cambios en mi espalda, que se arquea hacia atrás e interpone una prudencial distancia entre nosotros.

El sonido de su móvil nos salva de tan incómoda situación. ¡Menos mal, salvada por la campana!

—Disculpa, es de la oficina en Madrid, tengo que contestar. —Asiento con la cabeza, aliviada por esta interrupción y deshaciéndome de su mano—. Buenos días, Klaus. ¿Todo bien?

Me mira mientras escucha y poco a poco su sonrisa va desapareciendo hasta adquirir una expresión furiosa.

—Klaus, todavía no he terminado, ni mucho menos, con todo lo que me ha traído hasta aquí. ¿No hay forma de que os las apañéis sin mí durante un par de semanas al menos?

Escucha la respuesta que le está dando su interlocutor. Al instante recuerdo las conversaciones de Alan con Jan. ¡Qué diferentes son! Terry, aunque su rostro refleje el enfado que le supone la llamada, no ha perdido en ningún momento la compostura ni la educación; en cambio, Alan se ponía... Me aleja de mis pensamientos la despedida de Terry.

—Entendido, Klaus. No te preocupes. Esta misma tarde cojo un vuelo para allí. Te aviso en cuanto aterrice. —Lanza la servilleta sobre la mesa mientras suelta un suspiro—. Hasta luego, Klaus.

Lunes, 7 de octubre

Empieza una nueva y fatigosa semana. Terry se marchó el viernes por la tarde, aunque prometió volver. El sábado me llamó y me hizo reír durante un rato. Me molesta su arrogancia, creyéndose irresistible y perfecto, pero al mismo tiempo me divierte el sentimiento de culpa con que acompaña luego todas sus salidas de tono. Me hizo prometerle que no descuidaría su pedido y me aseguró que volvería pronto por lo que le pertenece. Además de eso, sus frasecitas sentenciosas me ponen a cien, con una mezcla de nerviosismo e intriga que no sé muy bien cómo encajar.

De vuelta en casa después de haber dejado a los niños en el cole, suena mi móvil.

JAN PEARCE llamando...

«Ohhh, no... Jan, por favor, no me hagas esto.»

—Hola, Jan —saludo.

—Rebeca... —Su voz de repente me traslada a cuando hablé por primera vez con él, pues suena exactamente igual que aquel fatídico día en que me comunicó el accidente de Alan.

—¡Jan, ¿qué ocurre?!

—No, no te asustes, Rebeca, Alan ahora está bien.

—¡¡¡¿Ahoraaaa?!!! ¡¿Qué quieres decir?! —Mil malos pensamientos invaden mi cabeza, otro accidente o que haya querido hacerse daño él mismo...

—Sus dolores de cabeza han aumentado y hace dos días sufrió una crisis convulsiva... —Empiezo a perder audición y la vista se me oscurece rápidamente. Las piernas no me sostienen y me desplomo sobre el sofá, haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantenerme consciente—. Hoy ha regresado a casa, después de dos días en el hospital. Le han recetado un fuerte medicamento y parece estar bajo control.

—¿Él te ha pedido...?

—No, Rebeca, le pediste que no lo hiciera y sabes que no lo hará. Se muere por tenerte a su lado, pero respetará tus deseos. Sufre muchas

pesadillas que normalmente preceden a sus migrañas, y en ellas grita continuamente tu nombre. Es desgarrador oírlo.

—Jan... —Mis sollozos son lo único que salen de mi boca. Soy incapaz de articular palabra.

—Te lo pido yo, Rebeca, como amigo. Por favor, ven a verle.

—Jan, no puedo... llevamos dos meses separados y cada día es más doloroso que el anterior. No puedo volver a revivirlo todo otra vez.

—No quería decirte esto, pero me veo obligado. En estos dos meses, los beneficios de la empresa han caído en picado, hemos perdido buenos clientes por culpa de sus malas negociaciones y, lo peor de todo, es que a él le da igual todo y, además, su salud se está esfumando. Esto no es lo que querías cuando le dejaste, ¿verdad?

Sus palabras se me clavan como puñales en el corazón. No. Yo quería que tuviera un futuro brillante y que encontrara a alguien que le hiciera feliz.

No quería eso. ¡Claro que no!

—No, Jan, ¡lo amo! ¡No he dejado de pensar en él ni un minuto en estos dos malditos meses! —Mis lágrimas brotan de nuevo y, entre sollozos, consigo decirle que iré. Iré a verle, pero que me dé un par de días. Necesito mentalizarme y encontrar el momento idóneo. Ahora me siento muy débil y no creo que pudiera soportar la tensión y emoción de verle de nuevo.

—¡Gracias, Rebeca! Pero ¡no tardes, por favor! ¡Cada día que pasa es peor!

Cuando cuelgo el teléfono, no puedo evitar empezar a darle vueltas a todo. Igual que aquel día, después de que Jan me comunicara el accidente. ¿Sería Alan el que el pasado miércoles salió de la casa y me vio? ¿Fue eso lo que le provocó la crisis? ¿Saber que estuve allí y me fui sin querer verle?

Lanzo el móvil sobre el sofá y rompo a llorar desesperada.

Miércoles, 9 de octubre

Durante estos dos días he estado haciendo mis tres comidas diarias. Tras la llamada de Jan, me he obligado a mí misma a cuidarme para coger fuerzas y estar lúcida y preparada para ver a Alan. Este fin de semana estaré sola, así que decido llamar a Jan para avisarle de que el viernes por la mañana iré a casa de su querido amigo-socio. Si las cosas no salen bien, podré llorar desconsoladamente a solas en mi casa. Le pido que, por favor, él esté también allí y que lo avise de mi visita, por si no quiere verme.

—Jan, por favor, con lo que sea que te diga, llámame, por lo que más quieras. Sé que le he hecho mucho daño y es posible que no quiera verme.

—Rebeca, eso es imposible. Lo único que quiere y necesita es que estés a su lado.

—Vale, Jan, pero tú díselo y me llamas. ¿Lo harás?

—Sí, cabezota... Lo haré, no te preocupes.

—Gracias, Jan. No sé qué habría hecho si no estuvieras ahí siempre. Te quiero mucho. Eres un amigo excepcional.

—Yo también te quiero, Rebeca. A los dos. Y mucho, lo sabes.

Jueves, 10 de octubre

Esta mañana he llevado un ritmo frenético de trabajo. Me duelen los brazos después de horas del incansable esfuerzo al que me estoy sometiendo para aplacar mis nervios. Ya no siento el tacto de la madera, pero el entumecimiento que sufren las yemas de mis dedos no me hace bajar la intensidad de movimientos. Además, tengo que terminar la casita de Terry cuanto antes, ya que si todo sale como espero, estaré unos días sin poder dedicarle todo el tiempo que quiero a mi trabajo.

Al mediodía suena la melodía de llamada entrante de mi móvil, una de las canciones que Alan y yo tanto habíamos escuchado de Ryan Star, y del brinco que doy sobre el taburete, los alicates que en ese momento sostenía en la mano derecha, anclando una ventana en su hueco, salen disparados hacia la otra punta de la mesa de trabajo.

—¡Joder, qué susto!

Cojo el teléfono y al ver el nombre de Jan en la pantalla me pongo más nerviosa todavía.

—¿Qué tal, Jan? Casi me matas del susto —saludo al descolgar.

—Buenos días, Rebeca. ¿Por qué me dices eso? ¿Tan feo te parezco que hasta recordarme te asusta? —bromea él al otro lado de la línea.

—No, tonto, sabes que no es eso. Pero me tienes en tensión, esperando tus noticias —respondo nerviosa.

—Pues relájate. Esta mañana he hablado con Alan y, tras recibir una monumental bronca por haber hablado contigo, me ha dado las gracias y te está esperando con muchas ganas e ilusión.

—¡Bufff, qué alivio! Te juro que esta noche no he podido pegar ojo.

—Te lo dije, Rebeca. Es lo único que está deseando desde que te fuiste. ¿Cómo querías que no fuera así? Era imposible... —me reprende.

—Ya, Jan. Pero es que yo, me he portado tan... —No me deja terminar la frase.

—Basta, Rebeca. El pasado, pasado está. Empieza una nueva etapa y eso es lo único que importa ahora. ¿Entendido?

—Tienes razón. Gracias otra vez —respondo, presa ya de la emoción.

—De nada. Nos vemos mañana, ¿vale? Te dejo, que me llama el jefe.

—Un beso, Jan —me despido, sonriendo al imaginar la situación.

—Otro para ti, preciosa.

La llamada de Jan me quita un enorme peso de encima y eso se nota en mi estado de ánimo. Doy por terminado mi trabajo. Me sirvo una copa de vino blanco y me siento en el sofá para disfrutar de un agradable ratito de música.

Por la noche, cuando estamos recogiendo la casa y a punto para que los niños se vayan a dormir, me sorprende el comentario de mi hija:

—Mamá, te quiero —dice, mientras me coge la mano.

—Lo sé, cariño. Y yo también a ti, mucho. Pero ¿a qué viene eso ahora? —pregunto, intentando parecer divertida, aunque su muestra de amor me haya fulminado el corazón.

—No lo sé. Hace tiempo que te veo triste. Y hoy me has recordado a cómo eras antes de las vacaciones. No sé lo que te pasa, pero hoy te veo mejor. Sólo quería que lo supieras.

—Gracias, hija. No te preocupes por mí. Os tengo a vosotros. Tú y tu hermano hacéis que cualquier problema, por muy grande que sea, parezca una tontería.

Y lo que le digo es cierto. Ellos son mi vida. De no ser por mis dos hijos, no creo que lo hubiera podido soportar. Ha habido días de dolor extremo, en los que, en el momento oportuno y sin esperarlo, una simple sonrisa suya o cualquier comentario inocente me han hecho volver a la realidad y valorar lo que tengo. Su amor incondicional.

Cuando me meto en la cama, sé que me va a costar dormirme. Me siento como si me hubiera tomado cincuenta cafés bien cargados. Y no puedo dejar de pensar en mañana. En ese reencuentro. Algo tan deseado y tan temido al mismo tiempo.

Viernes, 11 de octubre

Antes de salir de casa para llevar a los niños al cole y luego dirigirme a casa de Alan, recibo un WhatsApp de Jan.

Buenos días, Rebeca.
Que no se te olvide nuestra cita.
Alan te espera ansioso.

(En línea)

¿Está bien?

(Escribiendo)

Sí, la medicación le va bien.
Esta semana sólo ha tenido dos ataques de dolor.
Además, por primera vez en mucho tiempo
tiene la mirada más animada.

(En línea)

Me alegro mucho. Tengo que ir a dejar a los niños.
Nos vemos en media hora.
No te vayas, por favor.

(Escribiendo)

Aquí estaré.
Hasta ahora.

Después de dejar a los niños en el cole, y antes de ponerme en marcha, llamo a Sofía.

—Buenos días, Rebeca —me saluda cuando descuelga.

—Hola, Sofía. Te llamo para recordarte que si todo sale bien, seguramente este fin de semana estaré con Alan, así que si me llamas y no

contesto, ya sabes por qué es... —le digo en tono pícaro.

—¡Sí, como para olvidarlo! —grita ilusionada—. Rebeca, todo saldrá bien, pero para cualquier cosa, ya sabes que puedes llamarme a la hora que sea, ¿vale?

—Sí, descuida. Te mantendré informada. Hasta luego, Sofía y gracias por estar a mi lado. Te quiero mucho —le confieso emocionada.

—Yo también te quiero, Rebeca. Un beso —se despide ella.

Tras aparcar justo enfrente de la entrada, dirijo mis pasos inseguros hacia el porche de la casa. Llamo al timbre con dedos temblorosos y a los pocos segundos la puerta se abre y aparece el rostro afable de Gaby.

—¡Ohhhh! ¡Gracias al cielo que estás aquí! —Sus brazos me envuelven por completo y siento aumentar mi nerviosismo—. Ohhh... querida... ¡no sabes cuánto te echa de menos y cuánto te necesita! Está arriba. ¿Subes?

—No, Gaby. Prefiero esperararlo en el jardín.

En el salón aguarda Jan. Sus bonitos ojos verdes reflejan la alegría de verme y nos fundimos en un abrazo, mientras oigo el ligero repiqueteo de los zapatos de Gaby al subir la escalera en dirección a la habitación de Alan para avisarlo de mi llegada.

—Gracias, Rebeca.

Ahí, entre sus brazos y a tan sólo un palmo de su cara, puedo contemplar el enorme agradecimiento que refleja ese rostro tan atractivo.

—Gracias a ti por ser un gran amigo, Jan. Voy a esperarle fuera.

Salgo al jardín. Necesito aire. No puedo soportar la presión en mi estómago. Me siento a punto de soltar un estridente grito lleno de nerviosismo y desesperación. Al cabo de unos minutos, un leve sonido detrás de mí atrae mi atención. Sé que es él y, con lentitud, me doy la vuelta sobre el césped para encontrarme con sus seductores ojos, negros y profundos, pero para nada brillantes y llenos de vida, como hace unos meses. Poco a poco, sus labios se van arqueando, dejando entrever un esbozo de lo que fue su sonrisa, esa sonrisa que despertaba en mí tantos sentimientos.

Echo a andar hacia él, mientras los ojos se me llenan de lágrimas. Él avanza dos grandes pasos hacia mí, al mismo tiempo que abre sus brazos y, al llegar frente a mí, me estrecha entre ellos en un fuerte y sentido abrazo.

—¡Perdóname, Alan! —Mis sollozos no me permiten decir nada más.

—¡Rebeca! —Su voz se rompe en mil pedazos y siento sus lágrimas juntarse con las mías sobre mis mejillas.

—Alan... pensaba que sería lo mejor para ti. ¡Perdóname, por favor!

—¡Rebeca, ¿qué te has hecho?! Estás tan... delgada...

—Ohhh... Alan... yo estoy bien, pero tú... tus dolores... debiste dejarme llamar al médico la primera vez.

—Mi amor, ésa no fue la primera vez, ya había tenido otros, pero no quería preocuparte. —Me acaricia las mejillas con los dedos y vuelvo a sentir el calor sofocante de sus manos. Clava los ojos en los míos durante lo que me parece una eternidad y me pierdo en ellos.

—Alan, no he dejado de pensar en ti ni un solo día. Y me odio a mí misma por todo lo que te he hecho pasar. Por favor, ¿podrás perdonarme alguna vez? —suplico, mientras me aferro a su cuello.

—No tengo nada que perdonarte. Pensabas que hacías lo correcto. Pero ya da igual. Estás aquí y eso es lo único que me importa.

Me cuelgo de su cuello mientras él me sostiene veinte centímetros sobre el suelo, aferrando mi cintura, totalmente pegada a él, a ese cuerpo que tanto he echado de menos.

Por encima de su hombro, puedo ver a lo lejos que Jan está consolando a Gaby, que llora presa de la emoción.

—Rebe... no puedes ni imaginarte lo mucho que te he echado de menos... —Su voz vuelve a romperse y no puedo resistirlo más.

Mis labios sellan los suyos y le beso con todo mi corazón, con todo mi amor. El tímido contacto con la punta de su lengua me embriaga de tal manera que mi cabeza gira y gira y se pierde sobre las nubes, igual que me sucedía durante todos los meses que estuve junto a él.

—Rebeca... ¿quieres pasar la tarde aquí conmigo? Necesito sentarme a tu lado, necesito hablarte... —pregunta, con su frente pegada a la mía.

—Sí, claro, no podría desear otra cosa más que estar contigo.

—Bien. —Su sonrisa aparece de nuevo y sus ojos es como si recuperaran parte de su brillo—. Déjame hacer un par de llamadas y arreglar cuatro temas con Jan y luego seré todo tuyo, si quieres.

—Sí que quiero, Alan. Te quiero. Nunca he dejado de hacerlo.

Ahora es él quien me besa, pero ya de una forma apasionada y siento su lengua invadir mi boca como tantas otras veces la he sentido. Sus manos me sujetan por la espalda y enredo los dedos en su pelo, que lleva más largo de lo normal.

—Ohhh... Rebeca... mi vida... yo también te quiero.

Cogidos de la mano, nos dirigimos al salón, donde nos esperan Jan y Gaby sin poder disimular en sus rostros la alegría y la emoción que sienten.

—¿Se puede saber qué hacéis ahí plantados? ¿No tenéis trabajo o qué? —grita Alan de una forma casi divertida.

De inmediato, Gaby sale disparada hacia la cocina entre risitas nerviosas y secándose los ojos, mientras Alan se une a Jan, que le pasa un brazo por los hombros en un acto de profunda amistad. Alan se vuelve y, mientras me mira a los ojos, me dice...

—Rebeca, por favor, no te vayas.

—No me iré nunca más. —Su súplica vuelve a romperme el corazón y de nuevo las lágrimas me escuecen en los ojos.

Me uno a Gaby en la cocina, que otra vez me estrecha entre sus brazos.

—Ohhh... Rebeca, gracias por volver. ¡Santo cielo! —grita al mirarme—. ¡Estás horrible! Anda sube al baño y lávate la cara.

Cuando entro en la habitación de Alan, mil recuerdos invaden mi mente. Me siento en la cama y cojo su almohada, me abrazo a ella y me dejo llevar por su olor. Estoy aliviada por su reacción, pensaba que nuestro reencuentro sería más traumático, pero todavía sigo sintiendo un peso muy grande dentro de mí al recordar sus ojos y el reflejo del dolor y la pena que todavía se puede apreciar en ellos.

Me levanto para meterme en el cuarto de baño. Gaby tiene razón. El espejo me devuelve mi imagen, la de un rostro lleno de regueros negros y con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Me lavo la cara y, sin pensarlo, de manera instintiva, abro el cajón donde guardaba antes mis cosas. Me paralizó al descubrir que ahí sigue todo, igual que lo dejé. Mi cepillo de dientes, mi peine, mi maquillaje... Todo... En el fondo, él sabía que volvería.

—¡Eso está mucho mejor! —grita Gaby, al verme aparecer por la puerta de la cocina de nuevo.

Me siento en la isleta central y en segundos tengo frente a mí una inmensa taza de café con leche y un plato repleto de bollos y galletas caseras.

—¡Anda, come! ¡Que buena falta te hace! —dice mirándome de arriba abajo.

—Gracias, Gaby...

—¿Cómo estás, mi niña? —Su expresión se vuelve tierna y llena de preocupación.

—Ahora mejor. Lo siento, Gaby. Siento tanto todo por lo que le he

hecho pasar, pero pensaba que era lo correcto. Tenía que dejar que viviera su vida. Pero me equivoqué... —Me interrumpo, porque la emoción ya no me deja continuar.

—No... no... no... tranquila... no llores más. Jan me contó lo del concurso del hotel. Y por qué te fuiste. Alan no ha hablado con nadie en estos meses. Lo hemos pasado todos muy mal. Pero tú... a juzgar por tu aspecto... es obvio que tampoco lo has pasado demasiado bien. Pero ahora todo irá de maravilla —sigue diciendo—. Venga, come, voy a prepararos un almuerzo realmente exquisito.

—Gracias, Gaby. —Y me concentro en dar buena cuenta del desayuno, mientras escucho los típicos y añorados parloteos de esta admirable mujer.

Alrededor de las dos, las puertas del estudio se abren. Gaby nos ha preparado la mesa y ya está vestida, dispuesta para marcharse. Jan y Alan irrumpen en la cocina.

—Gaby, ¿te llevo a casa? —le pregunta Jan.

—Ohhh... sí, gracias cariño, me ahorraré un fatigoso viaje en autobús.

Se despide de mí con un caluroso abrazo y un sonoro beso en la mejilla, mientras, detrás de ella, Jan, de pie, espera su turno.

Me estrecha entre sus brazos durante un tiempo que se me hace interminable, al tiempo que mis ojos se encuentran con los de Alan y todo en mi interior se remueve de una manera incontrolable. ¡Dios! Quiero estar a solas con él ya... ¡Quiero abrazarlo a él!

—¡Gracias por venir! —me repite Jan, besándome en las mejillas con efusividad y se va con Gaby.

Sigo sentada en el taburete y, ya solos en la cocina, Alan avanza hacia mí. El calor me abrasa cuando me hundo entre sus brazos. Síii, éste es mi sitio. Junto a él. Entre sus brazos.

—Alan, yo... —Su dedo se posa sobre mis labios—. No, Alan, necesito decirte una cosa... —continúo, cogiéndole la mano—. Durante estos meses he pasado un infierno. Sé que tú también, además de soportar que te abandonara, has tenido que luchar por tu salud. Pero quiero que sepas que... no puedo vivir sin ti... quiero estar contigo siempre... aunque entenderé que no puedas perdonarme y aceptaré tu decisión, sea la que sea, aunque ésta sea la peor para mí.

Me estrecha con más fuerza, con su cuerpo totalmente pegado al mío, entre mis piernas, la frente apoyada contra la mía y sus nudillos

acariciándome con suavidad las mejillas.

—Rebeca... mi amor... estás aquí y es lo que he estado esperando desde el día en que te fuiste. Eres mi vida y te quiero a mi lado hasta que tú quieras, lo sabes.

Hundo la cara en su pecho. Parece que el corazón se me vaya a salir por la boca. Es tanta la emoción que siento, es tanto el deseo de sentirlo cerca... He añorado sus abrazos, sus besos, sus caricias... Quiero sentirlo otra vez todo. Pero me faltan manos, me falta cara, me falta piel... para hacerlo de todas las formas posibles que existan. Quiero acariciar su espalda, sentir su pecho en mis mejillas, quiero besar sus labios, abrazarlo, ¡y quisiera hacerlo todo junto! ¡Todo al mismo tiempo! ¡Para sentirlo tanto y tan intensamente como sea posible!

—¡Alan, te quiero! ¡No dejes que me vaya otra vez, por favor! ¡Átame si es necesario, pero no dejes que vuelva a hacerlo! He deseado tantas veces que me llamaras, que me pidieras que volviera...

—Me dijiste que no lo hiciera...

—Lo sé, lo sé, pero no vuelvas a hacerme caso, de verdad.

—Está bien, te ataré si es necesario. Me gusta esa idea. —Y ahí está de nuevo el brillo en sus ojos y su sonrisa sensual y enloquecedoramente cautivadora en ese rostro que durante tanto tiempo he añorado y tanto he deseado volver a ver y besar.

Nuestras bocas se unen y su beso desata mi pasión. Me agarro a su cuello y, enroscando mis piernas a sus caderas, dejo que me levante del taburete. Quiero ser suya y que él sea mío. Sus ojos se abren y se separa de mi boca asombrado.

—¡Rebeca! Pero ¿cuánto peso has perdido? —pregunta temeroso.

—No lo sé. Pensando en ti, la mayoría de los días ni me acordaba de comer.

Su mirada se desvía hacia la mesa preparada por Gaby y, lentamente, me deja sobre el suelo.

—Pues eso se acabó. Tienes que alimentarte bien —afirma, mientras me arrastra hacia la mesa.

—No, Alan, no tengo hambre... Te quiero a ti, por favor... —lo intento persuadir, agarrándolo por la cintura.

—Ohhh... Rebeca... Mi siempre impaciente y dispuesta Rebeca... Me alegro de que sigas siendo así... —dice, besando con dulzura mis labios y

pasándome el pulgar por la barbilla—. Y yo me muero por meterme entre tus piernas, te lo aseguro, pero voy a ser fuerte y tú también lo vas a ser, porque ahora me vas a hacer caso, princesa. Primero vamos a comer.

Me siento a la mesa enfurruñada y molesta, pero no consigo alargar mi mal humor mucho tiempo más. Mientras comemos, nos ponemos al día de lo que han sido estos meses para cada uno de nosotros. Yo le hablo de mis nuevos proyectos y él, de sus últimas malas gestiones. También me habla de sus dolores y de la crisis que sufrió hace unos días.

Me tranquiliza diciéndome que las pruebas no reflejan nada grave, tan sólo debió de ser un episodio aislado provocado por un cúmulo de tensiones y estrés, pero que no existen indicios de que tenga que volverse a repetir, aunque de momento deba seguir con la medicación, para evitar posibles recaídas.

—Vale, chico malo, entonces, ¿crees que haces bien bebiendo esto? —pregunto, lanzando una mirada a su copa de vino—. No creo que sea muy compatible con tu medicación, ¿no?

—Hoy es una ocasión muy especial, princesa.

Al terminar de comer, cogemos nuestras copas y vamos al salón. Me siento en el sofá con la mía en la mano y Alan se dirige al equipo de música. Empieza a sonar Ryan Star, la canción *You and me*.* Él me coge la copa y la deja sobre la mesa, mirándome a los ojos. Me levanta y nos fundimos en un abrazo, mientras nuestros pies se deslizan al son de la música. Su cuerpo se estremece junto al mío y mi estómago empieza a temblar, para luego seguirle mis piernas.

Noto bajo las manos ese calor tan gratificante de su pecho, cubierto ahora por la camiseta. Empiezo a acariciarlo y él también a mí la espalda. Ahora suena *Gonna make it right*.* Qué apropiado. Sí, estamos haciendo lo correcto. Nuestro destino es estar juntos.

Lo arrastro hasta el sofá y, de rodillas el uno frente al otro, empezamos a desnudarnos. Le quito la camiseta y, rápidamente, sus manos se dirigen a mis pantalones, que me desabrocha en un segundo. Me los bajo y salgo de ellos de un salto. Él ya se ha despojado de los suyos sin apartar los ojos de mi cuerpo. Lanzo mi camiseta al suelo y Alan me aprisiona contra su pecho, besándome el cuello y acariciándome entera. Me desabrocha el cierre del sujetador y éste se desliza por mis brazos. Me dejo caer sobre el sofá mientras

arrastro a Alan conmigo, él queda suspendido encima de mí, apoyado sobre sus fuertes brazos y sonriéndome... con esa sonrisa perturbadora que siempre me ha llevado a la locura, acercando poco a poco su cara a la mía.

Sus labios se pegan a los míos y su cuerpo me acaricia con cada centímetro de su piel. Meto las manos en sus bóxers y las deslizo por sus bonitos glúteos, tirando luego de la prenda hacia abajo para dejarlo desnudo. Él hace lo mismo con mis bragas y, sin apartarse ni un milímetro de mi boca y sin despejarse su lengua de la mía, me penetra y hacemos el amor dulcemente al son de la música perfecta.

Una lágrima solitaria corre por mi sien para ir a caer sobre el sofá, mientras lo miro junto a mí, con la cabeza apoyada en la mano, contemplándome después del placentero y sensual sexo compartido.

—Rebe... ¿qué ocurre?

—Nada, es felicidad. Me siento viva de nuevo y feliz, muy feliz.

—Ohhh... cariño... te quiero... —susurra, mientras se acurruca sobre mi pecho.

Yacemos ahí el uno junto al otro, desnudos, tapados con una suave y ligera manta, hasta bien entrada la tarde, hablando, acariciándonos y besándonos. Aunque yo hace rato que estoy esperando su pregunta que, en efecto, no tarda en llegar.

—Rebeca, ¿puedes quedarte conmigo este fin de semana?

—Sí, mi amor, puedo. Y si no hubiera podido, te juro que lo hubiera cambiado todo para estar contigo. Pero tendré que ir a buscar mis cosas a casa.

—Vale, pero te acompaño. No quiero separarme de ti ni media hora.

Viernes, 11 de octubre (por la noche)

Subimos la escalera de mi apartamento y mi mente vuela hacia el primer encuentro que tuvimos en mi casa.

Entramos en mi habitación y, mientras yo voy metiendo algo de ropa en mi bolsa, Alan, sentado en la cama, me mira con insistencia. No me puedo resistir y me acerco a él, colocándome entre sus piernas. Le rodeo la cabeza entre mis brazos y lo estrecho contra mi pecho. Me encanta su nuevo pelo. Es muy agradable notar cómo se enreda entre mis dedos.

—¿Vas a hacerte hippie ahora? —bromeo, revolviéndoselo.

—No... —Ríe—. El lunes me lo cortaré si no te gusta.

—¡No! ¡Me encanta! Alan, no puede haber nada en ti que no me guste. Te lo dije una vez, me gustas de todas las maneras.

Sus fuertes brazos me agarran por la cintura y me lanzan sobre la cama. Está donde más quiero. A mi lado.

—¿Te acuerdas de la primera vez que viniste a mi casa? —pregunto, mirándolo a los ojos.

—Imposible olvidarlo, ni ese día, ni muchos otros pasados junto a ti. Venga, coge tus cosas. Quiero que vayamos a cenar al Ola's. Igual que en nuestra primera cita.

—Pero... tenemos... tiempo... —A medida que mis palabras salen de mi boca, mis labios van besando su cuello—. No... hace... falta... ir a... cenar... tan... pronto...

Lentamente, se deja caer sobre la cama proporcionándome una visión perfecta de su cuello y su pecho. Lo sigo besando hasta el pico de la camiseta y, cruzando los brazos sobre su abdomen, él la agarra por el borde inferior y se la quita rápidamente por la cabeza.

—Ohhhh... Rebeca... me gustan tanto tus besos... sigue por favor...

Me siento a horcajadas sobre él y empiezo de nuevo a besar su cuello, mientras con las manos vuelvo a acariciar sus pectorales y a sentir su calor. Recorro con besos sus hombros, sus bíceps, mientras su garganta emite dulces y suaves gemidos. Le beso entonces los pezones, el esternón, subo de

nuevo hacia arriba y mi boca se posa en sus clavículas, para luego seguir por su cuello, el lóbulo de la oreja... Gira la cabeza y nuestros labios se encuentran. Me aparto de su boca, quiero seguir besándolo, quiero seguir sintiendo en mis labios ese cuerpo tan añorado, tengo que recuperar muchos besos perdidos.

Antes, en su casa, hemos hecho el amor, pero casi no nos hemos tocado, ha sido un acto «limpio» y lleno de amor. Lento y dulce. Ahora ansío tocarlo. Deseo más que nunca sus caricias. Todavía le echo de menos. Le necesito más.

Me incorporo a su lado, deshaciéndome de la camiseta y de los pantalones, mientras él hace lo mismo con los suyos. Intenta incorporarse y agarrarme, pero se lo impido apoyándome en su pecho.

—Chis... todavía no he acabado con mi recorrido de besos.

—Rebeca... necesito tocarte...

—Yo también necesito que me toques... pero también necesito besarte...

Y mis labios continúan deslizándose sobre su pecho, su abdomen... esos oblicuos que tanto acaricié meses atrás y que tanto me gustan...

—Ohhh... Alan... qué músculos... sigues estando buenísimo, mi amor...

—He pasado muchas horas en el gimnasio. Era una forma de canalizar mi rabia y mi pena.

Vuelvo a sentir una punzada de dolor en el corazón, imaginándolo en su lucha contra las máquinas. Llego a la cinturilla de sus bóxers y, bajando sobre ellos, empiezo a besar su miembro sobre la suave tela de algodón. Lo acaricio con las mejillas y noto cómo su erección aumenta bajo mi cara. De repente, se incorpora, me sienta a horcajadas sobre él y, sujetándome la cabeza, me besa entre gemidos de placer. Introduce la lengua en mi boca, invadiéndola por completo.

Por mi mente cruzan imágenes pasadas de nuestros encuentros sexuales más salvajes y mi cuerpo se retuerce entre calambres de deseo. Lo empujo con fuerza sobre la cama, le arranco los bóxers de un tirón y, agarrándole el pene con furia, lo atrapo por completo con mi boca sedienta y ansiosa de él.

—Arrggg... Mmmm... Rebeca... —Su garganta inicia al instante una sinfonía de gemidos, al compás de mis frenéticos movimientos.

Cuando me doy cuenta, tengo las manos alrededor de su miembro erecto y lo masturbo con fuerza, mientras mis labios lo succionan con auténtica pasión. Arquea el torso y se mantiene suspendido en el aire al tiempo que me

sujeta la cabeza y sus abdominales parecen a punto de estallar bajo su piel, en respuesta al esfuerzo de su espalda por mantenerse erguido.

¡Dios mío! Es una visión perfecta de su cuerpo y eso hace aumentar más mi deseo de él, con lo que aprieto con más fuerza las manos y succiono con más rapidez, hasta que su eyaculación invade mi boca.

—¡¡¡Ahhh!!! ¡¡¡Ahhhhh!!! —Sus gemidos se han convertido en pocos segundos en auténticos gritos de placer incontrolable y eso... eso me encanta.

Cae derrotado sobre su espalda y el pecho le sube y baja al ritmo de su respiración acelerada. Mis labios emprenden una loca carrera de besos desde su erección hasta su cuello, para acabar tendiéndome a su lado. Tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta, jadeando, incapaz de articular palabra.

—¿Estás bien? —le susurro al oído.

Esboza una sonrisa y me mira.

—Mmmm... síii... pero me has pillado desprevenido. He perdido un poco la práctica, así que tendré que ir acostumbrándome ya a tu ritmo incansable y desenfrenado.

—¿No has estado con nadie durante este tiempo? —pregunto y, de repente, me invade un torrente desbordante de celos, temiendo su respuesta.

Se incorpora y ahora es él quien está sobre mí, con las piernas entre las mías.

—Rebe, no te me he podido quitar de la cabeza ni un solo día, ni una sola hora de cada día, ¿cómo puedes pensar que haya estado con alguien?

—No sé... creía que...

—No, Rebeca. Aunque sí tengo que decirte que muchas veces, recordando nuestros momentos... he tenido que... —confiesa, echando una mirada lasciva a su miembro, acompañada de un gesto de la mano—. ¿Y tú, has conocido a alguien?

—Noooo. Sólo he salido una vez por la noche con Sofía y en la discoteca me encontré con Jan y Sara. Él me contó cómo estabas y me fui llorando a casa. Los demás días los he pasado trabajando, con los niños y otra vez trabajando y más niños. Pero... volviendo a lo que has dicho antes... Mmmmmm... cómo me gustaría ver eso que dices que has tenido que hacer en alguna ocasión... y luego ayudarte con mi boca... —lo provoco, acariciando su entrepierna.

—Rebeca... me encanta tu boca... y me excita tanto correrme en ella...

—Y a mí me encanta usar mi boca contigo... y me excita mucho sentir tu

semen en mi lengua... por mi garganta... —susurro, acariciándome el cuello.

—Ohhh... cállate por favor... o tendré que obligarte a que me la comas otra vez... —musita en tono amenazante, mientras acaricia uno de mis pechos.

—¡No quiero callarme! ¡Oblígame! Escúchame, Alan... —sigo susurrándole, mientras me acerco a su oído otra vez—. Me muero por comerte la polla... quiero correrme chupándotela...

—Rebeca... basta... mmmm...

—Alan... quiero sentir tu polla en mi boca... —Sus manos, poco a poco aferran cada vez con más fuerza mi trasero. Sus dedos se clavan en mi carne. Lo estoy llevando al límite y es lo que quiero, porque entonces empezará el juego.

—Ahhh... ¡Joder!... Rebe...

—Oblígame a comértela... ¡métemela hasta la garganta, Alan!

De repente, me agarra las muñecas y, entre gemidos guturales, me arrastra fuera de la cama. De pie frente a mí, empuja mis hombros con fuerza y hace que me arrodille en el suelo, frente a él. Con una mano me sujeta del pelo con fuerza, mientras con la otra sostiene su pene excitado al máximo otra vez y lo introduce dentro de mi boca, moviendo las caderas adelante y atrás con rapidez y apretándome la cabeza contra él.

Yo sujeto su pene dentro de mi boca, apretándolo y succionándolo con furia, al tiempo que me empiezo a frotar el clítoris. Mis gemidos aumentan. Lo miro y veo cómo sus ojos se encienden al ver lo que estoy haciendo.

—¡¡¡Ahhhh, cómemela!!! ¡¡¡Síiiiiiii!!! ¡¡¡Muerde y no dejes de tocarme!!!

Obedezco sus órdenes y cierro los dientes con cuidado sobre su miembro endurecido al máximo, mientras mi lengua gira y gira en torno a él. Mis gemidos se vuelven más fuertes y siento mi vagina inundarse cuando mi placer explota, al mismo tiempo que mi boca es inundada por su elixir, que entra por mi garganta como un río desbordado.

Se le doblan las rodillas y cae frente a mí, con los ojos clavados en los míos y, regalándome una de sus sensuales sonrisas, me besa.

—Te quiero —susurra, limpiando con su pulgar los restos de su placer bajo mi labio.

—Y yo te quiero a ti, señor Gass. —Lo abrazo.

—Pero, mi amor —dice con el rostro triste—, no sé si vamos a poder estar mucho más tiempo juntos, porque conseguirás matarme si haces otra

vez que en tan sólo cinco minutos tenga dos brutales orgasmos seguidos.

Me río y sigo abrazándolo fuerte. Me gusta tanto... Y le quiero más que a mi vida.

—Vale, prometo no volver a hacerlo —contesto en tono sumiso.

—Bueno... tampoco es eso. La próxima vez dame diez minutos de respiro.

Y entre risas, besos y abrazos nos tumbamos en la cama.

—Venga, déjame acabar con la bolsa. Me doy una ducha, me visto y nos vamos, ¿vale?

—¿Qué hora es? —pregunta, mirando el reloj—. ¡Joder! ¿Son las nueve ya? El tiempo a tu lado pasa tan rápido... Ojalá los días que estamos juntos tuvieran sesenta horas. No me quiero ni imaginar lo que podríamos llegar a hacer.

—Alan... no me distraigas... —Lo beso en la mejilla y me meto en la ducha.

Cuando salgo, él está tumbado en la cama. Le lanzo la toalla sobre el cuerpo, tapando así su desnudez y alejando los calientes pensamientos que rondan por mi cabeza.

Al instante, me sorprende levantándose rápidamente y sujetándome por la cintura para lanzarme sobre la cama, donde me cubre totalmente con su cuerpo.

—¿Pensabas que te ibas a escapar de mí, chica mala? —Su tono autoritario y el roce de su miembro en mi sexo desnudo me excitan de nuevo—. ¿De verdad creías que nos íbamos a ir a cenar sin que yo tomara mi aperitivo? —Gimo—. ¿Hubieras sido capaz de privarme de este, tan deseado y anhelado por mí, fruto caliente y jugoso? —Introduce los dedos entre mis labios íntimos y empieza a rozar el centro de mi perdición.

—Has dicho que es tarde...

—No, no, no, chica mala... Yo no he dicho eso, sólo he dicho que el tiempo pasa muy rápido contigo... —Y diciendo esto, introduce con fuerza dos dedos dentro de mí, pillándome por sorpresa y haciéndome gritar.

—¡Ahhhh, Alan! Me gusta... ¡Sigue!

Sin dejar de mover los dedos de manera frenética, siento que me va a partir en dos cada vez que rebotan dentro de mí, pero es tanto el placer que me está dando, que sería capaz de aceptar eso antes que hacer que pare. Su lengua me lame, sus dientes me muerden, sus labios succionan mis pezones,

sus dedos no paran... y yo... yo ya me estoy volviendo loca...

Mis gemidos aumentan y me empiezo a sentir invadida por un calor sofocante. Si fuera una dragona, ahora mismo estaría echando inmensas llamaradas de fuego por la boca. Los dedos de Alan resbalan cada vez más en mi interior y él, consciente de lo que está a punto de ocurrir, abandona mis pechos para perderse entre mis piernas y, sin sacar los dedos de dentro de mí, dedicarse a mi clítoris con la boca.

Al sentir ahí su lengua caliente, mis gemidos se convierten en gritos, todo el calor de mi cuerpo se concentra en mi vientre y mis muslos, mis ingles se tensan y temo que me vayan a estallar. Y entonces me dejo llevar... Relajo los músculos de la vagina y siento mis fluidos deslizarse por mi húmeda carne. Por unos segundos contengo la respiración y, totalmente inmóvil, disfruto del máximo placer que me provoca el potente orgasmo. Alan se vuelve loco. Me chupa. Me lame. Me succiona. Y yo no puedo parar. Me corro como tantas otras veces lo he hecho, junto a él y con él.

Sigo temblando. Siento mis flujos correr por mi ano y cuando creo que la cabeza me va a estallar junto con mi sexo, el orgasmo llega a su punto álgido y culmina en una explosión tan placentera que me deja totalmente exhausta sobre la cama.

Alan me conoce ya mucho y sabe que con este tipo de orgasmos, después es imposible seguir tocándome el clítoris, porque se arriesga a recibir uno de mis puñetazos, por eso hace algo que me gusta hasta morir... deslizar la punta de la lengua por mis labios íntimos, arrastrando mi flujo hacia abajo... y, al llegar a mi ano, acabar dibujando pequeños círculos a su alrededor.

—¡Dios, Rebeca! Estás tan empapada... —susurra, mientras su dedo juguetea con mi culo. Veo sus ojos entre mis piernas, enloquecidos de deseo y eso me excita a mí más todavía.

—Alan... sigue... —Cierro los ojos, quiero sentirlo.

—Sí, Rebeca, pero ¡mírame! Quiero ver tu cara cuando vuelvas a correrte del placer que te va a dar que meta mi dedo en tu apretadito culo.

Diosssss, oírlo hablar así y ordenándome que le mire, me pone a tono al segundo y cuando su dedo se introduce un poco en mi ano, las alarmas rojas se disparan en todos mis puntos sensibles. Sus otros dedos vuelven a penetrarme, mientras mi culo va siendo invadido con mimo y dulzura y ese movimiento suave me provoca una nueva y electrizante sacudida que hace

que explote otra vez.

—¡Rebeca, mírame! —grita.

—¡Ahhhh, síii, Alaaaannnn!

Inevitablemente, vuelvo a pasar por la ducha y, cuando salgo, empiezo a vestirme deprisa, bajo su atenta mirada.

—¿Qué?? —le pregunto, simulando indignación.

—Disfruto mucho desnudándote, muchísimo, y ni te cuento lo que disfruto follándote, pero también me gusta tanto ver cómo te vistes...

—Ohhh... Alan... eres encantador... pero no conseguirás que me acerque otra vez a ti. ¡Venga a la ducha!

—¡Sí, mi ama! —dice, cogiendo la toalla que hace un momento le he lanzado, no sin antes mostrarme de la forma más provocativa posible, su cuerpo desnudo al pasar junto a mí para dirigirse al cuarto de baño.

La cena ha sido realmente excitante, sentados en nuestro rinconcito a la luz de las velas. Mis manos han estado en constante contacto con sus muslos y nuestros labios no han parado de buscarse una y otra vez. En muchos momentos he sido consciente de las miradas indiscretas de muchos de los clientes ahí presentes, pero hoy me ha dado igual. Es nuestro día. El primer día de nuestra nueva vida juntos y nada ni nadie lo puede estropear.

Ya de vuelta en su casa, estoy colocando mis cosas en el vestidor y Alan preparando unas copas en la cocina, cuando oigo que suena su móvil. Me llega débilmente su voz hablando y lo dejo con sus asuntos mientras me meto en el baño para refrescarme un poco y ponerme mi camisón y mi bata de raso, igual que nuestra primera vez.

Cuando vuelvo a la habitación, ahí está él, sentado en el borde de la cama, con el móvil todavía en la mano, que reposa sobre su rodilla, y con cara de estupefacción, que aumenta más al verme. Voy a su encuentro y me siento sobre sus piernas, rodeándole el cuello con los brazos.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Ohh... sí... Rebeca... estás preciosa... y me encanta este conjunto... es tan fácil desnudarte con él...

—¡Alan! ¡Me refiero a la llamada! ¿Todo bien?

—Sí. —Su asentimiento cargado de sorpresa me llena de inquietud—. Era mi madre. Ha estado hablando con Gaby, que le ha contado nuestro reencuentro. Recuérdame que el lunes la despida.

—¡¡¡Nooo!!! ¡Alan!

—¡Es broma! —Ríe—. Gaby le ha explicado a mi madre mi... cambio... al poder volver a abrazarte. Y ahora me ha llamado para ver mi «estado». Me ha dicho que, en efecto, sueño mucho mejor.

Durante la comida me ha contado que sus padres estaban muy preocupados por él al ver cómo se encontraba. ¡Dios! Todavía me deben de odiar más por eso. Ya no sólo por seducir a su hijo, diez años más joven que yo, sino ahora, además, por haberle hecho pasar un verdadero infierno durante unos meses.

—Quieren que mañana por la noche vayamos a cenar a su casa.

—¿Q-q-que va-ya-mos? ¿Tú y yo? —balbuceo torpemente.

—¡No! ¡Mi polla y yo! ¡Pues claro! ¡¿Quién va a ser?! Sí, tú y yo, mi bella señorita Cold.

—Pero, Alan, yo no...

—Chis... —Posa un dedo en mis labios—. Palabras textuales de mi madre: «Queremos que vengáis a cenar a casa, os debemos una disculpa y queremos agradecerle a Rebeca que haya vuelto» —dice, imitando en tono burlón la voz chillona de su madre.

No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Te lo dije, Rebeca. Que tarde o temprano acabarían por aceptar lo nuestro.

—Ohhh... Alan... —Lo estrecho con más fuerza, al mismo tiempo que él me abraza por la cintura.

—Rebeca, todo será perfecto a partir de ahora. Te lo prometo.

—Alan, quiero decirte una cosa...

—Dime... —Su voz se vuelve cálida y sensual, mientras me acaricia la espalda.

—Quiero... si te parece bien... me gustaría hablarles de ti a mis hijos y que te conozcan... Quiero pasar contigo el máximo tiempo posible...

—Rebe... yo quiero lo que tú quieras. Si eso es lo que deseas, pues, adelante, mañana mismo si quieres.

—Gracias, Alan, por aceptarme de nuevo en tu vida y por perdonarme todo el daño que te he hecho.

—No, yo no te he aceptado de nuevo, para mí nunca has salido de mi vida.

Mientras divagamos sobre lo que nos deparará la cena de mañana en casa de sus padres, tomamos la refrescante copa que nos espera sobre la

mesilla.

Y después de hablar, reír y beber, cuando Alan vuelve del baño, todas mis terminaciones nerviosas se disparan al verlo acercarse llevando simplemente sus tentadores bóxers puestos. Es todo un espectáculo de placer y deseo incontrolable ver cómo se aproxima avanzando con paso firme, acompañado por el seguro movimiento de sus hombros y su tentadora sonrisa, retándome con ese rostro tan bello, con su pelo alborotado y algunos mechones danzando sobre su frente.

Me apresuro a empezar a desnudarme cuando, llegando junto a mí, me sujeta con fuerza las muñecas.

—Ehhh... eh... chica impaciente... quiero hacerlo yo... lentamente... — murmura en mi oído.

—Ohhh... no, Alan... por favor... no me tortures más... te quiero ya... — suplico.

Una sonrisa maliciosa se dibuja en su rostro y sus ojos encendidos me atraviesan como espadas. Mi excitación aumenta. Sigue ejerciendo ese efecto en mí. Su simple proximidad y pensar en lo que va a hacer conmigo me llevan a un estado de excitación infinita, que sigo siendo incapaz de controlar.

Haciendo caso omiso de mis súplicas, empieza a recorrerme el cuello con los labios, mientras desliza los dedos por mi escote. Ahora me besa en la garganta y cierra una mano sobre mi pecho derecho.

—Oh... Alan... ven... quiero besarte. —Intento acercar su cara a la mía, pero se resiste.

—No, Rebeca, es mi turno... Ahora me toca a mí besar todo... todo tu cuerpo.

Se deshace de mi camisón y su rostro se ilumina al descubrir que ésa era la única prenda que cubría mi cuerpo, y que ahora estoy completamente desnuda a su lado. Con un rápido movimiento, se quita los bóxers y me estremezco al notar su pene en mi muslo.

Sus manos recorren toda mi piel, mientras me besa el cuello y empieza a susurrarme al oído.

—Rebeca, no sabes el placer que me supone deslizar los dedos sobre ti y ver cómo se te eriza la piel... —Me roza el abdomen y gimo—. No sabes lo que me excita acercar mi boca a tus pechos y sentir en la punta de la lengua cómo se endurecen tus pezones... —Y lo hace.

—Alan, ya no puedo más. Chúpalos... muérdelos... mmmm...

—Ohh... Síii... Rebe...

Noto sus dientes suavemente alrededor de ellos y su lengua revolotear por encima, primero de uno, luego del otro... y vuelta a empezar...

—Ohh... Alan... te quiero dentro de mí, por favor...

—Todavía no... ahora quiero verte...

Se coloca a mi lado, sentado y apoyado en un brazo, mientras dirige la otra mano a mi pubis.

—Mmmmm... Alan...

—Rebeca... abre los ojos y mírame... Quiero verte... quiero ver cómo te corres otra vez...

—Ahhh... —De repente, sus dedos están dentro de mí. Con mis ojos clavados en los suyos, tengo que hacer grandes esfuerzos para mantenerlos abiertos, ya que el placer que siento me hace cerrarlos.

—¡Mírame! Ohhh... ¡Mírame! —ordena.

—¡Alan! Ahhh... —Noto su erección contra mis caderas y sus dedos se hunden cada vez más en mi interior.

—Rebeca... estás empapada, ¡córrete! ¡Vamos! —Se me cierran los ojos al sentir su empuje—. ¡No! ¡Mírame! —Los abro al mismo tiempo que sus dedos presionan la pared delantera del interior de mi vagina, tocando ese punto rugoso que me va a llevar a las puertas de la perdición.

—¡Ahhhh... síii... Alannnn! —Flexiono las piernas hasta pegar los talones al trasero, mi abdomen es recorrido por una contracción caliente y mis caderas se elevan en continuas embestidas contra sus dedos, mientras me derramo, entre gritos de placer y sintiendo deslizarse entre mis piernas mi caliente fluido fuera de mí. Otra vez.

Entre gemidos, Alan se coloca frente a mi vagina y empieza a lamer mi sexo, a beber de mí. Mi clítoris se estremece de placer al reencontrarse con su lengua y un dolor recorre mi garganta cuando soy incapaz de controlar mis gritos ensordecedores. No puedo soportar tanto placer. Todavía no me he recuperado del último orgasmo, cuando ya estoy teniendo otro y Alan vuelve a beber otra vez de mí de una forma descontrolada y salvaje.

De golpe, apoya las manos a los lados de mi cabeza y se introduce dentro de mí. Sus embestidas son brutales y sus gemidos increíblemente fuertes se funden con mis gritos.

—¡Rebeca, mírame! —Su voz resuena por toda la habitación.

—¡Alan! ¡Todavía me estoy corriendo! ¡Me voy a volver loca! —Me aferro a su espalda y siento dolor en las manos.

—¡¡¡Ahhh!!! ¡¡¡Arrgggg!!! ¡¡¡Yaaaa, síii!!!

Su eyaculación es espectacular. Estoy totalmente inundada. Nuestros flujos se unen dentro de mí y noto el contacto frío en mi culo sobre las sábanas húmedas.

—¡Dios! ¡Alan! Ha sido... increíble...

Permanece dentro de mí y su miembro, aunque aminorando la velocidad y la fuerza, sigue empujando rítmicamente, haciéndome estremecer en cada arremetida.

Sus músculos en tensión se dibujan en todas y cada una de las partes de su cuerpo. Por fin cae agotado a mi lado, entre una sinfonía de suspiros de placer.

—Rebeca... increíble es poco... No puedes imaginarte lo que he sentido. Que te hayas corrido en mi boca de esa manera tan salvaje, ha sido... no tengo palabras...

—Ya me lo has demostrado, Alan... no hace falta que digas nada.

—¿Puedo decirte una cosa? —pregunta, acariciándome suavemente los pechos.

—Sí, lo que sea.

—Mientras te corrías interminablemente y antes, en tu casa, jugando con tu culito, se me han pasado por la cabeza mil cosas para hacerte... y otras muchas que me gustaría que me hicieras... Quiero tenerte toda y quiero ser tuyo de la forma que tú quieras.

—Alan, ya eres mío de la forma que quiero... y sí, yo también quiero tenerte de mil maneras y quiero que hagas conmigo lo que te apetezca. — Acerco los labios a los suyos y lo beso apasionadamente.

—Bien... ¿Ahora puedo enseñarte una cosa? —dice, sujetándome por la barbilla y mostrándome la mejor de sus sonrisas—. Pero me tienes que prometer que no te preocuparás. Para mí ha sido muy excitante.

Asiento sorprendida.

Se vuelve y me muestra un primer plano de su fuerte espalda, en la que veo cuatro estrechos arañazos, cuatro finas líneas a cada lado, salpicadas de diminutos puntitos de sangre. Inmediatamente me tapo la cara con las manos y luego me miro las uñas horrorizada, maldiciéndolas interiormente por lo que acaban de hacer.

—Rebe... te lo he pedido... Por favor, no te sientas mal —suplica, sosteniendo mi cara entre sus manos—. No siento nada de dolor, te lo prometo. Pero cuando lo hacías, ha sido la sensación más caliente y perversa que he experimentado nunca. Me ha excitado mucho, te lo prometo.

Lo rodeo con los brazos y me acurruco entre los suyos.

—Ohh... Alan... ¡empiezas a ser un maldito perverso! Y me gusta. Nunca dejarás de sorprenderme. Deja que te cure.

Voy al baño y cojo algodón, agua oxigenada y yodo.

Cuando vuelvo junto a él, me espera con su típica postura provocativa, sin dejar de perturbar mi mente con pensamientos calientes.

—Túmbate boca abajo, mi amor.

Con delicadeza, limpio uno a uno los arañazos de su espalda y ni se inmuta. Es realmente fuerte y mis ojos se pierden en su precioso trasero, mientras mis dedos siguen curando sus heridas. Es tan hermoso...

Sábado, 12 de octubre

El sábado lo pasamos en casa, del sofá a la cama y de la cama al sofá. Las piernas me empiezan a flaquear y me cuesta seguir su ritmo, pero es tal el deseo que siento por él que, al mínimo estímulo, me encuentro danzando sobre el fuego.

Es ya de noche y llega la hora de marcharnos a la cena de sus padres. Ha llegado el momento de la verdad. Me pongo uno de los vestidos que Alan me compró hace unos meses. Uno corto, por encima de la rodilla, y noto que me queda un poco más holgado que cuando lo usé por primera vez en una de nuestras salidas a cenar. Me subo las medias hasta la mitad de los muslos y me divierte pensar en su cara cuando por la noche las descubra.

Siento el corazón en un puño cuando por fin aparcamos el coche frente a la entrada de la casa de los padres de Alan. Nos abre la puerta una chica jovencita que nos da la bienvenida y se lleva nuestras ligeras chaquetas.

Cogidos de la mano, nos dirigimos al salón, donde nos esperan los anfitriones. Al entrar en la gran sala, los dos se ponen de pie y se acercan a nosotros.

—Señorita Cold... —El señor Gass me tiende la mano y yo se la estrecho con timidez o miedo, no estoy segura.

—Hola, Rebeca. —Me sorprende la reacción de su madre cuando se acerca a mí y me saluda con dos besos, leves, pero dos besos al fin y al cabo. Con el rabillo del ojo puedo ver la cara de sorpresa de Alan ante tal reacción afectuosa de la mujer.

—Sentémonos, por favor —dice su padre, después de que Alan bese a su madre.

Estoy estupefacta. Es la primera vez, y éste es nuestro tercer encuentro, que veo tantas muestras de cariño entre ellos y hacia mí también, por supuesto.

—Alan, Rebeca, antes de nada, Astrid y yo —el señor Gass señala con la mirada a su esposa— queremos disculparnos con vosotros por nuestro recelo y poco apoyo respecto a vuestra relación. Rebeca —me mira y yo me

siento morir ante esos ojos profundos y fríos—, queremos agradecerte, primero tu acto de valentía al darle la oportunidad a nuestro hijo de que siguiera con su carrera y su vida en solitario. Pero... después, de ver el estado deplorable en que se encontraba... y por lo que recuerdo de ti, tú tampoco parece que estés en tu mejor momento, pues, como decía... después de ver el infierno que ha vivido nuestro hijo, te agradecemos enormemente tu regreso. Ahora sí somos conscientes del profundo amor que sentís el uno por el otro y queremos que sepáis que tenéis nuestro apoyo incondicional.

«¡No! ¡Por favor!» Alan me presiona el muslo, dándome a entender su satisfacción y eso, junto con las palabras de su padre, hace que los ojos me empiecen a escocer. Y no quiero, no quiero llorar aquí, delante de ellos. Pero es tanta la emoción y la paz que siento al saber que Alan ya puede respirar tranquilo, que estoy a punto de marearme.

—Yo... señor Gass... señora Gass... nunca quise... nada de su hijo que...
—Las palabras se atascan en mi garganta.

—Rebeca... —La voz de su madre me parece ahora tan diferente de las dos últimas veces que la vi, que me parece realmente otra persona—. Yo, por mi parte, quiero pedirte disculpas y decirte que siento profundamente lo que te dije el día de la cena de gala del concurso. Lo siento de verdad. Sabemos hasta qué punto es fuerte vuestro amor. Por suerte, tenéis un buen amigo que nos ha ayudado a abrir los ojos, y Gaby... Rebeca, Gaby ya te adora como si fueras de la familia. Y esa mujer, créeme, tiene un sexto sentido para las personas.

—¿Puedo ir al baño, por favor? —Mis palabras ya son sollozos y mi visión se duplica y cuadruplica a causa de las lágrimas.

—Por supuesto. Alan, acompaña la —ordena su padre con brusquedad, aunque dejando entrever una ligera ternura.

—Disculpen —musito mientras me levanto.

Por suerte, anticipándome a las posibles consecuencias del encuentro, he metido en mi diminuto bolso de fiesta algo de maquillaje. Antes de mirarme al espejo, sé que lo voy a necesitar. Cuando la puerta del baño se cierra detrás de nosotros, Alan me rodea con los brazos y doy rienda suelta a las lágrimas. Pero no son lágrimas de tristeza, sino de alivio y profundo amor hacia él.

—Ohhh... Rebeca... no, mi amor...

—Alan, lloro de felicidad. Te quiero tanto... y esto es lo que quería, sentir el cariño de tus padres hacia ti... Te quieren, cariño... Y me siento feliz

de estar a tu lado y de que ellos me acepten finalmente.

—Rebeca, te quiero y siempre te querré y, aunque todo el mundo estuviera contra mí, te querría igualmente hasta la muerte.

Me desahogo llorando entre sus brazos y sintiendo cerca su reconfortante calor durante unos minutos. Por fin, cuando ya me siento capaz, me lavo la cara y vuelvo a maquillarme, intentando ocultar los rastros del momento de emoción.

—Espera. —Alan me sujeta el brazo con delicadeza y me detiene antes de que alcance el pomo de la puerta del baño.

—¿Qué ocurre, mi amor? Tus padres nos esperan...

—Que esperen. Es que... tu pintalabios... Tienes una manchita, aquí... — Con un brazo me rodea la cintura, atrayéndome hacia él y con el pulgar me roza la barbilla.

Sus labios se posan en los míos y me pierdo en su dulce beso.

—Alan, te quiero —digo, acariciándole la mandíbula y mirándolo a los ojos.

Con la mirada fija en mi boca, me aprisiona contra la encimera de mármol del lavabo para luego, sujetándome por las nalgas, levantarme y subirme sobre él. Le rodeo las caderas con las piernas mientras él tiene una mano en mi nuca y con la otra empieza a subir por mi muslo, para colarse debajo de la falda.

—Ohhhh... Rebe... te deseo tanto... —Su boca ya empieza a devorarme y mi calor interno me quema.

—Alan... aquí no... no podemos... Por favor...

Su mano llega ya a la parte superior de mi muslo, donde mi Don Perfecto descubre lo que escondo, sus medias favoritas. Separándose un poco de mí, me levanta la falda y las mira.

—Joder... Rebeca... ¿Y ahora cómo quieres que me sienta a cenar sin antes follarte? —Desliza la mano por la parte interna de mi muslo y ya casi roza mi sexo cuando reacciono.

—¡Alan! Por favor... —imploro, sujetándole la mano con fuerza—. Prometo compensarte en cuanto lleguemos a casa, pero aquí no... Te lo suplico...

—Está bien, mi casta princesa. Pero recuerda que lo has prometido.

Sellamos la promesa con un beso apasionado y, después de retocarme de nuevo los labios, salimos del cuarto de baño.

Cuando llegamos a la sala, sus padres nos están esperando para acompañarnos a la mesa, donde la succulenta cena ya está preparada. Es todo tan elegante... Sigo notando un ligero toque de frialdad en todo el ambiente que nos rodea, pero ya no me importa, no después de haber escuchado las emotivas palabras del señor y la señora Gass. Y después de la caliente escena que acabo de vivir en el baño, la verdad es que se me ha olvidado casi todo. Sólo espero que no se me note en la cara la excitación que todavía siento.

La cena transcurre tranquila. Alan y su padre hablan de negocios y la señora Gass me pregunta por mi interesante trabajo, según ella... En un momento de nuestra conversación, empieza a hablarme de moda y me da algunas recomendaciones sobre diversas *boutiques*, a lo que le respondo agradecida, aunque le hago saber que mi sueldo no me permite ciertos caprichos, respuesta que parece gustarle, afianzando así, supongo, mi postura distante frente al dinero de su hijo.

Nos sirven una copa de cava a cada uno. ¡Dios mío! Tendré que hacer un esfuerzo por bebérmelo. ¡No me gusta nada! Pero no puedo negarme. Veo la mirada de Alan hacia mi copa y le pido con los ojos que se calle. Él asiente, esbozando una encantadora sonrisa, y eso hace que me reafirme más aún en lo que pienso, y es que, realmente, está radiante.

—Chicos. —La voz de su padre nos sobresalta a los dos—. Vamos a brindar por el futuro. Alan... —Uno de los sirvientes le acerca al señor Gass una carpeta, que me recuerda el dossier que preparó Alan para mí y que tantas satisfacciones me dio—. Aquí tienes toda la información para un nuevo proyecto que se va a llevar a cabo en Dubái, una de las más prósperas y lujosas ciudades del mundo —explica, dirigiéndose a mí y empujando con la punta de los dedos la carpeta hacia su hijo—. Te pido que lo estudies con detenimiento y, si te convence, es tuyo. Yo ya no tengo ganas, ni tiempo, para embarcarme en un proyecto de esta envergadura.

—No... papá... gracias, pero no necesito tu ayuda.

«No, Alan, ¡por Dios!, no lo estropees.» Su voz se ha vuelto seca y fría. Mi Alan ha desaparecido. «¡Vuelve Alan, por favor!»

—No, hijo, no te equivoques, no hay nada decidido. Si lo quieres, tendrás que luchar por él. Hay muchos profesionales detrás de este proyecto, y el cliente escogerá al mejor. Yo simplemente te estoy ofreciendo el contacto. A partir de ahí, el trabajo es únicamente tuyo y yo no voy a interferir para nada.

Le presiono con fuerza el muslo por debajo de la mesa e inmediatamente posa una mano sobre la mía, apretándomela con firmeza. Sí, está reaccionando. ¡Gracias!

—Papá... no sé qué decir...

—Échale un vistazo primero y, cuando lo hayas hecho, ya podrás decirme algo.

¡Dios! Sigo notando tensión en el ambiente. Pero al menos sus miradas ya no son tan distantes y frías como hace unos meses.

De vuelta a casa, Alan conduce en silencio y yo también soy incapaz de hablar, absorta en mis pensamientos y rememorando todo lo vivido esta noche. Él tiene una mano en mi rodilla, que sólo aparta para cambiar de marcha.

—Acompáñame. Voy a dejar el dossier en la caja de seguridad —dice, cuando entramos en la casa.

—¿No lo quieres mirar? —pregunto.

—No, esta noche no. Necesito liberar muchas tensiones —explica, mientras me besa en la sien.

Miles de hormigas recorren mi espalda y cientos de mariposas revolotean en mi estómago. Ohhh... nunca me acostumbraré a sus insinuaciones.

Entramos en su estudio y cuando Alan abre las puertas, veo en medio del mismo algo que hace un par de meses no estaba, un ancho pilar rematado en la parte superior por una gran caja transparente de cristal, iluminada por dos diminutas lámparas halógenas. Y dentro... su «maravilla arquitectónica»... la construcción que con tanto amor hice para él. Noto su mano aferrarse con fuerza a mi cintura y lentamente me vuelvo hacia él, que me está mirando con la sonrisa más llena de amor que me haya podido dedicar nunca.

—Alan...

—Siempre ha estado aquí, desde el día siguiente a que la trajera Jan. Para que nadie la tocara con sus sucias manos. Ven, quiero enseñarte una cosa.

Del cajón de su escritorio saca un sobre y me lo entrega, apoyando su delicioso trasero sobre el filo de la mesa. Lo abro sabiendo lo que voy a sacar de su interior. Despliego el papel y empiezo a leer la nota que le escribí como despedida y que acompañaba a la casita. El papel está desgastado y con

algunas letras borradas...

—He pasado horas con este papel entre mis manos, acariciando cada una de las palabras de amor que me escribiste.

—Ohhh... Alan... lo siento... nunca podré dejar de pedirte perdón.

—No, Rebeca... no quiero que me pidas perdón... me basta con saber que me quieres con locura, igual que yo a ti. Bueno, no... yo te quiero mucho más, por supuesto. —Y su voz cambia a un tono burlón.

Me abalanzo sobre él y lo beso con ternura. Sus manos descienden hasta mis muslos, acariciando mi trasero a su paso. Siento cómo sus dedos me suben el vestido mientras nuestras lenguas empiezan a saborearse. Tengo el pubis a la altura de su entrepierna y puedo notar ya su predisposición al sexo. Y, a juzgar por los latigazos que mi cerebro envía a mi clítoris, puedo decir lo mismo de mí.

Sus manos se detienen a mitad de mis muslos y separa su cara de la mía para mirarme con atención. Me mira las piernas, claramente visibles ya bajo mi vestido subido hasta la cintura.

—Desnúdame, Alan —le susurro.

Con hábiles dedos obedece mi deseo, bajándose la cremallera de la espalda, para luego, con sus manos posadas en mis hombros, deslizarlas por mis brazos, arrastrando a su paso el elegante vestido y dejando a la vista el provocativo conjunto de ropa interior negro que tanto le gustó y que tanto deseó quitarme el día de la fatídica cena de gala, pero que, desgraciadamente, nunca llegó a hacerlo.

En segundos, las pupilas se le dilatan ante la vista que se presenta ante sus ojos. Mis medias negras hasta los muslos no me decepcionan y causan en él la reacción que yo esperaba desde nuestro encuentro en el baño de la casa de sus padres. Su mirada se detiene ahora en mis pies, todavía dentro de mis altos zapatos de tacón.

—Rebeca... estás... completamente... follable...

—Pues fóllame, Alan. ¡Ahora!

Me coge con fuerza por la cintura y, girando, me alza y me deja caer sobre la mesa. Con las piernas abiertas y las manos apoyadas detrás de mi espalda, siento cómo me aparta el tanga, mientras con la otra mano se desabrocha el pantalón, baja la cremallera y saca su más que erecto pene, introduciéndolo dentro de mí con un rápido y experto movimiento.

Aferra mis caderas y empieza sus sacudidas delirantes sin apartar los

ojos de mi cuerpo, esos ojos encendidos que tanto deseo ver. En una de sus embestidas, agarra entre sus dedos la tira del tanga y me lo arranca de un tirón seco. Gimo al sentir la tela clavarse en mi carne, pero todo el placer que me está dando elimina el dolor que me produce, incluso me excita, y más viendo el estado de locura y desenfreno en que se encuentra mi atractivo arquitecto. Y así, a los pocos minutos, nos dejamos llevar juntos por un orgasmo rápido, muy rápido, pero como siempre intenso y muy, muy placentero.

—Ohhh... Rebeca... nunca más podré concentrarme en el trabajo, sentado tras esta mesa.

Río. Éste es mi Alan. Perverso y salvaje hace un minuto y tierno y divertido ahora.

—Eres mala conmigo. Y conoces muy bien mis debilidades.

—Llevaba toda la noche esperando con ansia que me follaras, llevando yo puestas estas medias que tanto te gustan.

—Rebe... Rebe... ¿qué más escondes dentro de esta cabecita...?

—¿Quieres descubrirlo? —le pregunto, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—Mmmmm... me muero de ganas, te lo aseguro.

—Pues llévame arriba.

Subimos a su habitación y, cuando llegamos, lo obligo a quedarse de pie frente a la cama, de espaldas a mí. Con los zapatos de tacón no me veo tan pequeña a su lado como de costumbre y eso hace sentirme más poderosa, aunque me siga sacando unos cuantos centímetros. Lentamente y rozando su espalda con mis pechos, todavía cubiertos por el sujetador, le desabrocho la camisa por detrás, se la deslizo por los brazos y veo los arañazos que le hice. Se los recorro con los labios, besándoselos suavemente. Acaricio sus perfectos músculos dorsales y oigo que se le escapa un suspiro. Empieza a gemir. Aprieto su pene erecto por encima del pantalón que hace unos instantes se ha desabrochado. Se lo bajo junto con los bóxers, me coloco frente a él y lo empujo con brusquedad sobre la cama.

—Ahhhh... Rebeca... Mmmm... —Sus ojos recorren mi cuerpo, únicamente cubierto con el sujetador, las medias y los zapatos de tacón.

Acabo de despojarlo de sus ropas, así como de los zapatos y los calcetines. Lo tengo por completo a mi merced, desnudo y claramente excitado ante mi brusquedad. Me acerco despacio a su cuello, rozando mi

cuerpo con el suyo.

—¿Qué... te gustaría... que te hiciera..., chico malo? —susurro en su oído.

—Ohhh... Rebe... lo que quieras me gustará... ¡estoy ya a punto de reventar de nuevo!

—Mmmmm... no, no, no... Me parece que no lo has entendido... —lo provoco en tono lascivo—. Tienes que pedírmelo, Alan... —sigo susurrando sin dejar de rozarlo con mis pechos, que ahora están fuera de las copas del sujetador.

—Quiero que cubras mi culo de besos, como hiciste en la isla...

—Bien... así me gusta... date la vuelta y no te muevas...

Poco a poco y deslizando la lengua por su espalda me voy acercando a su imponente trasero. Empiezo a besar sus glúteos mientras le acaricio los testículos. Con mis piernas separo las suyas y él, instintivamente, levanta las caderas para darme más espacio y poder tener así una perfecta visión de sus maravillosos atributos. Mis dedos se clavan en sus glúteos y se los recorro con mi lengua.

—Ohhh... ahhh... Rebe...

—Síii... ¿qué más quieres, Alan?

—Quiero que me masturbes el ano... —gime, elevando más las caderas.

Su petición me descoloca un poco, pero me doy cuenta de que, en realidad, a mí me apetece muchísimo hacerlo.

—Ohh... Alan... mira entre tus piernas...

Estoy colocada detrás de él, por lo que él tiene una clara visión de mi sexo desnudo, y me introduzco los dedos en la vagina para conseguir lubricación. Él gime, mientras mi lengua se pasea con suavidad sobre su ano.

—¡¡¡Ahhh, Dios!!! ¡Rebeca! ¡Mmmm!

Mi lengua deja paso a mi dedo anular, totalmente mojado de mí y con el que lo presiono dulcemente. Poco a poco lo voy introduciendo y sus gemidos se vuelven gritos de placer en cada entrada.

Saco el dedo y, al no sentir mi contacto, gime.

—¡Sigue! ¡No pares! —me ordena, totalmente fuera de sí.

Con rapidez, me coloco debajo de él, con la espalda recostada en la cama y la cabeza entre sus piernas. Mirándolo a los ojos, me meto su miembro en la boca a la vez que vuelvo a introducir un dedo en el ano, pero esta vez más fuerte. Mi boca lo envuelve por completo y él empuja las

caderas hacia mí, al tiempo que yo presiono más el dedo dentro de él.

—¡¡¡Arrrggg!!! ¡¡¡Ahhhh!!! ¡¡¡Mmmmm!!! ¡¡¡Rebecaaa!!! ¡¡¡Síiii, síiii, fóllameee!!! ¡¡¡Fóollaaameee!!!

Su furia está desatada. No recuerdo haberlo visto nunca así. Me asusta un poco, pero a la vez me excita tanto que no puedo parar. Hay momentos en que me cuesta respirar, incluso me provoca arcadas por la profundidad con la que se adentra en mi garganta, y tengo que separarme un poco de él. Cuando consigo respirar con normalidad, empiezo también a masturbarme con mi mano libre. No puedo soportarlo más y llego al orgasmo cuando siento que se corre dentro de mi boca y trago su dulce jugo otra vez.

Me apresuro a salir de debajo de él. Quiero abrazarlo, quiero sentir su cuerpo caliente y excitado junto al mío. Se deja caer sobre la cama, extasiado, y yo me coloco pegada a su lado, cubriéndole media espalda y acariciando sus bonitos glúteos.

Nuestros ojos se encuentran y su sonrisa de placer después del sexo hace que me sienta la mujer más deseada del mundo.

—Rebeca... ¿qué me has hecho?

Su pregunta me sobresalta. ¿Le habré hecho daño?

—¡Me he vuelto adicto a ti! No creo que pueda pasar ya más de media hora sin tocarte, sin besarte, sin sentir tus manos, sin hacerte el amor, sin follarte. Todo. Lo que sea y como sea.

—Mmmmm... Alan, el sentimiento es mutuo. Tengo que decirte que cada cosa nueva que descubro de ti me gusta más que la anterior.

Se remueve debajo de mí y, abrazándome, me cubre con su fornido cuerpo.

—Te quiero, Rebeca.

—Y yo a ti, Alan. Mucho.

Y así, abrazados, nos dejamos llevar por un plácido y profundo sueño.

Me despierto a medianoche, sobresaltada, todavía me invaden a veces malos recuerdos del secuestro de que fuimos víctimas hace meses, pero enseguida siento sus fuertes brazos estrechándome contra él y eso me reconforta al instante.

—Chis... tranquila, mi amor... todo está bien...

—Ohh... Alan... estaba soñando...

—Chis... Lo sé... —Me tranquiliza, besando mi hombro y acariciándome el muslo.

Sin dejar de besarme la espalda, su mano se desliza lentamente hacia el interior de mi pierna, subiendo despacio y rozando mi sexo con la yema de los dedos.

—Ahhh... Alan... estabas durmiendo...

—Ya no... me acabas de despertar...

Sus caderas se mueven contra mi trasero, ejerciendo un roce con su pene de lo más sensual y sus dedos rozando mi vagina por fuera me están excitando a pasos agigantados. ¡Que entre ya! ¡Por favor!

—Ohhh... Alan... me encanta...

—¿Cómo lo quieres, Rebe?

—Lo quiero todo...

—Lo tendrás todo dentro de ti, te lo aseguro, pero... te he preguntado... que cómo lo quieres... —Su susurro es autoritario y se contradice con los calientes besos que va depositando en mi cuello y los suaves roces de sus dedos en mi piel más íntima.

—Te estás vengando de mí, ¿verdad? Alan, hazme lo que te apetezca... lo que sea me gustará...

—Rebeca... no me jodas... Hasta que no me lo pidas... no te haré nada más que esto... —Y sigue rozándome ligeramente con la yema de los dedos.

Me va a volver loca de deseo. Quiero que me haga lo que quiera. Lo quiero todo y soy incapaz de escoger tan sólo una de entre todas las formas en las que puede amarme.

—Dulce... —murmuro casi sin pensar.

—Bien... date la vuelta... —Obedezco.

Y durante unos minutos me da todo lo que quiero.

—Alan... qué maravilla... Siempre sabes darme lo que necesito en todo momento...

—No sabes lo que me cuesta contenerme, pero me gusta tanto sentir cómo te corres cuando lo quieres dulce. Lo sientes todo tan... intenso...

—Ohh... Alan... vas a convertirme en una ninfómana...

—Bien... ¡¿dónde tengo que firmar?!

Nos volvemos a dormir, relajados y, por supuesto, habiéndome olvidado por completo de mi pesadilla.

Domingo, 13 de octubre

Por la tarde, estamos disfrutando plácidamente de los últimos rayos de sol del día, tumbados en las hamacas del jardín, cuando suena mi móvil.

—Ahora vuelvo, mi amor. —Le beso la punta de la nariz y entro corriendo al salón.

Al coger el teléfono veo el nombre en la pantalla. Me vuelvo para cerciorarme de que Alan sigue fuera y descuelgo.

—Hola, Terry. Lo siento, pero me pillas en mal momento. ¿Ocurre algo? —Siento dentro de mí un reguero de culpa. Un sentimiento de que estoy haciendo algo malo me invade y noto cómo me tiembla hasta la voz.

—Hola, Rebeca, siento molestarte. No, no pasa nada. Sólo quería asegurarme de que no te habías olvidado de mí y avisarte de que, casi con toda seguridad, dentro de dos semanas podré volver a Barcelona.

—Ahh... Qué bien...

No, no está nada bien, mierda... Cuando Terry no está y no hablamos, casi ni me acuerdo de él, pero es escuchar su voz y algo que no puedo describir se remueve dentro de mí. Pero qué narices... es mi cliente, nada más... Aunque me temo que mis intentos de convencerme de que sólo es eso no están surtiendo efecto.

—Bueno, ya hablaremos, Rebeca, no te entretengo más. Te avisaré en cuanto vaya. Un beso, preciosa.

—Muy bien. Hasta luego, Terry. —Cuelgo el teléfono y me quedo inmóvil, intentando recuperar la tranquilidad.

—¿Terry? —El tono amenazante de la voz de Alan me sobresalta por detrás y apunto estoy de lanzar el móvil al suelo del susto.

—¡Dios! Me has asustado... no esperaba...

—¿No esperabas qué, Rebeca? ¿Quién es Terry? —Ha avanzado unos pasos y ahora se encuentra frente a mí, con los brazos a los costados y los puños cerrados de tal manera que los nudillos se le empiezan a poner blancos.

—Alan, pero ¿qué narices te pasa?! Terry es un nuevo cliente que me recomendó el señor Vetel hace unas semanas. ¡Sólo eso!

—¿Y un cliente tiene que llamarte un domingo? ¿Cómo se llama? —Su rostro es un témpano de hielo, con una expresión parecida a la que adopta en su trabajo. Pero conmigo nunca lo había visto así.

—¡Joder! Pues se llama Terry. Lo has oído, ¿no? —Empiezo a cabrearme y ya me tiembla todo el cuerpo.

—¡Su apellido, maldita sea! —grita.

—¡Y qué más da cómo se apellide! ¡No te entiendo, Alan... de verdad!

—Rebeca... —Su voz es ahora más suave, pero no me tranquiliza nada, porque su mano se aferra a mi brazo e insiste—: Dime... cómo... se llama...

—Jonah, Alan. Se llama Terry Jonah, ¿contento? ¿Puedes soltarme ahora? ¡Me estás haciendo daño!

Su rostro se descompone delante de mí y yo no entiendo nada. No soporto sus escenas de celos y más si pueden perjudicarme en mi trabajo, así que cuanto antes se lo deje claro, mejor.

—Mira, Alan... —Él se ha dado la vuelta y me muestra su fuerte espalda, mientras veo cómo se pasa una mano por el pelo, nervioso—. No sé lo que está pasando por tu cabeza, pero sea lo que sea, te equivocas. Yo tengo mi trabajo, al que en parte tengo que agradecerle estar aquí ahora contigo. Y te aseguro que si no hubiera sido por mi trabajo y por mis hijos, no habría podido sobrellevar este tiempo sin ti.

—Rebeca... —Se da la vuelta y veo que sigue furioso.

—No, Alan, déjame terminar, por favor. Yo te quiero a ti, sólo a ti. No quiero ni tus lujos ni tu dinero, te quiero a ti únicamente. Por eso tengo que trabajar. Tendré que relacionarme con gente, mujeres y hombres, mayores o jóvenes, porque para mi trabajo necesito clientes, igual que tú para el tuyo. Así que, por favor, no interfieras en ello, porque eso sí que no te lo voy a permitir. —Me relajo después de soltar todo lo que pienso. Ver su expresión de arrepentimiento me libera del todo de mi nerviosismo.

—Lo siento, Rebeca. —Se acerca de nuevo a mí y me coge las manos—. Te suplico que me perdones. —Sus ojos brillan llenos de emoción—. Me volvería loco si te perdiera de nuevo. Siento haberte gritado. Perdóname... —Me besa la frente y me estrecha con fuerza entre sus brazos.

—Alan —le sujeto la cara entre mis manos—, no me iré otra vez. Te quiero y eres mi vida. No me vas a perder nunca más.

Por la noche, este desagradable encontronazo ya está olvidado y después de una ligera cena nos vamos a la cama, a disfrutar de nuestros cuerpos y a

descansar, para al día siguiente empezar la semana con fuerza y alegría.

Lunes, 14 de octubre

El fin de semana ha sido realmente muy intenso y hemos recuperado de sobra los dos meses perdidos. Pero tenemos que volver a la normalidad. Es lunes por la mañana y debo volver a casa. Alan tiene muchos asuntos pendientes que ha dejado bastante descuidados a causa de su depresión y yo también tengo que concentrarme en el trabajo.

Se me hace duro despedirme de él, aunque por la noche vendrá a dormir conmigo, cuando los niños ya estén en la cama. Esta semana tengo que hablar con ellos, ya que no creo que podamos ocultar nuestra relación mucho más tiempo.

Por la tarde, Alan tiene cita con su médico. Espero que las noticias sean muy buenas y, por fin, podamos olvidarnos de todos los problemas.

Suelto la bolsa sobre el sofá y abro las puertas del estudio para despedirme de él. Ahí está, detrás de su mesa, con ese traje que le sienta tan bien y realza cada uno de sus perfectos músculos... Nuestros ojos se encuentran y puedo apreciar en ellos ese brillo tan excitante. Al pasar por delante de la mesa de Jan, éste se levanta para saludarme, me abraza y me da dos besos. No puedo evitar desviar la vista hacia Alan, que sigue sentado en su silla, ahora con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud amenazante. No puedo reprimir una risita.

—Buenos días, Jan. ¿Qué tal?

—Hola, Rebeca. Muy bien —contesta él, dirigiendo una breve mirada a su amigo-socio—. Se lo ve realmente bien.

—Gracias por insistir, Jan.

Me mira esbozando una gran sonrisa y enseguida me dirijo a mi atractivo amante.

—Tendré que cambiar las mesas de sitio. No soporto que siempre sea él quien te bese y abraze primero —dice enfadado, mientras se levanta para besarme.

—Ohh... Alan... —le susurro, mientras me siento sobre su mesa y, cruzando lentamente las piernas, le dedico una caliente mirada—. ¿Cuándo

entenderás que sólo estás tú? ¿Necesitas que te refresque la memoria?
¿Ahora? ¿Sobre esta mesa?

—Rebeca... no consigo sacarme tu imagen de la cabeza... aquí... el sábado por la noche... —murmura, mientras se acaricia muy sensualmente la entrepierna—. No me lo pongas más difícil... por favor... te lo ruego.

No puedo evitar reírme y, bajándome de la mesa, le rodeo el cuello con los brazos y lo beso en los labios. Me sujeta por la nuca y me introduce la lengua en la boca, dejándome claro que está realmente excitado.

—Tengo que irme —musito sobre sus labios.

—Vale, luego hablamos.

—Te quiero, Alan.

—Te quiero, Rebe.

Por la noche, espero a que los niños se duerman para avisar a Alan, y decirle que ya puede venir.

ALAN GASS

Última vez hoy a las 18.22

Es la hora a la que hemos hablado él y yo, antes de recoger a los niños, lanzándome constantes indirectas y excitándome con tan sólo leerlo.

Buenas noches, mi pervertido galán.

Los niños ya duermen y yo

te espero... caliente...

(Escribiendo)

¡Ábreme ya!

¡Dios! ¡Está esperando fuera! ¿Cuánto tiempo debe llevar ahí? Le abro la puerta del portal y dejo entornada la del apartamento.

Estoy en la cocina, preparando un par de copas de vino, cuando sus cálidas manos se posan en mis muslos.

—Ohhh... cómo me gusta que te pongas mi camiseta, queda tan...

Sus labios me queman el cuello. Giro sobre mis talones y me cuelgo de él para besarlo.

Su rostro vuelve a ser el mismo que el de hace dos meses, esa cara tan atractiva que me enamoró en décimas de segundo, ese lejano 16 de

noviembre. Su mirada caliente me fulmina y su hipnotizadora sonrisa vuelve a cautivarme.

—Hola, mi amor, vamos a sentarnos, tienes que contarme lo que te ha dicho el médico. —Veo cómo su expresión se endurece un poco—. ¿Qué ocurre, Alan?

—Ven, sentémonos. —Su reacción me asusta—. En principio está todo bien... —empieza a decir.

—¿En principio? Alan, por favor, ve al grano, ¿qué ocurre?

—Vale, vale. Los resultados de las pruebas son buenos. Parece que los dolores ya no tienen por qué aparecer de nuevo. Según el médico, todo era debido a un problema de estrés. Le he contado que ahora estoy muy bien, que he recuperado a la mujer de mi vida y que eso era lo que necesitaba. Y entonces me ha empezado a hacer una serie de preguntas...

—Sigue —le pido.

—Resulta que en un gran porcentaje de casos de fuertes traumatismos craneales, se pueden dar efectos secundarios de trastornos de personalidad. Pueden consistir en cambios de humor bruscos, agresividad o profunda apatía, extrema distracción en los estudios o en el terreno laboral... y también pueden darse algunas alteraciones en el comportamiento sexual... ya sea por perder totalmente las ganas o, por el contrario —sus ojos mirándome fijamente me dicen lo que piensa—, que se dé un deseo y un comportamiento totalmente desmesurado.

—Oh... bueno, pero nosotros hemos estado un tiempo separados y...

—No, Rebeca, le he hablado de mis pensamientos mientras hacíamos el amor. Yo nunca antes había sentido lo que siento ahora. Siempre me has excitado mucho, pero ahora... Rebeca... estaría dentro de ti las veinticuatro horas del día... y de formas nada decorosas... te lo aseguro.

—Vale... pero... ¿eso es malo? No es una enfermedad. Yo... a mí... yo este fin de semana he disfrutado mucho, Alan.

—No es malo, pero tampoco es bueno. Dice que si tengo una pareja que responde a mis deseos, todo puede ir bien, el problema es que cuando una persona en estas condiciones no puede satisfacer sus necesidades, puede derivar hacia otras complicaciones psicológicas.

—Ohh... Alan... pero yo quiero estar contigo... y me gusta estar contigo... lo sabes.

—Sí, lo sé, mi amor, el problema es que no podemos estar juntos todo el

día. Esta mañana, cuando te has ido, no sabes los esfuerzos que he tenido que hacer para no saltar por encima de la mesa y abalanzarme sobre ti cuando salías por la puerta.

—¡Alan! ¡Lo siento! ¡Sólo quería bromear! Yo no quería... yo no... sabía... —Me estoy poniendo nerviosa y empiezo a balbucear.

—Lo sé, lo sé, Rebe, ninguno de los dos sabía esto. De todas formas, tranquila, me ha cambiado la medicación. En tres o cuatro días, empezaré a notar mejoría, o sea que no te preocupes. A finales de semana volveré a ser un poco más «normal».

—Pues... sinceramente... no sé si quiero que seas «normal». —Le acaricio un muslo cerca de la ingle.

La verdad es que este fin de semana ha sido increíble. Cierto que es imposible prolongar mucho tiempo este ritmo frenético de sexo, pero lo he añorado tanto que todavía me queda mucho deseo y pasión junto a él.

—Rebeca... creo que serás el antídoto de la medicación. Ya estoy viendo que no me hará mucho efecto.

Me aferra con fuerza y sus labios se pegan a los míos. Su lengua se introduce profundamente en mi boca y empiezo a succionarla rozándola con los dientes. Se incorpora un poco sobre mí y siento su peso y su calor por todo mi cuerpo.

—Alan, vamos a la cama —susurro.

Me levanto del sofá y, cogiéndole las manos, lo arrastro hacia la habitación, cierro la puerta y veo que ya se ha despojado de la corbata y la camisa y empieza a desabrocharse los pantalones.

—Chis... chis... para... Alan... déjame probar una cosa... —Sus ojos encendidos de deseo me miran interrogantes, haciéndome sonreír.

Le bajo los pantalones con suavidad, hago que se siente en la cama y le quito los zapatos y los calcetines. Lo dejo sólo con esos bóxers que tanto lo favorecen y voy al baño para coger un frasco de aceite de masaje.

—Túmbate boca abajo, te daré un masaje relajante.

—Rebeca... no creo que me relaje... —dice. Pero se da la vuelta, obedeciendo mi petición.

Vierto un poco de aceite en mis manos y, mientras lo caliento entre ellas, me siento sobre su trasero.

—Mmmm... ¿y tú quieres que me relaje así? —suspira.

—Es que no tengo camilla de masaje... —ríe.

Extiendo el aceite por su ancha espalda, donde todavía se aprecian los arañazos que le hice, y, después de conocer el diagnóstico del médico, empiezo a entender por qué le gustó tanto.

Ahora agradezco mis cursos de masaje, ya que voy a darle el mejor que haya dado en mi vida. Mis expertos dedos empiezan a deslizarse por su espalda, calentando los músculos y ya siento los nudos a lo largo de su columna vertebral. Está realmente tenso.

—Ohhh... Rebeca... qué manos tan cálidas... mmmm... qué agradable...

—Chis... relájate, mi amor...

Después de unos diez minutos de masaje, puedo notar su espalda mucho más relajada y, a juzgar por la expresión de su cara, también lo he conseguido con su mente. Me encanta tenerlo así, es tan atractivo y me parece ahora tan vulnerable...

—¿Qué tal, mi amor? —le pregunto, acercándome a su nuca.

—Mmmm... perfecto... estoy en el cielo y tú eres mi ángel. —Sigue con los ojos cerrados y su sonrisa es plácida.

Lo cubro con la delgada manta que está a los pies de la cama y me tiendo junto a él. Abre los ojos y mirándome dulcemente, me acaricia la cara con los nudillos.

—Rebeca, ¿por qué tardaste tanto tiempo en cruzarte en mi camino?

Sus palabras me emocionan y siento unos deseos irrefrenables de lanzarme sobre él, pero no quiero romper este momento de tranquilidad, no hasta que él quiera. Quiero ayudarle con su «problema», y si para ello es necesario que me trague en muchas ocasiones las ganas, lo haré.

—Sí, es una pena... pero ahora estamos aquí y es lo único que importa.

Se coloca boca arriba y me atrae hacia él, entre sus brazos. Me recuesto sobre su caliente pecho y me cubre cariñosamente con la manta.

—Alan...

—Dime... —Su voz suena tranquila.

—Quiero que sepas que puedes pedirme lo que te apetezca...

—Rebeca...

—No, déjame terminar —lo corto bruscamente—. Te quiero de una forma que ni yo misma conocía. Quiero satisfacerte en todo lo que necesites. Te voy a ayudar y estaré a tu lado siempre, para lo que sea.

—Me aterroriza la posibilidad de volver a hacerte daño... —confiesa, acariciándome los hombros donde sus dedos aparecían hace unos meses

marcados como en tinta morada, cuando en nuestro encuentro sexual en la playa de Santorini se le fue la mano y no pudo controlar la fuerza con que me agarró.

—No, Alan, no lo harás.

—Rebeca... el sábado estuve a punto de perder el control...

—Pero ¡no lo hiciste! ¡Supiste controlarte!

—Pero puede que llegue un día en que no lo consiga.

—Bueno... no creo que sea tan malo... No conozco a ninguna mujer a la que hayan matado de una follada.

—Ohh... Rebe... esa boquita tuya... Bésame...

—¿Dónde...?

—Aquí. —Se señala la punta de la nariz. Lo beso—. Aquí. —Le beso la frente—. Aquí. —Mis labios se posan en su cuello.

Y sin esperar más indicaciones tuyas, voy acariciándole el pecho y besando sus músculos, lenta y dulcemente.

Llevo en todo momento el control de la situación y lo amo con suavidad encima de él, hasta el final.

—Tenías razón, tu masaje hace milagros.

—Pues claro, yo nunca miento. Podrías recomendarme a tu médico para ayudar a otros pacientes.

Me coge las manos con una de las tuyas y, sujetándome con la otra por la cintura, de un brusco gesto me voltea y su peso me aplasta contra la cama.

—¡De eso nada! ¡Estas delicadas manos sólo tocan mi cuerpo! —Me encantan sus arrebatos de celos, son muy cómicos.

—Ohh... sí... Alan... son tuyas... Y mi boca... tuya... mi... coño... tuyo... mi culo... tuyo... —Sus ojos se encienden y su sonrisa, como siempre, lo delata y a mí me excita completamente.

—Rebe, tenemos dos soluciones: o me das otro masaje... o me dejas que te folle. Tú decides...

—Te doy otro masaje... ¡mientras me follas! —Y clavándole con fuerza los dedos en los glúteos, lo atraigo más hacia mí.

—¡Arrggg! ¡Rebeca! ¡Tú también deberías tomarte mi medicación!

Tengo las manos en su entrepierna y, mientras lo masturbo con fuerza, con la otra le masajeo frenéticamente los testículos. Su boca se cierne sobre uno de mis pechos mientras me aprieta el otro con fuerza. Gimo y gimo más cuando lo oigo emitir sonidos guturales de placer. De repente, se da la vuelta

sobre mí, coloca su excitado miembro sobre mi cara y hunde la suya entre mis piernas.

—Ahhhh... Alan... Mmmmm...

Mi boca se llena con su pene y su lengua invade mi vagina. Sus dedos, fuertemente agarrados a mis glúteos, me los separan y al momento noto su saliva lubricar mi ano. Con un dedo reparte la saliva. Me excita mucho que me haga eso y quiero que lo sepa.

—Alan... síii... sigue, mi amor. Me gusta que me toques así. Ahhhh... ahhhh...

Sus manos están entre mis piernas y, mientras su lengua lucha con mi clítoris, dos o tres de sus dedos se introducen en mi vagina y al mismo tiempo siento presión dentro del culo. Introduce un dedo suave, al tiempo que su lengua sigue y sigue y sus dedos empujan fuerte. Yo chupo descontrolada su miembro viril, más duro que nunca, mientras con las manos me sujeto el trasero abierto, muy abierto.

—Ohhh... ¡Rebeca!... Síii... ¡Ábrete! ¡Ábrete!

—¡Alan, fuerte! ¡Fuerte!

—No... Rebe... es pronto...

—¡No! ¡Hazlo!

Su dedo se introduce completamente dentro de mi culo, mientras los otros siguen su ritmo enloquecedor. Ya no siento su lengua e imagino sus ojos contemplando el espectáculo que le muestra mi sexo rebosante de placer. Placer que sólo él sabe darme. Mis pensamientos me excitan más y siento mis flujos deslizarse por mi piel.

—¡Arrggg! ¡Ahhh! ¡Ahhhh! —Elevo las caderas y me aferro de nuevo a su pene y bebo su semen, que sale disparado hacia mi sedienta garganta.

—¡Ahhh! ¡Rebeca! ¡Síii!

¡Cielos, qué locura! Espero que los niños no se hayan despertado. Hemos intentado controlar el volumen de nuestros gemidos y gritos, pero no sé si lo habremos conseguido del todo.

—Ah... aaahhhh... —Extrae su dedo de dentro de mí y, cuando lo hace, mi cuerpo vuelve a estremecerse por completo.

—¿Te he hecho daño? —Es increíble su fuerza y su agilidad. De un salto, se ha colocado sobre mí sujetando mi cara entre sus manos, mientras sus pulgares limpian de mi rostro los restos de semen.

—No... Alan... Ha sido increíble. Me ha encantado...

—Pero... mi Rebe, has querido todo el dedo y tu culito todavía es muy estrecho y delicado... —medio bromea.

—Ohhh... a mí no me lo parece. No sabes cuánto he disfrutado.

—Lo he visto, mi caliente y perversa señorita Hot, lo he visto y me has llevado a la locura... ¡Me hubiera gustado metértelo todo!

—Todavía estás a tiempo, mi pervertido e insaciable señor Gass.

—Rebeca... no me provoques, que todavía me queda recorrido.

—No te provoco, Alan, te lo pido: métemela, por favor. —Suspiro y le muerdo el cuello.

—Rebeca, dame unos minutos o me vas a matar.

—Está bien. Te concedo cinco minutos de recuperación. Voy por un par de copas, me has dejado sedienta... —Me pongo la camiseta y salgo de la habitación.

Cuando vuelvo, él sale del baño y, pasando por encima de mí, se coloca a mi lado. El simple roce de su cuerpo con el mío me hace estremecer. Dejo la copa sobre la mesilla y, todavía con la boca llena del frío y dulce vino blanco, me coloco de rodillas a su lado y agarro su relajado pene, introduciéndolo lentamente a través de mis labios cerrados.

—Ohhh... Rebeca... Mmmm... Qué bueno...

—Sí, no he probado nada mejor en mi vida —susurro, tragando el sorbo de vino—. Espera, tengo que recoger unas gotitas más... —Empiezo a pasear la lengua por su pene, que en este momento ya ha vuelto a alcanzar un tamaño considerable.

Él se pone de rodillas y me da la vuelta sobre la cama. Me eleva las caderas y vuelvo a estar a su merced, de espaldas a él. Desplaza la mano rápidamente desde mi vagina hasta mi culo una y otra vez, mojándome completamente con sus dedos.

Ahora es su pene el que baila delirante desde mi clítoris hacia mi culo, cuando sus labios acarician mi oreja.

—Rebeca... prométeme que me avisarás si te hago daño...

—Sí...

—¡Prométemelo!

—Sí... Alan... lo prometo...

Su pene se introduce en mi vagina y sus manos se anclan en mis caderas, empujándome bruscamente contra él. Todavía no ha alcanzado su máximo esplendor, pero aun así me asusta lo que me espera, cuando su pene recupere

sus fuerzas totalmente y alcance su tamaño normal... Empiezo a ser consciente de que no voy a ser capaz de complacerlo en todo lo que quiera y necesite.

Mientras me penetra con posesión, su dedo acaricia mi ano e, introduciéndolo un poco, empieza a moverlo en círculos suavemente para dilatarlo antes de...

—Abre más las piernas —ordena, mientras me presiona entre los omóplatos para que apoye el pecho sobre la cama.

Su pene abandona mi vagina y ahora lo siento acariciando mi culo. La presión se hace palpable y aprieta una mano sobre mi hombro izquierdo, presionando contra mi cuerpo.

—Mmmmm... sigue, Alan... Más...

—Ahhh... Rebeca... eres tan excitante... pero tengo que ir con cuidado.

Su empuje se hace más profundo y una leve punzada de dolor atraviesa mi interior. Aprieto con fuerza los dientes y cierro los puños en el borde del colchón.

—Ohh... Rebe... otro punto follable en ti... Ahhh...

Poco a poco va acelerando el ritmo y su presión aumenta en mi hombro. Recuerdo por un momento cuando me los dejó amoratados en Santorini. La penetración empieza a dolerme, pero también me gusta. Tengo que pararle, pero no quiero. Intento adelantar las caderas para liberarme un poco de su empuje, pero su mano sujetándome el hombro me lo impide.

—¡Ahhhh! ¡Arrrgggg! —Su ritmo enloquece y su presión se hace insoportable. ¡Me duele mucho ya!

—¡Alan! ¡Nooo! —Mi mano impacta contra su abdomen.

—¡Rebeca!

Inmediatamente saca el pene con rapidez.

Eso también ha dolido. Siento cómo va a sostenerme en sus brazos, aterrorizado, y me apresuro a impedírselo.

—¡No! ¡Alan! ¡Sigue! ¡Métemela en la vagina! ¡Sigue!

—¡Rebeca! ¡Joder!

Me penetra con fuerza, agarrándome las caderas. Los golpes contra su pelvis son descomunales. Siento sus gemidos a través de sus labios apretados y cómo intenta ahogarlos inútilmente. Alarga el brazo por delante de mi abdomen hasta que sus dedos se encuentran con mi clítoris y explota inmediatamente en torno a él, mientras su eyaculación me llena, hasta el

punto de casi perder la conciencia.

Rápidamente se coloca a mi lado y recorre mi cuerpo ansioso con los ojos, supongo que en busca de marcas de sus dedos.

—Estoy bien... —lo tranquilizo, acariciando su rostro.

—Rebeca... mi amor... —Me rodea con los brazos—. Te he hecho daño... lo siento...

—No... Alan... has parado cuando he notado que podía empezar a dolerme —miento—. Me ha gustado, te lo prometo. Y querré que lo vuelvas a hacer. —Mis labios se posan sobre los suyos—. Pero siento no haberte podido complacer, Alan.

—Ohhh... Rebeca... sí que me has complacido... Lo has hecho, créeme. Y en cuanto a tu culito... poco a poco, mi traviesa ninfómana. —Su boca atrapa la mía y me dejo llevar por su caliente beso.

Nos relajamos, terminando nuestras copas cómodamente recostados sobre el cabecero de la cama y, cuando hablamos de nuestros trabajos, llega la pregunta del millón.

—Bueno, cuéntame, ¿qué proyecto tienes ahora entre manos? —Deja la copa vacía sobre la mesilla.

—Pues una casa —respondo y al instante siento que me pongo a la defensiva. Imagino lo que quiere saber.

—Eso ya lo sé, princesa. Pero ¿qué tipo de casa? —sigue preguntando, mientras me aparta un mechón de pelo de la frente.

—Pues el señor Jonah me ha encargado una maqueta que refleje cómo era su antigua empresa. —Mejor así, directa, y acabamos cuanto antes con este tema que me pone nerviosa.

—¿Su antigua empresa? ¿Y cuál es la historia? —se interesa, irguiéndose más contra el cabecero.

—¿Tiene que haber una historia? Alan, no quiero que... —No me deja terminar.

—No, Rebeca, sólo es curiosidad. Me gusta saber lo que haces. Sólo eso. Nada más, te lo prometo. Pero si no quieres hablar de ello, lo entiendo. —Y termina besándome dulcemente la frente.

Quiero contárselo todo, pero temo su reacción. No puedo decirle que Terry y yo hemos comido juntos. ¡Dos veces! Y menos que estuve a punto de salir a cenar con él. Aunque no pasara nada entre nosotros y aunque durante ese corto período de tiempo Alan y yo estuviéramos separados, en el fondo

era como si no lo estuviéramos y yo misma lo siento como una traición hacia él.

—Sólo me contó que antes tenía su empresa aquí. Su esposa murió y él cayó en una depresión que lo llevó a perderlo todo. Entonces se marchó a Madrid, donde ahora tiene su nuevo negocio. Y por eso, gracias al señor Vetel, me conoció y quiere que le construya una maqueta que sea como su primera empresa. ¡Ah... y es arquitecto! ¡Como tú! —digo sonriendo.

—Vaya... qué casualidad, ¿no?

—Pues sí, lo es.

—¿Y cómo os habéis puesto de acuerdo con el proyecto? ¿Vía e-mail?

—No. Estuvo aquí unos días para cerrar unos negocios pendientes y aprovechó para venir a ver el catálogo. Le preparé el proyecto y... un día quedamos para comer y cerrar el trato.

—O sea que lo conoces personalmente.

—Sí, claro. —No me gusta el tono que está cogiendo la conversación y él lo nota.

—Rebeca, sólo me preocupo por ti. Hay mucho loco suelto por ahí. Recuerda lo que nos pasó...

—Alan, no lo olvido, te lo aseguro, pero no quiero que pienses...

—Lo sé, lo sé, Rebeca —me interrumpo—. Sólo una pregunta más y prometo no volver a tocar más este tema.

—Está bien, dime.

—¿Qué impresión te causó al conocerle?

—Pues, sinceramente, al principio me cayó como una patada en el culo. Me pareció superarrogante y pretencioso. —Una media sonrisa burlona aparece en el rostro de Alan y, con un leve asentimiento de cabeza, me pide que continúe—. Pero luego todo lo contrario, resultó ser un hombre educado y atento.

—¿Y atractivo?

—Alan...

—Rebeca, sin enfados, sin celos, lo prometo.

—Sí, es un hombre atractivo, pero nada más. ¿Ya?

—Sí. Sólo espero una cosa. Que después del mal rato que me hizo pasar ayer, le hayas pasado una buena factura.

—Oh... sí, mi amor, te aseguro que lo va a pagar bien.

Nos reímos juntos y nos olvidamos del asunto.

Miércoles, 16 de octubre

Concentrada en mi trabajo, aunque con la mente a ratos divagando sobre mis vivencias con Alan, me paro a pensar que me siento realmente feliz, porque estoy avanzando con los pedidos y por fin me siento plena y realizada.

Estoy consiguiendo lo que quiero en la vida. Mis hijos son felices a pesar de las dificultades que hemos tenido que pasar, y no me puedo quejar del trabajo. Mi situación sentimental es perfecta. Tengo a mi lado a un hombre que me quiere con locura y yo a él y... que está... ¡madre mía cómo está!

Me río yo sola por ese último pensamiento y me sobresalto al oír el timbre de la puerta. Con una sonrisa idiota en la cara me dirijo a la entrada sin pensar en lo que hago, y en el mismo instante en que abro y fijo la vista al frente, se esfuma toda la felicidad que rezumaba por cada uno de los poros de mi piel.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? —pregunto.

—Buenos días, Rebeca. No creo que el odio esté reñido con la educación, ¿no?

Hacía tiempo que no veía a mi exmarido y encontrarme así de sopetón con él me hace recordar muchos malos momentos vividos. Y eso sí que no, no estoy dispuesta a que este imbécil me amargue el día, ya me amargó los suficientes a lo largo de nuestra vida juntos.

—No me vengas ahora con gilipolleces de educación, después de todo lo que me has llegado a decir y todo lo que hiciste... Tengo mucho trabajo, así que... —Intento cerrar la puerta, pero él me lo impide poniendo un pie y parándola con la mano.

—Sí, sí, ya sé que estás muy ocupada últimamente. De eso venía a hablarte.

—Mi vida no es asunto tuyo. Ya no.

—¡Sí lo es! ¡Sí, si incumbe a mis hijos! ¡Y me vas a escuchar aunque no quieras!

—No hace falta que chilles. Sigo sin ser sorda. Y tus hijos están

estupendamente, siempre lo han estado, más gracias a mí que a ti, todo sea dicho de paso.

—¿Me vas a dejar entrar o quieres que se enteren todos los vecinos de lo que tengo que decirte?

—No, no puedes entrar. Te recuerdo que...

—Te recuerdo que tenemos dos hijos en común y... ¡quiero, te exijo que hablemos!

—¡¿Que me exiges?! Venga ya, déjame en paz.

¡Dios! No recordaba ya lo difícil que era razonar con él. Por suerte para mí, en ese preciso momento aparece el vecino de enfrente, supongo que alertado por las voces.

—¿Ocurre algo, Rebeca? —pregunta, situándose al lado de él.

—No, Sergio, gracias. Fran ya se iba, ¿verdad, Fran? —pregunto, dirigiéndole una mirada amenazante—. Si tienes algo que decirme, mándame un WhatsApp. No es necesario que nos veamos para hablar. —Y aprovechando que Sergio se interpone entre él y yo y lo hace retroceder un poco, cierro la puerta.

—¡No hemos acabado, Rebeca! —oigo que grita tras la puerta—. ¡Algún día me vas a escuchar aunque no quieras!

Con la espalda apoyada en la puerta y los ojos cerrados, sin poder borrar de mi mente su cara de loco, oigo cómo Sergio le aconseja que se vaya y Fran, con su típica mala educación, arremete contra él.

—¡Vete a tomar por culo, hijo de puta!

El sonido de sus pasos se pierde escaleras abajo.

Sergio oyó muchas de nuestras peleas, e incluso intervino en alguna de las últimas, ya que, asustado por el volumen de los gritos, venía a asegurarse de que yo estaba bien. Al principio con la excusa de pedir un limón o un huevo, luego ya abiertamente.

Superado este inesperado percance matutino, sigo con mi trabajo, aunque en un pequeño rincón de mi cerebro queda la temerosa intriga de no saber qué le pasa ahora y qué será lo que querrá.

Por la noche, con Alan ya en casa y sentados los dos en el sofá, ocurre lo de siempre, que no puedo esconder mi preocupación. Para él sigo siendo esa mujer transparente que lo cautivó hace casi un año.

—¿Qué te pasa, princesa? Esta cabecita hace rato que le está dando vueltas a algo y quiero saber ahora mismo qué es si no quieres empezar a

sufrir —susurra en mi oído, besándome el cuello.

—Ohhh... Alan, si éste es el castigo, callaré como una perraca — contesto, doblando el cuello para facilitarle el trabajo.

—No, Rebe, en serio. Dime, ¿qué es lo que te preocupa? —Se pone serio y se acomoda en el sofá, erguido como un palo. Mmmmm... cómo me pone así también—. ¿Quieres dejar de mirarme con esos ojos que ya me conozco y hablar? —me reprende.

—Esta mañana he tenido una visita —empiezo. Y sus ojos interrogantes me instan a continuar—. Ha venido mi exmarido diciendo, bueno, más bien exigiendo, que quería hablar conmigo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada, no le he dejado. He intentado cerrarle la puerta, pero me lo ha impedido.

—¡Cabrón! No te habrá tocado, ¿no?

—¡No! Al momento ha salido Sergio, el chico de enfrente, y se ha ido. Pero antes ha gritado que hablaría conmigo aunque yo no quisiera.

—Como se te vuelva a acercar, le rompo las piernas.

—No, Alan, tranquilo.

—¡Tranquilo no, Rebeca! A saber lo que querrá. No nos podemos fiar.

—No sé lo que querrá, pero puedo imaginármelo. Será como aquello del hortelano, ¿cómo es?

—Lo del perro del hortelano, que ni come ni deja comer, ¿no?

—¡Eso! Es que los refranes nunca han sido mi fuerte...

—Ya, no hace falta que lo jures, princesa.

—De todas maneras, ahora que sé que me acecha el peligro —le hago una mueca para quitarle importancia al asunto—, echaré un ojo a la mirilla antes de abrir.

—A mí no me hace ni pizca de gracia esta situación. Ya no estaré tranquilo mientras estés aquí sola.

—Mmm... no pasará nada, chico malo. Si no pasó entonces, ¿va a pasar ahora? Es absurdo.

—Él es absurdo, no lo olvides.

—¿No crees que deberíamos ir ya a dormir? —pregunto, acariciándole el pecho.

—¿A dormir? Buffff... pensaba que no lo ibas a decir nunca... ¡Tengo un sueño que me muero! —dice, fingiendo un bostezo.

—Serás... —simulo enfado y convierto la caricia en un suave puñetazo sobre sus pectorales.

Viernes, 18 de octubre

Esta semana, Alan y Jan han estado muy ocupados con el nuevo proyecto de Dubái. Será algo muy importante para su empresa y tienen que dedicarle mucho tiempo si quieren conseguirlo. Por eso le he hecho prometer que durante el día no nos íbamos a ver, ya que tiene que estar al cien por cien. Y yo también necesito mis horas de trabajo. Por supuesto, he tenido que ser fuerte para rechazar sus invitaciones de que vaya a verlo e ignorar sus súplicas diciendo que necesita verme aunque sólo sean diez minutitos.

Pero eso sí, noche tras noche sigo teniéndolo en mi cama, disfrutando de su atractivo cuerpo y demostrándonos nuestro amor mutuo.

Ya está totalmente recuperado de sus dolores. Y en cuanto a su «problema»... bueno, estamos aprendiendo a convivir con él y sacarle la parte beneficiosa. Y tengo que reconocerlo, le estamos cogiendo el gustillo. Nuestra vida sexual ha sido desde el principio muy intensa, pero ahora... bufff... sólo pensarlo me pongo mala. Mejor voy a entretener mi mente en otra cosa.

Estos días les he ido hablando poco a poco a mis hijos sobre Alan. Les he dicho que he conocido a una persona que me gusta y que me hace sentir bien, que es un chico maravilloso y que estoy segura de que a ellos también les caerá bien. Alan y yo hemos planeado un encuentro para esta noche, iremos al cine y luego a comer unas apetitosas hamburguesas. Él no puede disimular su nerviosismo ante la «cita» que se avecina. Quiere gustarles a mis hijos y yo estoy segura de que les gustará.

Nos pasará a recoger a las siete de la tarde, así tendremos tiempo suficiente para decidir qué película vamos a ver, comprar las entradas, palomitas...

Yo estoy realmente atacada, igual que mi hija, que me ha confesado que está muerta de vergüenza.

—¿Por qué, cariño? Ya verás cómo te gusta. Gracias a él y a vosotros me siento muy bien.

—Me alegro, mamá, me alegro mucho de que estés tan contenta. Lo sé.

Sé que me gustará.

Para mi pequeño es distinto. A él esta situación le divierte y si además hay hamburguesas de por medio, pues ya no se puede pedir nada más.

¡Tin tin tin!

ALAN GASS:

Ya estoy aquí.

Os espero.

(En línea)

Ya salimos, mi amor.

(Emoticono beso)

(Escribiendo)

No seas mala.

No sé si podrás pagarme como me gustaría.

Salimos por el portal y ahí está él, como tantas otras veces, apoyado en el lateral del coche, con su aspecto de chico malo, con unos vaqueros negros, camisa blanca un poco desabrochada, mostrando su apetitoso pecho, y una chaqueta de cuero negra. Ohhh... tendría que haberse vestido de otra manera, así me resulta tan tentador...

—¡Vaya! —La expresión de mi hijo me hace reír de una forma nerviosa —. ¿Ése es su coche?

—¡Sí! ¡¿A que mola?! —le contesto.

—¡Ya ves! ¡Es el que a ti te gusta! —responde entusiasmado.

—¡Sí, se lo compró por mí! —respondo orgullosa.

—¿En serio? —pregunta mi hija, boquiabierta.

Llegamos a su lado y nos recibe con su espectacular sonrisa.

—Bueno, chicos, pues os presento a Alan.

—Alan, ella es Mónica y él, Erik.

—Hola, tenía muchas ganas de conoceros.

—Hola, Alan —saluda mi hija, mientras le da dos besos.

—Hola —lo saluda tímidamente Erik, mientras recibe un extraño saludo de puño de Alan, cosa que parece encantarle, ya que veo cómo se le ilumina la carita.

—Pues si os parece, ¿nos vamos? —propone él, mientras me agarra por la cintura y acerca su cara a la mía, esperando un gesto por mi parte.

No le hago esperar mucho. Acercó mis labios a los suyos y me besa suavemente. Con el rabillo del ojo puedo ver las miradas picaronas de mis hijos, una mezcla de diversión y nerviosismo.

—¡Vamos! —los animo.

Llegamos con suficiente antelación al cine, lo que nos permite tomarnos nuestro tiempo para empezar a decidir. La elección está difícil. Mónica no quiere dar su brazo a torcer y entrar a ver una película apta para su hermano. Y claro, las películas que quiere ver ella no son adecuadas para Erik, así que tenemos un problema.

—Rebe... —me susurra Alan. Mil escalofríos me recorren la espalda. Sólo he sentido su contacto con el beso de saludo y llevamos ya casi una hora juntos, por eso creo que esto se me hará interminable—. Yo puedo entrar con Erik a ver la peli de dibujos y tú vas con tu hija a chillar de miedo juntas. Las dos tienen el mismo horario. Saldríamos todos a la vez.

—¿En serio? ¿No te importa? —Niega con la cabeza, sonriéndome y clavándome sus ojos negros.

A decir verdad, me encanta la idea también, porque no sé cuál sería mi reacción al tenerlo tan cerca y a oscuras... Jajaja... ya vuelven a mí esos pensamientos.

—¡Vale! Pues, Erik, tú entras con Alan a divertirnos con los dibujos y Mónica y yo vamos a pasar un poco de miedo. ¿Te parece bien? —le digo, cogiéndole la cara entre las manos.

—¡Síiii, vale! Pero ¿compraremos palomitas? —pregunta, dirigiéndose a Alan.

—¡Pues claro! ¡¿Qué es una película sin palomitas?! ¡Compraremos el tamaño gigante! —le responde él, cogiéndolo de la mano.

Bien. De momento todo va sobre ruedas y me siento feliz de estar con las tres personas más importantes de mi vida. Antes de irnos cada uno a nuestra sala, Alan me rodea por la cintura con un brazo, mientras con la otra mano sujeta la de Erik.

Veó que está a punto de peligrar el gran bote de palomitas bajo su

bracito tembloroso por la emoción. Ohhh... ¡me encanta esta escena! Alan me da un dulce beso de despedida en los labios y siento su calor atravesar mi cuerpo.

—Que chilléis a gusto. Pero guárdate algún grito para mí, para cuando esta noche te folle sin parar —me murmura al oído.

—Lo haré, gracias. Y... —añado, acercando los labios a su oreja— me encantaría gritar luego, pero no podré hacerlo, porque tu polla estará taponando mi boca durante horas... —Me aparto de él y me río al ver sus ojos encendidos—. Y ahora, si quieres comer palomitas, te aconsejo que le cojas el bote a Erik enseguida, antes de que se desparramen por el suelo —bromeo, lanzándole una mirada a mi hijo.

La película es terrorífica. Mónica ha estado continuamente cogiéndome el brazo, gritando y tapándose los ojos. Jajaja, le gusta ver este tipo de cintas conmigo, pero no las soporta tan bien como yo. Aunque hoy yo no he estado muy pendiente de la pantalla, pues tenía los pensamientos un par de salas más allá, con Alan. Pensando en sus labios, en sus susurros... en su sonrisa... Soy tan feliz que, a juzgar por la expresión de mi cara, se diría que estoy viendo una película de amor en lugar de una sangrienta y terrorífica.

—Jooo, mamá, ¿tú no te asustas por nada? —La pregunta de mi hija me arranca de mi ensoñación y veo en la pantalla una de sagradable escena llena de sangre y miembros mutilados aquí y allá y entonces oigo el murmullo de asco y repulsión de toda la sala. La miro divertida y entonces se encienden las luces.

—¿Te ha gustado? —le pregunto a Mónica.

—Sí, pero no sé si ahora podré cenar —responde divertida—. Mamá, antes no te lo he podido decir porque empezaba la peli, pero... me gusta Alan. Y se lo ve muy enamorado de ti, ¿eh? Y anda que no está bueno. ¡Jolín! —dice, hincándose el codo en las costillas.

—Me alegro, cariño. Me hace muy feliz escuchar esto. Y sí, la verdad es que está muy, pero que muy bueno. Venga, vamos a ver cómo sale tu hermano. —Le rodeo los hombros con un brazo y le doy un sonoro beso en la mejilla.

Cuando salimos, los vemos a los dos esperándonos en la salida. Están hablando animadamente, supongo que comentando la película y se los ve... como especialmente conectados. ¡Bien!

—¿Qué tal la peli? —les pregunto cuando llegamos a su lado.

—¡Genial! ¿Verdad, Alan? ¡Ha sido una pasadaaaaa! —Erik tiene los ojos abiertos como platos y los de Alan se ven brillantes y profundos, llenos de emoción y alegría.

Nos dirigimos al *burger*, los dos niños caminando delante de nosotros, los brazos de Alan rodeando mis hombros y yo agarrada a su cintura. Siento su calor y eso me reconforta.

—Alan, a mi hija le gustas y, por lo que veo, Erik está entusiasmado contigo. ¿Qué extraño ser eres, que enamoras a todo el que te conoce? —bromeo.

—Me alegro muchísimo. A mí ellos también me gustan. Pero antes de que se me olvide, tengo que decirte una cosa. Vas a pagar caro lo que me has dicho antes de entrar en la sala. Me ha costado concentrarme en la película y mira que la trama era fácil de pillar. Y... además, te quiero. —Me besa en los labios y yo me derrito.

Nos comemos nuestras hamburguesas mientras comentamos las películas, más la de dibujos que la nuestra, sobre todo porque no queremos que nos sienta mal la comida. No paramos de hablar, reír y bromear. La verdad es que con Alan es todo muy fácil.

Recuerdo nuestros primeros encuentros, en los que hablábamos y nos sentíamos como amigos que se conocían desde hacía tiempo. Ahora vuelve a ocurrir con mis hijos. Ellos lo han aceptado ya y hablan con él como si de uno más de la familia se tratara. Y eso es. Son mi familia. Mis queridos hijos. Y mi querido amigoamante-compañero Alan.

Cuando llegamos a casa, aparca el coche y su mirada interrogante se cruza con la mía. Sé lo que me está preguntando. Hoy es una situación diferente y no sabe qué ocurrirá.

—Vamos, te invito a una copa —le digo guiñándole un ojo y él me responde dedicándome la mejor de sus sonrisas.

Espero que haya pillado la indirecta. Y que todavía se acuerde... Yo nunca podré olvidar la primera vez que lo invité a una copa...

Presas de la emoción vivida esta tarde, mis hijos no se despegan del sofá. Estamos los cuatro frente al televisor, viendo otra peli, mientras Erik le muestra a Alan sus juegos preferidos de la PSP. Mi cuerpo manda constantes señales de aviso a mi cerebro, causadas por el roce de las manos de Alan y sus constantes miradas hacia mí, acompañadas de esos labios que me sonrían, torturándome hasta lo impensable.

Por fin la película acaba, Mónica nos da las buenas noches y se va a la cama, pero con Erik es más difícil. Consigo convencerlo diciéndole que si se porta bien ahora, mañana Alan también pasará el día con nosotros. Y eso es suficiente para que a los cinco minutos ya esté en la cama, casi roncando.

—¡Por fin! —Me acurruco entre los brazos de Alan, que me está esperando en el sofá.

—Rebeca, me alegro de que todo haya salido tan bien.

—Y yo. Eres increíble. Haces que todo parezca tan fácil... ¿Te apetece un poco de vino?

—No... me apeteces tú. —Sus labios se encuentran con los míos y me besa apasionadamente.

Ohhh... lo que he estado deseando durante toda la tarde y toda la noche... su lengua dentro de mi boca, envolviendo a la mía, caliente, húmeda y dulce.

—Te recuerdo que me has invitado a una copa, ¿o ya no recuerdas cómo son tus... «copas»?

—No sabes las ganas que tenía...

Sus labios no me dejan acabar la frase y se pegan más aún a los míos, mientras sus manos empiezan su recorrido por mi espalda y por mi muslo.

—Espérame en la habitación, preparo dos copas de vino y voy...

—Vale, pero no tardes...

—Te lo prometo.

Cuando entro en la habitación con el vino, la visión de su cuerpo desnudo tendido en la cama y cubierto únicamente por un trocito de sábana dispara mi deseo y desata mis fuegos interiores. Le doy su copa y bebo un trago a la mía, luego le pido cinco minutos más para ir al baño.

—¡No! ¡Ven aquí! —ordena.

—¡No, Alan, necesito cinco minutos, sólo eso! Tengo la sensación de que huelo a hamburguesa y no me gusta nada.

—¡Qué tonta eres! ¡Cinco minutos! —dice, mirando su reloj.

Cojo un camisón de la cómoda y me encierro en el cuarto de baño, donde me recojo el pelo con una pinza y me meto bajo la ducha. Me he convertido en una especialista en duchas rápidas acatando sus órdenes, por lo que no me cuesta nada acabar en un tiempo récord. Dos minutos. ¡Ahí es nada! Me seco rápidamente y me «visto».

Dentro del camisón doblado he metido un tanga negro y medias a juego. Esas medias que enloquecen a Alan. Y el camisón me levanta los pechos,

algo que tampoco le desagrada, al contrario. A mí no es que me entusiasme mucho, pues realza mucho más mi generoso busto, pero a él le encanta. Salgo del baño y me dirijo hacia la cama.

—Buena chica... puntual... —Sus ojos se posan en mi cuerpo y veo su excitación. Se incorpora y me tiende una mano—. ¡Dios, Rebe! Ven aquí.

Me tiendo a su lado, recostada sobre la cadera y extendiendo las piernas, provocándolo, con la mano derecha rozándole el muslo.

—Estás impresionante. —Sus ojos recorren mis pechos, mis piernas, mi cara...—. No te muevas.

Me empieza a acariciar la cara, el cuello, muy suavemente. Casi no son caricias, sino roces. Me quema por dentro a su paso y cierro los ojos para sentirlo más. El calor me baja por el esternón y acaricia mis exuberantes pechos, mientras su mano se desliza ahora por mi cadera en dirección a mi pierna. Luego asciende por el interior de mis muslos y sus dedos rozan mi sexo.

—Ahhh... Alan... te deseo... —Intento abrazarlo, pero él me lo impide.

—Chiss... chiss... chiss... quieta, señorita Cold, si no la tendré que castigar. Esto es un espectáculo que todavía no he terminado de disfrutar —dice, mientras sigue mirando mi cuerpo.

Me acaricia el abdomen y vuelve sobre mis pechos, ahora presionándolos y haciéndome gemir de placer.

—¡Ven aquí! —ruge.

Me coloca a horcajadas sobre él y, ahora con las dos manos, sigue recorriendo mi cuerpo una y otra vez.

—Ohhh... Alan... por favor... —Le acaricio el pecho, subo por su cuello y enredo los dedos en su pelo. Estoy perdiendo el control—. Alan... te quiero...

—Y yo... mi amor... te quiero... —Sus labios queman mis pechos y sus manos abrasan mi espalda—. Ohh... Rebe... tus pechos... me vuelves loco toda tú, pero tus pechos... son tan...

Con sus hábiles dedos, aparta las copas del camisón dejando a la vista mis pezones, que inmediatamente son cubiertos por sus besos y su lengua.

—Mmmm...

—Ahhh... Alan... —Empiezo a sentir humedad dentro de mí en respuesta a sus besos y mordiscos y noto los pezones duros y excitados en contacto con sus labios—. ¡Alan! ¡Sí!

—¡Ohhh... Rebeca! —Sus dedos apartan el minúsculo tanga y se introducen en busca de mi clítoris, deseoso hacía rato ya de sus toques y caricias—. ¡Mmmm... Dios! ¡Qué mojada, joder!

—¡Síii, Alan! ¿Qué esperas...? ¡Me vuelves loca de placer! —Me abalanzo sobre su cuello y empiezo a besarlo, morderlo, lamerlo...—. Ohhh... ¡me gustas tanto...!

—¡Ponte sobre la cama! De espaldas a mí y apoyada en las rodillas y las manos. ¡Quiero verte!

Ohh... sí... empieza el juego... La medicación no sabemos si ha hecho su efecto, lo que sí es cierto es que gracias a su «trastorno» hemos descubierto nuevos placeres con el sexo, a los que no creo que renunciemos nunca.

Me coloco como él me pide y veo que se pone detrás de mí, con su gran erección en contacto con mis glúteos. Sus manos empiezan a recorrer mi espalda, mi abdomen, mis pechos, mis muslos, sin dejar de rozarme con su cuerpo...

Sábado, 19 de octubre

Me despierta la luz de la mañana que entra por la cristalera. Mis ojos se encuentran con los de Alan, que me está mirando.

—¡Dios! ¿Qué hora es? —Me asalta el miedo a que sea muy tarde y mis hijos puedan sorprendernos en la cama totalmente desnudos.

—Chis... tranquila, sólo son las siete —me tranquiliza, besándome la frente—. Buenos días, mi bella y perversa Rebeca.

Me vienen a la mente los juegos de la noche anterior y todos los placeres compartidos con mi amado y atractivo arquitecto.

—Mmmm... Buenos días, mi insaciable y juguetón señor Gass. ¿Qué haces despierto tan temprano?

—Pensando y contemplándote.

—¿Pensando?

—Sí, pensando en el proyecto de Dubái.

—Ah... ¿es que hay problemas?

—No, todo va muy bien. Con un poco de esfuerzo más lo conseguiremos, estoy seguro.

—Me alegro. Te lo mereces. —Me aprieto contra su cuerpo—. Alan, te quiero tanto... Me gustaría ser más grande, para tener más cuerpo y poder abrazarte más.

—Eres perfecta así como eres... tan... manejable... según en qué ocasiones. —Y su boca sonriente se me acerca, haciéndome perder en un largo y sensual beso—. Rebeca, quiero decirte una cosa.

—Alan, no me asustes.

Se ha puesto serio y eso siempre me altera. Enseguida sonrío.

—Tendré que irme unos días a Dubái. —Mi corazón se paraliza, pero no quiero que se dé cuenta.

—Lo entiendo. Tienes que sacar adelante el proyecto. Está bien, mi amor. Sabes que quiero lo mejor para ti. Y tienes que hacer lo correcto.

—No, Rebeca, no me has dejado terminar. Quiero que vengas conmigo. Serán bastantes días los que tendré que estar fuera y no puedo pensar estar ni

un solo día separado de ti.

Por mi mente cruza la imagen de mis hijos, no puedo separarme de ellos tanto tiempo. Su padre no puede ocuparse de ellos, y tampoco quiero que lo haga. Se podrían quedar con mi madre, pero es que no quiero estar sin ellos.

—Sí, lo sé, tus hijos... —¡Dios! Lo sigue haciendo, ¡sigue metiéndose en mi cabeza!

—¿Cómo lo haces? ¿¿Cómo sabes lo que estoy pensando?! —Le golpeo en el pecho.

—¡Porque te quiero! ¡Y te conozco, mi amor! Ya había pensado en ellos. Nos iremos durante las vacaciones de Navidad. Y la decisión es tuya: o nos vamos los cuatro, o nos vamos tú y yo cuando estén con su padre. Tú decides.

—Ohhh... Alan... —Quiero comérmelo a besos, llenarlo de caricias.

—Rebeca, quiero tu felicidad. Sólo eso.

—¡Alan, ya soy feliz! ¡Te lo aseguro! —Mi boca busca la suya y nos fundimos en un tierno beso.

—Bien, me alegra saberlo. ¿Y qué decides? ¿Quieres unos días para pensarlo?

—No, Alan, ya lo sé. Quiero pasar mi parte de vacaciones de Navidad con mis hijos aquí contigo y vivir nuestras vacaciones juntos los dos solos en Dubái.

—Bueno, solos tampoco estaremos, Jan también tiene que venir.

—Vale, pero por las noches no se meterá en la cama con nosotros, ¿no? —bromeo, sabiendo de antemano su reacción.

—¡Lo mato! —grita, tumbándome de espaldas y sometiéndome bajo su cálido cuerpo—. Tengo que soportar sus muestras de cariño «amigable» hacia ti, aunque a veces dudo de su amigabilidad, pero ¡eso no lo permitiría nunca! ¡Te juro que lo mato!

—¡Alan, estás loco! Jan es un gran amigo y lo sabes.

—Sí, pero eso no quita que me ponga furioso cuando te abraza y te besa. ¡No sabes hasta qué punto!

—Lo sé, mi amor, he visto tus ojos. Yo quisiera evitarlo, pero no puedo.

—Lo sé. —Su voz se vuelve dulce de inmediato—. Él te quiere mucho y sé que tengo que agradecerle muchas cosas. Pero es joven y atractivo y tengo celos.

—Ahhh, claro, es verdad... No me acordaba de que me estoy follando a

un viejo seboso... ¡puajjj, qué asco!... Y, claro, deseo tener entre mis piernas a su amigo joven y atractivo...

—¿Có-mo-has-di-cho? ¡Repítelo! —Sus ojos se clavan en los míos, mientras con una mano aprisiona mi pecho.

—Ohhh... que... quiero... tenerte entre... mis piernas...

—¡Eso no es lo que has dicho! —grita.

—¡Era broma, Alan! —Su sonrisa maliciosa me dice que lo sabe, ¡claro que lo sabe! Pero está jugando.

—¡Repíteme lo que soy!

—Un... viejo... seboso...

—¡¿Y qué quieres tener entre tus piernas?! ¡Dilo!

Ooh... su voz susurrante pero autoritaria en mis oídos se adentra hasta lo más profundo de mi cerebro, enviando respuesta a mis terminaciones nerviosas más íntimas, que están siendo fustigadas además por el roce de su erección.

—¡Alan! Quiero tu polla... Alan... síii...

—¡No habías deseado eso! ¡Así que no la tendrás!

—Noooo... estaba bromeando... ¡lo sabes! —Mi voz es casi un sollozo. No puede privarme de eso ahora. Vamos a pasar todo el día con los niños y casi no podré tocarle. Es nuestra última oportunidad—. Alan, por favor... no vamos a poder estar juntos hasta la noche. Por favor, no juegues así conmigo. Me has puesto muy caliente...

—¡Suplícamelo! —murmura.

—Ohhh... Alan, eres perverso. ¡Tú tienes tantas o más ganas que yo! ¡Puedo notar tu polla enorme clavarse en mis caderas! ¡¿A quién quieres engañar?! —Mi voz se eleva más de lo normal. Empiezo a sentirme furiosa con su reacción. Siento que estamos perdiendo un tiempo precioso y ahora mismo estoy muy enfadada.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¡Sí, Alan! ¡Bastante!

—Ohh... me pone a cien que te enfades conmigo. ¡Ni te imaginas lo que haría ahora contigo!

—¡Mamáaa! —La llamada de mi hijo se clava en mi cabeza y fulmino a Alan con la mirada.

—¿Ves lo que has conseguido? ¡Eres un maldito cabrón! ¡¿Ahora qué?! —Me mira perverso y divertido. Está disfrutando con mi enfado y eso me

enfurece más todavía.

—No quiero ni imaginarte esta noche.

—¿Ah, sí? ¡Pues a lo mejor te vas a tu casita a matarte a pajas!

—Rebeca... esa boquita... que sabes cómo me pone...

—¡Sí, lo sé! Pero ¡te da igual!

Me pongo unos leggins y una camiseta y salgo rápidamente de la habitación.

—Buenos días, mi amor. —Beso con cariño a mi hijo en la frente.

—¿Está Alan, mamá? —Su cara refleja la admiración por él y eso disipa toda mi furia.

—Sí —le respondo—. Está en el baño. Vamos a la cocina a desayunar y ahora vendrá.

Mientras Erik está sentado a la mesa de la cocina con su leche y sus cereales, aparece Alan, con un pantalón de chándal y una camiseta de cuello de pico, sexy como siempre... y ese cordoncito del pantalón rebotando en su entrepierna de forma seductora. Se acerca a Erik y lo besa en la mejilla.

—¡Buenos días, campeón! —lo saluda, revolviéndole el pelo.

—Hola, Alan, ¿querrás jugar conmigo ahora al Fifa en la PS3? —pregunta el pequeño, con la boca llena de cereales.

—Vale, siempre y cuando te acabes el desayuno.

—¡Vale! —contesta Erik sin dejar de comer.

Lentamente, se acerca a mí, que estoy apoyada en la encimera y, situándose enfrente, me aprisiona con su fuerte cuerpo contra el mármol y me besa apasionadamente, aprovechando la concentración de Erik en sus cereales.

—Buenos días, mi temperamental Rebeca. Te quiero —musita.

Todo mi enfado se esfuma.

—Buenos días, viejo seboso... Espero que hayas traído tus Viagra para esta noche, porque... —me acerco a su oído y, en voz muy baja, le susurro—: te voy a follar hasta hacerte perder el conocimiento. —Y, empujándolo, me escabullo de entre sus brazos—. Tengo que ir al baño, aquí tiene su café, señor Gass.

Me voy, mostrándole su taza sobre la encimera y viendo la expresión encendida y acalorada de sus ojos.

Aprovechando este sábado soleado, por la mañana pasamos unas horas en la playa, los dos chicos jugando a pelota y Mónica y yo tendidas en la

arena, charlando y disfrutando del calor en nuestras mejillas. Al cabo de un rato, Erik convence a su hermana para hacer un castillo de arena y mientras se dirigen a la orilla, Alan se tumba junto a mí sobre la toalla.

—¿Sigues enfadada conmigo? —pregunta en tono preocupado, mientras con los nudillos me acaricia la cara.

—Sabes que no puedo enfadarme contigo —respondo, tumbándome de lado para ponerme frente a él—. Bueno, a lo mejor un poquito sí que me he enfadado. Te deseaba tanto, Alan...

—Y yo... Me he arrepentido un millón de veces de hacer lo que he hecho. —Sus labios se posan en los míos y la punta de su lengua se introduce en mi boca. La mía sale a su encuentro y, mientras su mano se cierra sobre mi cintura, su boca y su lengua me hacen suya por unos instantes—. ¿Me perdonas?

—Vale, pero esta noche vas a hacer penitencia.

—Lo que sea. Seré tuyo para lo que quieras.

—Has dicho lo que quiera, ¿eh? ¿Serás mío? ¿Como yo quiera y cuando quiera?

—Sí, Rebeca. Seré tu perrito faldero.

—Ohhh... Alan, cállate, por favor. Estoy deseando que llegue la noche.

Los gritos de los niños nos distraen. Mónica ya está fastidiando a su hermano. Ya me extrañaba que se portaran tan bien.

—Creo que debemos irnos —digo levantándome.

—Vale. ¡Vamos, niños! —Los llama con un grito y a los dos segundos los tenemos junto a nosotros. ¡Madre mía! ¡Eso hace años que yo no lo consigo!

Alan propone ir a comer a un restaurante del paseo marítimo y mis hijos responden encantados. Les va más esto de ir de un lado a otro que a una peonza. Por unos momentos me siento un poco desplazada, porque se ponen uno a cada lado, agarrados a su cintura, pero me gusta, me gusta mucho verlos así.

Comemos un arroz delicioso. Hacía tiempo que no comía paella y me apetecía mucho. Mónica está nerviosa con el móvil, chateando con sus amigas.

—Mónica, ¿pasa algo?

—No... es que mis amigas quieren quedar y les estoy diciendo que no puedo. —Su mirada se dirige a Alan—. Pero no paran de insistir.

—Mónica... —dice él—, queda con ellas si a tu madre le parece bien, claro. Yo te llevo donde quieras y luego te recojo cuando me digas.

—¿En serio? ¿No te molesta que me vaya y te deje con mi hermano? — bromea, lanzándole una mirada divertida a Erik.

—¡No! De verdad. Ve y diviértete.

—¡Vale! ¡Gracias! —Se dispone a llamar por teléfono cuando de repente se queda mirando fijamente a Alan—. Me alegro mucho de que mi madre y tú os hayáis conocido —reconoce.

—Y yo, Mónica. Tu madre es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Mi mano se cierra sobre su muslo y mi mirada se cruza con la de mi hija y no hace falta que le diga nada más.

Después de comer, Alan nos deja primero a mí y a Erik en casa y luego se va a llevar a Mónica con sus amigas. Mientras, yo aprovecho para hacer alguna tarea de la casa. Cuando Alan vuelve, Erik ya lo está esperando con la consola preparada.

—¡Vamos, campeón! ¡Tu turno! —Se sienta a su lado y empiezan la partida.

Se pasan media tarde jugando, y es un alivio, porque eso nos mantiene un poco separados. Todavía me resulta un poco incómodo tenerlo tan cerca y no poder sentir su calor y sus caricias. Le insisto más de una vez a Erik para que baje a jugar con sus amigos, pero no hay manera, me asegura que prefiere quedarse con Alan. Me tranquiliza el rostro de éste, que parece realmente agradecido con la respuesta del niño.

—Pues me voy a poner una lavadora.

Recojo la ropa de las habitaciones y cuando estoy en la nuestra y me ocupo de la que hay en el baño, diferentes prendas mías y de Alan, me invade una agradable sensación de familia y de compenetración que me hace estremecer de pies a cabeza. Voy hacia la cocina como flotando y deseando que a partir de ahora todo continúe igual, sobre ruedas y rebosando felicidad por cada poro de mi piel.

En cuclillas frente a la lavadora me deleito un momento al sentir un excitante latigazo de placer con el sensual olor que desprenden las ropas de Alan. Me apresuro a meterlo todo dentro rápido, ya que, si no, no respondo de mis actos.

A las diez de la noche, Alan tiene que ir a recoger a Mónica.

—Rebe, ¿quieres que de paso vaya a buscar unas pizzas para cenar?

—¡Sí, sí, síii! —Los atentos oídos de Erik no dejan pasar por alto semejante delicatessen.

—¡Ahí tienes tu respuesta! —contesto entre risas.

—Pues enseguida vuelvo con Mónica. —Y me besa deliciosamente antes de salir por la puerta.

Al cabo de casi una hora que se me hace interminable, Alan me envía un WhatsApp, pidiéndome que le abra la puerta.

—¡Corre, Erik! ¡Ayúdame a preparar la mesa, que ya están aquí!

A los dos minutos aparecen por la puerta, cargados con cuatro pizzas familiares, bebidas y helados.

—Pero... ¿cuántas pizzas traéis?

—Es que como no sabíamos cuál querría Erik y no podíamos preguntaros porque teníamos una cola inmensa detrás, Alan ha cogido la que te gusta a ti, la que me gusta a mí y dos más para que Erik escoja —argumenta mi hija.

—Madre mía, tenemos pizza para días.

—Hay que coger fuerzas... —dice Alan, mirándome fijamente con sus profundos ojos—. Mañana nos espera un día lleno de actividades —añade disimulando.

—¿Ah, sí? ¿Qué vamos a hacer? —pregunta Erik sorprendido.

—¡Pues no lo sé! Lo que os apetezca. ¿Qué queréis hacer? —los anima Alan.

—Bueno, bueno, sentémonos a cenar y mientras comemos lo discutimos —me apresuro a decir, porque ya veo que van a empezar a divagar entre las muchas opciones propuestas y no quiero comerme la pizza fría.

Después de cenar, Mónica propone que veamos todos juntos *Amanecer*. A mí me encanta, es una de mis películas favoritas, bueno más que película favorita, lo que más me gusta es mi vampiro preferido, todo hay que decirlo. Aunque pensándolo bien, no me puedo quejar, mi amado compañero no tiene nada que envidiarle, al contrario. Al final, Mónica gana y Alan encantado. Es increíble. ¿Cómo lo consigue? Siempre hace que todo el mundo a su alrededor sea feliz. Todavía me cuesta creer que haya pasado tantos años solo.

Erik no aguanta ni media película y cae rendido de sueño sobre mis muslos. Alan lo levanta sin ningún esfuerzo y lo llevamos a su cama. Me enternece su gesto, acariciando la mejilla de Erik al depositarlo

cuidadosamente sobre la almohada, y no puedo reprimir estrecharlo por la cintura y besarle la espalda.

Mónica aguanta hasta el final de la película y, de una forma muy inteligente, cuando acaba, inmediatamente nos da las buenas noches y se encierra en su habitación.

Sin mediar palabra, los ojos de Alan y los míos se encuentran y nos sostenemos la mirada unos segundos.

—Alan... gracias.

—¿Por qué? —pregunta abrazándome.

—Por ser como eres.

—Rebe... todo te lo debo a ti. Tú haces que sea como soy —dice, estrechándome entre sus brazos—. ¡Un momento! ¿Ya no estás enfadada conmigo? —pregunta, simulando tristeza.

—Sí, claro que estoy enfadada —respondo enfurruñada—. Pero eso no quiere decir que no piense lo que te digo. Y ahora, señor Alan Gass, no crea usted que se va a librar del castigo que se ha ganado esta mañana —lo riño, pellizcando con fuerza sus abdominales.

—¡Aauggghh! ¡Lo estoy deseando, señorita Hot! ¡Quiero que me castigue! —Su sonrisa ya me pierde.

Mis labios aprisionan los suyos, le muerdo el labio inferior con deseo y mi lengua se adentra en su boca de manera amenazante e intentando reducir a la suya. Me aprieta los glúteos con fuerza, mientras mi mano se cierra sobre su entrepierna para comprobar su excitación. Espero a tenerlo en el punto deseado y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, aparto mis labios de los suyos pero sin perder el contacto con su ya importante erección.

—Bien, señor Gass, ahora usted va a esperarme pacientemente en la cama, mientras yo tomo un tranquilo y relajante baño —le susurro al oído en tono malicioso.

—¡No serás capaz!

—Ohhh... sí, Alan, seré capaz de eso y más... ¡Andando! —Y agarrándolo con fuerza del cuello de la camisa, lo obligo a levantarse del sofá y lo empujo hacia la habitación.

Cierro la puerta detrás de nosotros y con un movimiento rápido e inesperado, él me arrincona entre ésta y su cuerpo. Inmediatamente noto sus manos sobre mi piel y sus labios sobre mi cuello, mordiendo y chupando descontroladamente.

—¡Alan, para! —Siento su pene duro y grande entre mis piernas, y sus palmas recorriendo mis pechos.

—¡Rebeca, no puedes conmigo!

Me está llevando a la locura. Intento apartarlo sin conseguirlo, aunque deseo ciegamente su contacto.

—¡Alan, suéltame! —gimo. La excitación me invade, pero quiero ser yo la que lleve el control.

—Rebeca... no te resistas... Es peor, sabes que me encabronas más todavía. —Sus labios me queman, tengo que deshacerme de él.

Apoyando todo mi cuerpo contra la puerta y haciendo caso omiso de los latigazos entre mis ingles, aprovecho un momento de debilidad de Alan con mis pechos para empujarlo con fuerza por los hombros y lanzarlo despedido contra la cama, haciéndole perder el equilibrio y caer de espaldas encima de ella.

—¡Ahhh! —Se queja sorprendido.

Me lanzo sobre él como una posesa y le arranco la camisa, saliendo todos los botones disparados en mil direcciones.

—Ahh... Dios... Rebeca... Cómo me gustas así, salvaje. ¡Síiii!

Sin poder controlar mis frenéticos movimientos, me ocupo de sus pantalones y sus bóxers, que casi los arranco también de sus atractivas y fuertes piernas. Y ya lo tengo como quería. Completamente desnudo, indefenso y sometido a mi furia.

—Ahora me vas a prometer que te vas a quedar ¡completamente quietecito! No quiero que muevas ni un solo dedo, ¡si no quieres que te ate!
—susurro sin perder el tono autoritario y sosteniendo sus muñecas entre mis manos con tal fuerza que hasta siento una punzada de dolor. En cambio en él no creo que cause ningún efecto doloroso, más bien de deseo y pasión descontrolada.

Lentamente, me empiezo a desabrochar la camisa delante de él, que mira estupefacto y con los ojos brillantes. Poco a poco, voy dejando a la vista mis pechos cubiertos por el sujetador. Me deslizo la camisa por los brazos, al mismo tiempo que me acaricio los senos sensualmente. Él gime.

Me desabrocho los pantalones y también muy despacio, me los bajo por los muslos, acompañando el movimiento con un lento vaivén de caderas.

—Mmmm... Rebe...

—Chis... callado y quietecito, o te prometo que lo vas a pasar

muuuuuyyyy mal...

—Quiero pasarlo mal, Rebeca, ¿o es que no ves cómo me pones?!

Mi mirada se dirige a su erección. ¡Dios mío! ¡Está enorme! Ohhh... por favor... se me hace la boca agua... y no puedo evitar reírme de mis pensamientos.

Me acaricio sensualmente el cuerpo, los pechos, el pubis... y con los ojos entornados de placer no dejo de mirar los suyos, encendidos de deseo.

—¿Te gustaría tocarme? —le pregunto lasciva.

—Sí, Rebe... ¡quiero follarte!

—Chis... sólo te he preguntado si te gustaría tocarme. Te has excedido en tu respuesta. ¡Ahora vas a tardar más en hacerlo!

—Ohh... eres...

—¡Dilo! ¿Qué soy? —Meto una mano dentro de mis bragas y empiezo a masturbarme frente a sus atónitos ojos—. Dilo, Alan, ¿qué soy?

Se coge el miembro y empieza a masturbarse al verme a mí hacer lo que más lo excita y más lo hace perder el control. Inmediatamente paro y, sujetando de nuevo sus muñecas a la altura de su cabeza, le ordeno que se esté quieto.

—Rebecaaa... por favor... no puedo más...

—¿Ah, sí? ¿Y yo? Yo esta mañana te he suplicado, te he rogado... ¿te acuerdas?

—Sí.

—¡¿Sí, qué?!

—Sí, me acuerdo, señorita Cold. Y lo siento. Lo siento mucho, pero puedo compensarle ahora mismo. ¡Lo juro!

—Ya lo sé, sé que puedes compensarme. Salta a la vista. Pero ahora no quiero. Ahora quiero ver cómo sufres mirándome, viendo lo que no vas a poder tener.

—Rebeca... —Sus ojos imploran compasión.

—¡Cállate! Y apóyate en el cabecero.

Obedece mis órdenes y arrastra su precioso cuerpo desnudo hacia la parte superior de la cama, sentándose sobre su musculoso trasero y apoyando su fuerte espalda tal como le he ordenado.

—Ahora agárrate con las dos manos a él y no quiero que te muevas. hasta que te lo ordene.

—Rebeca...

Ohh... me está costando horrores llevar mi juego hasta el final. La simple visión de su enorme polla bailando frente a mí, me excita tanto que tengo que sujetarme a los pies de la cama yo también para evitar saltar sobre él.

Me coloco justo delante, yo también recostada sobre los hierros fríos de los pies de la cama.

—Y ahora vas a mirarme sin cerrar los ojos y sin soltar las manos.

Me empiezo a pasar las manos por los pechos, mientras entrecierro los ojos y me relamo los labios. Deslizo una de ellas sobre mi abdomen y, al llegar al pubis, me acaricio entre las piernas, mientras mis ojos se clavan en los suyos. Levanto las piernas y me quito lentamente las bragas hasta sacármelas por los pies. Me abro completamente para darle una visión clara de mi sexo y veo cómo su cuerpo se retuerce sobre las sábanas, entre gemidos de placer.

Mis dedos empiezan a jugar con mi clítoris y veo cómo aumenta su excitación. Introduzco los dedos dentro de mí y entre gemidos y suspiros le digo:

—Alan... voy a correrme para ti, pero tú también lo vas a hacer, ¡sin tocarme y sin soltar las manos! Ahhhh... Mmmmm...

Veó cómo su pene se alza sobre su abdomen y en mi interior siento el fuego correr hacia mi clítoris, mis dedos resbalan sobre mis fluidos y mis gemidos suben de tono. ¡No puedo más! Sin dejar de masturbarme ni de gemir, me abalanzo sobre él y, justo cuando empieza a brotar la eyaculación de su pene, se lo agarro, abro la boca y trago todo su jugo, mientras mis labios lo chupan sin control.

—¡Arrrggg! Ahhh... ¡Rebecaaaa!

Hunde las manos en mi pelo y me presionan con fuerza contra su pene. De repente, me sujeta por las axilas y, elevándome con fuerza sobrehumana, me deja caer sobre sus caderas, incrustándose en mi interior y prolongando nuestro orgasmo hasta límites insospechados, ni siquiera en el más salvaje de los actos sexuales. Lo noto tan profundo y su dureza es tal, que no puedo evitar soltar unos gemidos, mezcla de dolor y de desatado deseo, que me llevan a un desenfrenado movimiento sobre sus caderas que acaba dejándonos exhaustos a los dos durante unos largos minutos, ambos rendidos. Yo sobre su cuerpo y él todavía dentro de mí, pero inmóviles, disfrutando de este momento caliente, salvaje y duro que hemos compartido.

—Rebe, gracias por castigarme de esta forma tan... excitante... Prometo volver a portarme mal.

—Alan, ya lo has hecho... Te he ordenado que mantuvieras las manos agarradas al cabecero y las has soltado. —Mi mirada caliente se posa en sus ojos.

—Rebe, no... dame un respiro. Ha sido demasiado intenso...

—Mi querido Alan... yo soy como los Vulturis de *Crepúsculo*. ¡No doy segundas oportunidades! —Y me incorporo, deshaciéndome súbitamente de su penetración.

—¡Ahhhh! Rebeca... por favor...

Situándome entre sus piernas, empiezo a lamer y morder su pecho y, bajando lentamente, me detengo sobre su ombligo, mientras rozo una y otra vez mis pechos contra su pene.

—Me vas a matar... Ten piedad de un pobre enfermo mental —bromea.

—No. Quiero ver a ese enfermo por el sexo, quiero sentirlo ahora dentro de mi boca. Te voy a comer la polla y te vas a correr en mi boca mientras mis dedos acarician tu culo.

—¡Rebeca! ¡Por Dios! Sí... sigue... dime cosas, ¡dime!

Vuelve a recostarse sobre el cabecero y me mira, mientras mi cuerpo roza el suyo. Se coge el miembro y lo coloca entre mis pechos. Me los sujeta en torno a su pene y empieza a moverlos arriba y abajo.

—Ohhh... Alan... sí...

—Sí, ¿qué? —Siento que por momentos él se está haciendo con el control, pero me gusta, quiero someterme a sus deseos.

—Alan... me gusta.

—¿El qué, Rebeca? Mmmmm... ¿qué es... ahhhh... lo que te gusta?

—Ohhh... tu polla entre mis tetas. ¡Me gusta follarte la polla con mis tetas!

—Ahhh... sí... Rebe... a mí también me gusta. ¡Chúpamela! —Su mano detrás de mi cabeza me obliga a bajar hasta la punta de su pene y lo introduzco en mi boca cada vez que se acerca a mí. Ahora son mis manos las que sujetan mis pechos alrededor de su miembro, mientras mis labios lo esperan sedienta en cada embestida entre ellos.

Su eyaculación no se hace esperar y todos los planes que yo tenía se desparraman igual que su semen entre mis pechos.

—Ohhh... Alan... eres tan fácilmente excitable —bromeo, todavía

acariciando su erección.

—Si no fueras tan guarra conmigo...

Su calificativo me deja sorprendida y no puedo evitar estremecerme sobre él. Alan lo nota enseguida y se apresura a justificarse.

—¡Me gustas así! ¡Lo sabes! ¡Quería seguirte el juego, nada más! Ni por asomo podría llegar a pensar que seas una guarra, mi amor. —Me llena de besos el cuello y la cara—. Me gusta el sexo contigo. Todo tipo de sexo, pero no pensaré eso nunca de verdad. Sólo te lo decía para jugar. ¡Por favor!

—Lo sé, lo sé, sólo que me ha sorprendido. —Me hace gracia su súbito arrepentimiento y me apresuro a tranquilizarlo—. No pasa nada, mi amor. Me gusta este juego y me excita. Yo ayer te llamé «maldito cabrón» y tampoco pienso que lo seas.

—Claro, entendí que formaba parte del juego. Mi amor, eres mi princesa, caliente, pero mi princesa, y cualquiera que diga lo contrario, se las tendrá que ver con mis puños.

—Vale, vale, te perdono, siempre y cuando iguales el marcador. —Su cara refleja sorpresa—. Sí, mi amado Alan, vamos dos uno. Te has corrido dos veces y yo sólo una. Estás en deuda conmigo.

—Con muchísimo gusto... —Sus labios empiezan a recorrer mi cuello—. Soy tu fiel esclavo ¡y pagaré hasta mi última deuda, mi amor! ¿Cómo quieres que lo haga, Rebeca?

—No me preguntes, por favor... me gusta todo...

—No, Rebeca, me lo vas a pedir. Si no, sabes que me voy a limitar a besar tu precioso cuello. —Sus labios siguen abrasándome.

—Alan... —Recorro su cuerpo con las manos, mis dedos se aferran a su espalda...

—¿Qué quieres, Rebeca? ¿Cómo quieres que te folle? ¿Cómo quieres correrte? —Sus susurros me excitan y hacen que no me pueda decidir.

—Ohhh... Alan... por detrás... mientras me metes los dedos hasta dentro...

—No, cariño, no quiero hacerte daño.

—Sí, Alan, por favor.

—Vale, pero lo haremos al revés... Voy a follarte ese precioso coño que tienes, mientras masturbo tu culo con los dedos. No quiero volver a lastimarte, mi amor.

—No... quiero hacerlo, Alan. Por ti y por mí, quiero complacerte,

mucho... —Alargando la mano, abro el cajón de la mesilla y saco de él el gel lubricante que compré ayer.

—Toma, utiliza esto. Ayudará a que mi culito se dilate mejor. Me vas a complacer hasta el fondo y yo lo voy a hacer contigo también.

—Lo haces, Rebeca, ya lo haces. —Me coge el frasco de la mano y, dándome la vuelta, me coloca a cuatro patas.

Inmediatamente empiezo a sentir las caricias de su pene sobre mi sexo, deslizándose sobre mi clítoris y de ahí hacia mi ano, al mismo tiempo que me aprieta con fuerza los glúteos, manteniéndolos separados.

—¡Apoya el pecho sobre la cama y abre más las piernas! —ordena.

—Alan, quiero sentir tu polla... por favor —le suplico mientras obedezco.

—Bueno... bueno... mi impaciente Rebe, pero primero vamos a ejercitar un poco tu músculo.

Sus dedos se pasean por mi vagina, impregnándose de flujo. Mis gemidos, causados por sus caricias, lo excitan, pero nada comparado con los que me arranca cuando su dedo se detiene sobre mi ano y empieza a dibujar círculos sobre él, esparciendo el gel y masajeándolo con leves roces. Poco a poco presiona y lo introduce lentamente dentro de mí, mientras su mano aprieta mi glúteo y súbitamente da un seco manotazo sobre él, haciéndome dar un respingo que aumenta más la sensación de placer en torno a su dedo.

—Ohhh... sí... Alan... más...

—¿Te duele?

—Noooo, sigue más —suplico.

—¡¿Qué más quieres, Rebeca?! —Su tono cambia a autoritario de nuevo.

—Más adentro... y otro azote...

—Ohhh, sí, mi perversa princesa.

Siento otra vez frío al ponerme más gel y su dedo se adentra más y más, mientras su mano abierta me golpea de nuevo, esta vez más fuerte. Entre mis piernas, veo que su erección ha aumentado de tamaño y deseo tenerlo dentro de mí con todas mis fuerzas.

—Alan... ¡métemela, por favor!

—No puedo, Rebeca... me la has puesto demasiado grande y muy dura. ¡No quiero romper este culito tan delicado que tienes!

—¡No lo harás, Alan, por favor!

—¡Espera, mi impaciente ninfómana! Vamos a probar primero otra cosa.

La incertidumbre me mata. ¿Qué me va a hacer?! Oigo que escupe su dulce saliva sobre mi ano y noto sus dedos extendiéndola e introduciéndola dentro de mí.

—Ohhh... Síiii... Me excita eso... Más que el gel...

—Y a mí, pero la verdad es que el gel ha ayudado mucho. Tendrías que ver lo que tengo delante de mí... Voy a meterte dos dedos. Hazme parar si te duele. ¡Prométemelo!

—Sí, Alan, te lo prometo.

—Bien, allá voy. Relájate, mi amor.

La presión es ahora mayor y rápidamente noto cómo me abro para dejar paso a sus dedos dentro de mí. Escupe otra vez sobre mi culo y sus dedos se deslizan más dentro de mí, con más facilidad que antes.

—Sí, Alan... sí... Ahhhhh... me gusta.

Con su otra mano empieza a acariciarme el clítoris, mientras el movimiento de sus dedos en mi ano se hace cada vez más rápido y más profundo. Puedo notar ya su palma rebotar contra mi trasero y quiero gritarle que estoy preparada.

—Alan, por favor... te quiero a ti.

—¡Dímelo!

—Alan... quiero tu polla... —casi suplico, mientras sus dedos no paran de rebotar en mi interior, ahora por delante y por detrás—. ¡Me voy a correr! ¡Y quiero hacerlo con tu polla dentro!

—¿Dónde la quieres?! ¡Pídemelo!

—¡Ahhhh! ¡Quiero que tu polla me folle el culo! ¡Y quiero tus dedos dentro de mi coño! ¡Ahora!

Casi sin darme tiempo a acabar la frase, sus dedos salen de mi cuerpo, causándome un aguijonazo de dolor y una enorme presión invade mi ano, que llena con su enorme miembro, hundiéndose dentro de mí sin piedad, obligándome a enterrar la cara en la almohada para ahogar los gritos de placer que me provoca.

Me sigo sujetando los glúteos con fuerza, separándolos hasta el extremo del dolor, cuando sus dedos penetran en mi vagina entrando y saliendo con furia, mientras su otra mano me sujeta con fuerza por la nuca. Emite una sinfonía de gemidos y gritos ahogados, que son silenciados por los míos, que

acompañan mi brutal orgasmo.

Su mano se aferra ahora a mi hombro y la otra abandona mi vagina, mientras las mías siguen pegadas a mi trasero. Su respiración es como un huracán y sus embestidas empiezan a descontrolarse, golpeando mi culo con sus caderas cuando finalmente su polla estalla y se corre, liberando su delicioso semen en mi interior.

—Rebeca... —Está tendido sobre mi espalda y sus ojos se clavan en los míos.

—Alan... estoy bien... más que bien...

—Ohh... Rebe... ha sido tan excitante... Tendrías que haber visto lo abierto que tenías el culo cuando te la he metido...

—Lo he notado... te lo aseguro... Me gusta que me hables así, cuéntame más, por favor...

—Mi caliente princesa... te has abierto a mí como una flor. ¿Sabes que te la he metido casi toda?

—¿Ah, sí? Creía que la habías metido entera... Notaba los golpes de tus caderas.

—No, si hubiera sido así te habría hecho daño. Me la has puesto como nunca. Pero todo llegará. La tenía cogida con la mano. Era mi mano lo que sentías, mi amor. Pero me hubiera encantado metértela toda hasta el fondo.

—¿Y por qué no lo has probado?

—Mmmmm... no me provoques...

—Jajaja.

—Tienes un culo perfecto.

—Alan, tu polla es perfecta. Por favor, no la saques todavía, muévete un poco más, quiero sentirla.

—Ohhh... Rebeca... te has propuesto matarme, ¿verdad?

—No, mi amor... Sólo un poquito, suave.

Se alza un poco sosteniéndose sobre sus manos y empieza a mover las caderas, haciendo que su pene se deslice lentamente dentro y fuera, dentro y fuera...

—Ahh... sí... un poco más...

—Rebe, sigo ganándote de uno. Yo no puedo correrme otra vez, si no quieres que vuelva a caer en coma, pero por lo que puedo notar, tú estás más que dispuesta a ello, ¿verdad? ¿Sigues queriendo igualar el marcador?

—Síiii...

—¡Bien!

Me da la vuelta con rabia, tumbándome boca arriba y luego hunde la lengua en mi vagina y uno de sus dedos dentro de mi ya experimentado culo. Me lleva otra vez al delirio y me corro irremediabilmente dentro de su insaciable boca.

Domingo, 20 de octubre

Abro un poco los ojos y puedo ver su pecho musculoso bajo mi rostro. Mi mirada se encuentra con la suya, profunda y brillante. Alan me acaricia la espalda y ahora entiendo qué es lo que me ha despertado, su calor recorriendo mi piel.

—Buenos días, princesa. —Me besa suavemente la nariz.

—Buenos días, mi amor. ¿Qué hora es?

—Las siete.

—Ohhh, Alan... ¿tú no duermes o qué? Es muy temprano y ayer era muy tarde...

Él sonríe.

—No te imaginas lo difícil que es para mí dormir cuando te tengo desnuda y pegada a mi cuerpo, como ahora.

—Mmmmm... es verdad... qué gusto sentir tu caliente piel junto a la mía.

—Además, tenías que despertarte. Tenemos algo pendiente desde ayer por la mañana.

—Alan, eres maravilloso...

Sus cálidos besos y sus suaves caricias me acompañan hasta el final y mientras me hace el amor de una forma extremadamente dulce y cariñosa, no puedo dejar de decirle cuánto le quiero.

Y tras la dulce explosión, nos sumimos de nuevo en un profundo sueño hasta las diez de la mañana.

Lunes, 21 de octubre

Al día siguiente, a las siete y media de la mañana, puntual como un reloj, Alan se va, llevándose consigo una pequeña parte de mi corazón. Y empieza la rutina de la semana, despertar a mis hijos, desayunos, preparar mochilas... pero, por suerte, todo acompañado de una gran felicidad al recordar todos los momentos vividos este fantástico fin de semana, junto a las tres personas más importantes ahora de mi vida.

Ya de vuelta en casa, me dispongo a seguir con el proyecto de Terry. Lo tengo ya muy adelantado. Ayer por la tarde me dediqué bastante a él, aprovechando que Erik estaba entretenido jugando a la consola con Alan. Éste vino en alguna ocasión a interesarse por la maqueta y la inspeccionó cuidadosamente, como si estuviera buscando algo dentro de ella. Mi chico malo a veces resulta un poco raro...

Estoy concentrada, haciendo las últimas revisiones de medidas interiores antes de lanzarme a colocar puertas y ventanas, cuando me sobresalta el tintineo del WhatsApp.

Mmmmmmm, qué recuerdos tan excitantes me vienen a la cabeza...

ALAN GASS

Hola, mi princesa.

(Emoticono beso)

El millar de mariposas vuelven a reencontrarse conmigo, para acabar revoloteando en mi estómago cuando veo el mensaje en la pantalla de mi teléfono. Es increíble. Sigue ejerciendo ese excitante efecto sobre mí. No puedo acostumbrarme todavía a sus mensajes, ni a sus insinuaciones, ni mucho menos a sus caricias y sus besos. Y espero que siga siendo así durante mucho tiempo, que siga manteniendo la llama encendida, siempre.

(En línea)

¡Hola, guapo!
Si supieras lo que siento ahora mismo, vendrías corriendo.

(Escribiendo)

Ya estoy saliendo por la puerta.

(En línea)

Noooooooooooo, locoooooooo.

(Escribiendo)

Jajajajajaja.
¿Qué sientes, mi caliente y excitante Rebe?

(En línea)

Oh... Alan...
Tiemblo sólo con leer tus mensajes.

(Escribiendo)

Rebe, por favor.
Que estoy trabajando.

(En línea)

Pues no me provoques.
¡Y no me preguntes entonces!
Venga, ¿qué quieres?

(Escribiendo)

Jajaja, vale.
Mira, mi secretaria se ha puesto enferma
y me preguntaba si
te gustaría recordar viejos tiempos
y venir a echarme una mano con el papeleo.

(Emoticono carita triste)

(En línea)

No creo que sea buena idea,
ahí contigo.
No creo que pueda prestar mucha atención a los papeles.
Además, tengo que acabar este pedido.

(Escribiendo)

(Emoticono sonriente)

Prometo portarme bien.
Como un jefe, sólo eso.
Y, si quieres, por la noche te ayudo con lo tuyo.

(En línea)

Mmmm... como un jefe...
¿Y qué me ordenarás que te haga, jefe?

(Escribiendo)

Rebeca...
No seas mala...
Joder... sigue así y me tienes ahí en cinco minutos...

(En línea)

Jajaja me gusta jugar contigo...
Aunque sé que luego es peor.
Ahora mismo ni te imaginas lo que te haría si estuvieras a mi lado.

(Escribiendo)

Rebeca, ven, por favor.
Subimos un momento a la habitación...
Y luego nos dedicamos de lleno al trabajo.

(Emoticono beso y lengua)

(En línea)

Vale, me has convencido.
Voy enseguida.
Acepto tu propuesta de ir arriba, aunque luego discutiremos lo del trabajo.

(Escribiendo)

Ok, me importa ya una mierda el trabajo.
Ven rápido.

(En línea)

Salgo en cinco minutos.

(Escribiendo)

No tardes.

(Emoticono carita dando un beso)

(En línea)

Vale.

(Emoticono corazón)

Cierro la aplicación. Me doy una de mis estudiadas y rápidas duchas y a los quince minutos estoy saliendo por la puerta de mi apartamento. Es indescriptible la emoción, alegría y vitalidad que siento. No puedo entender cómo con tan sólo unas palabras puede desatar todo ese torrente de vida dentro de mí.

Saco de mi bolso el llavero en forma de corazón que Alan me regaló la semana pasada, con la llave de su casa, y meto ésta en la cerradura con cierto nerviosismo. Cuando entro en el amplio recibidor, puedo ver ya a Gaby que viene a mi encuentro.

—Buenos días, mi niña, ¿has desayunado ya?

—Sí, Gaby, gracias. Alan me reclama por trabajo, voy a ver qué es lo que quiere.

—Muy bien —responde, mientras se dirige a la cocina.

Me encamino hacia la doble puerta corredera del estudio de Alan, que está cerrada. Llamo tímidamente y entro. Saludo a los ayudantes de Alan y, antes de llegar hasta él, Jan sale a mi encuentro levantándose de su asiento.

—Buenos días, Rebeca. —Con un brazo me rodea la cintura, mientras

me besa en las mejillas.

No puedo evitar ver con el rabillo del ojo cómo el escultural Alan se levanta de su silla, rodea su escritorio y, con actitud autoritaria, apoya su delicioso trasero en el filo delantero de su mesa, de cara hacia nosotros.

—Buenos días. Jan, voy a ver qué es lo que necesita nuestro amigo — digo, mirando a Alan.

Completamente hipnotizada por su mirada clavada en mis ojos, mis pies me llevan hacia él y no me detengo hasta que me encuentro entre sus piernas y me rodea la cintura con los brazos. Su boca busca la mía e introduce la lengua para buscar a su dulce compañera de juegos. Me presiona contra su cuerpo y, en un momento de lucidez, recuerdo dónde estamos. Consigo zafarme un poco de su caliente abrazo para reprocharle débilmente su actitud.

—Alan, para por favor...

—Rebeca, me has puesto caliente con tus mensajes y ahora me has enfadado con tu saludo a Jan, ¿qué quieres que haga? ¡Tengo que demostrarles que eres mía!

—Sabes que soy sólo tuya... Vamos arriba y te lo demostraré —lo tranquilizo, mientras le acaricio disimuladamente la entrepierna.

—Me parece que tenías razón... No sé si esto será buena idea. ¡Vamos!
—Y agarrándome de la mano, me arrastra fuera del estudio.

Subimos prácticamente corriendo la escalera y oigo detrás de nosotros que Gaby sale de la cocina.

—Alan, una pregunta, querido... —La voz de la mujer se pierde entre mis risas.

—¡Ahora no, Gaby! —La autoritaria respuesta de Alan se me clava en el cerebro.

—¡Alan! —No puedo decir nada más.

Cierra la puerta detrás de nosotros y sus manos enloquecidas empiezan a desnudarme, mientras sus labios devoran los míos.

—Pobre Gaby... Eres un déspota.

—Rebeca, no puedo más.

—Rectifico... eres un déspota pervertido.

Me apresuro a despojarlo de su caro y elegante traje, que le sienta tan bien, y en lo que me parecen décimas de segundo nos encontramos el uno frente al otro, completamente desnudos. Estamos junto a su impresionante cama, cuando de repente él se deja caer sobre las rodillas y, sujetándome con

fuerza los glúteos, entierra su lengua en mi sexo. Mis dedos se enredan en su pelo, que todavía lleva largo, y no puedo evitar cerrar las manos y tirar de él, al mismo tiempo que de mi garganta empiezan a surgir gemidos de auténtico placer.

Sin pensarlo dos veces, me dejo caer sobre la cama. Quiero tenerlo dentro y le tiro del pelo hacia arriba, haciendo que se levante y se lance sobre mí, entre mis piernas.

—Arrrggg... Rebe... ¡¿Qué quieres?!

—¡A ti! —Y cogiendo su miembro con la mano, lo introduzco con brusquedad dentro de mí.

—¡Me la vas a romper! ¡Sí, síii!

—¡No, te tiene que durar mucho tiempo! ¡Soy tuya, Alan! ¡Fóllame! ¡Fuerte!

—¡Ahhhh, Rebe! ¡Me vuelves loco!

Sus embestidas son brutales y sus dientes se clavan en mis pezones. La mezcla de dolor y placer se me hace irresistible y el bestial orgasmo no tarda en llegar. Él se queda inmóvil dentro de mí, presionando con fuerza y, echando la cabeza hacia atrás, gime sin parar. Se deja llevar y me invade con su semen, mientras sus labios vuelven a succionar mis pechos de forma descontrolada.

No podemos casi ni respirar, los dos tendidos en la cama, él encima de mí. Sigue sin despegar los labios de mis pechos, pero ahora con dulces y calientes besos, todo lo contrario de hace un momento, mi perverso camaleón... Mi clítoris todavía sigue experimentando pequeñas descargas en respuesta al roce de su pene, que está aún en mi interior. Y deseo que siga ahí un rato más, por lo que retengo con fuerza su cabeza contra mi pecho, evitando que se separe de mí.

—No te salgas, por favor, todavía no.

—Rebeca, creo que tendremos que ir al médico...

—Jajajaja, no, mi amor. Quiero que siga siendo así. ¿Tú no?

—La duda ofende. ¿Realmente necesitas que te conteste a eso? — pregunta, claramente molesto, a la vez que se incorpora sobre sus fuertes brazos.

Inmediatamente, sus ojos se dirigen a mis pechos y se le ensombrece el semblante.

—Rebeca...

Bajo la mirada y veo mis pezones completamente hinchados y rojos como el carmín, rodeados de varias ronchas repartidas por los senos, consecuencia de sus delirantes succiones.

—Alan, ¡no sabes cuánto me ha gustado! —digo intentando tranquilizarlo y lo empujo para poder colocarme encima de él. Cuando mis pezones rozan su pecho, siento un leve dolor.

—¿En serio? ¿No te he hecho daño? —Su cara y tono de preocupación me entenece tanto que me olvido al momento de mis pezones doloridos.

—No, mi amor... no te preocupes. ¡¿Cuándo entenderás que no soy de mantequilla?! Me gustas duro, ya lo sabes. Te quiero.

—Rebeca... yo te quiero más.

De nuevo estoy bajo su cuerpo. Su lengua en mi boca y mis pechos gozando de sus caricias, intentando calmar ese dolor que le quiero ocultar por todos los medios.

—Alan, cariño, tenemos que parar. Me has hecho venir para trabajar, ¿no? Tenemos que bajar.

—No, no quiero bajar. Quiero quedarme aquí contigo, toda la vida.

—Nooooo, vamos. Me doy una ducha rápida y bajo.

—Rebeca, ¡por Dios! ¡¿Cuántas veces te duchas al día?! —bromea.

—Alan, mi amor, ¿no has oído hablar nunca de las duchas frías? Pues eso es lo que tengo que hacer cuando estoy contigo.

—Por favor, para...

Me escabullo de sus brazos sin poder parar de reír y me meto en el cuarto de baño.

—¡Espero que no estés en la habitación cuando salga! —grito desde debajo de la ducha.

—A sus órdenes, mi ama —me responde.

Efectivamente, cuando salgo, él ya ha abandonado la habitación. Me visto rápido y cuando bajo al estudio está ya enfrascado en una discusión con su socio-amigo Jan. ¡Dios! No recordaba esta desagradable faceta suya en el trabajo.

—¿Lo tenemos ya todo listo para empezar la limpieza o no? —Sus ojos clavados en los de Jan despiden fuego, pero no el fuego al que me tiene acostumbrada, sino uno de otro tipo, malvado e hiriente.

—Sí, Alan, pero...

—Pero nada, no voy a permitir ningún tipo de error en este proyecto,

Jan, lo sabes. O sea que debes estar más atento y no dejar que nadie la cague, ¿entendido?

Me ve cuando prácticamente estoy encima de ellos. Es tal su concentración que no se ha percatado de mi presencia hasta ahora.

—Jan, luego seguimos hablando.

—De acuerdo.

Ocupo la silla que deja Jan frente a la mesa de Alan, que, ante mi mirada, enseguida se apresura a justificar su actitud.

—Se trata de un proyecto muy importante para mí y no quiero errores. Lo entiendes, ¿no?

—Sí. Supongo que tendré que acostumbrarme a verte así, si voy a estar unos días trabajando para ti.

—No, Rebeca. No trabajarás para mí, trabajarás conmigo.

—Vale, pero no hemos hablado de mi sueldo. —Palidece por momentos. Apoyo los codos en la mesa, comprimiendo mis pechos y haciéndolos así más visibles bajo el escote de mi camisa—. Quiero que me pagues en especie. ¿Cuándo crees que tendré mi primer sueldo? Ah, y que sepas que lo que ha ocurrido antes arriba no era ningún anticipo, ¿eh?

—Ohhh... Rebeca, por favor... no me lo pongas más difícil de lo que creo que ya va a ser... —Apoya la espalda en el respaldo de su silla de ejecutivo y puedo ver por encima de la mesa su entrepierna más abultada de lo normal bajo su precioso pantalón de vestir—. Te prometo que te voy a dar tu merecido en cuanto esta noche llegue a tu casa, pero ahora, por favor no me tortures más...

Me invade un profundo sentimiento de tristeza al verlo tan apurado y pensar que todavía quedan muchas horas de aquí a la noche, por lo que intento apartar de mi cabeza mis lujuriosos pensamientos y comportarme como una seria y eficiente secretaria.

—Vale, vale, perdona. Dime, ¿qué quieres que te haga? ¡Quiero decir! ¡De trabajo! Dios. Sí que será difícil esto...

Entre risas, me acompaña hasta la mesa de Elena, su secretaria, y empieza a explicarme lo que debo hacer. Su olor me invade de nuevo y mi mente se remonta a meses atrás, cuando me besó como despedida en la cafetería de la exposición de arquitectura.

—Alan, perdona pero vuelve a empezar. No he podido escuchar nada de lo que has dicho. Tu olor, tu voz cerca de mi oído y no poder tocarte ni

nada... tengo que acostumbrarme...

—¿Y tú crees que es fácil para mí explicarte las cosas, con la visión que tengo de tu escote desde aquí arriba? —pregunta, lanzando una mirada al pico del escote de mi camisa entre mis pechos.

—Creo que será mejor que me vaya. Llama a una agencia de colocación y te enviarán a alguien.

No puedo más, necesito alejarme de él, no puedo estar a su lado sin poder abrazarle, besarle, tocarle...

—No. Te quiero a ti. Lo podemos hacer. Seguro.

—Vale. Venga, empecemos de nuevo —contesto, mientras abrocho un botón más de mi camisa.

Sus ojos se quedan clavados en mi rostro y su sonrisa me hipnotiza por completo.

—Perfecto. Creo que así no me será tan difícil.

Al final conseguimos concentrarnos. Alan me cuenta de nuevo en qué consistirá mi trabajo y me muestra algo del programa informático. Más tarde, inmersa en mis nuevas tareas, casi no me doy cuenta de la hora que es hasta que mi nuevo «jefe» apoya su delicioso trasero en mi mesa, justo a mi lado, y me dedica una de sus tentadoras sonrisas.

—¿Vamos a comer algo?

—Sí que me comería algo, sí —bromeo, dando un ligero repaso visual a su cuerpo, aunque rectifico a tiempo y vuelvo a apartar mis pensamientos pecaminosos—. Dame un par de minutos. Acabo con esto y nos vamos.

—Vaya, ya antepones el trabajo a mí —balbucea, tras una mueca de niño pequeño.

—¡No, qué va! Sólo quiero hacerlo muy bien para que me pagues mucho. —Río ante la visión de su mirada encendida después de mis palabras—. Ahora, ¿quieres dejarme acabar, por favor?

—Vale, vale. Te esperamos fuera.

Oh... pensaba que comería sólo con él, pero veo que no. Tendré que compartirlo con Jan. En el fondo no me importa, Jan es encantador. Y así seguro que no llegaremos tarde al trabajo. Jajaja.

A los cinco minutos salgo al salón, donde ellos me están esperando. Vaya par. Los dos guapos y jóvenes... creo que voy a despertar más de una envidia por ahí. Alan está apoyado en la parte trasera del sofá, hablando distendidamente con Jan. Tiene los brazos cruzados sobre su fuerte pecho, en

su típica postura de chico duro.

Me acerco y Alan se vuelve enseguida. Se incorpora, viene hacia mí y me estrecha entre sus brazos, besándome con auténtica pasión.

—¿Qué tal tu primer día? —me pregunta Jan, mirándome con sus felinos ojos verdes.

—Bueno... —respondo, lanzándole una picarona mirada a Alan—, después de vencer unas primeras dificultades técnicas, bien, puedo decir que el jefe se ha portado bien conmigo.

—Me alegro de que no haya sido muy duro.

—Ehh, chicos que estoy aquí, ¿eh? —interviene Alan—. Lo digo porque si molesto, me quedo en el estudio y os vais a comer vosotros solos.

Empiezo a notar un poco de malestar en su tono, por lo que decido no seguir con mi juego con Jan.

—Venga, pitufo gruñón, vamos a comer —me burlo, mientras le acaricio el pecho y lo beso dulcemente en los labios.

—Mmmmm... chica mala... pórtate bien o te rebajaré el sueldo... —susurra cálidamente en mi oído.

—¡Uyyy! No, eso no, por favor.

Nos sentamos los tres a una mesa rinconera y tres cuartas partes de la comida las paso escuchando a Alan y Jan hablar del trabajo. Presto atención, ya que eso me ayudará a entender más lo que tengo que hacer en el estudio.

—¿Y qué le ha pasado a tu secretaria? ¿Tiene la baja laboral para muchos días? —interrumpo en un momento de la conversación, al asaltarme la duda de repente.

Los dos cruzan una mirada y es Jan el que responde a mi pregunta:

—Pues no lo sabemos todavía, pero parece ser que tiene una leve depresión o algo así.

—Ah, vaya. Pobrecita. —Es lo único que se me ocurre decir.

—Ahora, cuando llegemos —sigue diciendo Jan—, te enseñaré la intranet y para qué tienes que usarla, ¿vale?

—Eh, Jan, tranquilo. —La voz de Alan se eleva más de lo normal por encima de la mesa—. A Elena casi ni te le acercabas, o sea que no sé por qué tiene que ser diferente ahora.

—¡Alan, no empieces, por favor! —le ruego, apretándole el brazo.

Me molestan mucho los celos de Alan hacia Jan, aunque le entiendo perfectamente. A mí me pasa lo mismo cuando se cruza en nuestro camino

alguna atractiva chica, pero yo sé controlarme.

Jan es un hombre guapísimo, aparte de encantador, pero nada comparado con el brutal atractivo que tiene para mí Alan. Pero eso parece que no lo acaba de comprender, no entiende que yo sólo tengo ojos para él.

Ahora es Jan el que eleva un poco la voz y no me equivoco si digo que es la primera vez que lo oigo hacerlo.

—Alan, por favor, te lo dejé claro cuando hablamos del tema de que Rebeca viniera a ayudarnos. Te lo he explicado por activa y por pasiva. Para mí es sólo una amiga. ¿Crees que no tuve oportunidades de intentar algo con ella cuando estuviste en coma? ¿Eh?

Empiezo a sentirme incómoda y ahora Jan se dirige a mí:

—¿Intenté algo alguna vez contigo, Rebeca? —Sus ojos no se apartan de los de Alan, que ahora parece avergonzado.

—¡No! ¡Claro que no! —respondo, totalmente alucinada por la situación que se acaba de crear.

—Entonces, Alan, te lo pido por favor, deja de torturarme con tus obsesivos e infundados celos. Eres mi amigo. ¿Crees que podría ni siquiera pensar en traicionarte de esta manera?

—Lo siento, Jan. De verdad, tío, perdona. No volverá a pasar, te lo juro. No sé lo que me pasa. Perdonad los dos. Necesito ir al baño. Enseguida vuelvo.

Nos quedamos Jan y yo mirándonos a los ojos, sin poder creer lo que acaba de ocurrir.

—Lo siento, Jan. Siento que por mi culpa os enfrentéis de esta manera tan tonta.

—No, Rebeca, no es culpa tuya. Es Alan y su afán posesivo. Si por él fuera, estoy seguro de que te tendría metida en una urna con cristales opacos, para que nadie te pudiera tocar ni ver. Te quiere tanto que es incapaz de controlar sus actos. Supongo que todavía tiene miedo de volverte a perder. No te preocupes, de verdad.

—Vaya, aunque me ha gustado tu reacción, Jan, por fin. Y pienso que lo ha entendido perfectamente. Gracias.

Alan vuelve a la mesa, se sienta a mi lado y, cogiéndome una mano, me besa en la comisura de los labios.

—Perdóname, mi amor, me he pasado. Jan, te pido mil disculpas. Tienes razón. Soy un cabrón obsesivo y celoso, pero no tengo por qué pagarlo con

vosotros. No volverá a ocurrir, os lo prometo.

—Está bien, Alan, ya está olvidado. —Y a modo de reconciliación, ambos chocan las manos por encima de la mesa.

—Bueno, chicos, ¿nos vamos a trabajar? Que yo antes de las seis tengo que irme a buscar a los niños y todavía me quedan un montón de papelotes por ordenar.

—¡Uy, amigo, me parece que te van a arrebatarse pronto el título de jefe tirano! —bromea Jan, levantándose de la silla.

—Pues sí, que no nos pase nada —dice Alan, mientras me pellizca levemente el trasero.

Cuando acabo mi jornada laboral, voy a despedirme de mi atractivo jefe.

—¿Vendrás a cenar? —Le rodeo el cuello con los brazos y él me estrecha contra su cuerpo.

—Claro que sí. No sé a qué hora acabaremos, porque quiero cerrar unos cuantos temas pendientes con Jan y unos promotores, pero en cuanto acabe, voy enseguida.

—Bien... Te estaré esperando, ansiosa por recibir mi primer sueldo... — le susurro al oído, rozándole la oreja con los labios.

—Rebe... no sigas, por favor.

—Vale, me voy. Hasta luego, mi amor.

—Hasta luego, mi princesa.

Recorro el caminito de piedras hasta mi coche, que está aparcado frente a la puerta de entrada de su casa y, mientras lo abro, me deleito de nuevo al verlo ahí de pie, despidiéndose de mí con su fuerte mano alzada.

Le lanzo un beso y me meto en el coche. Tengo que irme ya, de lo contrario, creo que volvería corriendo a lanzarme a sus brazos.

Miércoles, 23 de octubre

Ayer me llamó Terry para decirme que mañana viene a Barcelona para acabar de solucionar los temas que dejó pendientes, y preguntarme si a su vuelta a casa, dentro de un par de semanas, podría llevarse la maqueta. Por eso hoy tengo que darle un empujón a su pedido, ya que mañana por la mañana hemos quedado para que venga a echarle el último vistazo antes de proceder a pintarla y decorarla y ya poder dar por acabado el trabajo.

Así que le he dicho a mi nuevo jefe que tendrá que prescindir de mis servicios durante hoy y mañana. Sé que no le ha gustado mucho la idea, y más sabiendo por qué no voy, pero sobre todo, por mi encuentro con Terry. Aun así, al final creo que lo ha acabado comprendiendo y aceptando.

Eso sí, lo que no he conseguido con mis adultos y sensatos argumentos es disuadirlo de que venga a comer conmigo. Y me alegro de que al final mis razonamientos no hayan sido del todo convincentes, porque me muero de ganas de verlo y estar con él.

Me ha convencido diciéndome que no me tendré que preocupar de cocinar nada, y que así tendremos más tiempo... para otras cosas. Cuando él salga del estudio, pasará por la tienda y comprará algo de comida preparada.

Mi debilidad ante sus propuestas es cada vez mayor y mi mente cada vez menos fuerte, y aquí estoy, impaciente y nerviosa, esperando oír el sonido de mi móvil con su mensaje entrante, pidiéndome que le abra la puerta. Porque, eso sí, sabe de sobra en qué piso vivo, pero se niega a llamar al interfono, prefiere martirizar mi delicado corazón con sus mensajes. Aunque, bien pensado, no sé si sería peor oír su voz en mi oído a través del telefonillo...

Es increíble, incluso no estando Alan conmigo, consigue arrancarme sonrisas por el mero hecho de pensar en él. Debo de parecer una idiota, aquí sentada en mi taburete, tras mi mesa de trabajo, contemplando las puertas de madera que acabo de colocar y sonriendo como una estúpida colegiala recién y perdidamente enamorada. ¡Ayyyyy! Pues sí que estoy mal, sí...

Y llega el momento... El momento en que casi me muero de un ataque al corazón al oír el tintineo de mi móvil. Pasa tan sólo media hora de la una del

mediodía, así que si ha ido a comprar la comida y todo, deduzco que ha abandonado sus quehaceres arquitectónicos bastante antes de la una... Mmmmm... Me gusta eso. Quiere decir que mi chico me echa de menos... ¡Bien!

ALAN GASS

Ya estoy aquí, princesa.

(Emoticono beso)

¿Me abres, por favor?

Sin perder tiempo, descuelgo el telefonillo y acciono el pulsador, dejo la puerta de casa entornada y me meto en la cocina para preparar la mesa. Estoy de puntillas, cogiendo un par de platos del segundo estante del mueble, cuando sus manos me agarran por la cintura. Suelto los platos, que vuelven a caer estrepitosamente sobre los que quedaban en la repisa y me vuelvo creando un remolino de aire a mi alrededor.

—¡Serás...! ¿Quieres acabar con mi cara y ostentosa vajilla o qué? —lo increpo, colgándome de su cuello.

—Me la sopla tu vajilla. Te puedo comprar cientos... Lo que quiero es acabar contigo, pero en la cama... —Sus labios sellan su caliente confesión y yo... ya me he olvidado de mi triste y patética vajilla.

Después de comer, nos enfrascamos en una sesión de sexo duro y desenfrenado que me deja exhausta y sudorosa. Salgo del baño envuelta en la toalla, tras haberme refrescado con una de mis duchas rápidas, y todavía no he salido al salón cuando oigo que llaman al timbre.

Cuando llego a la puerta de entrada, Alan ya está abriendo, vestido únicamente con sus bóxers, y yo me quedo petrificada.

Fran está ahí fuera y su rostro refleja lo que siente al vernos semidesnudos. Alan lo reconoce de alguna foto, y después de lo que yo le conté de su última visita, no creo que le haga mucha gracia esta situación.

—¿Qué quieres? ¿No te dejó claro Rebeca, que no quiere ver más tu puta cara por aquí? —increpa a Fran.

—Contigo no tengo nada de qué hablar, pijo de mierda —responde él, sin dejar de mirarme.

Hace ademán de entrar, pero Alan le pone la mano en el pecho,

lanzándolo hacia atrás. Alan le saca una cabeza, pero viendo los ojos de Fran, que casi se le salen de las órbitas, creo que ese detalle poco le importa y que le va a plantar cara.

En efecto, se abalanza sobre Alan, al que pilla por sorpresa, porque me estaba mirando a mí, asegurándose de que estoy a una distancia prudencial del descerebrado de mi exmarido. La espalda de Alan impacta contra la pared y entonces puedo ver su rostro. Está totalmente fuera de sí y sus bonitos labios dibujan una fina línea en su cara, presa de la ira y el odio. Agarra los brazos de Fran y lo separa de su cuerpo. Luego lo sujeta con furia por el cuello de la camisa y lo empotra contra la pared opuesta, acercando la nariz a escasos milímetros de la suya.

—¡Maldito hijo de puta! Ni se te ocurra volver a ponerme las manos encima y, por supuesto, ni te acerques a Rebeca. Quiero que ésta sea la última vez que pisas esta casa, si no quieres lamentarlo el resto de tu mezquina vida.

Nunca le había oído este tono de voz y, la verdad, hasta a mí me acojona y he sido incapaz de moverme de donde estoy, contemplando alucinada lo que ocurre frente a mis ojos.

Alan separa a Fran de la pared y, de un empujón, lo manda fuera, hacia el rellano de la entrada.

—Esto no va a quedar así... —Es lo único que puede decir mi ex, antes de que Alan vuelva a arremeter contra él.

Esta vez lo agarra del cuello y, con un susurro aterrador, acaba de convencerlo.

—Juro que como le toques un solo pelo a Rebeca te mataré... y ahora, vete, porque estoy a punto de perder la cabeza del todo.

Obviamente, con dos hijos en común, siempre hay cuestiones que hablar y temas en los que hay que intentar ponerse de acuerdo, pero espero que le haya quedado claro, y rezo para que, desde hoy, todo contacto que intente tener conmigo sea telefónico. Ha llegado un punto en que me da asco verlo incluso de reojo.

Jueves, 24 de octubre

Por la mañana, a Alan se lo notaba preocupado. Al despedirme de él en la puerta, y después de darle un beso, no puede resistirse a preguntarme:

—¿Cuándo has quedado con tu cliente?

—Vendrá sobre el mediodía, así me dará tiempo a darle los últimos retoques a la maqueta. Y puede que vayamos a comer para acabar de concretar si quiere algún cambio. —Mejor decírselo todo de golpe, así acabamos cuanto antes.

—¿Y adónde iréis? —Su brazo rodea mi cintura y no me puedo resistir.

—No lo sé, Alan, mi amor. Al paseo marítimo o a la cafetería de su hotel. No tengo ni idea. Pero, mira, en cuanto lo sepa te lo digo y te vienes a tomar el café con nosotros, así te darás cuenta de que no tienes que preocuparte por nada. ¿Te parece bien?

—No, Rebeca, no será necesario. No quiero inmiscuirme en tu trabajo.

Su boca dice una cosa, pero veo que sus ojos dicen otra bien distinta e intuyo que mi idea le parece fantástica.

—Venga, vete ya, que llegarás tarde y yo tengo que ocuparme de los niños. Luego hablamos. Dame un beso.

Me besa efusivamente, sin soltar mi cintura, y en ese momento todas mis dudas y malas vibraciones se disipan.

Durante toda la mañana, desde que vuelvo de dejar a los niños en la escuela, me dedico de lleno a la maqueta de Terry. Son tantas las ganas que tengo de terminarla para que se vaya y perderlo de vista, que mis dedos vuelan sobre ella, e incluso ya he empezado con los toques decorativos, antes de saber si dará el visto bueno definitivo o no. Da igual, en caso de que no sea así, sacaré todas mis armas de persuasión comerciales para hacer que cambie de opinión, pero necesito acabar con ella. Así, casi sin darme cuenta, ya la tengo pintada y he empezado a colocar el césped decorativo del jardín.

Pasan pocos minutos de la una cuando suena el interfono. Voy hacia la entrada y descuelgo.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunto, aunque ya sepa quién está ahí fuera.

—Soy Terry, Rebeca.

Esa voz que hace escasas semanas, cuando aún estaba sola y perdida en mis penas, me cautivó por teléfono, vuelve a hacerlo con tan sólo tres palabras.

Pero las cosas han cambiado. Ahora soy más fuerte. Ya no soy esa mujer vulnerable de antes, y no estoy sola. Tengo a mi lado al hombre más perfecto y atractivo del mundo. Así que... voy a acabar con esto cuanto antes.

Coloco la mano sobre el pomo de la puerta, cierro los ojos, respiro profundamente y la abro. Ahí está él, apoyado en la pared, con la cabeza inclinada y aquella media sonrisa burlona en su rostro. Algo se remueve dentro de mí, pero mi poder de autocontrol y concentración vence.

—Buenas tardes, Terry. Adelante, pasa, tu maqueta ya está prácticamente terminada. Espero que te guste cómo está quedando.

—Buenas tardes, Rebeca. Estoy seguro de ello. Pero antes que nada, ¿cómo estás? —pregunta, mientras me sujeta por la cintura y me da dos suaves besos en las mejillas.

—Bien. Bien, gracias —respondo, cerrando la puerta—. Terry...

—Dime, Rebeca —dice, sin separarse de mí y sin soltarme.

Dando medio giro, me coloco frente a él y me libero de su abrazo. Inclina la cabeza y me mira intensamente.

—Terry, en estas semanas las cosas han cambiado. No me malinterpretes, yo sé que tu interés por mí es meramente profesional, pero no quisiera sentirme incómoda contigo y...

—¿Tu arquitecto? ¿Ha vuelto contigo? —pregunta sonriendo.

—Bueno, de hecho he sido yo. Hace unos meses le dejé, pensaba que le iría mejor sin mí. Pero... le quiero y... —Me interrumpe, agarrando mi mano entre las suyas.

—¿Y por qué pensaste que apartarte de él sería bueno? ¿O es que sentías que no te quería lo suficiente?

—No, no es eso. Sé que me quiere. Estoy convencida de ello. Fui yo la que me equivoqué. Y lo quiero demasiado como para estar sin él.

—Está bien, Rebeca, te prometo que no me voy a interponer entre vosotros. Tus ojos reflejan el amor que sientes por él y lo respeto. Aunque, si te soy sincero, no me importaría que ese reflejo fuera por mí. Pero soy un caballero y sé cuándo tengo que retirarme a tiempo. —Y concluye besándome el dorso de la mano.

Eso me hace sonreír y él también sonríe.

—Vamos, ¿me vas a mostrar tu obra de arte o tendré que servirme yo mismo?

—Por supuesto. Sígueme.

Al final, y como era de esperar, le encanta. Nos falta ultimar los detalles del exterior, como el jardín y el garaje, así que, tal como pensaba, me invita a comer para hablar del tema y así aprovechar el tiempo, ya que a las cuatro debe reunirse con unos promotores.

—No hace falta que cojas tu coche. Podemos ir en el mío y de vuelta te dejo en casa, me pillaré de camino —dice, sin apartar la vista de la maqueta y pasándose los dedos por el labio inferior de una forma totalmente seductora.

—Bien. Me cambio de ropa y en cinco minutos nos vamos. ¿Te apetece tomar algo hoy mientras esperas, o vas a...?

—Exacto, Rebeca. Haré unas llamadas —responde sonriendo.

—Lo sabía. —Pongo los ojos en blanco y salgo de la habitación-taller.

De repente, me noto el estómago encogido cuando saco del armario la ropa que me voy a poner. Pensar que luego voy a decirle a Alan dónde estamos para que venga a tomarse un café, me preocupa. No sé si sabré disimular mi incomodidad con la situación y él se dará cuenta de ello; siempre se da cuenta de que me pasa algo. Sólo espero que no piense lo que no es y que no hagan aparición sus celos.

Me visto de prisa, me maquillo un poco, me arreglo el pelo y, echándome un último vistazo en el espejo, me doy ánimos a mí misma:

—Vamos, Rebeca. Cuanto antes salgamos, antes volveremos.

Finalmente, decidimos ir al restaurante de su hotel por varias razones, facilidad de aparcamiento, cercanía, y así él, antes de traerme de nuevo a casa, podrá recoger todos los documentos que necesitará para su reunión.

La comida resulta muy amena. La verdad es que Terry es un hombre muy divertido, e incluso hablando de temas serios te hace reír con sus comentarios. Mientras me va diciendo cómo le gustaría que diseñara el exterior de su maqueta, voy haciendo pequeños bocetos sobre el mantel individual de papel y, cuando me doy cuenta, ya hemos acabado de comer y estamos a punto de pedir los cafés.

—¡Anda, casi se me olvida! Tengo que llamar a Alan para que venga a tomarse un café con nosotros. Te lo presentaré. Seguro que tenéis muchas cosas en común de las que hablar... —bromeo, pulsando el nombre de Alan

en mi teléfono.

—Seguro que sí, no lo dudo, y me encantará hacerlo —dice Terry, mirándome fijamente, con la cabeza ladeada y su media sonrisa.

Desvío la mirada al frente, evitando el contacto con sus ojos. Me sigue poniendo nerviosa esa forma de mirarme y me incomoda ese sensual gesto que hace, hasta el punto de que podría llegar a...

—Hola, Rebeca, ¿cómo estás? —La voz de Alan suena preocupada.

—Hola, mi amor, muy bien, ¿y tú? —respondo inquieta.

—Mal. No he podido dejar de pensar durante toda la mañana que hoy estarías con un cliente al que no conozco pero que ya odio.

—Alan —contesto, bajando la voz y girando la cara hacia el lado opuesto a donde está sentado Terry—, te expliqué muy bien lo que era esto para mí. No empieces, por favor.

—Está bien, Rebeca. Lo siento.

—Vale. Vente a tomar café. Estamos en el Hotel Ágora, aquí en la playa.

—De acuerdo, princesa. Yo salgo ahora del Ola's. En cinco minutos estoy allí. Un beso.

—Un beso, mi amor.

Corto la comunicación e, inconscientemente, ajena por un momento a lo que tengo alrededor, me quedo pensativa.

—¿Todo bien, Rebeca? —Las palabras de Terry y el calor de su mano sobre la mía me sacan de mi estado de desconexión con el mundo.

—Sí, sí, perdona, todo bien.

—¿No va a venir tu novio? —pregunta, sin apartar la mano.

Le pongo remedio de inmediato cogiendo el bolso para guardar el móvil.

—Sí, ahora mismo viene.

—Bien, me gustará conocerlo y felicitarlo personalmente por la gran mujer que tiene a su lado.

—¡Venga ya, adulador! Vamos a terminar con esto de una vez.

—Es lo que pienso, Rebeca. Eres una mujer estupenda.

Sin hacer caso de sus últimas palabras, sigo garabateando sobre el mantel.

—¿Qué quieres poner en el jardín? ¿Árboles, flores?

Al cabo de pocos minutos, las piernas me empiezan a temblar, las manos me sudan y una sonrisa nerviosa se dibuja en mis labios cuando miro al frente

y veo acercarse a Alan.

Siento como si cada decidido paso de sus pies hacia nosotros retumbara dentro de mi cabeza y me pierdo dentro de sus ojos, que tienen un brillo especial esta tarde. Al momento, su mirada se desvía hacia Terry, que al ver mi reacción se levanta para recibirlo.

—Hola, Alan —lo saludo.

Él, colocándose a mi lado y posando su mano en mi espalda, me da un beso en los labios.

—Hola, Rebeca.

—Alan, éste es Terry, el cliente del que te hablé. Terry, él es Alan.

—Encantado, Alan —saluda Terry, estrechándole la mano—. Tenía muchas ganas de conocer a un colega de profesión de tu nivel y reputación.

—Lo mismo digo, señor Jonah. —La voz de Alan suena fría y poco amistosa.

—¡Por favor, tutéame! Y más cuando estamos compartiendo a una mujer tan especial como es Rebeca. En el sentido estrictamente profesional, claro. No me malinterpretes.

Sus manos todavía están unidas en ese saludo que a mí me está pareciendo algo más tenso de lo normal.

—Alan, siéntate, mi amor, íbamos ya a pedir los cafés.

Durante los diez minutos siguientes, Alan casi ni abre la boca, sólo mira y escucha atento nuestra conversación en torno a la decoración exterior de la maqueta. Se acerca ya la hora de despedirnos, ¡por fin! Necesito ir al aseo, así que me levanto, disculpándome.

—Me vais a perdonar un momento, ¿verdad?

—Por supuesto, faltaría más —dice Terry, levantándose al mismo tiempo que yo.

Con el rabillo del ojo, veo que Alan ni se inmuta y sigue sin perderse detalle de los movimientos de Terry. ¡Dios mío! Quiero irme ya a casa. Los dejo acabándose los cafés y salgo del comedor. Necesito relajarme un poco.

—¿Se puede saber por qué has vuelto, Terry?

—¿Así es como recibes a los antiguos amigos?

—¿Qué es lo que pretendes? Acabé contigo una vez, no me costaría nada volver a hacerlo...

—Sí, Alan, lo recuerdo. Aunque... no te salió tan bien como esperabas, amigo.

—Te lo advierto, Terry, aléjate de Rebeca o...

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer? Ah... ya sé... ¿Acaso quieres que tu dulce Rebeca conozca al verdadero Alan? ¿Es eso lo que quieres?

—Nunca pretendí que todo terminara como lo hizo.

—Puede ser, Alan, pero ocurrió. De todas formas, no te preocupes, tengo otras armas escondidas que pueden hacerte mucho más daño que arrebatarte para siempre a tu amada, y lo sabes.

—¿Qué ocurre, chicos? —Cuando llego a la mesa, la tensión se puede cortar entre ellos, aunque, al verme, los dos relajan sus rostros y apoyan la espalda contra el respaldo de la silla.

—Nada. Le estaba contando a Alan lo maravillosamente bien que haces tu trabajo y que espero que éste —dice, señalando los bocetos dibujados sobre el mantel— no sea el último que haces para mí.

—Rebeca, Jan me está esperando en el estudio, ¿te acerco a casa? — Alan se levanta y con un brazo me rodea la cintura.

—No, gracias, mi amor. Todavía nos queda decidir qué tipo de valla va a cerrar el jardín y qué decoración hay que poner, así que aún tenemos para unos minutos más.

—¿Has traído tu coche?

—Hemos venido en el mío, Alan. No te preocupes, yo me encargo de acompañarla. La dejaré sana y salva en su casa. Lo prometo.

—Nos vemos por la noche, princesa —se despide Alan, casi ignorando a Terry.

—De acuerdo. No te olvides.

—No lo haré, seguro.

—Ha sido un placer, Alan. Espero que nos volvamos a ver en otra ocasión. Me encantará intercambiar opiniones de nuevo contigo.

Terry le tiende una mano, pero Alan lo mira impassible.

Le doy un suave codazo en el brazo y al instante reacciona.

—Igualmente, Terry. Cuando quieras —contesta, estrechándole la mano. Me besa y se va. Al momento, miro a Terry, que me observa sonriente.

—¿Qué ha sido esto? ¿Rivalidad profesional o son imaginaciones mías que el ambiente estaba un poco tenso? —Mi cejo fruncido refleja lo desconcertada que me siento.

—Pues no tengo ni idea. Yo he estado muy a gusto y Alan me parece un tipo sensato y educado y, por cómo te mira, muy enamorado. Tienes suerte de

tener a alguien a tu lado que lo daría todo por ti. Espero que siempre sea así y sepa hacerte feliz.

—¿Por qué dices eso? —pregunto extrañada.

—Por nada. Tonterías de un lobo solitario...

Terminamos el segundo café y los detalles de la maqueta y Terry sube a su habitación a recoger su maletín. Lo espero en el garaje exterior del hotel, tomando el aire, la verdad es que lo necesito. Me han contagiado esa tensión entre ellos y me siento la espalda agarrotada al máximo.

A los pocos minutos, llegamos a mi casa y nos despedimos.

—Gracias por invitarme a la comida, Terry.

—No hay de qué. Espero no tener que esperar mucho para la próxima ocasión. Me lo he pasado muy bien.

Su mano reposa en el respaldo de mi asiento y me mira sonriente.

—Bueno, me voy, tú tienes tu reunión y yo tengo que acabar una maqueta...

—Rebeca, ¿puedo hacerte una pregunta? —me plantea, acercándose a mí.

—Mmmmm... supongo que sí —respondo, separándome un poco de él.

—Si no estuvieras enamorada de Alan, ¿yo tendría alguna posibilidad contigo? —Sus dedos acarician mi hombro y mi estado de nerviosismo crece a un ritmo acelerado y peligroso.

—¿A qué viene esa pregunta, Terry?

—Me gustas, Rebeca. Me gustas mucho, y saber eso me ayudará a llevar mejor la situación. Sólo es eso.

—Terry... —Cojo su mano y la aparto de mi hombro, pero él me la agarra con fuerza.

—Sé sincera conmigo, por favor. Lo que sea lo aceptaré.

—Terry, eres un hombre encantador. Me pareces muy atractivo y seductor y me lo paso muy bien contigo, pero no me podría enamorar de ti. Quiero a Alan con locura.

—Vale, eso lo sé. Pero si Alan no existiera, ¿qué habría pasado entre nosotros?

—Eso no lo sé, Terry.

—Sí que lo sabes, Rebeca. Dímelo.

—Terry... —Me tiemblan las manos, ahora prisioneras de las suyas—. Supongo que sí, supongo que después de que irrumpieras en mi casa de esa

forma tan altiva y déspota, después de que me cayeras mal hasta desear patearte el culo... luego sí, me hubiera interesado por ti. —Tengo la mirada fija en nuestras manos y veo cómo acerca una de las suyas a mi cara, me acaricia la barbilla y levanta mi rostro.

Entonces lo veo, ese gesto con su cabeza y esa media sonrisa que a veces parece burlona y otras malvada, pero siempre seductora. Y me reafirmo en lo que le he dicho: si Alan no existiera...

—Ojalá hubiera podido ser así, incluso hasta lo de patearme el culo — bromea sonriendo.

—Tengo que irme ya, Terry.

—Bien, Rebeca. Gracias por ser sincera conmigo. —Y sin soltarme la barbilla, se acerca a mi cara y me besa dulcemente la mejilla.

—Estamos en contacto —me despido, saliendo del coche.

—¡Seguro! Tienes algo que tiene que ser mío.

Me quedo fuera del coche, con la mano en la puerta a punto de cerrarla, pero su frase me deja perpleja y lo interrogo con la mirada.

—La maqueta, Rebeca. Tu gran obra de arte.

—Hasta luego, Terry. —Me río y cierro la puerta.

Me dirijo hacia la entrada de mi casa con una sonrisa en la boca. Sinceramente, me ponen nerviosa sus constantes insinuaciones, pero al mismo tiempo me divierten.

Al final todo ha ido bien, o eso es lo que creo, porque ninguno de los dos nos hemos fijado en que el coche de Alan está aparcado unos metros más allá, y que ha sido testigo de nuestra conversación y nuestra despedida.

Viernes, 25 de octubre

Este fin de semana no tengo a los niños, así que por la mañana, cuando salimos para ir al cole, ya voy preparada con mi pequeña bolsa para ir luego con Alan a su casa. Al final va a resultar que el patético incidente del miércoles con Fran me va a beneficiar, porque ahora Alan no quiere separarse de mí ni dos segundos.

Hoy estoy que me caigo de sueño. Alan y Jan llevan un ritmo frenético de trabajo con el tema de Dubái y al final anoche no pudo venir a dormir a casa, así que, para consolarme, me puse a trabajar en la maqueta de Terry. La quiero terminar para la semana que viene; cuanto antes acabe, antes se acabarán nuestros encuentros.

Estuve pensando en la conversación que mantuvimos Terry y yo, y me sentí mal. Me daba miedo que él no entendiera que sí, que quizá en otras circunstancias podría haber pasado algo entre nosotros, pero no ahora.

Entre eso, el trabajo y mis pensamientos, cuando me di cuenta eran las cuatro de la madrugada...

Buffff... todavía no son las diez de la mañana y ya llevo dos cafés... y los que me quedan. Esta noche voy a parecer una pulga, dando saltos sin parar de aquí para allá. Bueno, según sobre lo que salte no estará nada mal...

Me despierta de mi ya natural estado de ensoñación la voz de Jan delante de mí, lo que hace que aparte la mirada de mi amado, de mi locura personificada. Aunque hoy está muy serio, supongo que por la acumulación de trabajo. Tanto que casi no hemos podido cruzar ni diez palabras seguidas.

—¡Eoooo! Estoy aquíiii... —dice Jan, sonriendo divertido—. Llevo como un minuto hablándote, Rebeca.

—Joder, Jan, perdona. Es que hoy he dormido muy poco...

—Ya, ya... Te decía que Sara me ha dicho que le apetece mucho verte. Y yo había pensado que podríamos salir a cenar hoy los cuatro. ¿Qué te parece?

—Por mí perfecto, yo también tengo ganas de ver a tu preciosa novia. — Un extraño gesto torcido en el rostro de Jan me revela que algo raro pasa—.

¿Qué ocurre? Sara está bien, ¿no?

—Sí, sí, está bien. No te preocupes.

—No, Jan, algo hay. Te conozco y esa cara quiere decir algo.

—No lo sé, Rebeca, no estoy seguro de lo que quiero. Estoy bien con ella, es una chica estupenda, pero... Da igual, aquí no... Ya hablaremos.

—Vale. Pero quiero que lo hablemos cuanto antes y si puedo ayudarte en lo que sea, no tienes más que pedirlo, lo sabes, ¿no? —digo cogiendo su mano apoyada sobre mi mesa.

—Lo sé, Rebeca. Gracias.

—Bueno... ¿Y qué opina tu amigo de lo de esta noche?

—Pues no le he dicho nada, he preferido comentártelo a ti primero por si teníais otros planes. Además, hoy no está de muy buen humor.

—Vale, no te preocupes, yo hablo con él. Pero ya le puedes ir diciendo a Sara que se ponga sus mejores galas que hoy nos vamos de fiesta por ahí.

—Bien, se pondrá muy contenta. Gracias, Rebeca.

Alan me está mirando desde su confortable sillón, con los codos apoyados en los reposabrazos y los dedos juntos, formando una pirámide sobre su nariz.

Me recuesto en mi silla y me relamo los labios mirándolo fijamente. Es una escena casi indescriptible. Los rayos de sol entran por la ventana a sus espaldas y los reflejos dibujan unos halos luminosos alrededor de sus fornidos hombros, realzando aún más su brutal atractivo. Me levanto y me acerco a su mesa, la rodeo y, apoyándome en ella a su lado, le acaricio levemente el dorso de una mano con un dedo.

—¿Ligando durante tus horas de trabajo? —me pregunta amenazante.

—No, sólo deseando a todas horas follarme a mi jefe. ¿Te parece bien? —respondo, colocando la mano sobre su entrepierna.

Una sonrisa maliciosa aparece en su rostro y, atrapando mi mano, se la lleva a los labios y me la besa.

—Alan, ¿te apetece que esta noche salgamos a cenar con Jan y Sara?

—¿Eso es lo que te estaba diciendo Jan? ¿No tiene suficiente con verte aquí que también necesita hacerlo fuera?

—No empieces, por favor. Es Sara, tiene ganas de verme.

—Ya. Es cierto, perdona. Si tú quieres, por mí está bien. —Me vuelve a besar la mano, cuando su móvil empieza a sonar.

Le doy un beso en los labios y me voy a mi mesa.

Cojo el teléfono y llamo a Jan por comunicación interna.

—Todo controlado. Voy a reservar mesa en el puerto marítimo. ¿Para las diez te parece bien?

—Me parece genial. Voy a decírselo a Sara. Gracias, Rebeca.

Cuelgo e inmediatamente hago la reserva.

Alrededor de las ocho acaba nuestra jornada laboral. Nos deseamos todos un buen fin de semana y nos despedimos de Jan hasta dentro de un par de horas.

—Mmmmmm... por fin... No sabes qué día más largo se me ha hecho — confieso, agarrándome al cuello de Alan.

Ha sido un día de mucho trabajo, hasta el punto de que hemos comido sólo un sándwich en el estudio y no hemos tenido tiempo ni para un par de besos.

—Claro y además de eso, vas tú y te lías a quedar con gente. —Sus labios queman ya mi cuello—. ¿Por qué no lo anulas? Tengo pensada otra cosa que seguro que te gustará más que una cena con ese par de aburridos.

—¡Alan! Pues claro que me gustará más, pero ya hemos quedado...

—No, has quedado tú. —Y sigue torturándome con sus besos.

—Aún quedan dos horas... nos da tiempo de mucho.

Nuestras bocas son ya una sola. Le quito la chaqueta, le desanudo la corbata y empiezo a desabrocharle la camisa. Él suelta el botón de mi pantalón y baja la cremallera, introduciendo inmediatamente la mano dentro y acariciando mi sexo sobre mis bragas, presionando y metiéndomelas dentro de mi ya palpitante vagina.

Sin despegarse de mi cuerpo, me hace retroceder hasta topar con el respaldo del sofá y allí, aprisionada entre el mueble y su erección, empiezo a dejarme llevar.

Me quita la camiseta con rapidez y yo le desabrocho el cinturón, le bajo la cremallera del pantalón y meto la mano por la abertura.

Él no lo duda ni un segundo, se desabrocha el botón y sus pantalones de vestir caen por sus musculosas piernas, dejándome disfrutar de la visión de ese bulto dentro de sus bóxers. Mientras estoy perdida ante tal visión, siento cómo me baja los pantalones con rabia y me arranca las bragas de un tirón, lanzándolas, destrozadas, al suelo.

—Alan... ¿qué te pasa? Ohhh... Madre mía...

Con brusquedad, me abre las piernas con las rodillas y se coloca entre

ellas. Sus manos aferradas a mis pechos y su boca, que no para de devorar la mía, empiezan a hacer que no sea ya la dulce y trabajadora Rebeca y me convierta en la caliente y perversa Rebe.

Con mis brazos rodeando su fuerte cuello, levanto el culo, apoyándolo sobre el sofá, y enrosco las piernas alrededor de sus caderas. Vía libre. Compuertas abiertas. Vamos.

—¡Fóllame, Alan! Con todas tus fuerzas, cabrón... —susurro, mirándolo con ojos de deseo.

—Mmmmm... Rebeca... hace horas que lo estoy deseando... Y si me sigues hablando así, no me haré responsable de mis actos.

—Ohhhh... bien... no esperaba menos de ti. Quiero que pierdas la cabeza y que me la hagas perder a mí. —Mi beso apasionado da por terminada la conversación.

Sujetándome con una mano por la cintura y con la otra agarrándose el miembro, apunta a la entrada de mi ardiente y húmedo centro de perdición y, sin apartar sus ojos de los míos, me penetra con una brusca, profunda y contundente embestida. Ahora con las dos manos, acompaña mis caderas en sus movimientos salvajes sin dejar de devorar mis labios, mi cuello y mis pechos. Está desatado y me desata a mí también. Sus gemidos guturales me excitan más aún y no puedo dejar de gritar con cada una de sus duras sacudidas.

De repente, sale de mí y me da la vuelta y, pegándose a mi culo, me vuelve a penetrar con furia descontrolada. Ahora tengo más estabilidad, con los pies bien afianzados en el suelo y las manos agarradas al respaldo del sofá, igual que él, por lo que la sensación que tengo con cada una de sus desmesuradas embestidas es de que me penetra hasta el fondo.

Empiezo ya a sentir la tensión en mis ingles, junto con esa excitante electricidad en todos mis músculos, mientras oigo sus calientes gemidos en mi oído y noto el calor que despide todo su cuerpo y su dura y gran vara dentro de mí, cuando, acariciándome el abdomen, baja la mano hasta llegar a mi hinchado y duro clítoris.

Al primer contacto mi cuerpo responde. Giro la cabeza buscando su boca, la encuentro y me la como. Nos comemos. Sus dedos resbalan sobre mi clítoris, trazando lujuriosos círculos sobre él, y ya no puedo más, me abro más y le grito:

—¡Ahora! ¡No pares! ¡Más fuerte! —Agarro sus glúteos para aumentar

la fuerza de sus embestidas, mi estómago impacta contra el sofá y caigo sobre el respaldo, exponiendo aún más mi sexo.

Las embestidas aumentan su potencia, mi postura facilita aún más la penetración, y entonces hace algo que nunca habría imaginado ni en mis sueños más calientes. Abandonando mi clítoris y ayudado por la cantidad de flujo que corre por mi sexo, sin sacar su pene de dentro de mis profundidades me introduce también un dedo y empieza a presionar sobre mi punto G.

—¡Diossssss! ¡Alan! ¡Me muerooooo! ¡Ahhhhh!

No tardo ni diez segundos en conseguir el máximo placer y me corro gritando su nombre. Empieza a bajar la intensidad de mi orgasmo cuando él se corre dentro de mí y entonces mi clímax se alarga al oír sus gemidos y su respiración alterada, y lo acompaño con mis movimientos hasta el final.

Viernes, 25 de octubre (por la noche)

Llegamos al restaurante a las diez en punto y cuando entramos, divisamos a nuestros amigos sentados a la mesa. Ellos no nos ven al entrar y por los ademanes elocuentes de Jan parece que están discutiendo. No sé cuándo podré escabullirme de Alan para hablar con Jan, pero debo encontrar el momento y hacerlo. Si él necesita ayuda tengo que dársela, es lo menos que puedo hacer.

Después del accidente de Alan, y durante los meses en que estuvo en coma, Jan permaneció a mi lado y, si no hubiera sido por él, no sé si lo habría podido soportar. Además, tras nuestra separación, fue él quien, con su insistencia, consiguió que mi terca cabeza reaccionara y mi duro corazón cediera y me olvidara de todos los prejuicios y de todas las ideas dañinas que no hacían más que mantener separadas a dos personas que se querían con locura.

Sara y él están sentados en las sillas, así que, tras los saludos, Alan y yo nos sentamos como siempre en nuestro banco rinconero.

—Alan, me apetece una copa de vino... —Tras nuestra sesión de sexo duro, no he tenido tiempo más que de ducharme y arreglarme, así que estoy sedienta.

—Enseguida, princesa, pediré otra para mí. Esta tarde ha habido algo que me ha dado una sed... salvaje... ¿Y vosotros qué queréis tomar? —pregunta, dirigiéndose a Jan y a Sara.

—¿Vino también? —le pregunta Jan a ella, que asiente—. Dos vinos más, Alan. Gracias.

—¿Y qué tal, Sara? ¿Cómo va todo?

Percibo tensión entre ellos. ¡Ayy, Dios mío! Como esto no se arregle, voy a tener que aguantar el mal humor de Alan, recordándome que ya me había prevenido.

—¡Bien! —Mira nerviosa a Jan—. En el trabajo no nos podemos quejar de momento.

—¡Uyyy! —exclamo—. No me he lavado las manos, ¿me acompañas?

—le pregunto a ella.

—Sí, vamos —responde Sara, sacudiendo su rubia melena.

Una vez dentro de los servicios, no me ando con rodeos:

—¿Qué os pasa? Se puede cortar con un cuchillo la tensión que hay entre los dos. Creía que nos lo íbamos a pasar bien, pero me estoy empezando a preocupar y mucho.

—No lo sé, Rebeca. Ya no sé qué más hacer. Accedo a todo lo que él quiere y cuando quiere, pero no basta. No soy suficiente para él. Y la verdad, ya me estoy cansando de ser el perrito faldero. No me merezco esto.

—Pero... ¿te ha dicho algo? ¿Hay otra persona?

—No, que yo sepa no hay nadie más, aunque a veces dudo... Pero no, no lo creo. Tampoco es que hablemos mucho de ningún tema. Al principio lo achacaba al trabajo, pero últimamente ya ni pone excusas. Se está distanciando de mí cada vez más.

—¿Quieres que hable con él?

—Como quieras. Igual Jan te lo agradece, te quiere mucho, Rebeca. Aunque a mí, sinceramente me da igual ya. He luchado mucho por nuestra relación, que ya hace tiempo que se está yendo a pique, pero ya no pienso hacerlo más. Le quiero, le quiero mucho, pero él no pone de su parte y yo... yo necesito que me quieran, que me mimen y que me hagan reír. Y Jan hace tiempo que no lo hace.

»Y... y yo... sí he conocido a alguien. No me malinterpretes, no hay nada entre nosotros, pero está pendiente de mí y me hace reír. Y mientras estoy con él me olvido de todo.

Una lágrima corre por su mejilla y me apresuro a abrazarla.

—Pero acabas de decir que todavía le quieres...

—Sí, pero por todos los años que hemos pasado juntos, que han sido casi siete. Ya sólo es cariño. No me hace vibrar. Y no me refiero al sexo, no tengo ninguna queja en eso. Aunque lo veas así tan tranquilo y pausado a veces, Jan es un volcán... ¡Bufff, en la cama se transforma! —Su expresión me hace sonreír—. Me refiero al día a día. Ya no me pongo nerviosa cuando está cerca. No me sorprende nada de lo que hace...

—Pero todo eso es normal cuando llevas mucho tiempo al lado de la misma persona, y no por ello tiene que acabarse el amor.

—Sí, claro que es normal. Y no, no tiene por qué acabarse. Muchas parejas luchan por ello y mantienen la llama encendida a pesar de todo. Pero

nosotros no, nos hemos rendido, Rebeca.

—Bufff, Sara, no me esperaba esto. No sé qué decir...

—No te preocupes, Rebeca, estamos bien. Lo que tenga que ser será y será porque los dos queremos y porque nosotros mismos lo habremos llevado a ese punto. ¡Y hoy nos lo vamos a pasar de rechupete! Nos vamos a beber la botella de vino y otra y cenaremos y bailaremos y reiremos, te lo prometo.

Nos fundimos en un tierno abrazo y después de retocarnos el maquillaje y lavarnos las manos, vamos a reunirnos con nuestras parejas.

La cena al final resulta muy amena. Alan y Jan tienen el día gracioso y no paran de «pelearse» entre ellos. Sara ríe todas las gracias de Alan y alguna de Jan y eso me entristece, aunque a él parece no importarle y me da la impresión de que está más pendiente de si a mí me hace gracia o no.

Después de tomarnos una copa en el mismo restaurante, Alan anima a nuestros amigos a tomar la última en su casa. ¡Bien! Al final Don Mal Humor ha dado su brazo a torcer y se lo está pasando bien. Pero no sé yo si será muy buena idea. Durante la cena han caído dos botellas de vino, más la copa del final, y ahora otra... Bufff, empiezo a tener problemas para coordinar las palabras y Sara ya ¡ni coordina!

—Ohhhhh... ¡síiii! Vamos, Jan, levanta ese culo —bromea Sara con su chico, al que no parece gustarle mucho la idea.

—¿Qué ocurre, Jan, no te apetece? —pregunto, aprovechando que ella camina junto a Alan unos pasos por delante de nosotros.

—Sí, claro que me apetece, pero creo que ya hemos bebido bastante hoy y una más que otros. —Me lanza un guiño de complicidad y se adelanta para acompañar a Sara.

Alan se retrasa y me coge por la cintura, susurrándome al oído:

—Ya me estoy arrepintiendo de la invitación. Sentados a la mesa no veía tu falda y esas piernas que me vuelven loco... ¿Llevas las medias que tanto me gustan? —pregunta, deslizando una mano por mi trasero.

—Mmmmm... chico malo, estate quieto. Sí, las llevo —respondo, apretando con fuerza su cintura.

—Jooderrrr... Voy a decirles que se vayan a su casa.

Hace ademán de soltarse de mí para avanzar hacia ellos, pero yo lo agarro del brazo y lo amenazo con un tiempo de sequía si hace tal cosa. Me tranquiliza con una gran sonrisa y un beso en los labios y me dice que estaba de broma.

¡Cómo me gusta verlo tan contento! Si es que me lo comería ahora mismo... Diossss... ¡La que me tendría que ir a mi casa soy yo! Creo que no voy a ser capaz de contenerme. ¡Ayyyyy, qué dura es la vida!

Cuando llegamos, supongo que por los efectos del vino, parece que la tensión entre Jan y Sara se ha esfumado y se prodigan algún que otro gesto de cariño. ¡Ojalá todo se solucione!

—¿Qué queréis tomar? —pregunta Alan alegremente.

—Yo seguiré con el vino, ese tan delicioso que tienes. Paso ya de más mezclas —digo, sujetándome la cabeza.

—¿Quieres probar algo delicioso de verdad? —me provoca él colocándose frente a mí y sujetándome desde atrás.

—¡Alan, no seas descortés con tus amigos y sírvenos rápido! —le reprocho, golpeando su pecho.

Jan y Sara se ríen y por primera vez en estos últimos días puedo ver algo de alegría en los ojos de Jan. Esos bonitos ojos verdes que tanto me reconfortaron en los peores meses de mi vida, y que no perdieron en ningún momento su brillo. Ahora vuelven a ser los de ese chico que me llegó al corazón como un hermano.

Alan vuelve al salón llevando las copas como si de un experto camarero se tratara. ¡Cielo santo, si es que todo lo hace perfecto! Tengo que encontrar su fallo, algo tiene que haber que haga mal. No sé... ¿cocinar? Es cierto, nunca lo ha hecho. Algún día le pediré que me prepare algo. Jajaja.

No pararé hasta encontrar su punto débil... Tiene que tenerlo... o... ¿será perfecto? Yo creo que sí. Lo es. Al menos para mí.

Mientras Alan estaba en la cocina y Jan y Sara acomodándose en el sofá, yo me he encargado de poner música. Vamos a darle ritmo a la noche, aunque con los CD de Alan es un poco difícil. Así que opto por poner mi iPhone en los altavoces y selecciono mi lista de música disco. Suena la bonita canción *Counting Stars*,* de OneRepublic, y empiezo a bailar.

Hago levantar a Sara del sofá y empezamos a movernos las dos al son de la música, ante los atentos ojos de nuestros chicos. Ella me abraza contenta y yo le doy la espalda y, agarrándola por el trasero, empezamos nuestro sensual baile.

Los dos hombres más que perfectos que están sentados en el sofá se miran divertidos y puedo ver cómo se remueven nerviosos sobre sus

deliciosos traseros. Bueno, delicioso el de Alan, el de Jan no lo sé, intuyo que tiene que estar muy bien también, pero no he tenido la suerte de verlo. Diossss, mejor que pare... Me estoy perdiendo, así que decido escabullirme un rato y subo al cuarto de baño a la carrera.

Estoy frente al espejo refrescándome la nuca, cuando unos brazos me rodean y unos labios se funden con mi cuello. Mmmmmm... sí...

—¿Te encuentras bien, princesa?

Me doy la vuelta y me encuentro con sus ojos, cálidos y turbados... ¿por el alcohol, por el deseo? Y su sonrisa... Sí, vuelvo a perderme en ella.

—Sí... Bueno, no, me muero de ganas de estar contigo.

—¡Te lo he dicho! Has debido dejar que les dijera que se fueran. La fiesta tendría que haber acabado hace rato, para poder empezar nosotros la nuestra.

—No podías hacer eso, mi loco pervertido. Venga, vamos, si no, van a pensar mal.

—¿Crees que me importa lo que piensen? —responde autoritario sin parar de repartir besos por todo mi cuello.

—No, ya sé que no. Pero a mí, sí —digo, agarrándolo del brazo para arrastrarlo fuera del baño.

Cuando bajamos, la música sigue y Jan y Sara están muy acaramelados en el sofá. Al llegar al centro del salón, frente a ellos, en mi móvil suena una de las nuevas canciones de nuestro Ryan Star, con el que tan buenos momentos hemos pasado. Su melodía envolvente y sensual y con algo de ritmo en determinados momentos, me invita a moverme frente a Alan, provocándolo con mis miradas insinuantes pero sin tocarlo. Bailo a su alrededor sin dejar que me atrape. Quiero bailar, quiero sacar toda la alegría que llevo dentro y que él me despierta. Y si caigo en sus manos sé que no podré seguir.

Al darme la vuelta para mover mi trasero frente a Alan, mis ojos se encuentran con los de Jan. Sara está acurrucada en su pecho, de espaldas a nosotros, y él nos mira con una sonrisa divertida, aunque su mirada refleja algo que no había visto antes en él.

Los brazos de Alan me rodean por detrás y me besa el cuello. Lo sabía, era inevitable que ocurriera. Aquí ha acabado mi baile. Cierro los ojos sintiendo todavía más sus dulces besos y giro sobre mis talones para abrazarme a él.

En décimas de segundo su lengua se introduce por completo en mi boca, sus brazos me rodean del todo y nuestros cuerpos están pegados el uno al otro. Supongo que mi baile lo ha llevado hasta un punto digamos... incómodo, porque no estamos solos, y cuando su pelvis entra en contacto con mi vientre, puedo sentir su dura erección contra mí. Sin ningún tipo de duda, está muy excitado.

Las piernas se me van aflojando, mi cuerpo se va encendiendo y mi mente empieza a perderse. Y entonces, supongo que retrocediendo, víctima del ímpetu efusivo de Alan, choco con el sofá y caigo sobre él. Me da un ataque de risa cuando, desde mi postura indefensa, veo abalanzarse sobre mí a mi escultural y atractivo arquitecto, que inmediatamente acalla mis risas con su boca sobre la mía.

¡Diosssss, no puedo más! ¡Tengo mucho calor! Tenemos que parar... Jan y Sara están a tan sólo un metro de nosotros. Muevo la cabeza y las manos intentando separarme de Alan, pero no puedo. Es demasiado fuerte y está muy alterado. Por encima de su hombro, puedo ver la cara de Jan, nos mira, me mira... ¿Qué le pasa? Tiene una mirada extraña... me recuerda un poco la de Alan cuando lo provoqué y lo encabroné con nuestros juegos, pero sólo un poco, en nada se parece a la de mi chico perfecto y maravilloso.

Por fin, Alan cede un poco y consigo separarme de él, indicándole con la mirada que pare y que algo pasa con su amigo. Se incorpora y se sienta a mi lado.

—¿Ocurre algo, Jan? —le pregunta, con la voz tomada por el deseo.

Entonces vemos que Sara se ha quedado dormida encima de su pecho.

—Nada. Ha bebido demasiado y, cuando lo hace, le da por dormir. Lo siento. —Su cara de resignación nos da a entender que está incómodo con la situación.

—Vaya, todo lo contrario que te ocurre a ti, ¿no, mi caliente Rebe? —bromea Alan en tono sensual.

—¿¡Quieres callarte?! ¡Gilipollas! —refunfuño avergonzada mientras él se ríe.

Veo cómo Jan sonríe y se apresura a decir algo para aliviar mi malestar.

—Voy a llevármela a casa. No os molestamos más...

—Jan, no creo que sea buena idea que cojas ahora el coche. Esta noche todos hemos bebido demasiado. Podéis quedaros a dormir aquí si quieres. La habitación de invitados está a vuestra disposición.

Ohhh... mi chico malo siempre tan responsable con el alcohol y la conducción, como debe ser.

—No, Alan, yo...

—Jan, insisto. No me gustaría quedarme sin socio. Más que nada, porque no podría afrontar yo solo todos los gastos de la empresa —bromea Alan—. Y no se hable más. ¿No te parece, Rebeca? —me pregunta.

—Por supuesto, claro. —Aunque para mis adentros pienso que eso igual trunca nuestros planes de juegos. Con ellos en la casa, ya no podremos hacer todo lo que queramos. Pero desde luego, mejor que se queden, no podría soportar que les pasara nada.

—Está bien. Pues, si os parece, me la llevo arriba —dice Jan. Alan lo ayuda, sujetando a Sara para que él pueda levantarse y luego, entre palabras incoherentes e ininteligibles de ella, Jan la coge en brazos y se dirige hacia la escalera—. Buenas noches, chicos. Y gracias.

—Buenas noches, Jan, que descanses —me despido.

—Buenas noches —se despide también Alan.

Lo veo subir la escalera con su novia en brazos y me parece una escena de lo más bella. Además... ¡qué fuerte es Jan! Sara es una chica esbelta, en su peso ideal, no le sobra ni un gramo, pero es alta, bastante más que yo, y debe de pesar lo suyo.

Cuando desaparecen en el rellano de la planta superior, me dejo caer sobre la parte del sofá que queda frente a la escalera y Alan viene a sentarse a mi lado.

—¿Te ha molestado que le haya dicho que se queden, princesa? —me pregunta, acariciándome los labios con el pulgar.

—Noooooo, por favor, claro que no. Ha sido un bonito detalle por tu parte. Sólo que ahora... no podremos jugar —digo, mordiéndole el dedo.

—¿Y por qué no? Jan es mayorcito, ya sabe lo que es el sexo, y Sara no creo que se entere de nada.

Voy a discutir sus argumentos, cuando su dedo es sustituido por sus labios y su mano baja rápidamente hacia mi muslo, colocándose peligrosamente entre mis piernas y por debajo de mi falda.

—Ohhhh... Rebeca, estas medias... ¡Cómo me pone follarte con ellas!

Me acaricia donde acaba la tela y sube hasta rozar mi sexo.

—Mmmmm... Alan... vamos a la habitación...

—No. Jan todavía estará despierto y están en la habitación de al lado.

No querrás que oiga tus gemidos y tus gritos de placer, ¿no? Mejor nos quedamos aquí.

—Alan... —susurro.

Diossss, ¿qué hace conmigo? Lo que yo debería hacer ahora es impedirle que la cosa vaya a más. Tenemos invitados y podrían vernos, pero mi deseo y mi lujuria no me dejan ser razonable y, cuando me quiero dar cuenta, mi mano ya está en su entrepierna y mis dedos en torno a su miembro erecto, apretándolo con fuerza.

—Ohhh... Rebe... sí. Mmmmm... voy a quitarte las bragas.

—¡Por Dios, Alan! Estás loco... Pero sí, quítamelas.

Sube la mano entre mis piernas hasta llegar a mi sexo, que ya siento caliente y húmedo. La posa encima y, presionando, empieza a masajearme en círculos enloquecedores. De repente aparta las bragas a un lado e introduce un dedo dentro de mí.

—Ahhhh... Alan... síii... Mmmmm...

—Joderrrr, Rebe. Buffff... Levanta ese culito juguetón que tienes.

Apoyo las manos en el sofá y hago lo que me pide. Tengo la falda por encima de las caderas y, agarrando mis bragas por la cinturilla, Alan me las baja lentamente y, sin dejar de mirarme, me las quita por los pies.

—Abre las piernas.

¡Dios! Empieza el juego. Sus órdenes me calientan y quiero que siga. Al momento, me acuerdo...

—¡Alan, tu medicación!

—Joderrrr, es verdad. Hoy no me la he tomado... y se nota. Creo que va a ser una noche memorable. Te voy a follar como jamás nadie lo ha hecho. Te va a encantar.

—Alan, ya me has follado más de una vez así...

Sin dejarme acabar la frase, hunde la cara entre mis piernas y, sin perder el tiempo, su lengua busca ansiosa mi clítoris, que ya sé sin tocarlo que está hinchado y duro. Rápidamente, se desabrocha el pantalón, saca su miembro y empieza a masturbarse con fuerza.

—¡Ohhh, por favor, Alan...! —Sentir su lengua en mi sexo y ver cómo se masturba me va a volver loca.

—¡Rebe, ven!

Su furia está desatada y, agarrándome por la cintura con un solo brazo y enfocando su pene con extremada puntería, me ensarta en él de golpe,

haciéndome chillar de puro placer.

Empieza a devorar mi cuello, mientras me sube y baja sobre él. A cada movimiento lanzo un grito y, cuando él, por fin, eleva las caderas al yo descender, siento esa mezcla de dolor y placer que me hace gritar más fuerte y abrir los ojos, y en ese momento es cuando lo veo.

Alan está de espaldas a la escalera y yo, sentada a horcajadas sobre él, tengo una vista perfecta, por lo que puedo ver que arriba, apoyado en la barandilla de acero, está Jan. Contemplando el espectáculo desde tan privilegiado sitio, llevando sólo unos bóxers blancos.

Alan está totalmente descontrolado, e inmerso en su nube de placer, devorando mi cuello y mis pechos entre la abertura de mi camisa, por lo que no puede ver la cara de espanto que se me debe de haber puesto. Me agarro con fuerza a su cuello intentando ocultar mi cuerpo a la mirada de Jan. En la cara de éste puedo ver una media sonrisa lasciva, mientras su mano se posa en su entrepierna y empieza a acariciar su erección, que a simple vista no tiene nada que envidiar a lo que he visto hasta ahora.

¡Madre mía! No me puedo creer lo que estoy viendo, pero es que tampoco me puedo creer lo que estoy pensando y lo que estoy empezando a sentir. Alan me está llevando casi al clímax con sus brutales embestidas, sus dedos empiezan a clavarse en mis caderas, pero la sensación de morbo y excitación que me está produciendo saber que estoy siendo observada y ver cómo Jan se está excitando, me están haciendo perder la poca cordura que ya me quedaba.

Mis gemidos aumentan de volumen y no puedo apartar los ojos de los de Jan. Mi mirada está fija en ellos y sólo se desvía cuando es atraída por el movimiento de su mano, que se introduce en sus bóxer y empieza a moverse dentro de ellos. No puedo más, bajo la cabeza y muerdo con furia el hombro de Alan cuando el orgasmo me recorre, al mismo tiempo que él se corre conmigo, entre gritos de placer que se funden con los míos.

Cuando, tras unos segundos, recupero la respiración, levanto la cara hacia la escalera, pero Jan ya no está. ¡¡¡Diossss mío!!! No podré volver a mirarle a la cara... Espero que esto sean los efectos del alcohol y que mañana ninguno de los dos nos acordemos de lo sucedido...

Sábado, 26 de octubre

Por la mañana me despierto con la cabeza apoyada sobre el pecho de Alan. Lo miro a la cara y, por raro que parezca, todavía duerme. Claro, con tanto ejercicio, debe de estar cansado. Ayer, cuando subimos, continuamos con nuestro juego favorito, mmmm... sexo y más sexo. De repente, me acuerdo del episodio de *voyeurismo* de Jan...

¡Joder! Me voy a morir de vergüenza cuando lo vea. Pero tendré que disimular, Alan no puede notar nada raro, si no, sus celos lo llevarán a pensar algo que no es.

Necesito asearme un poco antes de que Alan se despierte, así que, con mucho cuidado, me escabullo de la cama y, sigilosamente, entro en el cuarto de baño.

Cuando salgo, él todavía sigue durmiendo. Salgo de la habitación y, decidida a enfrentarme al problema, me voy escalera abajo. A mitad de camino, oigo a Jan y Sara, que están discutiendo en la cocina. Me detengo.

—¡No, Jan! ¡No puedo más! —solloza Sara—. Quiero probar lo que hablamos la semana pasada. Tomémonos un tiempo. Tenemos que aclararnos las ideas.

—Lo siento, Sara. Yo te quiero, pero no sé lo que me pasa... Siento todo el daño que te estoy haciendo. —La voz de Jan se me clava en el corazón.

—Me voy. Cogeré un taxi. Despídete de mi parte de Alan y Rebeca. Te llamaré, si quieres...

—Cuídate, Sara.

Ésta sale de la cocina a toda prisa, directa hacia la puerta, y no me ve. Mejor, no sabría qué decirle. Y ahora tengo a Jan en la cocina y un lío en la cabeza que no se lo deseo a nadie. Alan todavía duerme, así que creo que mejor que pase cuanto antes por este mal trago.

Cuando entro, lo veo apoyado en la encimera, con los brazos cruzados sobre su pecho desnudo. Al menos se ha puesto los pantalones... Me ve y se me queda mirando esbozando una media sonrisa.

—¿Qué ha pasado, Jan? He visto irse a Sara...

—Buenos días, Rebeca. —Sus ojos se clavan con intensidad en los míos.

«¡Joder, o dejas de mirarme así ahora mismo o te juro que pillo el cuchillo jamonero y me hago el harakiri ya!», pienso.

—¿Estás bien, Jan?

—Bueno, teniendo en cuenta que no he sabido hacer feliz a mi novia y que ayer deseé estar en la piel de mi mejor amigo además de mi socio, pues no sé qué decirte...

No me parece que esté arrepentido, porque sus ojos no se apartan de los míos.

—Jan, lo de ayer...

—No, Rebeca, no digas nada. Lo siento. Ayer bebí demasiado y un hombre en sus cabales no hubiera hecho eso. Sois mis amigos y no estuvo nada bien. Pero... reconozco que me gustó, me gustó mucho.

—Jan, no quiero perderte como amigo...

—Lo sé, yo tampoco a ti. No quiero estropear nuestra relación de amistad, como he hecho con mi relación con Sara, así que mejor que lo olvidemos. —Me acaricia la cara con los nudillos y yo le agarro la mano, apartándosela.

—Sí, mejor. Aunque... no te sientas culpable. Si te sirve de consuelo, verte allí y saber que nos estabas mirando... me excitó mucho.

—¿Se puede saber de qué hablas, Rebeca? ¿Y alguien me puede explicar qué coño está pasando aquí?

La fuerte voz de Alan me sobresalta y suelto la mano de Jan como si me hubiera quemado hasta las entrañas.

—Alan, no... —empieza a decir él.

—¡Cállate, Jan! En mi propia casa.

Rápidamente reacciono. Me vuelvo hacia Alan y me encaro con él.

—¡Alan, no empieces! Le estaba diciendo a Jan lo bien que nos lo pasamos ayer y lo que me pasó con el baile con Sara. ¡Nada más! —Dios, lo va a notar, no sé mentir... ¡Mierda!—. Me excitó el bailecito... ¡Sí! ¡¿O es que no te diste cuenta luego en el sofá, cuando te follé como me pediste?!

—¡Rebeca, basta!

—¡No! ¡Basta tú, Alan! Basta ya de tus celos y basta de tus gilipolleces.

Me marcho hecha una furia hacia la habitación. No sé qué hacer. Siento que lo estoy traicionando. Le acabo de mentir. Sí, estaba haciendo el amor

con él, pero me estaba excitando mucho ver a su amigo. Es como si le estuviera fallando.

Al cabo de pocos minutos, Alan entra en la habitación.

—Rebeca, he hablado con Jan. —El corazón me da un vuelco y siento cómo mis ojos se abren como platos para pizza—. Le he pedido mil disculpas, otra vez... Y ahora te pido a ti que me perdones. Soy rematadamente imbécil. Un gilipollas. Un maldito enfermo que nunca aprenderá.

—No, Alan, no sigas, por favor.

Me abrazo a él y el sentimiento de culpa aumenta dentro de mí. Quiero que deje de disculparse, porque en el fondo sí tiene motivos para estar celoso. No veo a Jan más que como a un amigo, pero lo que sentí ayer me ha descolocado un poco. Le beso y lo estrecho entre mis brazos.

Lunes, 28 de octubre

Hace ya una semana que estoy ayudando a Alan en su oficina. Me encanta el trabajo, es muy emocionante. Y excitante... no sé nunca cómo reaccionará ante mis insinuaciones o, incluso, sin hacer nada, por el simple hecho de estar a su lado hablando de algún tema laboral. En más de una ocasión hemos tenido que desaparecer durante unos minutos del despacho.

—Jan, por favor, ¿me puedes decir dónde incluyo esta partida tan grande? Está a nombre de Alan, qué raro, ¿no?

El problema del sábado al final se solucionó bien, pero ahora se me hace un poco extraño ver a Jan como antes. Espero que con el paso de los días se normalice la situación, no quisiera que Alan sospechara nada.

—No... no, ésta no... Dame, ya me encargo yo. —Y casi me arranca de la mano la factura que sostenía y lo veo de repente nervioso y agitado.

—¿Qué ocurre, Jan? ¿Estás bien?

—Sí... sí... no pasa nada... no te preocupes. A ver, déjame ver qué es todo lo que tienes que entrar. —Se levanta de su silla y se dirige a mi mesa, donde empieza a revolver la montaña de documentos que tengo preparados para contabilidad.

Veo que separa algunos y los aparta del montón, dejándolos boca abajo. No puedo evitar levantar la vista en dirección a Alan. Habla por teléfono, pero su mirada está fija en nuestros movimientos.

—Vale, ya está. Ya me ocupo yo de estos, ¿ok? —Y, sin decir nada más, Jan se va hacia la mesa de su asistente, al que le entrega los documentos que ha apartado, y veo cómo le da algunas instrucciones.

¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué no puedo encargarme yo de esos papeles? Alan continúa hablando por teléfono y sus ojos siguen fijos en mí. Está muy serio. ¿Qué pasa por tu cabeza, Don Perfecto?

Necesito un café, no puedo con mi cuerpo y creo que de un momento a otro mi cabeza va a caer sobre la mesa y me voy a quedar semiinconsciente. Esta noche no hemos dormido mucho, ya que mi amante-compañero y ahora jefe me ha mantenido despierta durante unas largas y deliciosas horas.

En la cocina, Gaby canturrea una alegre melodía, que sólo detiene cuando me saluda. Me sirvo una taza bien grande y vuelvo a mi mesa de trabajo junto a mi atractivo chico.

Cuando entro en el despacho, puedo ver su imponente espalda. Está apoyado en la mesa de Jan, hablando con él. Su cuerpo oculta a éste totalmente, por lo que no me ven cuando paso justo por detrás, en dirección a mi mesa.

—... ya le he dicho a Luis que procure que no se le escape nada más. Por cierto, Alan, en tu mesa tienes los papeles del despido de Elena.

En ese preciso instante, me quedo paralizada y me vuelvo en dirección a la voz de Jan, al mismo tiempo que Alan se da la vuelta y se encuentra con mi mirada.

—¡Rebeca! —exclama, acercándose a mí.

—¿La has... despedido? —Mi voz es casi un susurro y lo miro con una furia que está a punto de descontrolarse.

—No... Sí... Rebeca, te lo explicaré todo, pero cálmate, por favor.

—¿Que me calme? —Río irónica, me acerco a mi mesa y dejo la taza encima, porque creo que si sigo con ella en la mano soy capaz de lanzársela sobre su traje caro de marca—. ¿Que me calme dices...? —Agarro mi bolso, que cuelga de la silla, y, para terminar, le lanzo mis más hirientes y frías palabras—: Estoy muy calmada. Eres un maldito mentiroso, aparte de un gran manipulador. ¿Hasta dónde dejarás que llegue tu obsesiva adicción a la posesión y al control?

—Rebeca, no es eso... yo...

—¡No, Alan! ¡No quiero hablar contigo ahora, no quiero perder la calma que no entiendo cómo conservo todavía!

De repente, sus ojos se vuelven brillantes y suplicantes de perdón y me agarra por los brazos.

—¡Suéltame, Alan! —grito, dándole un par de manotazos en los brazos.

—Rebeca, no te vayas, por favor... no me dejes. Otra vez no, por favor... —Su voz es casi inaudible.

En ese momento reacciono y veo que todos están pendientes de la escena. ¡Dios mío! Qué vergüenza. Lo arrastro hacia su mesa, lejos de oídos curiosos.

—Alan, no voy a dejarte, pero estoy muy cabreada por esto. Quiero que me dé el aire. Ahora no puedo razonar contigo.

—Rebeca, te quiero tanto... Yo sólo quería estar más tiempo a tu lado. No quiero controlarte, ni vigilarte, no es eso, mi amor. Confío en ti, lo sabes, sólo quiero tenerte conmigo, cerca, porque te quiero.

—Pero, Alan, una tercera persona ha salido perjudicada.

—No exactamente. Se fue de aquí con una estupenda carta de recomendación, un más que abultado finiquito y un par de buenos contactos. Por lo que sé, ya tiene otro prometedor trabajo. No soy tan cabrón como piensas.

—Alan, yo no pienso eso... —Noto cómo mi furia remite un poco, pero sigo enfadada, aunque tenerlo frente a mí, tan cerca, para mantener un poco nuestra privacidad, hace que me sienta más débil de lo que desearía—. Salgamos fuera, por favor.

Estamos a finales de octubre, pero la temperatura es realmente agradable. Me siento en una de las hamacas del jardín y Alan hace lo mismo en la de al lado, acercándose a mí y cogiéndome las manos entre las suyas, calientes y fuertes.

—Rebeca, lo siento. Tendría que habértelo consultado. Lo sé.

—Pues básicamente, sí. Deberías haberlo hecho.

—Pero me hubieras dicho que no. Por eso decidí no hacerlo.

—¡Mierda, Alan! ¿Y siempre será así? Cuando quieras algo a lo que no estés seguro de si yo accederé, ¿me mentirás?

—No... no... Estoy aprendiendo poco a poco. He estado muchos años solo, Rebeca. Siempre he conseguido lo que he querido, como fuera y le pesara a quien le pesase. Pero gracias a ti estoy aprendiendo. Primero con Jan... ya puedo soportar vuestra amistad, y lo estoy haciendo por ti. Por ti cambiaré. Lo siento, perdóname por favor.

—Ya puedes soportar nuestra amistad... —No puedo evitar reírme de su expresión.

—Sí, la soporto. Sigue sin gustarme, pero entiendo vuestra amistad y la soporto. —Sus ojos han perdido ya el temor de antes y su tentadora sonrisa vuelve de nuevo a sus labios.

—Alan, te quiero mucho, muchísimo —digo, cogiendo su cara entre mis manos—, pero, por favor, no vuelvas a mentirme. Sabes que consigues de mí lo que quieres, tienes un montón de armas para ello. Por eso, te lo ruego, la próxima vez que quieras algo y que no estés seguro de mi decisión, hablemoslo, estoy convencida de que llegamos a un acuerdo. ¿No crees?

—Está bien. Lo haré. Te lo prometo.

Nuestros labios se unen y su fuerte mano se posa en mi nuca, reteniéndome contra su boca con fuerza... con intensidad...

—Te quiero, Rebeca. Más que a mi vida.

De un salto, me siento sobre sus piernas y lo abrazo con todas mis fuerzas.

—Ohhh... mi perverso manipulador. Y yo mucho más.

—Alan, perdona... Parker, el promotor de Dubái, está al teléfono. —La voz de Jan nos sobresalta.

—Alan, espera —digo, sujetándole el brazo.

—Rebeca...

—No, Alan, no puedo sentarme en esa silla, al menos de momento. — Echo a andar, dejándolo detrás de mí—. Además, necesito más tiempo para mi trabajo, tengo que terminar la maqueta de...

—¡Rebeca, no lo hagas! —Su estridente voz no me detiene y entro en el salón casi corriendo.

—Alan, el teléfono... —insiste Jan con cara de espanto.

—¡¡¡Maldita sea, Jan!!! ¡Dile que ahora lo llamo!

Cuando estoy a punto de alcanzar la puerta, me retiene pasándome un brazo por la cintura.

—No voy a dejar que te vayas...

Me atrapa contra su cuerpo y su cara frente a la mía implora perdón.

—Alan, te quiero más que a mi vida, pero no quiero esto. Quiero que por las noches, cuando vengas a mi casa, me cuentes tus problemas y yo te cuente los míos. Que me expliques cómo te ha ido el día y yo te aburra con lo que me ha ocurrido a mí. No quiero tensiones y no quiero peleas. Y trabajar juntos nos las traerá.

—Rebeca, cambiaré...

—No lo harás, Alan. No puedes. Pero ahora no me estoy refiriendo a tus celos, me refiero al trabajo. Tú tienes el tuyo y yo el mío; y quiero que siga siendo así. Si algún día necesitas una ayuda extra, vendré encantada, pero no me pidas más. No quiero perderte y sé que si seguimos así...

—Está bien, Rebeca, te entiendo. Y tienes razón. Fue una mala idea desde el principio, pero yo sólo quería estar contigo.

Besa mis labios dulcemente y yo le devuelvo el beso de una forma más apasionada.

—¿Me perdonas, princesa? —pregunta, con esa sonrisa suya que me perturba.

—Por supuesto, chico malo, y te espero esta noche para darte tu castigo.

—Bien, lo estaré esperando durante todo el maldito día.

Lunes, 28 de octubre (por la tarde)

De camino al cole para recoger a los niños, no puedo dejar de pensar en nuestro enfado de esta mañana. Se ha solucionado todo rápido, pero me sigue preocupando su afán de posesión. Espero que lo consiga y, en el futuro, pueda controlar sus acciones. Hoy he visto claro el amor que siento por él y el poder que ejerce sobre mí. No sé qué tendrá que pasar para que realmente me enfade con él. No creo que haya nada que pueda conseguirlo. Sólo con mirarle se me pasan todos los enfados.

Me río sola al recordar cuando al principio pensaba que era una extraña mutación de vampiro o una rara criatura de otro planeta... Lo parece. Siempre ha conseguido de mí lo que ha querido, y lo sigue haciendo. Sólo con su sonrisa puede hacerme girar a su alrededor como una peonza. Y si me atrapa entre sus brazos, si me enloquece con sus besos... entonces ya no soy persona.

De repente, me acuerdo de la extraña situación vivida con Jan y los misteriosos documentos. Ése es otro tema que tengo que solucionar. Señor Alan Gass, ¿qué otra sorpresa me tienes reservada?

Todavía no he abandonado la calle de mi casa, cuando mi coche se detiene. Le doy de nuevo al contacto. Un débil clic y nada.

«¡Mierda! No me dejes tirada, por favor, que llegaré tarde a recoger a los niños.»

Otra vez. Clic. Nada. ¡Oh! Llamo a Alan.

—¿Ya me echas de menos y quieres darme mi castigo? —Su susurrante voz al otro lado del teléfono me hace olvidar la preocupación del momento.

—No, mi amor, es que... quiero decir, sí, claro, eso siempre... pero te llamo porque mi viejo coche me acaba de dejar tirada al final de mi calle y ya llego tarde.

—Ah, bueno, no te preocupes. Ahora mismo estoy al teléfono con una videoconferencia con Dubái, pero te envío a uno de los chicos con el BMW y que él se encargue del tuyo. Ahora mismo sale para ahí. Te quiero.

—Yo también te quiero. Un beso, mi amor.

A los pocos minutos, veo acercarse el imponente BMW con Luis al volante.

—Bueno, Rebeca, parece que ya ha dicho hasta aquí he llegado, ¿no?

—Sí, eso parece. Gracias, Luis. Me voy corriendo, que no llego.

—No te preocupes, yo me encargo de la grúa. Ya viene de camino.

La verdad es que conducir este coche es una gozada. Lo he podido comprobar en muy pocas ocasiones, ya que prefiero que conduzca Alan, así puedo ocupar mis manos en acariciarlo a él.

Como cuando fuimos a pasar el fin de semana a un refugio de la montaña...

—*¿Está muy lejos el refugio? —pregunto, ya con ganas de llegar.*

—*¿Impaciente? —Su sonrisa ya me tiene totalmente alteradas las hormonas.*

—*Oh... sí... mucho...*

Mi mano derecha se desliza por su muslo, en dirección a su ingle, mientras con la izquierda le acaricio el lóbulo de la oreja.

—*Rebeca, éste es el segundo coche en menos de un año, no quisiera tener que comprar un tercero, todavía no.*

—*Es que me gustas tanto, Alan, no puedo esperar...*

—*Sólo un minuto, deja que entremos en la autopista. En línea recta no será tan difícil controlar el volante a la vez que siento tus dulces manos sobre mí.*

Me encanta su predisposición a todo lo que le propongo. Y me enloquece el brillo de sus ojos cuando me mira. Y su sonrisa sigue ejerciendo en mí ese influjo sobrenatural que me quema por dentro.

No sé si ya estamos en la autopista, no puedo apartar los ojos de él, pero mi mano ya está acariciando su entrepierna, mientras mis labios recorren su fuerte cuello. Lentamente, le desabrocho el botón y la cremallera del pantalón e introduzco la mano dentro de sus bóxers.

—*Ohh... Rebeca... Y luego soy yo el loco... mmmm...*

Su erección no se hace esperar y mientras la libero un poco de la ropa, dejo de besarle el cuello para agacharme hacia ella.

—*No... Rebeca... ¡Por Dios! ¡Nos vamos a matar! ¡Arrggg!*

Hago caso omiso de sus palabras, rodeo su pene con mis labios y lo empiezo a masturbar a ritmo suave. Mi cabeza se mueve lentamente arriba y abajo y enseguida noto cómo se corre dentro de mi boca.

—Ahhhh... Rebe... ¡Joder! ¡Quiero parar! —Tiene los ojos brillantes y sé lo que quiere. Me quiere a mí—. ¡Mierda! ¡¿Dónde están las putas áreas de descanso cuando las necesitas?!

Su enfado me divierte y lo tranquilizo mientras vuelvo a abrocharle el pantalón, sin dejar de acariciar su zona más sensible.

—Tranquilo, ya está, ya ha pasado todo. Tranquilo...

—¿Acaso te estás cachondeando de mí? —Aprieta bruscamente el pedal del freno y gira el volante hacia un desvío que se abre a la derecha.

—¿Adónde vas?

—¡No lo sé, joder! ¡Tengo que parar en algún sitio donde pueda follarte! —Su voz suena gutural y fuerte y eso me pone... ¡cómo me pone...!

—Alan, por favor, vamos ya al refugio. Como nos vea alguien, me muero...

—Falta más de una hora para llegar al refugio y te puedo asegurar que no podré esperar. ¡Culpa tuya! ¡Me has puesto muuuuy cachondo! ¡Bien! —Tiene la vista fija al frente y su sonrisa es más lasciva que nunca.

Miro hacia adelante y veo las luces del típico hotel de carretera, esos que son todos iguales, con los servicios mínimos para pasar una noche y poco más, pero que ahora a nosotros nos va a ofrecer una oportunidad deliciosa.

Aumentando la velocidad hasta un punto peligroso, entramos en el aparcamiento y haciendo rechinar las ruedas como si de una persecución de película americana se tratara, Alan aparca el coche en la plaza libre más próxima a la entrada.

—Buenas noches, señores —nos saluda el recepcionista cuando entramos.

—Una habitación doble con baño. —Las buenas maneras de Alan siguen brillando por su ausencia.

—Buenas noches. —Intento suavizar un poco la situación saludando al chico que está detrás del mostrador de recepción.

—Sí, señor, aunque debo decirle que las habitaciones con baño tienen un precio más elev...

—No le he preguntado lo que valen, le he pedido una habitación doble con baño —casi vocifera Alan, dejando sobre el mostrador su tarjeta Visa Oro.

—Sí, señor... Gass, por supuesto.

El recepcionista le devuelve la tarjeta y le entrega la llave de la habitación.

—Aquí tiene, señor, la número 46, en la primera planta, señor.

—Bien, espero que esto sea suficiente para que nos consiga una botella de buen vino blanco, un par de copas y nos lo suba todo a la habitación — añade mi chico, dejando sobre el mostrador ¡un billete de cien euros!

¡Madre mía! Se va a llevar una buena propina el chico. Le habrá valido la pena aguantar el chaparrón.

—No habrá ningún problema, señor. Enseguida se la subo.

—Gracias.

Subimos la escalera y no puedo dejar de sonreír ante la situación vivida en la recepción y recordando la cara de asombro del chico.

—Te va a salir un poco caro el polvo, ¿no? —bromeo con Alan, al mismo tiempo que él cierra la puerta de la habitación y me aprisiona contra ella.

—Esa boquita, Rebeca... Y te aseguro que será el dinero mejor invertido de la historia.

Mientras me coge por la cintura y me besa, nos vamos acercando a la cama. Nos tumbamos en ella y se coloca encima de mí. Me quita la camiseta y empieza ya a ocuparse de mis pantalones. Yo ya he conseguido desnudarlo de cintura para arriba y ya puedo ver también la cinturilla de sus bóxers casi libres de sus pantalones.

Llaman a la puerta. Alan se levanta y, sin ninguna intención de arreglarse un poco la ropa, se dirige a abrir.

—Aquí tiene, señor, que pasen una buena noche.

—Gracias. Buenas noches.

Yo estoy sólo en ropa interior, pero a él todavía le sobra algo para mi gusto. Mientras llena las copas de vino, le bajo los pantalones y, junto con ellos, le quito los bonitos zapatos y los calcetines. Ahora sí.

Empiezo a acariciarle la entrepierna y veo que deja la botella dentro de la cubitera de nuevo y se coloca frente a mí, con los ojos cerrados. Lentamente, deslizo los bóxers por sus musculosas piernas y empiezo a besar su miembro, que ya tiene un tamaño considerable.

—Ohh... Rebeca... Quería empezar yo, pero sigue. ¡Cómemela otra vez!

—Sí, Alan, antes ha sido demasiado rápido y necesito tener más rato tu polla en mi boca. Mmmm... ¡Qué rica! Es deliciosa.

Al cabo de poco más de una hora, nos hemos tomado ya casi media botella de vino, entre besos, abrazos, caricias y sexo, muy buen sexo.

Tener a Alan tumbado a mi lado, rozándome con su caliente piel, sus ojos fijos en mí mientras me acaricia el pelo y yo resigo la línea de sus oblicuos es una sensación que no se puede explicar.

—*¿En qué piensas, mi caliente Rebeca?*

—*En ti.*

—*¿Y?*

—*Pues que... nunca seré capaz de demostrarte lo mucho que te quiero. Me siento completa contigo. Me llenas tanto que a veces es como si...*

—*¿Es que nunca puedes olvidarte del sexo? —me interrumpe, colocándose encima de mí.*

—*Pero si te lo estoy diciendo en serio. Alan...*

—*Rebeca, no... me estás provocando, mi amor. Me acabas de decir que te lleno mucho y quiero volver a hacerlo. Quiero llenarte otra vez, ¡ahora!*

Sus labios ya son como llamas incandescentes, que dejan a su paso regueros de fuego por toda mi piel. Y siento cómo de nuevo cumple su palabra y vuelve a llenarme una vez más.

—*Alan... me refería a... ohhh... eres un perverso... Síii... —No puedo hablar más, porque ya estoy rendida a su cuerpo.*

Llego al colegio recordando el maravilloso fin de semana en el refugio, cuando mis hijos me ven y abren la puerta.

—*¿Qué le ha pasado a nuestro coche? —pregunta Mónica sorprendida.*

—*Pues creo que se ha muerto —respondo, mientras la beso.*

—*¿Y nos quedaremos para siempre con el de Alan? ¿Sí? ¡Por favor, por favor! —La alegría incontenible del pequeño Erik me arranca una carcajada.*

—*No. La grúa se ha llevado el nuestro al taller y, en cuanto esté arreglado, se lo devolveré.*

—*Ohhh, a mí me gusta éste... —contesta él, simulando hacer pucheros.*

—*Anda, y a mí, pero es de Alan, mi amor. Bueno, ¿cómo ha ido el cole?*

Esta noche creo que será larga y aburrida. Alan no vendrá a casa. Tienen una cena con unos importantes promotores y puede durar hasta tarde. Sé de sobra cómo acaban estas cenas de negocios, en algún club o sala de fiestas, hasta altas horas de la madrugada. Pero por suerte Alan no es como los demás y sé que él se pasa el rato en la barra, tomando un buen whisky y esperando que sus invitados acaben de divertirse.

Así que me dedico a la maqueta de Terry y, a las tres de la madrugada, la doy por terminada. Mañana por la mañana lo llamaré y, por fin, un problema menos. Que se lleve ya su pedido, se vuelva a su casa y se aleje de nosotros.

Martes, 29 de octubre

Ayer por la noche le prometí a Alan que iría a verle un rato en cuanto dejara a los niños en el cole. Así que, pocos minutos después de las nueve, llego a su casa en mi rápido y cómodo, aunque temporal, «nuevo» coche. Accedo al interior del jardín y me sorprende ver frente a la puerta del aparcamiento un impresionante Audi deportivo color gris plata; por la matrícula veo que es nuevecito, nuevecito. ¿Tanto se complicó la fiesta que tuvo que traerse a los promotores a casa? Aparco detrás de él y camino hacia la casa.

Cuando entro y cierro la puerta de entrada veo al espectacular Alan que se me acerca atravesando el inmenso salón. Hoy lleva un traje gris marengo, una camisa blanca y una brillante corbata color púrpura... mi color preferido, colgando sobre su adorable pecho.

—Ohh... Alan, estás brutalmente guapo. —Me cuelgo literalmente de su cuello y mis labios atrapan a los suyos en segundos.

—Mmmm... buenísimos días, mi Rebeca, tú siempre lo estás.

—Te he echado mucho de menos —susurro.

Mis pies casi no tocan el suelo, mientras él me sujeta con fuerza por el trasero.

—¿Te portaste bien anoche? —pregunto, besando la punta de su perfecta nariz.

—Sabes que siempre lo hago. No pude dejar de pensar en ti.

—Alan, perdona, llamada de Dubái —le comunica Luis por detrás de nosotros.

—Ohhh... joder... tenía pensado escabullirnos un rato, pero no te vayas muy lejos, ¿de acuerdo? —me murmura al oído—. Gracias, Luis.

—Buenos días —saludo a todos cuando entro.

Jan está al teléfono y me hace un guiño al pasar frente a su mesa. Me siento frente a la mesa de Alan y espero.

Me deleito observando sus ademanes y escuchando su conversación en un perfecto inglés. Hasta que termina y se levanta.

—Tengo que salir. No quiero ninguna llamada más hasta que vuelva —

vocifera, mientras se acerca a mí y me coge de la mano—. Mi dulce Rebeca, ¿me acompañas?

—Con mucho gusto, mi galán.

Subimos a la habitación y nos desnudamos por completo.

—Ohhh... Alan... ¿puede alguien enfermarse por exceso de sexo?

—No lo creo, mi caliente princesa... no lo creo... —susurra él, mientras sus labios empiezan a quemar mi cuello y a bajar por mi escote.

Después, tras unos minutos abrazados el uno al otro, esperamos hasta recuperar el aliento y calmar un poco nuestro fuego para volver cada uno a su trabajo.

—Alan, ¿de quién es el coche de ahí fuera?

—Ah... ese coche. —Sonríe—. Mío.

—Pero si tú ya...

—Necesitamos dos coches, mi amor, porque tú te llevaste ayer el mío.

—Pero ¿lo has comprado? Y cuando reparen el mío, ¿qué?

—Sí, claro, lo he comprado. Tengo muy buenos contactos por ahí, pero ninguno creo que accediera a regalarme ese tipo de coche. El tuyo pasó a mejor vida. Ahora el BMW es tu coche.

—¡No, Alan! No quiero tu coche...

—Rebeca, mi amor, hace tiempo que tenía ganas de este Audi, pero como quisiste repetir modelito, no lo compré. Ahora ha sido mi oportunidad. De verdad, estoy encantado con el cambio. Y creo que será mucho más cómodo que el BMW para ciertas prácticas tuyas que sabes que me vuelven loco.

Sus dulces besos me están haciendo perder el control y la mente empieza a querer jugarme una mala pasada, haciéndome sucumbir a sus insinuaciones.

—Pero... ¿lo tenías guardado bajo la cama? Me llevé tu coche ayer por la tarde y... ¿ya tienes uno nuevo?

Ríe ante mi estupefacción.

—Aparte de tener muy buenos contactos, no creo que vendan muchos coches de éstos al mes, ni que además los cobren al contado. Con dinero, la gente pierde el culo para complacerte. A las nueve de la mañana me lo han traído.

—Alan, eres como un mago.

—Tú eres mi magia.

—Bueno, pues... gracias. Me encanta mi nuevo coche, pero más que nada, me encantas tú.

Le doy un apasionado beso y tengo que hacer esfuerzos sobrehumanos para conseguir separarme de él.

—Tenemos que volver al trabajo.

—Rebe, no seas tan responsable, por favor.

—Sí, Alan, tenemos que trabajar...

—Vale, vale... ¿Quedamos para comer juntos?

—Oh, no lo sé. He terminado ya la maqueta de Terry. Tengo que llamarlo ahora y no sé si querrá venir a buscarla al mediodía.

Su semblante se ensombrece y yo me pongo nerviosa.

—Alan...

—No, Rebeca, tranquila. Sé que no he actuado bien y no volverá a ocurrir. Es tu trabajo y lo entiendo. Sólo te pido que tengas cuidado.

—¿Cuidado? ¿A qué te refieres? —pregunto, mientras acabo de abrocharme el pantalón.

—No lo sé, no me hagas caso, pero es como si tuviera un presentimiento de que ese hombre oculta algo...

—Mira, Alan, ya he terminado su maqueta. La cogerá, me pagará y se largará. No hay más. No te preocupes, mi amor, ¿vale?

—Vale, princesa. Nos vemos por la noche.

—Eso espero, chico malo.

Cuando llego a casa, lo primero que hago es ir a mirar la maqueta. La verdad es que estoy orgullosa del resultado. Los exteriores me encantan y espero que todo sea del agrado de Terry y que aquí acabe nuestra relación.

Así que cojo mi móvil, busco su nombre y lo llamo. A los tres tonos, descuelga.

—Buenos días, mi dulce Rebeca.

Esa voz que de nuevo se incrusta en mi cerebro.

—Buenos días, Terry. —Cierro los ojos y me concentro en lo que quiero decirle—. Te llamo porque ya tengo lista la maqueta. Cuando quieras quedamos para que le eches el último vistazo. ¿Cómo quieres hacerlo?

—¿Que cómo quiero hacerlo? Creo que eso sólo se puede hacer de una forma... —Su sensual voz me dice que está bromeando, pero incluso sabiéndolo me pone a cien—. ¡Perdona, perdona! —Se ríe.

—Señor Jonah... —empiezo a decir.

—Sí, sí, lo siento. Pues, ¿qué le parece, señorita Rebeca, si después de ver esa maravillosa obra de arte la invito a comer donde más le apetezca?

—Me parecerá perfecto, señor Jonah. Aquí, su maqueta y yo, le esperamos.

—Perfecto, hasta luego entonces, Rebeca.

—Adiós, Terry.

Esta vez lo hago diferente. Como ya tengo el trabajo terminado, a media mañana me doy una ducha y empiezo a arreglarme. Así no me sentiré incómoda después, sabiendo que él me está esperando en la habitación de al lado.

A la una llaman a la puerta. Abro convencida de que será Terry y, en efecto, allí está, acompañado de dos hombres.

—Buenos días, Rebeca. Ellos son mis ayudantes, que vienen a llevarse tu obra de arte —dice Terry con su cabeza ladeada y su media sonrisa.

—Ah, muy bien. Buenos días. Pasad —los invito a entrar.

—¡Es increíble! —exclama Terry, caminando alrededor de la maqueta con las manos en los bolsillos.

Yo no puedo apartar la vista de él, tratando de descifrar en su cara las emociones que siente en este momento. Pero no me hace falta seguir intentándolo, porque me las desvela al instante.

—Rebeca, te felicito. Has hecho un trabajo maravilloso. Realmente parece que sea de verdad. Tendrías que haberla visto y te darías cuenta de lo que has conseguido. Ahora mismo estoy muy emocionado...

—Me alegro mucho de que te guste, Terry.

También me alegro porque ahora acabará con sus negocios aquí, se llevará su maqueta y no nos volveremos a ver. No puede ser sano seguir mucho tiempo más con esta sensación de que estoy haciendo algo malo.

—Chicos, ya os la podéis llevar. ¡Con cuidado! —les indica a sus ayudantes.

Los acompaño hasta la puerta y se llevan la maqueta como si sostuvieran delicadas copas de cristal. Cuando vuelvo a la habitación-taller, Terry está apoyado en el filo de la mesa de trabajo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Realmente estoy muy contento. El señor Vetel ya me dijo que eras muy buena, pero creo que te has superado.

—Muchas gracias, Terry. Me gusta mucho mi trabajo y supongo que si

haces algo con pasión, el resultado siempre tiene que ser bueno.

—¿Y todo lo haces con pasión, Rebeca? —pregunta incorporándose y acercándose a mí.

—Terry... para, por favor. —Lo detengo poniéndole una mano en el pecho—. Creía que cuando hablamos en tu coche el otro día...

—Cierto. Perdona, Rebeca. Pero lo siento, me gustas mucho y hay veces que me cuesta contenerme. Yo podría darte todo lo que quisieras. Alan es un... es muy joven y no creo que sepa apreciar del todo la gran mujer que eres.

—¡Terry, basta! —Sus brazos han rodeado mi cintura—. Te estás pasando, ¡suéltame!

Al momento, lo hace, se da la vuelta y apoya las manos bruscamente en la mesa.

—Lo siento —dice, bajando la cabeza.

—Está bien, Terry, no te preocupes —lo tranquilizo, posando una mano sobre su hombro.

—Bueno, vamos a hablar de negocios —propone.

Veo que del bolsillo interior de su elegante traje saca una bonita billetera de piel, la abre y me tiende un papel. Es el cheque del pago de la maqueta.

—Pero... Terry, esto está mal. Es el doble de lo que habíamos acordado —digo, devolviéndole el cheque.

—Lo sé —responde, apartando mi mano—. Tu buen trabajo bien se merece esta cantidad.

—De eso nada, Terry. El presupuesto que te di ya lo cubre de sobra. No quiero regalos. Toma. Ya me extenderás otro con la cantidad correcta, no te preocupes.

—Eh, fiero, no te pongas a la defensiva conmigo. Sabes que siempre voy de cara y no oculto nada. Está bien —añade, poniendo el cheque de nuevo en mi mano y cerrándomela con la suya—. Vamos a hacer una cosa. Lo que sobra acéptalo como un anticipo del próximo trabajo que me vas a hacer. La maqueta de mi nueva empresa.

—¿Có-cómo? ¿Otro pedido? —No me puedo creer lo que estoy oyendo. ¡¡¡Nooooo!!! Mis planes se derrumban y mi idea de que lo iba a perder de vista se desvanece como el aire caliente y tenso que se respira entre nosotros.

—Sí, claro. ¡Cualquiera diría que no te alegra saber que tienes un nuevo trabajo a la vista! Pues con los tiempos que corren, muchos matarían por ello,

créeme. —Su semblante vuelve a ser el seductor y sonriente de siempre.

—Sí, sí, por supuesto que me alegro, pero... me has pillado por sorpresa, sólo eso —respondo, sin poder apartar la mirada de la abultada cantidad que figura en el cheque.

—¡Bien! Pues venga, vámonos. Te invito a comer, te enseño las fotos de mi nueva empresa y luego brindamos por nuestro nuevo proyecto.

«Nuestro nuevo proyecto.» Estas palabras me recuerdan mis principios con Alan...

Al momento, me despierta de mi ensoñación el sonido de mi móvil, que se mueve al ritmo de la vibración sobre la mesa.

Lo cojo y miro la pantalla. Es él.

—Hola, mi amor —digo, dándole la espalda a Terry.

—Hola, princesa. ¿Qué haces? —Su voz se me clava en el corazón y el sentimiento de culpa aflora por cada poro de mi piel.

—Pues aquí estamos. Terry ha venido a buscar su maqueta y ahora iremos a comer para que me hable de su nueva empresa y empezar un nuevo proyecto.

Silencio. ¡Dios mío!

—Así que... quiere que le hagas otra maqueta, ¿no? —Su tono ha cambiado.

—Rebeca, dile que venga a tomar un café con nosotros, me encantará volver a hablar con él —grita Terry desde mi espalda.

Cierro los ojos. Sé que Alan lo habrá oído y temo su respuesta.

—Terry dice...

—¡Lo he oído, Rebeca! Te lo dije, no me gusta ese tío, pero confío en ti. Aunque ten cuidado. Me llaman por la otra línea. Nos vemos por la noche. Te quiero.

—Yo también te quiero, Alan.

—¿No va a venir? —pregunta Terry cuando me doy la vuelta.

—No. Tiene mucho lío hoy y no va a poder.

—Vaya... —Sueno triste, pero su media sonrisa me da a entender algo totalmente diferente.

—Pues si quieres, nos vamos ya. Me llevaré mi coche, así, de vuelta, como hoy los niños se quedan a dormir con su padre, pasaré por la tienda para comprar maderas nuevas. Si tengo un nuevo pedido, tengo que poner al día mi stock. —Le guiño un ojo y me encamino hacia la puerta—. ¿Nos

vemos en tu hotel?

—Mmmmm... Ojalá el significado de esa pregunta fuera otro distinto al que tú le has dado.

Lo fulmino con la mirada y, abriendo la puerta de entrada, lo empujo hacia afuera.

—Allí nos vemos —responde riendo.

Durante la comida, Terry me muestra diferentes fotografías desde distintos ángulos de su nueva empresa. Me las pasa por WhatsApp y al final brindamos con vino, ya que le confieso que no me gusta nada el cava. Sigue con sus bromas e indirectas, a las que ya me estoy acostumbrando, y nos despedimos.

Me acompaña hasta el coche y, posando una mano en mi espalda, me besa en las mejillas.

—Gracias por entenderme y no patearme la entrepierna por mis continuas bromas —susurra, demasiado cerca de mi cara.

Me separo, buscando el mando del coche dentro de mi bolso y le respondo:

—Terry, eres encantador. No podría patearte la entrepierna aunque me muera de ganas de hacerlo; como mucho, algún día te patearé el culo, nada más.

Abro la puerta del coche, me siento al volante y lo miro. Sujetando la puerta abierta, bajo los destellos del sol, me parece todavía más atractivo, y su movimiento de cabeza y su media sonrisa me queman las entrañas.

—Cuando tenga los bocetos, te aviso —digo, mientras le doy al contacto.

—Estaré esperando impaciente. Conduce con cuidado, Rebeca.

Cierra la puerta y me marchó.

Martes, 29 de octubre (por la tarde)

Cuando llego a casa, y después de haber colocado todas las maderas en su sitio, me sirvo un refresco y me siento en el sofá para relajarme un rato. Libreta en mano, empiezo a hacer los primeros bocetos de la nueva maqueta de Terry.

El estrés de estos últimos días, y también el hecho de que llevo bastantes noches durmiendo mal, hacen que me quede medio traspuesta y al cabo de un rato me despierta el insolente timbre de la puerta.

—¡Mierda! —mascullo.

No hay cosa que me joda más que quedarme medio atontada y que venga alguien a perturbar mi momento de relajación.

Después de despejarme frotándome la cara enérgicamente, y colocarme bien la camiseta, me dirijo a la puerta. Decido echar un vistazo por la mirilla, ya que desde la última visita de mi ex he extremado las precauciones, y cuando veo quién está fuera, el ojo se me queda más abierto que la propia microlupa incrustada en la puerta.

Me aparto como si me hubiese pasado la corriente y, respirando hondo, cojo el pomo, giro la muñeca y abro.

—Hola, Rebeca. ¿Estás ocupada?

—Hola, Terry. No, para nada. Pasa. ¿Ocurre algo?

Su semblante serio me preocupa. ¿Habrá surgido un contratiempo y tiene que volver a su casa, anulando así su nuevo pedido? La verdad es que tengo que hacer esfuerzos para soportar la tensión que se respira entre nosotros, pero ese dinero extra realmente me iría muy bien.

—No, tranquila, es sólo que... ¿Me invitas a un whisky o a algo fuerte?
—pregunta, retorciéndose los dedos.

—Sí, por supuesto. Perdona. Me has asustado y no he pensado en ofrecerte nada. ¿Con hielo?

—Sí, por favor.

En la cocina, cojo del estante dos vasos anchos para licor, pongo cuatro cubitos de hielo en cada uno y, volviendo al salón, los dejo en la mesita de

centro. Cojo la botella de whisky del mueble bar y la de licor de naranja para mí; por la actitud de Terry, creo que me hará falta...

Una vez servido el licor, dejo las botellas sobre la mesa y me siento a su lado. En todo este rato, él no ha dicho nada, sólo ha estado atento a todos mis movimientos.

—Terry, ¿estás bien? —pregunto, acariciando sus manos nerviosas.

—No, Rebeca, no lo estoy —responde, cogiendo mis manos.

Lo interrogo con la mirada.

—Yo siempre he sido muy sincero y me gustan las cosas directas y sin anestesia. Así que te lo voy a decir sin tapujos.

La incertidumbre me está matando y sacudo las manos para instarlo a que lo suelte rápido.

—No puedo dejar de pensar en ti. Ocupas el noventa por ciento del tiempo en mi mente. Rebeca, me estoy enamorando de ti. —Atrae mis manos hacia su pecho y su rostro queda justo frente al mío.

—Terry, yo no... —Intento apartar las manos, pero con el movimiento consigo todo lo contrario. Ahora están posadas sobre su fuerte pecho.

—No me mientas, por favor. Sé que tú también sientes algo por mí. Lo veo en tus ojos. —Sus dedos se deslizan por mi cuello y luego lentamente hacia mi nuca.

—Terry, no puedo, estoy enamorada de Alan.

—Él nunca podrá darte todo lo que yo te daría...

—¡Basta ya! —lo interrumpo—. Yo no quiero nada de lo que tiene Alan, lo quiero a él. Y ahora, por favor, vete, sal de mi casa.

—No me estás entendiendo, Rebeca. No me refiero a nada material. Alan nunca podrá entenderte, nunca te valorará lo suficiente, nunca confiará plenamente en ti.

—¿Se puede saber de qué coño estás hablando? No lo conoces de nada para afirmar semejantes tonterías. Por favor, termina tu copa y sal de mi casa.

—¿Crees que una persona que te espía confía en ti? Rebeca, sentir algo de celos en una pareja es normal, pero los celos patológicos de tu novio, eso ya es una enfermedad.

—Pero ¡¿qué estás diciendo? ¿Me puedes decir a qué viene todo esto?!

—Conozco a los tipos como Alan. Siempre piden perdón y te dicen que no volverá a ocurrir y que cambiarán, pero ese cambio nunca llega. Al contrario, empeora más.

—Creía que eras arquitecto, no psicólogo. Quizá sí que necesito terapia, pero te aseguro que cuando decida someterme a ella, lo haré con un verdadero profesional, no me hacen falta aficionados. Gracias.

—Mi padre fue un celoso patológico, con muchos puntos en común con tu novio. ¿Quieres que te diga cómo acabó? —No me lo puedo creer. Quiero que se vaya, pero al mismo tiempo quiero que siga hablando—. Pues acabó solo, apestando a dinero, pero solo, y mi madre, después de unas semanas en el hospital, invirtió mucho tiempo en psicólogos para superar el trauma que el muy hijo de puta le causó.

—Siento que tuvieras que vivir eso, pero Alan no...

Por un momento, me detengo a pensar en sus palabras y por mi mente empiezan a cruzar distintos episodios de celos vividos con él. Recuerdo su miedo a que vuelva a dejarle, pienso en los ataques hacia Jan y me asaltan las dudas sobre las consecuencias psicológicas de su accidente... ¿Podría influir eso también en su comportamiento? Creo recordar que me dijo que sí, que era una de las posibilidades.

—Rebeca, no me malinterpretes. No estoy diciendo que Alan te vaya a hacer daño, al menos físico. Pero respóndeme a una pregunta, si quieres, claro. ¿Te sientes totalmente libre y cómoda en todo lo que haces?

Mi cabeza empieza a emborronarse y ya no sé qué es lo que me está preguntando. Lo miro.

—Por ejemplo —sigue—, cuando quedamos tú y yo para comer, ¿lo haces convencida de que no estás haciendo nada malo?

Ahora ya sí me derrumbo en el sofá. Mi espalda impacta con el respaldo y mis pulmones sueltan todo el aire que llevaban conteniendo desde que ha empezado esta incómoda conversación.

—No. —Es lo único que puedo decir.

—¿Lo ves? Estás influenciada por sus celos. Y aunque tú tienes claro lo que sientes por él e intentas demostrárselo a cada instante, sus celos no se lo dejan ver. Y pese a que no hagas nada malo ni censurable, crees que sí lo estás haciendo.

—No, Terry, no es así exactamente.

—Dime, Rebeca, ¿qué ocurre pues?

Se reclina también contra el respaldo a mi lado y su mano envuelve la mía. Y yo no me opongo.

—Quiero a Alan con toda mi alma, incluso conociendo sus celos. Tienes

razón en parte en lo que me acabas de decir, pero él nunca me haría daño. — Una mueca se dibuja en su rostro, dándome a entender su desacuerdo con ese comentario—. No hago nada malo quedando contigo, forma parte de mi trabajo. Pero también es cierto que cuando estoy contigo me siento bien, me gusta tu compañía, me diviertes y me atraes, y eso es lo que me hace sentir mal, porque, en el fondo, estoy traicionando a Alan con mis pensamientos.

—¿Y qué piensas, Rebeca? —Aparta dulcemente un mechón de pelo que cae sobre mi frente.

—Terry... no, por favor.

Su mano vuelve a posarse en mi nuca y su compañera me pierde cuando la siento sobre mi cadera.

—Dime, ¿qué es lo que piensas cuando estás conmigo? —Con el pulgar me acaricia la mandíbula, mientras la otra mano presiona mi cadera acercándose más a él.

—Te miro y me gustas. Te miro y pienso que... me gustaría desnudarte para ver lo que se esconde bajo estas ropas caras y elegantes que siempre llevas. Te miro y pienso que me gustaría sentir tus labios sobre mi piel...

—Rebeca, pídemme otra vez que me vaya y lo haré.

Su boca está cada vez más cerca de la mía y sus ojos van de los míos a mis labios una y otra vez.

—No quiero que te vayas. —Sus labios se entreabren, curvándose en esa media sonrisa seductora y, acercándose lentamente, los posa sobre los míos.

Los cubre con suaves y ligeros besos, sin dejar de acariciar mi rostro. Luego se detiene y, posando su frente contra la mía, me mira.

—Desde el primer día en que aparecí por esa puerta —dice, señalando con la mirada hacia la entrada—, he deseado besarte.

—Y si ese día yo no hubiera estado destrozada por amor, creo que me habría abalanzado sobre ti.

—Oh, Rebeca, no sabes lo que me habría gustado que hubieras hecho eso.

No deja de mirarme y su incansable pulgar sigue rozando mi mandíbula. Ver sus ojos recorrer mi rostro me está poniendo de los nervios e, incomprensiblemente, quiero que actúe y me deje sin aliento.

Subo las manos por su pecho, por el interior de su chaqueta hacia sus hombros, y se la quito. Él sigue mirándome. Otro dulce beso. Le agarro el nudo de la corbata y se lo deshago, la prenda queda suelta, colgando a ambos

lados de su cuello. Ahora atrapa mi labio inferior entre sus labios y tira de él. Lo suelta. Me sigue mirando con esa media sonrisa en su apetitosa boca. Me está excitando y reprimo un débil gemido.

Lo empujo suavemente por el pecho y empiezo a desabrocharle los botones de la camisa hasta llegar a su abdomen. Le acaricio los pectorales, cubiertos con algo de vello, no en exceso, lo suficiente, y tampoco musculados en demasía, pero sí firmes y duros.

Deslizo las manos por su cuello hasta su cabeza, donde enredo los dedos en su pelo. Lo atraigo hacia mí y él, volviéndome a sujetar por la nuca y sin apartar la vista de mi boca, me besa. Su boca abierta atrapa la mía y, por fin, su lengua se introduce en mi boca.

Sin dejar de besarme, intensa pero a la vez suavemente, se incorpora sobre mí, haciendo que me tumbe sobre el sofá. Ahora lo tengo encima y muero de impaciencia y nerviosismo, cuando creo sentir sobre mi muslo su erección.

Tiro de su camisa para sacársela de los pantalones y acabo por abrísela del todo y luego la deslizo por sus hombros. Entonces él, poniéndose de rodillas entre mis piernas, se la quita.

Se queda ahí frente a mí, inmóvil, con la cabeza ladeada, mirándome de arriba abajo y con su media sonrisa torturando mi cerebro. Mi indumentaria no es muy glamurosa que digamos. Estaba en casa y no esperaba visitas, así que simplemente llevo unos shorts de chándal y una camiseta. Aunque parece que eso a Terry no le importa, porque por su expresión parece que le guste bastante lo que está viendo.

Y a mí lo mismo. Me deleito mirándolo ahí, de rodillas frente a mí, sin camisa y con esa expresión de seductor infalible, hasta que, impulsada por una fuerza que no acabo de comprender, me siento, le agarro la cinturilla del pantalón y, sin dejar de mirarlo a los ojos, le desabrocho el cinturón, luego el botón y finalmente bajo la cremallera.

Al instante vuelve a lanzarse sobre mí, con el brazo derecho apoyado junto a mi cabeza y su otra mano introduciéndose bajo mi camiseta. Me besa otra vez, ahora de una forma más apasionada. Sus dulces caricias rozan con suavidad mi abdomen y mis costillas y eso me hace estremecer. Sonrío. Él separa su boca de la mía. Me mira y también sonrío.

—¿Tienes cosquillas, pequeña fierecilla? —pregunta burlonamente.

—No, no tengo. Ha sido un estremecimiento de placer. Me gustan tus

caricias.

—Mmmm... no sabes cuánto me alegra oír eso. Y todavía no me conoces bien. Soy... extremadamente cariñoso.

Vuelvo en busca de su boca y él continúa con sus caricias sobre mi piel. Su mano sigue subiendo hasta uno de mis pechos. No llevo sujetador, por lo que el contacto es inmediato. Vuelvo a estremecerme y, arqueando la espalda, bajo las manos por su pecho, las paso por su abdomen y las meto en su pantalón abierto. Acaricio su erección por encima de sus bóxers, la envuelvo con una mano, la miro y gimo.

Me detengo un poco a pensar en lo que tengo entre manos y, odio confesarlo, pero empiezo a comparar. A primera vista, bueno más bien al primer contacto, Terry no parece tan grande como la de Alan, aunque se podría decir que entra dentro del ranking de buenas herramientas. Vaaaleee, está bien, sí, muy buenas herramientas.

¡¡¡Ayyyyy, Rebeca!!! Ya estamos con tus pensamientos que te aíslan del mundo. Pues habrá que volver, porque la verdad es que vale la pena no perderse detalle de lo que tengo encima.

Sin separar nuestros labios, se deshace hábilmente de los zapatos, se baja los pantalones y se los quita, junto con los calcetines. Antes de que vuelva a colocarse sobre mí, tengo tiempo de contemplar su cuerpo y la verdad es que me gusta mucho. Sin deliciosos músculos marcados como los de Alan, pero bien formado y fuerte.

Por fin se decide y, depositando pequeños besos en mi cuello, me levanta la camiseta. Se aparta un poco para mirar mi cuerpo y, agarrándola por abajo, me la saca por la cabeza.

—Rebeca —susurra, sin dejar de mirarme—, eres preciosa.

Sus labios se deslizan por mi escote, mientras con una mano me cubre un pecho y lo presiona. Doy rienda suelta a los gemidos y ya no los reprimo.

—Terry, ¿por qué vas tan despacio?

Mi cabeza está ya perdida entre la pasión y la lujuria y puedo sentir la humedad entre mis piernas. Quiero sentirlo a él y quiero que me haga lo que quiera, ¡ya!

—¿Te parece que voy despacio? Será porque quiero disfrutar al máximo de cada momento, de cada centímetro de tu piel, de cada beso...

Su boca se posa en mi pezón derecho, totalmente duro y erecto, consecuencia de sus caricias y presiones. Lo envuelve con sus labios y lo

succiona.

—Ohhh, Terry, no puedo más... Quiero sentirte dentro de mí. —Entre suspiros, meto una mano dentro de sus bóxers y agarro su pene duro.

—Ahhhh, sí, Rebeca, estoy de acuerdo contigo. Quítame el calzoncillo y luego quítate el pantalón. Quiero verte...

Vuelve a ponerse de rodillas a mi lado, esperando que haga lo que me ha pedido. Me siento frente a él, le agarro la cinturilla de los bóxers y tiro de ellos hacia abajo. Su pene erecto queda suspendido frente a mi cara. Miro a Terry sonriendo y él me devuelve la sonrisa. Entonces, levantando él primero una rodilla y luego la otra, lo sigo desnudando, hasta que, acercándome a su cuerpo, acabo de sacarle los bóxers por los pies.

Tengo la cara pegada a su cadera, se la beso y lo abrazo acariciándole el trasero. Posando las manos sobre mis hombros, me separa de él y hace que me tumbe de nuevo.

—Desnúdate —ordena.

Introduciendo mis pulgares dentro de los shorts, empujo hacia abajo, arrastrándolos junto a mis bragas por mis piernas, las levanto y me los quito del todo. Vuelvo a bajar las piernas cerradas y las ladeo, de manera que las apoyo contra las suyas.

Desliza la mano izquierda desde mi pie, subiendo hasta mi rodilla. Sus ojos se pasean por todo mi cuerpo, escudriñando cada rincón. Sigue subiendo por mi muslo, hacia el interior de éste y son tantas las ganas que tengo de que me toque, que abro un poco las piernas y veo cómo sus ojos se vuelven más brillantes al ver mi sexo. Lo roza con los dedos.

—Ahhhh, Terry, sí, sigue...

—Rebeca... ¡cómo me gustas! —Vuelve a tumbarse sobre mí, entre mis piernas.

Su erección queda sobre mi sexo y su boca vuelve a apoderarse de la mía. Abro más mis piernas y arqueo la espalda. Sus caderas se mueven sobre mí. Se retira un poco y veo que baja la mano. Introduce los dedos dentro de mí y ahora ya sí, su boca me devora. Su lengua se retuerce delirante con la mía y los gemidos de ambos son ahogados por la boca del otro.

—Rebeca... —susurra sobre mis labios—, estás muy mojada...

—Sí, Terry y tu polla está muy dura —respondo, agarrando su pene.

—¿Le ponemos remedio ya a esta situación? —pregunta, con su típica sonrisa burlona.

—Pues me encantaría. Pienso que ya te has entretenido bastante... — intento bromear entre gemidos, mientras siento sus dedos en mi interior.

—Quiero que me guíes tú. Quiero que seas tú quien te metas dentro mi polla. —Dicho esto, saca los dedos y vuelve a invadirme con su lengua. Para y me mira—. Y quiero que me mires.

Sin dudarlo ni dos segundos, hago lo que me pide y, colocando su glande en la entrada de mi vagina, elevo las caderas y me introduzco su pene lentamente, mientras nos miramos a los ojos. Empiezo el vaivén arriba y abajo y a cada movimiento él se introduce cada vez más profundo. El volumen de nuestros gemidos aumenta, igual que el ritmo de nuestros movimientos. Ya es Terry quien lleva el compás y me deleito viendo su pecho suspendido sobre mí. Mmmm... síii, me gusta, la tensión en sus músculos hace que sus pectorales se marquen más y ver su cara de placer me excita todavía más.

Mi móvil empieza a sonar.

¡Mierda! ¡Ahora no, joder!

Reacciono de mala gana, me incorporo en el sofá y lo cojo de encima de la mesa de centro.

Es Alan. Miro nerviosa a mi alrededor y, temblando y sintiendo la humedad y excitación entre mis piernas, descuelgo.

—Hola, Alan —saludo con voz temblorosa.

—Hola, princesa. ¿Cómo va tu tarde?

—Pues... aquí...

—¿Ocurre algo, Rebeca?

—¡No, nada! Es que...

—Rebeca, me estás asustando, ¿qué pasa?

Respiro hondo, me concentro y alejo de mi cabeza las tórridas imágenes del sueño que acabo de tener. Le contesto:

—No pasa nada, mi amor. Sólo que me he quedado dormida en el sofá y al despertarme no sé lo que me ha pasado, estaba totalmente desorientada... Jajaja... Me habrás pillado en la fase REM, RAM o como sea que se llame. —Río.

—Ohhh, lo siento, princesa. Siento haberte despertado.

—¡No! No te preocupes. Es raro que yo me duerma, además, con la cantidad de trabajo que tengo, no puedo permitirme estos lujos. Ya sabes, Terry me ha pedido otra maqueta. —Espero impaciente su respuesta.

—Ya, o sea que tendrás que seguir quedando con él, ¿no?

—Sí, claro. Pero, Alan...

—No, no, tranquila, Rebeca. Lo entiendo y me alegro por ti. No por mí, porque sé que no podrás ayudarme tanto en el estudio, pero... —Su tono de resignación se me clava en el corazón. ¿Qué me está pasando?—. Oh, lo siento, Rebe, tengo que dejarte, me llaman por la otra línea. Nos vemos por la noche, mi amor.

—Muy bien, Alan. Un beso, mi amor.

Inmediatamente después, en el estudio de Alan

Alan cuelga el teléfono y sostiene su móvil en la mano, mirando fijamente la pantalla. Tiene una nueva llamada entrante, se reclina en su silla y, girando el asiento, responde, dejando perder la vista a través de la ventana.

—¿Qué quieres? —contesta en un tono lleno de repulsión.

—Buenas tardes, amigo Alan. ¿Cómo estás?

—¿Qué coño quieres, Terry?

—No, no, no, señor Gass, eso no está nada bien.

—¿Qué pretendes, Terry? ¿Ahora otra maqueta? No vas a dejarnos en paz, ¿verdad?

—Pretendo que Rebeca sepa la clase de hombre que eres. Este mediodía he tenido que hacer unos esfuerzos increíbles para no contárselo todo, Alan. Así que te voy a explicar lo que quiero.

—Hijo de puta...

—No, Alan, aquí el único hijo de puta que hay eres tú. Y quiero que le cuentes a Rebeca toda la verdad. Quiero que le cuentes con detalle todo lo que hiciste y todo lo que ocurrió. Porque, si no, lo haré yo. Y no creo que sea buena idea que se entere por otra persona que no seas tú.

—¿Y qué ganarás con ello?

—¿¿Qué ganaste tú, pedazo de cabrón?! ¡Destrozaste nuestra vida, total, ¿para qué?!

—Yo nunca imaginé que ella...

—Tu querida Rebeca me llamará mañana, pasado mañana como mucho. En cuanto tenga preparados los bocetos de mi nueva maqueta, nos veremos de nuevo. El viernes yo tengo que irme otra vez a Madrid, pero el día 20 de noviembre volveré para quedarme unas cuantas semanas y quiero que, para cuando yo vuelva, ya se lo hayas contado todo. Es decir, querido amigo, tienes poco más de quince días para hacer lo que te pido.

—¿Y cómo justificarás tu presencia aquí? ¿Y tus maquetas? Se dará cuenta de que han sido un engaño para acercarte a ella. ¿Cómo le explicarás eso?

—Ése es mi problema y no te incumbe.

—Pagarás esto muy caro, Terry...

—Yo ya pagué mi precio hace cinco años, demasiado elevado, creo; ahora te toca a ti, amigo.

La conexión se corta y Alan se queda ahí, inmóvil, pensativo y a punto de destrozarse el móvil por la fuerza con que lo oprime.

Al momento, vuelve a llamar.

—Hola, mi amor, no te preocupes, ya estoy trabajando, no me volveré a dormir —respondo, riendo.

—No te llamo por eso, princesa.

—¿Qué ocurre, Alan? Te noto preocupado.

—Sí, es que me ha surgido un imprevisto con unos promotores y no voy a poder ir esta noche a tu casa. Lo siento.

—Ohhhh, bueno, no pasa nada. Aprovecharé y trabajaré en los bocetos de la nueva maqueta, a ver si los puedo tener para mañana, así cuanto antes empiece, antes terminaré. ¿No te parece?

—Sí, sí, claro, lo que tú consideres oportuno, mi amor. Eso estará bien.

—Alan, estás rarísimo, espero que no sea nada grave. —Empiezo a preocuparme.

—No, en absoluto, no te preocupes. Sólo es que estoy algo cansado y me jode mucho no poder verte esta noche. Nada más. Pero no quiero que te preocupes, ¿vale?

—Vale, chico malo. Sé bueno. —Río por mi juego de palabras.

—Siempre lo soy Rebeca, contigo siempre.

—Te quiero, mi amor.

—Y yo, princesa. Mañana te llamo.

Mientras tanto, en casa de Rebeca

Me quedo pensativa, sentada a mi mesa de trabajo, con el móvil todavía en la mano. El extraño tono de voz de Alan en mis oídos y el recuerdo del excitante sueño en mi mente.

«¿Habrá descubierto algo sobre mis nuevos sentimientos? —me pregunto—. ¿Y qué coño ha significado este sueño?»

Empiezo a comerme la cabeza maldiciéndome a mí misma, porque, en el fondo, me ha gustado lo que he sentido y habría preferido poder acabarlo y que el teléfono no me hubiera despertado.

No me puede estar ocurriendo esto. No me puedo dejar engatusar por los encantos de un hombre al que casi no conozco, por muy seductor y atractivo que sea, pero... ¿no es eso lo que me ocurrió con Alan? Pero ¡no! Eso no puede ser, porque mi corazón le pertenece a él y eso no hay nada que lo pueda cambiar.

Así que se han acabado las comidas y se han acabado los jueguitos. Voy a terminar los bocetos, que les dé su aprobación, construiré su maldita maqueta y que se la lleve y, con ella, lo que sea que esté haciendo conmigo. Y que no vuelva más, por favor.

Pero no sé por qué, tengo un extraño presentimiento que me dice que nada será así.

En las siguientes horas, intento concentrarme en los bocetos, mirando y volviendo a mirar las fotos que Terry me envió por WhatsApp. Pero no puedo evitar recordar nuestros encuentros y sonrío rememorando sus bromas y visualizando su rostro, pero lo que es peor, imaginando ese cuerpo desnudo que sólo he visto en sueños...

Y no sé qué es lo que será, igual me inspira pensar en él, pero cuando me doy cuenta, son las tres de la madrugada y los bocetos están todos listos, esparcidos sobre la mesa de trabajo.

De pronto, se me ocurre una locura...

Quiero sacarme esto de encima cuanto antes, así que, teniendo en cuenta la hora que es, y como no tengo a los niños, seguramente mañana me

levantaré tarde y no quiero demorarlo más. Decido enviarle ahora mismo un WhatsApp a Terry diciéndole que ya tengo los bocetos preparados. Confío en que tenga el móvil apagado para no despertarlo, ¿o es todo lo contrario lo que deseo?

Sostengo el móvil entre las manos y empiezo a escribir. Veo su última hora de conexión y es de hace unas tres horas. Claro, la hora normal de las personas cuando deciden dejar de lado el móvil y dormir.

Buenas noches, Terry.

Espero que tengas el móvil apagado, no quisiera despertarte.

«¿En serio piensas eso, Rebeca?»

Sacudo la cabeza, intentando alejar la voz de mi subconsciente.

Gracias a mi insomnio, he podido terminar tus bocetos.

Así que, te aviso ya, porque yo me voy a dormir ahora

e igual mañana se me pegan un poco las sábanas.

Así podrás organizar tu agenda y buscar un hueco para verlos.

Al momento, su hora de última conexión cambia por «En línea».

¡Dios mío! ¡Lo he despertado!

(Escribiendo)

Me encantaría que se me pegaran las sábanas contigo.

(En línea)

Terry, ¿quieres que cierre el Whhttp?

(Escribiendo)

Perdona.

(Emoticono triste)

Buenas madrugadas, Rebeca.

Siento tenerte trabajando hasta altas horas de la noche.

Oye, ¿puedo llamarte?

Odio escribir con estos botoncitos tan pequeños.

(En línea)

Sí, por supuesto, acabaremos antes.

(Emoticono guiño)

Se desconecta y al instante suena el teléfono. Descuelgo.

—Hola, señor Jonah, siento haberle despertado.

—No se preocupe, señorita Cold, ha sido un dulce despertar.

¡Madre mía! Su voz de medio dormido me hace temblar, ¿o es la sensación de que estoy entrando en terreno peligroso la que me hace estremecer?

—Terry, de verdad, si hubiera sabido que no tenías el teléfono en silencio no te habría escrito. Lo siento mucho.

—Nunca lo apago. Me debo a mi trabajo. Pero te digo una cosa: ahora, sabiendo que igual alguna noche te comunicas conmigo, todavía lo apagaré menos. Me ha encantado abrir los ojos y ver que eras tú.

—Terry... no sigas, por favor.

—Perdona, Rebeca, pero es que no puedo callarme lo que pienso. Nunca intentaré contigo nada que tú no quieras, eso te lo prometo, pero... la lengua no la podré retener siempre que quiera.

La lengua... Irremediabilmente, mi mente vuela hacia el sueño de esta tarde y me parece como si ahora mismo estuviera saboreando el dulzor de sus besos sobre mis labios.

—Rebeca, ¿sigues ahí? ¿Te ha molestado lo que te he dicho?

—Sí, Terry, sigo aquí. Y no, para nada me ha molestado. Al contrario, agradezco tu sinceridad.

—Bien. ¿Así que todavía sigues trabajando?

—No, ya no. Ahora ya estoy en la cama. La verdad es que la espalda me duele un poco y necesitaba tumbarme.

—Mmmmm... te estoy imaginando.

No puedo contener la risa, detalle que no se le escapa.

—Perfecto. Me gusta que te rías. No sabes lo preciosa que estás cuando lo haces.

—Terry... —Sé que me arrepentiré de lo que voy a decir, pero muchas veces yo tampoco puedo contener la lengua, y ésta va a ser una de ellas—.

¿Qué es lo que quieres de mí?

—¿Aparte de tus maquetas?

—Sí, aparte.

—¿Te puedo decir la verdad sin temor a que cuelgues o, peor aún, a que me patees la entrepierna en cuanto me veas?

Me vuelve a hacer reír.

—Sí, tonto. Ya te dije que, como mucho, te patearía ese bonito culo que tienes... —Me tapo la boca con la mano, cierro los ojos y me arrepiento de lo que acabo de soltar sin pensar.

¡Dios mío! Mientras hablaba estaba recordando mi sueño, cuando mis manos se paseaban por su...

—¿Me has mirado el culo, señorita Cold? —pregunta en tono divertido.

—Bueno... alguna vez de refilón, supongo. —Me estoy muriendo de vergüenza y no sé cómo voy a salir de este atolladero.

—Vale, no pasa nada, te perdono. Estamos en paz. Yo también confieso que te lo he mirado, pero no alguna vez, sino muchas, y tampoco de refilón, sino de lleno y a plena conciencia.

—Vaya... y yo que creía que eras un caballero.

—Lo soy, pero no estoy ciego.

—Bueno, vale, ¿me vas a responder? Tengo que irme a dormir, ¿recuerdas?

—Es cierto, qué desconsideración la mía. Tener a una bella dama despierta hasta tan altas horas de la madrugada. Te voy a contestar. Lo que quisiera de ti es...

—Suéltalo, Terry...

—Quisiera tenerte despierta hasta muy tarde, pero no hablando, como ahora, sino revolcándonos entre las sábanas, comiéndote a besos y haciéndote sentir placer hasta caer rendidos.

Me quedo muda, intentando procesar en mi tocado cerebro todas las palabras que, con su voz seductora, acaban de penetrar por mi oído.

—Vale, lo entiendo, ya no vas a hablarme más en tu vida, ¿no? —pregunta él, fingiendo llorar.

—No, no... Sí te seguiré hablando, pero me has dejado sin palabras.

—Ahora me toca preguntar a mí, Rebeca. Y te traslado la misma pregunta, ¿qué quieres de mí? Aparte de que te pague la maqueta que me vas a construir ahora.

—Bueno, Terry, ya sabes que mi situación es diferente a la tuya, pero sí, si no estuviera comprometida con Alan, me gustaría conocerte mejor.

—¿Conocerme mejor? ¡Vamos, Rebeca! Me parece que yo he sido del todo claro contigo. Me debes lo mismo, ¿no te parece?

—Está bien. Esta tarde he tenido un sueño. Me he quedado dormida en el sofá, supongo que por eso no tengo sueño ahora, aparte de que me lo estés quitando tú con tus confesiones. —Oigo cómo ríe al otro lado.

—Dame una alegría, anda. ¿Aparecía yo en tu sueño?

—Pues sí. Venías a mi casa a confesarme tus sentimientos hacia mí y acabábamos enrollándonos en el sofá.

—Define «enrollándonos»...

—Joder, Terry, no me lo pongas más difícil.

—¡Defínelo! —ordena—. Rebeca, por favor... —susurra ahora.

—Pues en mi sueño resultabas ser muy dulce. Empezabas besándome con mucha delicadeza, me acariciabas. Yo te desnudaba y te acariciaba a mi vez. Tú también me quitabas la ropa y... sin dejar de besarme, me hacías el amor.

—¡Dios, Rebeca! ¡Cómo me gustaría que tu sueño hubiera sido real!

—También hay algo que me ha gustado mucho. Claro, es mi sueño, y supongo que mi subconsciente ha actuado por mí.

—¿El qué? Cuéntamelo...

—Me ordenabas que agarrase tu... pene y fuera yo la que te guiara y que me lo introdujera, sin dejar de mirarte.

—Rebeca, me estoy poniendo malo —dice entre suspiros.

—Lo siento. Terry, creo que deberíamos colgar ya.

—¿Quieres colgar, de verdad? Si es eso lo que quieres, hazlo, lo entenderé.

Me quedo unos segundos pensando. El corazón me va a cien por hora y siento que yo también me he excitado. No quiero colgar, quiero seguir hablando con él, quiero seguir contándole todo lo que cruza por mi mente, pero al instante me acuerdo de Alan y cuelgo sin despedirme.

Estallo en sollozos y ni yo entiendo por qué. Me maldigo a mí misma por lo que estoy haciendo, pero en el fondo no me siento del todo culpable. Amo con locura a Alan, daría mi vida por él, pero también es cierto que empiezo a sentir algo por Terry. Que no es amor ni mucho menos, sólo una atracción brutal que me arrebató la razón por momentos. Aunque, gracias al

cielo, todavía soy capaz de combatir, pero ¿hasta cuándo?
Eso ya no lo sé.

Miércoles, 30 de octubre

Como cada mañana, cuando abro los ojos lo primero que hago es coger mi móvil para mirar la hora y activar el sonido. Entonces veo que tengo dos llamadas perdidas de Alan y unos mensajes en el WhatsApp, de Alan y de Terry. Son las diez de la mañana y supongo que Alan ya estará preocupado.

Sin pensarlo, miro primero los de Terry, que me empezó a escribir pasadas las cinco de la mañana.

Espero que tengas el móvil apagado, pero es que no puedo dejar de pensar en lo que ha pasado. Y reventaré si no lo suelto. Deseo que no te sientas mal por nuestra conversación. Somos adultos y los dos sabemos lo que queremos. Te recuerdo que nunca haré nada que tú no quieras. Y me gustaría que esto que ha pasado esta noche no se interponga en nuestra amistad.

Si tú quieres, lo olvidamos y, si no, de ti depende lo que pueda pasar a partir de ahora. Tampoco quisiera que esto afectara a nuestra relación comercial, así que, si te parece bien, al mediodía puedo pasarme por tu casa a echarle un vistazo a los bocetos. Pero si no quieres y prefieres mandármelos escaneados a mi correo electrónico, lo entenderé. Mi dirección es terryjonah@arquitecturajonah.es. Envíame el correo o me confirmas nuestro encuentro hoy. Lo que tú decidas me parecerá perfecto.

Un beso.

Leo y releo el mensaje cuatro veces. Y después de pensar durante un minuto, leo lo que me ha mandado Alan.

Buenos días, princesa. He visto tu última conexión así que supongo que ayer te fuiste a dormir tarde. Espero que todo esté bien. Me gustaría poder quedar contigo para comer. Te echo de menos, mi amor. Te quiero.

¡Dios mío! ¿Y ahora qué le digo? Me preguntará con quién estaba hablando... Y si tengo que quedar con Terry, no voy a poder quedar con él para comer. Desgraciadamente, no tengo mucho tiempo para pensar, porque mi teléfono empieza a sonar y en la pantalla veo:

ALAN llamando.

—Hola, mi amor. Ahora estaba leyendo tu mensaje —saludo, intentando disimular mi nerviosismo.

—Buenos días, princesa. ¿Todo bien?

—Sí, claro. —Antes de que se me adelante con las preguntas, decido agarrar el toro por los cuernos—. Ayer estuve trabajando hasta tarde para acabar los bocetos y, en cuanto terminé, le envié un mensaje a Terry para que me dijera cuándo quiere quedar para dar el visto bueno.

—¿Y te ha contestado?

—Sí, me contestó que este mediodía le parecía bien.

—¿Así que habéis estado hablando esta madrugada?

—No, no, me lo dijo cuando yo ya estaba durmiendo. Lo he visto ahora.

—Ah, entiendo. O sea, que tampoco podremos vernos hoy, ¿no?

—No lo sé, Alan. Todavía no le he contestado. Yo también te echo de menos y me encantaría comer contigo, pero...

—Pero vas a hacerlo con él, ¿no es eso?

—Alan, mi amor, esto me gusta menos que a ti, pero es el único momento que puedo dedicarle al trabajo. Luego, con los niños aquí, es imposible quedar ya con nadie. ¿Por qué no comemos los tres juntos?

—¿Estás loca o qué?! —Su grito hace que me separe el aparato de la oreja.

—¡Alan! Pero ¿qué te pasa?

—Nada, Rebeca. Dedícate a tu trabajo, ya nos veremos esta noche, o mañana o algún día, da igual. Es eso lo que necesitas, ¿no? Más tiempo para él, pues tómate todo el que quieras.

—Alan, no me parece justa tu postura. Yo no te digo nada cuando tú tienes tus cenas y fiestas con tus promotores, entiendo que forma parte de tu trabajo, igual que esto lo es del mío. La única diferencia es que yo confío en ti.

—¿Que no te parece justa mi postura? ¿Te crees que no os vi el otro día, cuando te llevó a casa? —Su voz refleja una furia incontrolada.

—¿Me estuviste espiando? —Me viene a la mente la insinuación de Terry en mi sueño. ¿Acaso lo que tuve fue un sueño premonitorio?

—Déjalo, tienes razón, es tu trabajo. Me llaman por la otra línea, Rebeca.

—No, Alan, no me cuelgues. Diles que esperen.

—No puedo. Es mi trabajo. Hasta luego.

—¡Vete a la mierda, Alan, tú y tus obsesivos celos!

La comunicación se corta.

¿Qué nos está pasando? Alan siempre me dice que soy transparente.

Siempre intuye cuando algo ronda por mi cabeza, lo hacía incluso a los pocos días de conocernos. Y ahora me conoce más. ¿Será que empieza a sospechar algo? ¡Joder! Me voy a volver loca y no sé qué hacer.

Me levanto y me meto en la ducha. Dejo caer el agua sobre mi cabeza y, apoyada en las frías baldosas, intento aclarar mi mente. Finalmente, mi feminismo y mi orgullo me ayudan a inclinarme por una de las opciones que se me plantean, y en total desacuerdo con la reacción machista de Alan, decido enviarle un mensaje a Terry para que venga al mediodía a ver los bocetos.

Paso toda la mañana de silla en silla, de mi mesa de trabajo mirando los bocetos, a la hamaca de la terraza, dejando que mi vista se pierda en la lejanía, y de ahí al sofá, contemplando el teléfono, esperando una llamada de Alan que no llega.

Hasta que al fin, poco antes de la una del mediodía, suena el interfono. El corazón me da un vuelco y empiezo a sentir los nervios en mi estómago. No lo podré mirar a la cara. Me moriré de vergüenza. Tras haberle confesado a Terry mi sueño erótico con él, no creo que pueda actuar de la misma manera que antes.

—¿Sí? —pregunto tímidamente.

—Hola, Rebeca, soy Terry.

Pulso el botón de apertura y espero hasta oír el ruido de la puerta de entrada cuando se cierra.

«Ya lo sé que eres tú. Mi estómago no deja que me olvide de ello.»

Me quedo tras la puerta de entrada y, cuando oigo sus pasos subiendo la escalera, la abro. Él cruza el umbral y, con su típica inclinación de cabeza y su media sonrisa, se acerca a mí y me da dos suaves y lentos besos.

—Hola, Rebeca. Gracias por dejarme venir.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? No has hecho nada malo. He leído tu mensaje de esta madrugada y tienes razón, somos adultos y tampoco quiero que esto nos perjudique en nada. Creo que lo mejor será que lo olvidemos y nos limitemos a los negocios.

—Me parece perfecto. —Sus labios dicen que le parece bien, pero no puede disimular su mirada, que me da a entender todo lo contrario.

—Ven, te mostraré los bocetos.

Me sigue hasta el taller y no puedo evitar pensar en nuestra conversación de esta noche y es como si sintiera sus ojos en mi trasero. Se

me escapa una sonrisa y me alegro de que esté detrás y no pueda verla.

Estamos los dos de pie, frente a mi mesa de trabajo y empiezo a enseñarle los dibujos. Él los va estudiando uno a uno sin decir nada.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto.

—Pues mira, sí. Hoy acepto tu invitación —responde sonriendo y mirándome a los ojos.

—Bien, ¿qué te apetece?

Me sigue mirando, ahora con su sonrisa burlona y al momento sé lo que está pensando. Claro, no he formulado la pregunta de la forma más adecuada posible. Pero soy más rápida que él y arreglo el desaguisado al segundo.

—Yo voy a tomar un vino. ¿Y tú?

—Pues lo mismo que tú, gracias.

—Vale. ¿Coges los bocetos y me esperas en el salón? Voy por el vino y las copas.

—De acuerdo —contesta, haciendo lo que le pido.

Salgo de la cocina y dejo la botella y las copas sobre la mesita de centro. Luego me dirijo a la base con los altavoces y coloco mi móvil allí. Necesito un poco de música para relajarme y para rellenar los silencios incómodos que puedan surgir en nuestra conversación. Oigo cómo Terry llena las copas y selecciono la lista de reproducción de OneRepublic. Cuando empieza a sonar, le pregunto a Terry si le gusta.

—¿OneRepublic? Me encanta.

No puedo evitar acercarme al sofá bailando al ritmo de *Counting Stars** y eso lo hace sonreír. Noto que me sonrojo y me siento y cojo mi copa. Él coge también la suya y la sostiene en alto.

—Por ti y por tu maravillosa forma de trabajar. Me encantan los bocetos.

—Gracias. —Choco mi copa con la suya y lo miro a los ojos—. ¿No tienes ninguna objeción? —Y ahí está su sonrisa burlona—. A los bocetos, me refería a si no tienes ninguna objeción a los bocetos. —Me adelanto riendo.

—No, a los bocetos ninguna.

Bebemos un poco de vino y, al ir a depositar las copas sobre la mesa, nuestras cabezas se acercan. Terry gira la suya y yo no me muevo, no puedo hacerlo, porque entonces nuestros rostros estarían muy cerca, casi se tocarían.

Me corro hacia atrás en el sofá y apoyo la espalda en el respaldo. Lo miro a él y me pregunto «¿Y ahora qué?».

—Pues si no quieres cambiar nada...

—Rebeca, ¿quieres que me vaya?

Dudo.

—Sí, creo que será lo mejor. —Me siento fatal por esto y no puedo mirarlo a la cara.

—No te preocupes, te entiendo.

Bebe un último trago de su copa y se levanta cuando empieza a sonar una canción que me encanta, *Burning Bridges*,** algo lenta y con mucho significado.

—El viernes tengo que regresar a Madrid y no podré volver hasta el 20 del mes que viene. Si quieres, nos vemos entonces para ver cómo lo llevas. —Me guiña un ojo y sonrío.

—Me parece bien. —Me levanto y lo sigo en dirección a la puerta.

La canción sigue sonando.

Adelanto un paso y cojo la mano de Terry. Él se da la vuelta y se queda quieto frente a mí, sujetando mi mano con fuerza. Nos miramos a los ojos y mi mirada se desvía hacia su boca.

—No quiero que te vayas.

—¿Estás segura? Si me quedo, no creo que pueda contener algo más que mis palabras.

—Pues no te contengas. —Deslizo las manos por encima de su pecho y las enlazo detrás de su cuello.

—Rebeca... —Me sujeta por la cintura y me atrae hacia él.

—No digas nada, sólo bésame.

Sin dejar de mirarme, su rostro se acerca al mío, ladea la cabeza lentamente y nuestros labios se unen. Superficialmente. Muy suave, como en mi sueño. Pero quiero saborearlo y lo quiero ya. Así que, acercándole la cabeza, abro la boca e introduzco la lengua. Me corresponde y enseguida la suya empieza a moverse al compás de la mía. Me sujeta por el trasero y me aprieta aún más contra él. La intensidad del beso aumenta y siento sus manos subir por mi espalda por el interior de mi camiseta. Yo meto las mías por debajo de la chaqueta de su traje y hago el ademán de quitársela. Terry me suelta, se separa y se la quita él mismo, lanzándola sobre el sofá. Vuelve a

agarrarme y sigue besándome con más pasión que antes.

Empiezo a retroceder y caemos sobre el sofá. Me ocupo de su corbata y, cuando él me levanta la camiseta, ocurre algo que nunca me hubiera imaginado.

—¡No, para Rebeca!

Se queda ahí sobre mí, sosteniéndose sobre los brazos apoyados al lado de mi cabeza, mientras yo lo miro asombrada.

—Rebeca, me muero por estar contigo —dice, acariciando mi rostro—, pero no puedo hacerlo. No de momento. No lo sabes todo de mí y no puedo estar contigo sin que lo sepas, porque entonces pensarías que me he aprovechado de ti.

—Pues cuéntamelo. ¿Dónde está el problema?

—No me corresponde a mí decírtelo, Rebeca. Tiene que ser otra persona.

—No entiendo nada, Terry. Pero si eso es lo que quieres, pues que así sea.

—Cuando vuelva el mes que viene, podremos hablarlo. Entonces decidiremos qué es lo que queremos hacer —sigue diciendo, mientras se levanta y se pone de nuevo la chaqueta.

—Pero es que no me cabe en la cabeza que después de tantas semanas provocándome con tus bromas e intentando seducirme, ahora me rechaces.

Estamos ya en la puerta y entonces se vuelve, me coge por la cintura con un brazo y con la otra mano me sujeta por la nuca.

—No te rechazo, Rebeca. Lo que pasa es que nunca me hubiera imaginado que me enamoraría de ti, ni que podría cumplir mis deseos. Pero ahora, cuando estábamos a punto de... ahora he visto que no es lo correcto. No hasta que sepas toda la verdad.

—Pero...

—Cuando te cuenten lo que te digo, si todavía quieres seguir hablando conmigo, llámame, o me mandas un WhatsApp, o, si lo prefieres, esperas a que vuelva.

—Joder, Terry. No me puedes hacer esto. Me va a matar la incertidumbre.

—Créeme, Rebeca, es lo mejor para todos.

—Está bien. Como quieras.

Su pulgar acaricia mi mandíbula, Diossss como en el sueño... Y

acercando lentamente sus labios a los míos, me besa casi con un simple roce.

—Y que sepas que besas de maravilla, pequeña fiera.

—Anda vete, si no quieres que te secuestre ahora mismo.

—Cuídate, Rebeca —se despide desde el rellano.

—Igualmente, Terry. —Veo cómo desaparece por la escalera y cierro la puerta.

Mi cerebro empieza a procesar todo lo sucedido y sigo sin entender nada. ¿Quién tiene que contarme el qué?

¿Qué historia maquiavélica tengo que saber de él para que así no piense que se está aprovechando de mí?

De repente, me derrumbo.

¡Alan! ¿Qué he hecho? O mejor, ¿qué habría hecho si Terry no hubiera parado? Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es lo que yo estaba dispuesta a hacer, no lo que realmente ha sucedido. Y yo... hubiera sido capaz de...

¿En qué me estoy convirtiendo?

Después de todo lo que hemos pasado Alan y yo no puedo hacerle esto. Él no va con engaños ni mentiras, él me quiere y vive para mí; y yo... se lo pago así...

De nuevo las lágrimas llenan mis ojos y recuerdo que esta mañana Alan me ha colgado el teléfono, celoso de mis encuentros con Terry, y ahora yo he estado a punto de...

Alan tiene razón, y yo le estoy mintiendo. Me doy asco.

Necesito llamarlo, necesito oírlo, pero no me atrevo, no quiero que note mi malestar. Porque me conoce y sabrá que ha pasado algo. Y no quiero perderle.

Lloro. Y me odio a mí misma.

Jueves, 31 de octubre

He pasado una noche fatal. Ayer por la tarde, con los niños, me distraje un poco, pero después, en la soledad de mi cama, mis miedos y remordimientos volvieron. Estuve a punto de enviarle un mensaje a Alan, pero mi orgullo no me lo permitió. Fue él quien me colgó, pues tendrá que ser él quien me busque. Aunque siempre me pasa lo mismo, me arrepiento enseguida de tomar estas decisiones, pero, aun así, sigo adelante con ellas y no hay nada que me haga cambiar de opinión.

Me enfrasco durante toda la mañana en el trabajo. Empiezo a separar maderas, marco las medidas, pero no puedo acabar de concentrarme. Voy a la cocina y me preparo un café y entonces oigo que mi móvil empieza a sonar sobre mi mesa de trabajo.

Voy corriendo a la habitación-taller haciendo equilibrios con el café, lo dejo sobre la mesa y cojo el teléfono. Es Alan. ¡Por fin! Respiro hondo y contesto.

—Buenos días, Alan. —Me muero por saludarlo de otra manera más cariñosa, pero no puedo.

—Buenos días, mi amor. Rebeca, lo siento, he sido un completo imbécil.

¡No! ¡No quiero que me pida perdón! Tendría que ser yo la que lo hiciera. Tendría que ser yo la que le dijera que tenía razón y que tendría que haberme alejado de Terry cuando él me previno, porque ayer estuve a punto de acostarme con él.

—No, Alan, no te disculpes, por favor.

—Rebeca, te necesito. Ven a verme, por favor. O voy yo, lo que tú quieras.

—Está bien, Alan. Es casi mediodía, vente y comemos algo aquí juntos. ¿Vale?

—Perfecto, princesa. Salgo para allí en diez minutos. Te quiero.

—Hasta ahora, mi amor.

Corto la comunicación y acerco el móvil a mi pecho, mientras una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla. No voy a poder ocultarle mi

preocupación ante lo que ocurrió ayer, y en este preciso momento, tomo una decisión.

Miércoles, 6 de noviembre

Al final decidí no decirle nada a Alan sobre mi pequeño desliz con Terry. Hace días que éste se fue y no he vuelto a hablar con él, y la verdad es que no lo echo de menos. Sigo trabajando en su maqueta y lo seguiré haciendo, me conviene, y mucho, ya que me va a pagar muy bien y eso es algo que necesito por el bien de mis hijos.

Voy a trabajar por horas al lado de mi chico. Alan acepta que sólo lo ayude determinados días, ya que necesito dedicarle más tiempo a mi trabajo. Aparte de la maqueta de Terry, me están llegando otros pedidos y me empieza a preocupar no cumplir los plazos acordados.

—Yo también tengo facturas que pagar y si no saco adelante mis pedidos, no cobro —le digo.

—Te propongo un trato —contesta, acurrucándose a mi lado en la cama y quemándome con su ardorosa piel, resultado del reciente sexo compartido—. Yo te ayudo los fines de semana en tu trabajo y tú me sigues ayudando a mí en el mío algún que otro día. —Ríe—. No, en serio, no soy muy manitas, pero he pensado una cosa y me gustaría que la consideraras. Tú no quieres dinero, pero cuando trabajas tienes que cobrar un sueldo, así que, si me dejas, mañana hablo con el gestor para que redacte tu contrato y estipulamos un sueldo de... del doble de lo que se le pagaba a Elena, ¿te parece bien?

—¿El doble? —He visto en alguna ocasión una de las nóminas de la antigua secretaria y, la verdad, su sueldo era realmente envidiable. ¿Y me está diciendo de pagarme el doble? ¿Y por sólo algunos días a la semana? Está loco si piensa que voy a aceptar eso.

—¿No? Pues pon tú la cifra.

—¡Noooo, Alan! El doble me parece demasiado, pero no quiero... no es eso lo que quiero de ti... ¡ni hablar!

—Rebeca, es lo lógico. Tú lo has dicho, tienes facturas que pagar, y lo entiendo. Si trabajas conmigo tiene que ser de manera debidamente remunerada.

—Sólo son algunos días... —Beso su pecho y le acaricio los

abdominales.

—Rebeca... quieres que... hablemos las cosas... pero así no puedo...
Mmmm...

—Vale, mi amor, lo pensaré, pero ahora tenemos que dormir. Mañana nos espera un duro día de trabajo.

—Vale. Sólo una cosita más. ¿El finde que viene estarán los niños con nosotros?

Sé adónde quiere llegar. Ese sábado hace un año que nos conocimos. Un año lleno de amor, dolor, cariño, pena... Un intenso año.

—No, les toca con su padre. ¿Por? —Intento que no se me note que sé lo que pasa este sábado. Hace días que lo espero y me consumo por dentro deseando desvelar la sorpresa que le tengo preparada.

—No, nada... simplemente para saber más o menos lo que haremos. ¿Te apetece que reserve mesa para comer en el Ola's?

—Me encantaría. Buenas noches, mi amor.

—Buenas noches.

Jueves, 7 de noviembre

—¿Sí?

—Hola, Rebeca, soy Jan, he venido porque necesito hablar con Alan.

—Alan no está. ¿Recuerdas que hoy tenía cita con el médico y luego pasaba a visitar a sus padres? Vendrá tarde.

—Ohhh... vaya... es cierto...

—¿Ocurre algo, Jan? Pero sube, me cabrea mucho hablar por el interfono. Te abro.

—No quiero molestarte, Rebeca.

—No me molestas. Además, hoy los niños están con su padre y estoy de un aburrido... Anda, sube.

—¿Quieres tomar algo? ¿Cerveza, vino, cubata...? —le ofrezco cuando llega.

—Lo mismo que tú. Me parecerá perfecto lo que sea.

—Yo un vinito, por supuesto.

—Pues para mí también.

—Ven, Jan, nos vamos a sentar en el sofá y me vas a contar cómo estás. ¿Has hablado con Sara? —le pregunto, una vez he servido las copas.

—Sí, hemos hablado. Lo vamos a intentar de nuevo. Aunque no sé yo...

—Jan, ¿qué te ocurre? ¿Tú la quieres?

—Han sido muchos años juntos y... sí, la quiero, pero no me despierta ese sentimiento de necesidad, deseo o ansiedad de estar con ella como veo en ti por Alan o en Alan por ti. Y sé que a Sara le pasa lo mismo.

—Pero eso es normal, con el paso del tiempo, eso se va aplacando. Alan y yo no estaremos siempre así...

—No estoy tan seguro de eso. Pero es que además... Da igual, déjalo.

—No, Jan, somos amigos, puedes contar conmigo para lo que quieras. Dime, necesitas desahogarte.

—Para lo que quiera no, Rebeca. ¿Tú sabes lo que es desear la vida que tiene tu mejor amigo?

—Jan... eso ya lo hablamos...

—Ni yo mismo sé lo que siento, Rebeca. Sólo sé que me paso las veinticuatro horas del día deseando ser Alan. Te imagino entre mis brazos, bajo mis sábanas y... Es muy difícil vivir continuamente con la sensación de que tu vida no te pertenece. De que no vives por y para ti y de que lo que quisieras realmente es...

—Jan, yo... yo quiero a Alan con locura, pero reconozco que también me atraes mucho.

La mano de Jan, que hasta ahora jugueteaba con la copa, se desliza suavemente por mi cara hasta acabar rozándome los labios con el pulgar y yo, sin pensarlo, le acaricio tímidamente el muslo.

De repente, Jan me sujeta con fuerza y decisión por la nuca, me acerca a él y, deteniéndose a tan sólo dos centímetros de mi boca, me la devora con la vista. Entreabro los labios, devolviéndole la caliente mirada, y nuestras bocas se unen.

Sin interrumpir el beso, Jan se abalanza sobre mí sobre el sofá. No hace falta decir nada, los dos sabemos lo que queremos. Nuestros cuerpos hablan por nosotros y nuestras manos expresan deseo y pasión, contenidos desde hace mucho tiempo.

Para él es fácil despojarme de la sencilla camiseta, mostrando así mi exuberancia frente a sus ojos encendidos. A mí me cuesta más, porque él va elegantemente vestido con traje, camisa y corbata. Los nervios de la situación me juegan una mala pasada y me noto torpe al intentar soltarle el cinturón.

Jan se da cuenta y me ayuda, desabrochándose después el botón del pantalón y bajándose la cremallera, mientras yo me ocupo de la corbata y la camisa. Mis manos se pasean ya por su envidiable físico y Jan se tensa sobre mí, presa de la excitación. Le bajo los pantalones mientras él, prácticamente me arranca los leggins y las bragas.

Nuestras gargantas no emiten ni una sola palabra, sólo gemidos y cuando saco su miembro, totalmente erecto, rompo el silencio.

—¡Dios, Jan, fóllame antes de que me arrepienta!

Sin perder un segundo, me abre las piernas con violencia y, agarrándose el pene, me lo introduce con una embestida seca, haciéndome chillar de verdadero placer. Las arremetidas se suceden una tras otra y cada vez son más fuertes cuando él acata mis órdenes, pidiendo más fuerza y más rapidez en los movimientos.

Al final, llega el clímax. Me corro entre gritos y arañándole la espalda, y

él, totalmente enloquecido al sentirme a mí desbordarme a su alrededor, se deja llevar y me llena, mientras su boca se deleita con mis pechos.

Pero la pasión, la locura y la traición se ven truncadas y sorprendidas por un grito ensordecedor que proviene de la puerta de entrada.

—¡HIJO DE PUTAAAAA!

En tan sólo tres zancadas, Alan se abalanza sobre Jan y le asesta un puñetazo en el pómulo izquierdo que le hace sangrar al acto, salpicando el traje de Alan.

—¡Alan! Diosss...

Jan se revuelve y le devuelve el directo, dándole en la boca.

—¡Te voy a matar, cabrón! Y tú, Rebeca, pensaba que eras diferente...
¡ZORRA!

—¡Nooooo! ¡Alan! ¡Suéltalo! ¡NOOOO! ¡ALAN LO VAS A MATAR, DÉJALO!!!

—¡ARRRRGGG! ¡No quiero veros más en mi puta vida! A ti, traidor, te voy a mandar a mis abogados, y procura no cruzarte nunca en mi camino, porque prometo acabar lo que he empezado ahora ¡y no parar de darte hostias hasta matarte! Y tú... Rebeca...

Sólo puedo llorar. La mirada de Alan lo dice todo. Su labio sangra a causa de los golpes recibidos cuando Jan intentaba defenderse de su furioso ataque y, sin decir nada más, se va.

Jueves, 7 de noviembre (de madrugada)

Los temblores y gemidos de Alan me despiertan. Toco su pecho, que sube y baja como los flancos de un caballo al galope.

—Alan... Alan... Despierta... —Su cabeza se sacude de un lado a otro sobre la almohada.

—¡¡¡Noooooooooooooooo!!! —grita, sentándose de golpe y con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Alan, ¿qué ocurre, mi amor?! —pregunto asustada.

—Joderrrr... —se lamenta, ocultando la cara entre las manos.

—¿Otra pesadilla? —Le acaricio el pelo, empapado de sudor.

—Sí... pero ésta ha sido la más horrible que he tenido en mi vida...

—Bueno, ya ha pasado, mi amor. Sólo ha sido eso, una pesadilla... Pero deberíamos pensar en que el médico te vuelva a hacer pruebas. Se están repitiendo demasiado.

—Rebeca, no creo que tengan que ver con el accidente. Sólo que tengo miedo de perderte.

—Alan, no me perderás, eso te lo aseguro. ¿Qué has soñado?

—Os pillaba a ti y a Jan aquí en tu casa, follando... —Se deja caer de nuevo sobre la cama, resoplando.

—Mi amor, entiendo tus celos o lo que sea que tienes, es evidente que Jan es un hombre muy atractivo, eso no te lo puedo negar, pero tú sabes lo que siento por ti y que él para mí es sólo un amigo. Sabes que me muero entre tus brazos y que con sólo sonreírme consigues de mí lo que quieres. Y que haciendo el amor contigo soy la mujer más feliz y completa del mundo.

»No sé cómo demostrarte todo esto para que de una vez por todas se te meta en esa preciosa y prodigiosa cabeza que tienes. Te quiero, Alan, con toda mi alma.

—Lo sé, Rebeca. Conozco tus sentimientos hacia mí, pero mi mente a veces me juega malas pasadas y no sé cómo controlarlo.

—No te preocupes, estoy aquí para ayudarte y siempre lo estaré, te lo prometo.

En este momento soy consciente de lo mucho que lo quiero, pese a que sigo sin poder olvidarme de que estuve a punto de traicionarle, aunque no con Jan. Lo abrazo con fuerza. El contacto de nuestros cuerpos desnudos me enciende y la necesidad de demostrarle mi amor me lleva a colocarme sobre él y dar rienda suelta a mis sentimientos. Primero beso sus labios, sus pómulos, su barbilla, mmmmm... con esa barba de dos días que me encanta. Mis manos se unen a esa fiesta carnal y se desplazan por su cuerpo, disfrutando de cada centímetro, deleitándome con sus músculos.

Desciendo.

Me coloco de rodillas entre sus piernas y la visión de sus oblicuos me pierde.

Mi boca se lanza sobre ellos y, con la punta de la lengua, recorro primero uno desde arriba y bajando lentamente... muy lentamente... Después el otro de igual forma...

Alan gime.

Yo gimo.

Me he propuesto hacerle olvidar la pesadilla y sé que lo conseguiré.

Viernes, 15 de noviembre

Hoy me toca trabajar en el despacho de Alan. Mis pedidos los tengo bastante adelantados, así que puedo permitirme el lujo de darme un par de días libres y ayer y hoy se los dedico a mi atractivo jefe.

—Alan, tu casa de la... quiero decir... coge la línea tres...

Los ojos de Luis saltan de los míos a los de Alan y los de éste se quedan fijos en mí mientras coge el teléfono, no sin antes fulminar con la mirada al asistente de Jan.

—Dime.

Se mantiene a la escucha. Su voz es fría y contundente. Es evidente que sabe perfectamente quién está al otro lado. Sus ojos siguen clavados en los míos y la encantadora sonrisa que me dedica hace que me olvide de todas las dudas que empezaban a surgir en mi cabeza. De golpe, se incorpora en su sillón y golpea la mesa con el puño, borrando de inmediato el momento de dulce complicidad entre nosotros.

—¡Sé que lleváis un mes trabajando de sol a sol! ¡Y se os paga más que suficiente por eso! Pero ¡esta noche os quiero fuera de allí y más te vale que esté todo acabado y limpio! ¡Contrata a más gente si es necesario! ¿Estamos?

Su puño sigue cerrado sobre la mesa, mientras escucha a su interlocutor, que me imagino que estará temblando de pies a cabeza.

—Bien. Avísame cuando lo tengáis todo liquidado. Sea la hora que sea. Al móvil.

Y cuelga sin esperar una nueva respuesta. Coge su móvil y le da a una tecla de marcación rápida. Yo no puedo apartar los ojos de él. Me atrae mucho, pero al mismo tiempo, cuando lo veo en ese estado, me infunde un respeto inmenso.

—Alan Gass. Quiero reservar mi mesa para dos. Mañana para comer.

Ni buenos días, ni un triste hola. ¡Dios! Me gustaría poder ocuparme de esa actitud también, pero sé que eso va a ser humanamente imposible. Tengo que aceptarlo y aprender a convivir con dos personas diferentes.

—Perfecto. Gracias.

Vuelve a recostar la espalda en el sillón y, juntando las yemas de los dedos frente a sus apetitosos labios, me mira... Esa mirada... Como hipnotizada, me levanto de mi silla y me acerco a él, que, rodeándome la cintura con un brazo, me sienta sobre sus piernas.

—No te preocupes. Negocios.

—Lo supongo. Pero es que... sigues siendo tan...

—Sabes que me gusta el trabajo bien hecho y no puedo permitir que nadie cometa ningún error.

—Lo sé, Alan, pero somos personas. Las personas cometen errores. No puedes estar siempre controlándolo todo. Y últimamente estás distinto, te noto angustiado.

—Esto sí tengo que controlarlo. En ese proyecto no puede fallar nada.

—¿Cuál es? —pregunto, pero nos interrumpe su teléfono móvil y me levanto para dejarlo con su trabajo.

El día transcurre sin ningún incidente más, dedicada al trabajo y de vez en cuando deleitándome con la belleza de Alan, que me corresponde con sus sonrisas.

A las ocho de la noche ya se han ido todos excepto Jan, que todavía tiene que comentar algún tema con Alan. Yo aprovecho para escabullirme, con la excusa de que tengo que coger algo de ropa de mi piso, ya que pasaremos el fin de semana aquí, en casa de Alan. Lo que voy a hacer en realidad es ir a buscar mi sorpresita para él.

—Conduce con cuidado, princesa, en una hora voy a recogerte.

Le doy dos besos a Jan y me despido de Alan con un profundo beso en sus tentadores labios.

Puntual como un reloj, a las nueve de la noche me avisa de que ya me está esperando fuera. ¡Madre mía! No me quiero ni imaginar la tensión que debe de haber dentro de su cabeza. ¿Cómo puede tenerlo todo tan controlado? Todo siempre en su sitio y sin salirse de la línea.

Cuando entro en su coche y después de besarme apasionadamente como si fuera la primera vez, al menos así es como lo siento siempre, me sorprende preguntándome:

—¿Sabes lo que me apetecería hacer ahora?

—Oh... sí... mi amor. A mí también —respondo, sin dejar de besarlo.

—Bueno, eso también, pero pensaba en otra cosa. —Ríe—. ¿Te apetece que vayamos al cine y luego cenamos algo en el puerto?

—Sí. Mmmm... me encantan estas sorpresas. Aunque no sé... en el cine... a oscuras y contigo a mi lado, no sé si podré contenerme.

—Bueno, en ese caso podemos sentarnos al final del todo... —Sus labios rozan mi cuello y la sensación de cientos de hormigas recorriendo mi pubis me invade por completo.

—Vale, vale. Para y vamos al cine. ¡Ya! —grito, obligándolo a separarse de mí.

Pone el coche en marcha, riéndose. Me siento tan feliz... Aunque le tengo que recordar que me explique lo de esta mañana. Pero luego. Ahora no quiero romper este maravilloso momento.

—Alan, estoy tan enamorada de ti... Cada día contigo es maravilloso. No te alejes nunca. Te quiero. —Me desabrocho el cinturón de seguridad para acercarme a su hombro y reposar la cabeza en él, mientras le acaricio el muslo.

—Rebeca, nunca me alejaré de ti, te lo prometo. Siempre estaré a tu lado, princesa. Donde tú vayas, yo te seguiré. Yo también te quiero mucho y eres el único y gran amor de mi vida. Por eso, por favor, vuelve a ponerte el cinturón, no quisiera tener que seguirte al más allá.

—No, Alan, todavía no. Te recuerdo que todavía no hemos estrenado tu nuevo coche. Tengo algo pendiente que hacer.

—Ohhh... Rebeca... sí... Me has enseñado a concentrarme muy bien mientras conduzco y me la comes. ¡Hazlo!

Llegamos al garaje subterráneo del centro comercial y me extraña que aparque el coche un poco lejos de la entrada. De pronto, me agarra por el brazo, impidiendo que abra la puerta para salir.

—Un segundo... yo también quiero estrenar el coche.

—Alan, aquí no, puede vernos alguien.

—Estaré vigilando. No te preocupes, sabes que no dejaría que nadie te viera. —Sus palabras se amontonan ya en mi cabeza al sentir que sus dedos se deslizan por mi abdomen—. Además, hoy has acertado con la ropa.

Y tiene razón, he optado por unos ligeros leggins, sin molestos botones ni cremalleras, por lo que no le cuesta ningún trabajo introducir la mano dentro de mis bragas y llevarme al clímax con sus hábiles dedos.

La experiencia del cine ha sido increíble. La película creo que no estaba mal, pero la verdad es que no le he prestado mucha atención. Nos hemos comportado como dos buenos adultos, sí, pero no podía dejar de mirarle. No

podía apartar los ojos de su bonito rostro, iluminado por las luces de la pantalla, mientras sentía el calor de su mano envolviendo la mía.

—Voy a pedir que me devuelvan el dinero de tu entrada —bromea cuando salimos—. A ver, hazme un resumen de la peli.

—Pues... —titubeo—. Pues trata de un hombre maravilloso que está sentado junto a su novia en el cine. Él es espectacularmente atractivo y la hace sentir la mujer más bonita y querida del mundo. Ella lo quiere con locura y no puede olvidar que le ha hecho mucho daño en el pasado. Pero eso le ha servido para darse cuenta de que es el hombre de su vida y que nunca jamás se apartará de él, porque lo necesita a su lado como si del aire para respirar se tratara.

Se para en seco y su brazo que, antes me rodeaba la cintura, ahora parece querer cortarme el tronco en dos, aferrándose con fuerza contra su cuerpo. Estamos entorpeciendo el paso de toda la gente que sale de la sala, pero nos da igual.

—Muy mal. Has estado viendo otra película. Pero si te soy sincero, me gusta más la tuya que la que yo he visto. Te quiero. Siempre te he querido y siempre te querré. Siempre. No importa el pasado. El presente es tan maravilloso que todo lo malo es como si fuera un lejano sueño, sólo eso, un sueño.

—Te quiero. Alan, vamos a cenar ya, por favor, quiero llegar a casa pronto.

—Bien. Vamos.

Y, en efecto, cenamos deprisa y volvemos a casa. Llevamos ya dos horas de sexo y juegos, cuando él se deja caer de espaldas sobre la cama, resoplando.

—Rebeca, necesito distraer mi mente... ¿Te apetece que bajemos a jugar una partida de billar?

Mi sexo todavía palpita.

—Pero ¿en qué mundo vives, mi amor? ¿Te crees que una partida de billar va a alejar de tu cabeza esos pensamientos sucios que te atormentan?

Sus ojos se clavan en los míos.

—Sí, ¿a ti no? Soy muy competitivo en el juego y mi poder de concentración es máximo —responde ofendido.

—¡Venga ya! ¿Tu estupendo poder de concentración podrá soportar que ponga mi culo en pompa frente a ti, mientras deslizo, de forma perversa entre

mis dedos, ese palo de madera?

—Joder, Rebeca... sólo por el simple hecho de ver eso valdrá la pena poner en entredicho mi palabra. ¡Vamos!

Se coloca los bóxers y prácticamente me hace saltar de la cama agarrándome del brazo. Sin tiempo apenas de ponerme unas braguitas y una ajustada camiseta de tirantes, bajamos al garaje medio desnudos.

Con las bolas ya colocadas, formando un perfecto triángulo equilátero, la bola blanca espera paciente frente al vértice a que yo dé el pistoletazo de salida.

—Vamos, Rebe, rompe las bolas —me ordena Alan, colocándose detrás de mí.

Me pongo en posición y, haciendo caso omiso de su cercanía, golpeo la bola blanca con el taco. Se cuele por el agujero de la derecha la lisa de color amarillo, así que voy por la siguiente que tengo a tiro, la roja. Y empieza el juego. Él está ahora al otro lado de la mesa, en el tiro de salida, y yo en el lateral. Apoyo la mano izquierda, con la que sujeto la punta del taco sobre la mesa, me inclino más y lo miro por encima del hombro, moviendo el trasero apenas cubierto por mi *culotte*.

Veó cómo sus ojos recorren todo mi cuerpo y se apoya nervioso en el borde de la mesa, marcándosele todos y cada uno de los músculos. Mis ojos se pierden sobre su torso desnudo, pero reacciono y vuelvo a fijar mi mirada en la bola, tan roja como el fuego que empiezo a sentir correr dentro de mí.

Con un golpe seco, empujo la pequeña esfera blanca, que avanza lentamente y, dando un suave toque a mi objetivo, la precipita hacia el agujero opuesto por donde antes se había colado su compañera. Me coloco el taco sobre el hombro y camino hacia Alan, contoneando las caderas y con sonrisa burlona. Me mira fijamente sin apartarse de la mesa.

Cuando llego a su lado, le doy un suave golpe de cadera para que me deje espacio y así poder estudiar bien la situación de las bolas, aunque desde ahí no tengo ninguna a tiro. Pero me da igual, finjo estar concentrada en el juego. Alan se ha separado un poco, así que puedo ponerme delante de él. Me inclino sobre la mesa, doy medio paso hacia atrás y mi culo roza su entrepierna. Me muevo suave y dulcemente, rozando su miembro, que ya empiezo a sentir duro entre mis nalgas.

—Rebeca, ¿quieres concentrarte en el juego, por favor? —pide con voz excitada.

—Eso hago, mi amor. ¿O es que no lo notas? —respondo, volviendo la cara y dedicándole una sensual mirada.

Al momento siento sus manos sobre mis caderas, reteniéndome con fuerza contra él. Se inclina sobre mí y se queda inmóvil, mientras yo cierro los ojos y espero ansiosa el contacto de sus labios sobre mi cuello.

—¿Me puedes explicar, chica mala, qué bola es tu objetivo ahora? Que yo vea, desde aquí no tienes ninguna bien colocada —susurra, rozando mi oreja.

—Ohhh, Alan, no sabes lo equivocado que estás. —Suelto el taco, a la vez que me doy la vuelta y, posando mi mano en su entrepierna, digo—: Justo aquí tengo dos bolas muy bien puestas, y aquí... —La subo y agarro su pene erecto por encima de sus bóxers— un palo mucho más apetecible y excitante que este de madera.

Aparto el taco de la mesa y me subo sobre ella, agarrándome del cuello de Alan y atrayéndolo hacia mí hasta tenerlo entre mis piernas.

—Rebeca, hemos bajado aquí para distraer mi mente. Así no podré superar mi adicción al sexo... —bromea, mientras le beso el pecho.

—Mmmm... ¿Y quién te ha pedido que lo hagas? —Mi mano se adentra en sus bóxers.

—Mi médico se ha empeñado en ello... Ahhh... Rebeca...

—Pues mándalo al infierno. Ohhh, espera un momento... —Bajo rápidamente de la mesa, dándole un ligero empujón.

Lo dejo ahí boquiabierto y subo corriendo al salón. Llego hasta el aparato de música, busco la lista de OneRepublic y selecciono *Love Runs Out*.^{*} Vuelvo a bajar corriendo y me voy acercando a él, dando vueltas y moviendo los brazos por encima de la cabeza. También hay altavoces en el garaje, así que tenemos la fiesta asegurada. Cuando llego frente a él, me pego a su cuerpo, acariciando su piel y deslizándome de arriba abajo sin dejar de rozarlo.

De repente me atrapa entre sus brazos y vuelve a subirme a la mesa de billar. Mientras su lengua invade mi boca y me sujeta por la nuca, le bajo los bóxers y, agarrando su pene, empiezo a masturbarlo. Él me baja con rudeza los tirantes de la camiseta, dejando mis pechos a la vista. Me cubre uno con una mano y con la otra me baja el *culotte* hasta las rodillas. Se aparta, me levanta las piernas y me lo quita. Luego me separa las piernas con

brusquedad y se mete entre ellas.

Su rostro se transforma por momentos a causa de la excitación, que va aumentando a pasos agigantados. Observo con atención los movimientos de sus manos y mientras una me agarra con fuerza por el hombro, la otra sujeta su pene cerca de mí, lo justo para rozar mi húmedo sexo de modo insistente, adelante y atrás...

—Te gusta esta canción, ¿verdad? —susurra con voz profunda.

—Mmmm... Sí... tiene un ritmo perfecto.

—¿Sí? Pues vas a desear que termine pronto, porque te voy a follar a un ritmo que no vas a poder soportar.

Dicho esto, empuja salvajemente sus caderas hacia mí. Un dolor me invade desde dentro y no puedo reprimir un grito que retumba por todo el garaje. Sus embestidas empiezan a sacudirme, mientras sus dientes torturan mis pezones. Le sujeto el brazo con fuerza y con la otra mano me agarro al filo de la mesa.

—Ahhhh, Alan... la he puesto en repetición. ¡Por Dios! ¡No pares!

Sus gemidos son atronadores y, subiéndose también a la mesa, me obliga a empujones a colocarme en el centro. Ahora clava sus dedos en mis caderas y vuelve a penetrarme con la misma intensidad y fuerza de antes. A las pocas embestidas sale de nuevo de dentro de mí y me levanta, sentándome sobre sus muslos.

—¡Alan, te he dicho que no pararas! —grito.

Sus ojos se clavan en los míos y con rostro serio y frío me coloca un dedo en los labios para hacerme callar.

—Me voy a tumbar sobre la mesa —musita— y tú te vas a sentar sobre mi polla y no vas a parar de saltar sobre ella hasta que te corras sobre mí y yo te inunde hasta hacerte reventar de placer. ¿Lo has entendido?

Le muerdo el dedo y asiento.

Se tumba sobre la mesa apartando las bolas, que empiezan a rodar sobre la tela de fieltro. Me coloco sobre sus caderas y, besándole el pecho, me hundo en él. Mis movimientos son rápidos y enérgicos desde el primer momento en que su pene toca fondo. Me ha preparado ya muy bien y estoy a punto de alcanzar el punto álgido de excitación.

Me agarra los pechos con fuerza y por el ritmo de su respiración y la intensidad de sus gemidos, sé que él también está próximo al clímax. Dirijo mis movimientos más horizontalmente sobre su cuerpo y rozo mi clítoris

sobre su pubis. Presiono con fuerza y aumento el impulso, arqueando la espalda y echando los hombros hacia atrás. Mis gritos se funden con sus gemidos y me dejo llevar. Libero la tensión de mis músculos pélvicos y el calor empieza su carrera desenfrenada por mi interior. Mis fluidos impregnan su pubis y mi clítoris se desliza sobre su piel con más facilidad hasta que él, anclando los dedos en mi carne, me detiene, se clava en mí hasta el fondo y explota en mi interior, lanzando un alarido que aumenta más mi excitación, con lo que espero que acabe de liberarse y continuo mis movimientos sobre él, descendiendo poco a poco la intensidad, para darle el final merecido a nuestro salvaje orgasmo.

Me tumbo sobre él sin que salga de mí y beso su cuello.

—Me encanta la combinación de tu música con el billar... —confiesa con un hilo de voz.

—Sí, ha merecido la pena que me sacaras de la cama, chico malo. Pero tú no has tocado bola... Me debes otra partida.

—Tienes razón. He tocado otras cosas que me gustan más.

Se revuelve debajo de mí y me tumba sobre la mesa. Me besa apasionadamente, mientras me aprisiona entre sus brazos.

—Te quiero, Rebeca. Siempre te querré.

—Yo también te quiero, Alan.

Sábado, 16 de noviembre

A la mañana siguiente me despierta la conocida sensación de calor junto a mi cuerpo y mi primera visión son sus ojos mirándome fijamente.

—Buenos días, mi galán caballero.

—Buenos días, mi amor.

—Voy al baño. No te muevas de aquí... enseguida vuelvo —susurro.

—¡Qué! ¿Una de tus duchas frías? —bromea.

—Ohhh... No... Hoy no voy a necesitar una ducha fría. Confío en que encuentres la manera de calmar mi calor. Sólo necesito asearme un poquito. No tardo nada. —Y le lanzo una ardiente mirada, mientras me levanto esquivando sus manos, que intentan atraparme.

Mientras me cepillo los dientes, pienso en la mejor manera de sorprenderlo con mi regalito. Desearía poder darle algo más, sé que es imposible llegar a su nivel, pero también sé que a él eso no le importa, y le quiero todavía aún más por ello. Porque siempre me hace sentir la mujer más rica del mundo, rica en amor.

Estoy acabando de enjuagarme los dientes, cuando siento su cuerpo desnudo en contacto con el mío. Sus brazos me rodean la cintura mientras me besa el cuello.

—Estás tardando demasiado hoy. —Su voz suena gutural y profunda a causa, supongo, del deseo que desvela su erección en contacto con mi trasero.

—Ya he acabado.

—Vale, espérame en la cama, que voy en un minuto.

Salgo apresuradamente del cuarto de baño, corro hacia mi bolso, saco el paquetito y me lanzo sobre la cama. Lo coloco entre mis pechos y me tapo con la sábana. Rectifico mi postura. Me pongo de lado. Así no se ve el extraño bulto y lo coloco debajo de la sábana, más abajo, a mi lado.

Al momento, Alan sale del baño caminando hacia mí totalmente desnudo. Madre mía. Pero qué cosa más bonita. No puedo apartar los ojos de su cuerpo, mientras él me mira divertido.

—¡¿Qué pasa, mirona?! —

—¡Oh, Alan, es que estás tan bueno! ¡Abrázame!

Sus brazos me rodean y se separa de golpe al notar algo entre nosotros.

—¿Qué es esto? —dice, apartando la sábana.

—Felicidades, mi amor. Es para ti. Gracias por este año lleno de amor.

—Rebeca...

Sus ojos reflejan sorpresa, deseo, amor... Tantas cosas que me empiezo a notar las lágrimas de emoción.

—¡Ábrelo, corre!

Sus fuertes manos arrancan el papel y el precioso lazo que cerraba el paquete, dejando a la vista una caja negra que abre inmediatamente. Se trata de un precioso reloj, un maravilloso Tag Heuer, pero lo mejor está por llegar.

—Mira detrás del reloj —le digo.

Tiene la boca entreabierta, pero desde que ha encontrado el paquete no ha podido articular palabra.

Da la vuelta al reloj con dedos temblorosos y entonces lee en voz alta la inscripción que mandé grabar.

—«16-11-12. Un día inolvidable. Tuya para siempre. Te quiero. Rebe.»

Las lágrimas corren por sus mejillas mientras se pone el reloj, que se ajusta perfectamente a su ancha muñeca.

—Alan... te quiero... —Me emociono al ver cómo se vuelve totalmente vulnerable frente a mí—. Sé que no es mucho, pero lo compenso con todo el amor que siento por ti. Espero que lo sepas. Te quiero como nunca he querido a nadie y ya nada podrá apartarme de ti, te lo prometo.

—Rebeca... no tenías que hacerlo. Sé que esto es demasiado para ti... no hacía falta. Sé lo mucho que me quieres. Lo sé. Sabes que no necesito nada material. Tu amor es suficiente para mí. Pero me gusta... me gusta mucho y no pienso quitármelo nunca. —Me abraza con todas sus fuerzas y de repente confiesa—: Pero... yo no tengo nada para ti... No recordaba el día que era hoy.

Supongo que mi cara se descompone y estoy a punto de gritar cuando suelta una estruendosa carcajada. Cuando consigue recomponerse, me tranquiliza, acariciando mis mejillas.

—No tengo nada... todavía. Tendrás que esperar unas horas.

—Eres malo y perverso. ¡Pensaba que te habías olvidado de nuestro primer aniversario! En nuestro treinta aniversario te lo perdonaré, pero ¡el primero no!

—Ohh... mi caliente Rebeca. No pienso olvidarme del treinta... ni del cuarenta... ni del...

Sus palabras se pierden ya entre besos y caricias y en décimas de segundo lo tengo encima de mí, ofreciéndome el mejor regalo que puede darme, su cuerpo.

Sábado, 16 de noviembre (mediodía)

Estamos ya tomando café en nuestro querido rinconcito particular del Ola's, cuando por fin...

—Rebeca, ¿preparada para recibir tu regalo de aniversario?

—¡Síiii, por fin! —Y como una niña pequeña, cierro los ojos y tiendo las manos frente a mí.

—¿Qué haces?

—Ahhh... —Me siento aturdida al ver su rostro mezcla de sorpresa y diversión—. Oh, pensaba que me lo ibas a dar ahora.

—No, no lo tengo aquí. Tenemos que coger el coche. ¿Vamos?

—Sí, por favor. Me muero de la intriga.

Su mano roza mi rodilla cuando abre la guantera del coche y yo me estremezco de pies a cabeza. ¡Dios, es increíble! Él se da cuenta, porque no puede evitar esbozar una maliciosa sonrisa. Saca una de sus corbatas mientras lo miro con ojos interrogantes.

—Voy a vendarte los ojos...

—Alan, no creo que sea el lugar adecuado para este tipo de juegos.

—No, mi amor, luego en casa jugaremos a «este tipo de juegos» que tanto nos gustan, pero ahora voy a llevarte a un sitio donde te daré tu regalo, pero no quiero que lo veas hasta que hayamos llegado. O sea que pórtate bien y no te quites la corbata de tus preciosos ojos, o te castigaré sin tu regalo de después... más... carnal.

—Vale, vale, no me la quitaré, te lo prometo. Pero dame una pista, por favor.

—No, no, no, mi impaciente Rebeca. Todo a su debido tiempo.

El trayecto se me hace interminable. Intento aguzar el oído para saber por dónde estamos yendo, pero la música que suena en el magnífico equipo del coche me impide oír nada más.

Calculo que habrán transcurrido tan sólo unos cinco minutos desde que hemos salido del restaurante, cuando el coche se detiene y, tras un chasquido, reanuda la marcha, para segundos más tarde volver a detenerse.

—Hemos llegado. Quédate aquí quieta. Yo te ayudaré a salir del coche y te quitaré la corbata cuando sea el momento. Tú... quietecita... —repite, y noto sus labios rozando mi cuello.

La emoción mezclada con el deseo que me provocan sus caricias me están volviendo loca por instantes. Ya no puedo más. Vendería mi alma al diablo para arrancarme ahora mismo la corbata de los ojos y abalanzarme sobre él y cubrir todo su cuerpo de besos, pero sé que no es lo que quiere ahora. Sus órdenes han sido claras y concisas y debo obedecer. Ahora sí.

Mi puerta se abre y su caliente mano sujeta mi brazo.

—Ya puedes salir.

Me rodea la cintura con un brazo, mientras me coge la mano para guiarme.

—Vale. Aquí está bien. Voy a quitarte la corbata. —Noto cómo la presión en torno a mis ojos se afloja y la luz inunda mis retinas—. Feliz primer aniversario, mi amor.

Me quedo paralizada frente a la visión que tengo delante.

—Alan... ¿qué es esto?

—Pues mi regalo de aniversario. ¿Qué puede ser, si no?

—Es una broma, ¿no?

—Rebeca, a partir de hoy hay dos cosas con las que nunca voy a bromear, una es mi trabajo y la otra nuestros aniversarios. O es que... no te gusta mi regalo... Bueno, egoístamente también será un poco para mí, si tú quieres compartirlo conmigo, claro...

—Alan... —Las piernas me flaquean y siento sus brazos alrededor de mi cuerpo, sosteniéndome con fuerza. Si no fuera por eso, haría rato que estaría ya tendida sobre el verde césped que se extiende bajo mis pies.

—¿Qué es lo que estabas contemplando cuando nos conocimos? —pregunta.

—Una... maravilla arquitectónica.

—¿Y qué es lo que ves ahora?

—Una maravilla arquitectónica.

Frente a mí se levanta una espectacular casa, su maravilla arquitectónica, como yo la bauticé ese glorioso 16 de noviembre del año pasado. Pero ahora es de piedra y cemento, no impresa en fantásticas fotografías a todo color.

—Nuestra casa, Rebeca, para ti, para mí y para tus hijos... si quieres. Date la vuelta.

Mis pies actúan por sí solos y obedecen la petición de Alan. La vista se me pierde en la inmensidad del mar y ante nosotros veo simplemente arena... más allá de la alta hilera de árboles que delimita el terreno de la casa.

—Alan... no puedo...

—Rebeca, te quiero. Esto no es nada comparado con todo lo que te mereces.

—Alan, yo...

No puedo pensar con claridad. Su caliente cuerpo pegado al mío, la emoción del momento y el descubrimiento de mi «regalo» de aniversario, me impiden poner en orden mis ideas y las palabras no salen de mi garganta. Sólo empiezo a sentir las lágrimas brotar de mis ojos.

Bajo la vista hacia el suelo y veo su mano sobre mi abdomen, con el reloj que le he regalado hace unas horas en la muñeca. Brilla bajos los tímidos rayos de sol que todavía podemos disfrutar a estas horas de la tarde y yo le cojo la mano, alzándola ante nuestros ojos.

—Alan, mi regalo ha sido un triste reloj y tú... esto...

—Bueno, si te pones así, el reloj sólo es para mí, y no pienso para nada que sea un triste reloj, pero la casa será para los dos, tendrás que compartirla conmigo... Entonces... ¿qué me dices? ¿Aceptas mi proposición? Rebeca, ¿quieres vivir conmigo? —Sus brazos me envuelven completamente y su rostro tan cerca del mío nubla todavía más mi desconcertada mente.

—Sí quiero, Alan, pues claro que quiero vivir contigo.

Su boca cubre la mía y vuelvo a danzar sobre las nubes, sacudida por los delirantes latigazos de deseo y placer que recorren mi cuerpo.

—Gracias por quererme tanto.

—Rebeca, yo tengo que agradecerte que estés conmigo. No me dejes nunca, por favor.

—No lo haré, mi amor. Te quiero demasiado. —Y me abrazo con fuerza a él—. ¿La podemos ver por dentro?

Se saca una llave del bolsillo de la chaqueta y me la da.

—Es tu casa, puedes hacer lo que quieras.

Sigo sin poder creer lo que estoy oyendo. Me quedo contemplando mi mano extendida, con la dorada y preciosa llave en ella.

—Vamos, te acompañaré. Veo que estás un poco indecisa. —En su tono de voz adivino que está disfrutando con la situación.

Atravesamos la zona cubierta de césped y, rodeando la piscina,

caminamos por el lateral de la casa en dirección a la entrada principal.

—No tenemos todavía la llave de la puerta trasera. Cuando acaben el lunes con la limpieza cambiarán las cerraduras por otras de seguridad. Pero la parte delantera está totalmente terminada. La casa está vacía, a excepción de los electrodomésticos de la cocina y la zona de limpieza del garaje, de la que se ha ocupado Gaby. De todo lo demás quiero que te encargues tú, que lo pongas todo a tu gusto.

—¿Gaby lo sabía? ¿Y no ha dicho nada?

—¡No! Todos lo sabían. Y tenían que guardar el secreto, porque les iba en ello conservar su puesto de trabajo. Estuviste a punto de descubrirlo cuando Luis traspapeló las facturas junto a los otros documentos y ayer por la mañana... al pasarme la llamada. No sé qué voy a hacer con ese chico.

—Pero... ¿cuánto hace que...?

—Desde el momento en que Jan me trajo tu casita. Tú también tenías que tener la tuya. En ese mismo instante empecé las negociaciones. Tenía comprado este solar para la construcción de algo turístico más adelante, pero entonces supe que lo que realmente encajaba aquí eras tú. En la playa, frente al mar, como te gusta.

—Pero, Alan, yo te dejé, no estaba contigo...

—Lo sé, aunque algo siempre me dijo que volverías. Pero, venga, basta ya de sentimentalismos, vamos a verla por dentro. Tengo que confesarte que pensaba que no la acabarían a tiempo. No te puedes ni imaginar lo mal que lo he pasado pensando que hoy no tendría nada para regalarte.

Tengo que hacer esfuerzos para entender lo que me está explicando. Es difícil estar atenta a sus palabras y a la vez contemplar el maravilloso porche que aparece frente a mí. La estampa parece sacada de una auténtica película americana. Los amplios ventanales dejan ver el gran espacio interior que se esconde tras ellos, tal como se veía en las fotos de la exposición que me llevaron a él, hace ahora un año.

No sé cómo, la llave vuelve a estar en poder de Alan, que ya me está arrastrando al interior del amplísimo salón. A la izquierda, una larga y perfecta hilera de escalones de madera suspendidos en el aire se eleva hacia el primer piso. Las paredes, de un blanco inmaculado, contrastan a la perfección con la madera del suelo y de la escalera.

—¿Subimos?

Asiento con la cabeza.

—Creo que estas dos podrían ser las habitaciones de los niños, ya que comparten baño, estas otras dos las podríamos usar como despachos, abajo hay dos habitaciones más y ésta... es la suite principal, que podría ser la nuestra, pero eso lo decides tú. Como si quieres que durmamos en la bañera.

—Nuestra habitación... Alan, es casi tan grande como todo mi apartamento.

—Cuando empieces a llenarla de muebles, verás cómo no te parece tan grande. Eso sí, quiero que pongas una gran y cómoda cama... Pienso usarla mucho contigo, y no precisamente para dormir.

—Alan... gracias, gracias, te quiero.

—¿Te gusta?

—Ohh... sí... No sabes cuánto significa para mí esta casa. Gracias a ella conocí a la persona más maravillosa del mundo. —Mis brazos rodean su cuello y empiezo a recorrer su mandíbula a besos, en dirección a su palpitante yugular.

—Entonces... demuéstreme cuánto te gusta.

Lentamente, entre besos, me obliga a retroceder hasta una de las paredes de la habitación, me desabrocha los pantalones y me los baja junto con las bragas, mientras su lengua se introduce casi hasta mi garganta.

Me deshago de los zapatos y le bajo los pantalones y los bóxers. Agarrándome con fuerza, me levanta, le rodeo las caderas con las piernas y me apoya contra la pared. Baja la mirada y me invita a mirar lo que va a hacer. Una de sus manos suelta mi trasero y se dirige a su pene, que agarra e introduce dentro de mí.

No puedo sujetarlo más fuerte de lo que lo hago, y empiezo a mordisquearle la oreja entre gemidos y gritos de placer. Ahora me sujeta con extremada fuerza por las nalgas, mientras me embiste una y otra vez hasta hacerme perder la cabeza.

—Alan... Ohhh... Me corro... Me corro... Sigue... Fuerte... Sigue...

—Rebeca... Mmmm... Arrrgggg... ¡ARRRGGGG!

—Ohhh... Alan, por Dios... Qué bonita inauguración de la habitación.

—Sí... estoy deseando estrenar ya la cama. Después de estrenar la alfombra, la cómoda, todo... Cada vez que entre algo en esta habitación, tengo que follarte. ¿Entendido?

—Ohhh... sí, por supuesto, mi señor. ¿Quieres que vayamos ahora a inaugurar los despachos?

—Quieres matarme y quedarte tú sola con la casa, ¿no?

—Venga, no te hagas el duro, que lo estás deseando.

Y sí, efectivamente, estrenamos alguna que otra estancia más.

Domingo, 17 de noviembre

Ayer fue un día lleno de emociones, alegrías y sexo y eso se traduce en que nos levantamos tarde, bueno, al menos yo. Porque cuando abro los ojos y echo un vistazo a la inmensa habitación de Alan, veo que estoy sola.

Cojo mi móvil y activo la pantalla. ¡Las once de la mañana! Pero ¿cómo he podido dormir tanto? Me levanto como alma que lleva el diablo y me meto en el baño. Vacío mi vejiga, que sentía a punto de reventar, abro el grifo de la ducha para dejar correr el agua y que vaya cogiendo temperatura, y me cepillo los dientes. Me doy una de mis rápidas duchas, salgo, me seco el cuerpo, el pelo con la toalla, me visto y bajo corriendo en busca de Alan.

Oigo su voz que proviene del jardín y por su tono y forma de moverse alrededor de la piscina, no creo que sea una conversación del todo agradable.

—¡Sí, maldito hijo de puta, voy a hablar con ella! Pero me diste de tiempo hasta el miércoles, no es mi problema que te haya salido de los huevos adelantar tu vuelta.

Alan sigue a la escucha y yo empiezo a inquietarme. Al momento, veo que corta la llamada y me voy corriendo a la cocina. Me sirvo un café y mi mente empieza a dar vueltas a la situación, cuando sus manos me rodean la cintura.

—Buenos días, dormilona —dice, besándome el cuello.

—Buenos días, mi amor —contesto, dándome la vuelta y colgándome de su cuello—. ¿Qué ocurre, Alan? No he podido evitar oír que estabas hablando con alguien bastante cabreado.

Su cara se ensombrece más de lo que ya lo estaba y empiezo a temerme algo malo.

—¿Pasa algo con el trabajo? ¿La casa?

—No, Rebeca, no es nada de eso. Ven, vamos a sentarnos. Tengo que contarte una cosa.

—Joder, Alan, me estás asustando. —Me siento en el sofá, nerviosa.

Él se sienta a mi lado. Está hecho un manojito de nervios y se retuerce las manos sin parar. Se las cubro con las mías y lo miro a los ojos.

—Alan... tranquilo...

De repente, se levanta, se dirige al mueble-bar y se sirve un whisky, bebe un par de largos tragos y vuelve a llenar el ancho vaso hasta la mitad. Nunca lo había visto así y a este paso creo que hasta yo voy a necesitar una copa. Vuelve a sentarse a mi lado con el vaso entre las manos, dándole vueltas nervioso.

—Rebeca, sé que lo que te voy a decir no es excusa, pero quería contarte esto ya hace tiempo, aunque nunca encontraba el momento. Es algo que ocurrió hace tiempo, algo de lo que me arrepentiré toda la vida y que me perseguirá hasta la muerte. Y ahora...

—Ahora hay alguien que te obliga a decírmelo, ¿no? —Siento que me estoy poniendo a la defensiva e intento relajarme, ya que no creo que eso lo ayude mucho a sincerarse.

—Lo que te voy a explicar ocurrió hace cinco años. Yo entonces no era nadie en el mundo de la arquitectura, había acabado el máster y trabajaba en el estudio con mi padre. —Le da otro trago a su copa—. Entonces lo conocí. Mis padres dieron una gran fiesta en casa, con colegas de profesión, y uno de los mejores amigos de mi padre vino con su hijo, que también era arquitecto. Era unos doce años mayor que yo y ya tenía su propio estudio de arquitectura, y de los más prestigiosos por aquel entonces.

»Yo quería desvincularme de mi padre a toda costa, pero en este mundo si no tienes buenos contactos no eres nadie y mi padre no iba a ponerme las cosas fáciles. Entablé cierta amistad con el hijo de su amigo, hasta que me decidí a pedirle ayuda. Le propuse que nos asociáramos.

—Alan, ¿quién era ese hombre?

Él suspira y me mira. Vuelve a mirar el vaso, que sigue entre sus nerviosos dedos, y con un débil hilo de voz, me responde:

—Era Terry Jonah. —Sus ojos se vuelven hacia los míos y esta vez puedo ver en ellos las lágrimas que luchan por salir.

—¿Có-cómo? ¿Os conocíais y me hicisteis creer lo contrario? ¿Por eso tú no querías que...?

—Déjame terminar, Rebeca, si no, no podré. Ahora viene la parte más difícil.

—De acuerdo, sigue.

—Terry era un hombre totalmente dedicado a su trabajo. En ese tiempo en que estuvimos en negociaciones pude conocer a su esposa y nos hicimos

amigos. Una noche que estábamos esperando a que Terry llegara para cenar, ella me abrió su corazón y me contó lo sola que estaba.

Siento que me voy haciendo pequeñita y poco a poco me voy hundiendo más y más en el sofá.

—Al final, Terry y yo no llegamos a ningún acuerdo. Rechazó todas mis ofertas argumentando que le iba muy bien como estaba y que no veía ningún beneficio en asociarse conmigo. No lo pude aceptar y me enfurecí. Perdí la cabeza y me prometí a mí mismo que se lo haría pagar.

—Alan... ¿qué hiciste? —Me falta poco ya para estar aterrorizada.

—Seduje a su mujer. Dejé que se enamorara de mí hasta el punto de que aceptara abandonar a Terry para venirse a vivir conmigo. Pero yo no la quería, lo único que buscaba era venganza.

—¡Dios mío, Alan! —Me levanto del sofá como si éste se hubiera convertido en una cama de faquir y cientos de clavos me pincharan el culo.

Empiezo a pasearme por delante de él, con una mano tapándome la boca y gesticulando con la otra. Alan me mira ya con lágrimas rodando por sus mejillas y lo que me preocupa es que no sé si son lágrimas de arrepentimiento o de temor frente a cuál será mi reacción en cuanto termine de contarme esta terrible historia.

—Sigue, por favor. Y no pares hasta el final, porque te juro que me va a dar algo.

—Terry descubrió lo nuestro y me dio tal paliza que me mandó al hospital, pero a ella la perdonó. Él estuvo detenido y, cuando salió, mi padre pidió una orden de alejamiento. Terry le contó a su esposa lo que había ocurrido, que lo único que yo buscaba era venganza, que nunca la había querido y que jamás me hubiera ido con ella. La mujer estuvo semanas detrás de mí, implorándome que fuera a buscarla. Y no entraba en razón cuando yo le decía que todo había sido una estrategia para hacerle pagar a su marido que no hubiese querido hacer negocios conmigo.

»Ella cayó en una profunda depresión, hasta que un día, se suicidó.

Mis piernas ya no me sostienen y me dejo caer en el sofá de nuevo.

—Terry perdió la cabeza. Aunque ella se quejaba de que no le daba el cariño que necesitaba, él la quería y era el motor de su vida. Tras su muerte descuidó su empresa, empezó a hacer malas negociaciones y todo ello lo llevó a la ruina. Lo único que le quedó fue prenderle fuego a su estudio y cobrar el seguro y yo lo descubrí.

»Llegamos a una especie de acuerdo, yo no lo delataría a la compañía de seguros por el incendio intencionado y él se iría sin mencionarle a la policía mi papel en el suicidio de su mujer.

No puedo apartar los ojos de los de él, pero soy incapaz de decir nada.

—Dime algo, Rebeca, por favor...

Se pone de rodillas frente a mí, sollozando y agarrándome las manos con desesperación.

—No puedo entender cómo fuiste capaz de... hacer una cosa así.

—¡Era joven, Rebeca!

—¡¿Joven?! ¡Alan, tan sólo hace cinco años de eso! ¡No eras un niño!

—Rebeca, lo que me preocupa es que no sé para qué ha vuelto Terry.

—¿Y la orden de alejamiento?

—Se ha cumplido. Era por tres años.

—Alan... yo no... —Me levanto y él se queda ahí sentado en el suelo, con el rostro desencajado—. ¡Joder, Alan!

Ya no puedo más. Estallo en sollozos y veo cómo se levanta y se acerca a mí.

—Rebeca...

—¡No, no me toques!

—Rebeca, por favor... yo te quiero...

—Alan, por tu culpa, por tu maldito empeño en conseguir lo que quieres a toda costa, una mujer murió... —Lo digo y sigo sin poder creérmelo—. Quiero que me lleves a casa, por favor. Necesito pensar y contigo aquí no puedo.

—No, Rebeca, te lo suplico...

—Te lo suplico yo, Alan, no me lo pongas más difícil.

—Terry me ha dicho que viene mañana. No me fío de él y no quiero que estés sola.

—¿Ah, sí? ¿Y de ti sí que me tengo que fiar, Alan? Pues te puedo asegurar que todas las veces que he estado con Terry me ha parecido la persona más atenta y cariñosa que he conocido.

—¿Es que ha intentado algo contigo? —Su rostro cambia del dolor al enfado.

—Quizá he sido yo la que ha intentado algo. Igual lo que pasa es que no todos somos tan buenos como parecemos, empezando por ti. Ni otros tan malos como nos hacen creer. Voy a pedir un taxi. Será lo mejor.

—No, te llevo yo. Pero antes explícame qué es lo que has querido decir con esto último de que tú has intentado algo.

—No he querido decir nada, Alan, y no quiero que me lleves, te he dicho que pido un taxi.

Subo corriendo a su habitación, cojo mi bolsa de dentro del vestidor, guardo las cuatro cosas que veo a la vista, me la cuelgo del hombro y bajo corriendo la escalera. Al pasar por su lado, Alan me sujeta por el brazo.

—Rebeca, no te vayas, te quiero...

—Suéltame, Alan.

Lo hace y, por segunda vez, huyo de él.

Son las tres de la madrugada y desde que he salido esta mañana de casa de Alan, no paro de darle vueltas a la cabeza. He cortado decenas de llamadas tuyas, he ignorado más de cien WhatsApps y después de tantas horas, sigo sin entender su reacción y sigo sin poder creerme que durante este tiempo haya estado al lado de un hombre al que no conocía. Un hombre manipulador hasta el punto de poner en peligro la vida de una persona, no, en peligro no, hasta el punto de llevar a esa persona al suicidio.

Sin pensarlo más, cojo mi móvil y le mando un mensaje a Terry.

No sé a qué hora llegarás, ni tampoco qué intenciones tienes conmigo, pero me gustaría conocer tu versión de los hechos. Ahora no quiero hablar contigo, así que no te molestes en contestarme. Avísame mañana cuando tengas un rato para vernos.

Cuando lo acabo de escribir, me doy cuenta de que ha cambiado la foto del perfil de su WhatsApp y que ya no aparece la foto de su empresa, sino su rostro, con aquella inclinación de cabeza que me seduce y su media sonrisa que me hace delirar.

¡Mierda, Terry Jonah! Podrías haberte quedado quietecito en tu casa.

De inmediato recibo su respuesta.

Al mediodía, como siempre, puedo estar en tu casa.
Si quieres y te va bien, claro.

(En línea)

Me quedo ahí, leyendo y releendo esas dos frases. Y veo cómo a los pocos segundos vuelve a escribir.

En ningún momento se me ha pasado por la cabeza hacerte daño.
Cuando te conocí no sabía quién eras.

¿Crees que hubiera actuado como lo hice la última vez que estuvimos juntos si no fuera así?

(En línea)

Lo que hiciste el otro día puede formar parte de tu estrategia para hacer que confíe en ti.

(Escribiendo)

No tengo ninguna estrategia contigo, Rebeca.
Me gustas tú por lo que eres, no por estar con quien estás.

Ya no quiero seguir hablando más con él. Aunque una parte muy grande de mí sí lo desea.

Ya basta, Terry.
No quiero hablar ahora.
Mañana te espero.

(Escribiendo)

Hasta mañana, Rebeca.

No sé qué extraña influencia tiene sobre mí, pero cuando no está cerca casi ni me acuerdo de él y estoy segura de que sería capaz de olvidarle, pero en cuanto hablo con él y sé que voy a verlo, todo a mi alrededor se derrumba y mis dudas vuelven a atormentarme desde lo más profundo de mi corazón.

¿Se puede querer a dos hombres a la vez?

Yo nunca he creído que eso fuera posible. Y aún sigo sin creerlo, pero...

Lunes, 18 de noviembre

Y otra noche más casi sin pegar ojo. Por muchas horas que pasen, no consigo entender cómo una persona en su sano juicio puede actuar como lo hizo Alan. Eso es inhumano.

El agua corre por mi cuerpo, cierro los ojos y pienso que ojalá pudiera, con el simple esfuerzo de pensar en todo lo que me atormenta, que todo eso aflorara a mi piel y desapareciera empujado por el agua a través del desagüe.

Pero no, las cosas no son tan fáciles y tendré que asumirlo si lo quiero perdonar, o, de lo contrario, seguir viviendo mi vida con los menores remordimientos posibles y aceptando que me enamoré de una persona enferma, manipuladora y sin escrúpulos.

Durante esta mañana no he tocado la maqueta de Terry, ¿para qué? Si igual después de que hablemos nuestros negocios en común se van al traste. Así que decido ocuparme de las otras dos casitas que tengo pendientes y mantener por unos instantes mi mente ocupada y entretenida.

Poco a poco, todo me va cuadrando. Vistos la frialdad de Alan en sus negocios, la forma de tratar a su amigo Jan, sus arranques de furia cuando algo no sale como él quiere... ¿qué no estaría dispuesto a hacer con alguien a quien ni siquiera apreciaba?

Pero aunque intento convencerme de lo terrible de su pasado, no puedo olvidar que le quiero y estoy segura de que él también me quiere a mí.

Pasan pocos minutos de las doce cuando suena el timbre de la puerta. Se me encoge el estómago pensando en quién es.

Abro y ahí está él. Pero a diferencia de otras veces, está serio y no hay ni rastro de aquella media sonrisa en sus labios, los mismos que hace unos días estuvieron a punto de hacerme perder el control.

—Hola, Terry, pasa. —Me hago a un lado y le dejo espacio suficiente para que entre y no tenga que rozarme.

—Hola, Rebeca. —Se queda inmóvil frente a mí, esperando una reacción por mi parte.

Empujo la puerta para cerrarla y entramos en el salón. Le hago ademán

de que se siente en el sofá y le ofrezco una copa.

—Sí, por favor. Creo que me hará falta. Un whisky, gracias.

—Vaya. Parece que todos os decantáis por el whisky cuando tenéis cosas que confesar.

Sirvo dos vasos. A mí no es que me entusiasme esta bebida, pero dadas las circunstancias ya llega un punto en que me da lo mismo whisky que cerveza, vino que leche. Lo que quiero es acabar de aclararlo todo. Mientras lleno los vasos, no puedo evitar pensar en que no me preocupa lo que Terry pueda hacerme, al fin y al cabo, no fue él el que actuó de forma despiadada, pero sí me preocupa que su acercamiento a mí haya sido simplemente para hacerle daño a Alan y vengarse de él.

Me dolería que eso fuera cierto... Pero ¿por qué me preocupa eso?

—¿En qué piensas, Rebeca?

Reacciono y me doy cuenta de que estoy mirando fijamente los vasos, con la botella todavía en la mano.

—No importa nada lo que yo piense, Terry. Lo que quiero saber es qué haces aquí y cuáles eran tus intenciones desde el primer día que apareciste por esa puerta —digo, señalando con el vaso hacia la entrada y dándole después un sorbo.

Cuando el líquido pasa por mi garganta hago una mueca y veo un atisbo de sonrisa en su rostro. Me sigue pareciendo de lo más atractivo y seductor y, en el fondo de mis entrañas, un inquieto gusanillo se retuerce al recordar el último día que estuvimos juntos.

—Cuando el señor Vetel me habló de ti, yo no sabía quién eras —empieza a relatar de una forma tranquila—. Vine aquí dispuesto a solucionar unos negocios, a concretar contigo la construcción de la maqueta, y sí, también a hablar con Alan. Empecé a sospechar algo cuando, a la semana siguiente de nuestra primera comida juntos, un día me decidí a ir a verlo a él a su casa.

»Entonces me pareció verte a ti saliendo apresuradamente, subiste rápido a tu coche y te seguí. En efecto, pude comprobar que estaba en lo cierto. Eso fue un miércoles, creo. El viernes volvimos a comer juntos y yo tuve que regresar a Madrid, ¿recuerdas?

—Sí —contesto de manera escueta, para instarlo a que me siga contando.

—Bien. Pues cuando volví a Madrid, investigué. Pero lo hice porque me

gustaste y quería saber exactamente qué tipo de relación tenías con el hombre que arruinó mi vida. Aunque por lo poco que me habías contado, ya me imaginaba cuál sería. Yo no volví para matar a Alan, no soy un asesino. Sólo quería restregarle por la cara mi nueva vida y asegurarme de que no le quedaba ni un ápice de satisfacción al pensar que habría sucumbido a la depresión que me causó.

—Vale, pero sigo sin entender qué interés tenías en que Alan me contara lo que pasó. ¿Para que yo le dejara? ¿Para que pensara que era un monstruo y me lanzara a tus brazos?

—No, Rebeca, ni mucho menos. Aunque te parezca pedante y prepotente, nunca he necesitado de artimañas extrañas para atraer a una mujer. Pero a mi vuelta a Madrid no podía dejar de pensar en ti y cuando descubrí quién era tu novio, supe que mi acercamiento parecería premeditado y con otras intenciones de las que realmente tenía.

Los dos damos un trago a nuestras copas y lo miro para que siga.

—¿No crees que si hubiera querido vengarme de la misma forma en que lo hizo él no lo podría haber hecho el último día que estuvimos aquí? Ese día podríamos haber acabado en la cama, ¿o no?

Asiento.

—Y me negué, haciendo esfuerzos sobrehumanos, me fui. ¿Por qué, Rebeca? ¿Por qué crees que hice eso?

—Dímelo tú.

—Porque yo no busco venganza. He pasado página ya. Quiero acostarme contigo, ¡claro que quiero! Pero no porque estés con Alan. Y si ese día lo hubiera hecho, sí que podrías haber pensado que era para haceros daño. Aunque no sólo quiero acostarme contigo. Me pareces una mujer muy interesante, muy bonita y divertida. Me gustas mucho. Yo quiero algo más contigo, algo más que sólo sexo. Y no lo quiero por despecho ni con estrategias. Lo deseo si tú también lo deseas. Sinceramente, lo que le pase a tu novio me trae sin cuidado, pero no quisiera que por mi culpa tú sufieras.

—¿Y qué es lo que has hablado con él?

—No mucho. El día que vino a tomar café con nosotros, cuando te fuiste al servicio, reconozco que le amenacé con desvelarte la clase de persona con la que estabas. Y precisamente por eso, porque nunca he querido hacerte daño, luego le pedí que hablara contigo. Sólo eso. No nos hemos visto más.

Justo entonces llaman a la puerta y me sobresalto.

—Perdona, Terry. —Me levanto y me dirijo al recibidor.

Abro la puerta y me encuentro de frente con Alan. Me quedo desconcertada e incómoda por la situación que ahora mismo se va a crear. Y con miedo, mucho miedo, temiendo las consecuencias que pueda tener.

—Rebeca, mi amor, necesito hablar contigo.

—Alan, ahora no es un buen momento.

En ese instante aparece Terry por detrás de mí y los ojos furiosos de Alan se clavan en él de tal forma que puedo sentir la ráfaga de su mirada rozando mi sien.

—Rebeca, yo ya te he dicho todo lo que tenía que decir, me marchó y os dejo hablar —dice Terry en tono de preocupación.

Al segundo, veo pasar a Alan por mi lado y oigo su estridente voz junto a mi oído, abalanzándose y gritándole a Terry.

—¡Tú! ¡Maldito hijo de puta! ¡Debí matarte a ti también junto con la zorra de tu mujer! —Y le asesta un puñetazo en la mandíbula, que lo hace caer al suelo.

—¡Alan! —Me pongo delante de él para evitar que le siga pegando, pero me aparta de un empujón y me lanza contra la mesa del comedor.

—¡Rebeca, déjalo! —grita Terry desde el suelo.

Alan se arrodilla junto a él y, agarrándolo por la solapa de la chaqueta, levanta de nuevo el puño para golpearle otra vez en la cara, pero al oírme se detiene.

—¡Alan, para! ¡Para si no quieres que salga de tu vida para siempre!

Sin apartar la vista de Terry, lo suelta, dejándolo caer sobre el suelo, y, levantándose, se da la vuelta y se va hacia la cristalera de la terraza, frente a la que se queda inmóvil, mirando a la lejanía.

—Terry, vete, por favor —le pido, mientras lo ayudo a levantarse.

Me mira y después a Alan, para volver a posar sus ojos en mí. Le sangra el labio y tengo que reprimir el deseo de acariciarlo. Asiento con la cabeza, dándole a entender que estaré bien, y, sin más, se marcha.

Alan se derrumba en el sofá, entierra la cara entre sus manos y solloza como un niño perdido. Me inunda una profunda tristeza y no soy capaz de entender cómo en poco más de un día se han podido torcer tanto las cosas. Hace nada estábamos celebrando nuestro primer aniversario tan felices y ahora... No puede ser verdad.

Me siento a su lado y lo abrazo. Él se aferra a mi cintura como si en ello

le fuera la vida y, sin dejar de sollozar, me dice una y otra vez que me quiere.

—Yo también te quiero, Alan. Pero ahora mismo no te conozco.

—Rebeca, lo siento. —Le pongo un dedo en los labios y no dejo que siga.

—Alan, ahora me toca a mí contarte una cosa y luego te explicaré lo que me ha dicho Terry.

Le explico la conversación que mantuve con Terry en su coche el día que él nos estaba espiando. Le cuento todas nuestras conversaciones y también el último encuentro aquí en mi casa. Sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas, pero mantiene la calma. Le relato, sin olvidarme de ningún detalle, cómo sucedió todo y la reacción final de Terry. Luego escucha todo lo que tengo que decirle sobre la explicación de éste en lo que se refiere a cómo y por qué está aquí.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Rebeca? —Me gusta su postura. Sus ojos siguen inyectados en sangre y llorosos, pero a pesar de todo lo que ha escuchado, sigue sereno, y eso es muy importante para mí.

—Sí, por supuesto, lo que sea. No más mentiras y no más engaños.

—¿Sientes algo por él? —Coge mis manos entre las suyas y me mira atentamente.

La pregunta me fulmina y por un instante cruza por mi mente la idea de que lo voy a perder.

—No siento amor por él, si es eso a lo que te refieres. Te quiero a ti, Alan. A pesar de todo, te sigo queriendo y daría años de mi vida para que nada de esto hubiera sucedido. Pero me siento bien cuando estoy con él, me divierte y me gusta.

—¿Entonces...? —Sus ojos me interrogan más que sus palabras.

—No quiero dejarte, Alan, no puedo. Te amo demasiado y no podría volver a apartarme de tu lado, pero necesito aclararme las ideas. Necesito digerir todo esto que ha ocurrido, intentar entender por qué lo hiciste y saber cuáles son mis sentimientos hacia Terry.

—¿Y qué quieres hacer, Rebeca? —pregunta con un hilo de voz.

—Dame tiempo. Necesito tiempo para pensar.

—Está bien, lo que tú quieras. Todo el tiempo que necesites... Yo estaré ahí para cuando decidas volver.

Enero

Durante estas semanas, Terry está siendo un gran apoyo para mí. Nunca podré agradecerle lo suficiente su desinteresada compañía y su amistad, que en esta etapa difícil de mi vida me es tan necesaria casi como el aire que respiro.

Sé que para él es complicado. Siente algo por mí a lo que yo no puedo corresponder, aunque quiero, lo reconozco, pero sigo enamorada y mi cabeza se resiste, pero con su buen carácter se lo toma a broma y no para de bombardearme e inquietarme con sus incansables indirectas y sus calientes bromas, que no cesan por mucho que yo se lo reproche.

—Vamos, Rebeca, será sólo un viaje de amigos. Grábate el teléfono de la policía en el móvil y al mínimo descuido por mi parte, los llamas, que me detengan y me encarcelen si es necesario.

Terry se ha obsesionado con que este fin de semana en que no tengo a los niños y puedo disfrutar de cuatro días para desconectar de mis preocupaciones, acceda a ir con él a un sitio que no ha querido desvelarme. Pero tengo mis dudas. Nuestras salidas juntos hasta ahora se han limitado a comidas, cenas, alguna que otra copa en el local de moda del momento y poco más. Me da miedo pasar con él más tiempo del necesario.

—Terry, tú te debes a tu trabajo y pasas demasiado tiempo conmigo aquí en Barcelona. Al final, esto va a tener malas consecuencias para ti y no podría perdonármelo. Vuelve a Madrid, estoy bien, de verdad. Como sabes, si todo sigue como hasta ahora, en un par de meses como mucho volveré con Alan, así que...

—Lo sé, Rebeca, y quiero que sepas que me alegro mucho por ti. Me alegro de que por fin consigas lo que tanto deseas, aunque no sea lo mejor para mí. Lo único que me importa es tu felicidad, aunque ésta sea lejos de mí.

—Terry... lejos de ti, no. Para mí siempre serás especial y si no hubiera sido por...

—Chis... —Posa un dedo sobre mis labios y yo me muero contemplando su rostro triste, aceptando que nunca será para mí lo que él desea—. Mira, te

cuento el plan y si me dices que no de nuevo ya no insistiré más, ¿de acuerdo?

—Está bien, dale... —respondo con la palabra mágica a la que sé que no puede resistirse.

—Sabes muy bien dónde me gustaría darte... —Y ahí está esa media sonrisa y esa inclinación de cabeza que me pone cardíaca.

—Terry, o empiezas a contarme o me voy.

—Mmmm... Fierrecilla, quería decir darte un inocente beso, así... —Sus labios rozan mi mejilla y por el interior de todo mi cuerpo se expande un calor que siento como si me saliera en forma de incontrollables llamaradas por los ojos y las orejas.

El beso ha cesado, pero sus labios siguen inmóviles a tan sólo dos milímetros de mi piel y sentir su cálido aliento tan cerca está a punto de hacerme perder la cabeza.

—Terry...

—Vale —acepta, separándose de mí y apoyando su espalda en el sofá de mi salón—. Pues mira, saldríamos el viernes por la mañana, prontito, para llegar allí sobre el mediodía más o menos, parando a mitad de camino para tomarnos un buen desayuno. Iríamos en coche. Me gusta la idea de viajar en tu compañía, viendo los paisajes contigo a mi lado. Nos instalaríamos en el hotel. Dos habitaciones, por supuesto. —Vuelve a mostrarme su sonrisa pícaro, aunque algo dentro de mí se retuerce ante la idea de estar en habitaciones separadas. «Nooooo. Rebeca, contrólate»—. Y bueno, después ya sería, pasear, comer, hacer alguna que otra actividad... No me malinterpretes, fierrecilla, actividades programadas para los turistas del hotel quiero decir. —Ríe y me hace reír a mí—. Y volver el lunes cuando quieras, para que puedas dormir cómoda y plácidamente en tu camita y coger el martes y toda la semana con ganas.

—Parece un plan muy bueno. Pero, Terry, es miércoles ya. Será imposible organizarlo todo, encontrar hotel y todo eso. Sólo faltan dos días.

Su mirada se clava en mis ojos y en ese preciso instante me gustaría rodearlo con los brazos y besarlo. Su pregunta me saca de mi ensoñación.

—¿Eso es un sí? —dice, acariciándome la barbilla.

—Sí, claro que es un sí. ¿Cómo quieres que me niegue a algo así? Además... —No sigo hablando porque sé que la voy a liar.

—Dime, Rebeca. Además, ¿qué?

—Nada, Terry, sólo eso, ya no hay tiempo.

—Rebeca, hace tres semanas que lo tengo todo preparado y reservado.

—¿Cómo? Pero ¿y si yo te hubiera dicho que no?

—Pues no habría pasado nada. Mejor para el hotel, hubiera sacado un beneficio neto a mi costa.

—Eres increíble, Terry.

—¿Eso es bueno o malo?

—Eso es bueno, muy bueno. —Río y le doy un beso en ese espacio tierra de nadie entre la mejilla y la comisura de esos labios, que tanto me gustó besar hace unos meses.

—Nunca me has dicho cuál es tu opinión de lo que ocurrió con Alan.

—Tienes razón, te lo voy a decir, pero quiero que ésta sea la última vez que hablamos de este tema.

—Por mí perfecto.

Le doy un sorbo a mi copa de vino y me recuesto en el sofá. Él hace lo mismo, aunque con su rostro demasiado cerca del mío.

—Lo que te hizo Alan es intolerable. No sé si algún día lograré perdonarle, aunque intentaré vivir con ello, porque le quiero. En cuanto a ti, no tengo nada que reprocharte, fuiste la víctima. Te creí cuando me contaste que tus intenciones conmigo eran buenas y que no sabías quién era yo cuando llegaste aquí. Y... bueno, con tu forma de ser y el cariño que me has demostrado, aunque no hubiera sido así, aunque hubiera sido todo una artimaña para acercarte a mí y lastimar a Alan, creo que incluso en ese caso lo habría entendido. Estás siendo un apoyo muy grande para mí y me has demostrado que eres un buen amigo. Aunque siento no poder ser algo más.

—Qué palabras más bonitas, Rebeca. No sabes cuánto me alegro de escuchar todo esto. Y soy feliz de estar a tu lado y también quiero que sepas que me tendrás siempre para lo que quieras, sea lo que sea, lo sabes. Y si no estoy aquí, sólo tienes que coger el teléfono y en dos horas estaré contigo, molestándote, provocándote y enfureciéndote con mis tonterías de solterón calentorro.

Me río y lo abrazo. Lo abrazo tan fuerte que...

—¡Dios, Rebeca! ¡Quiero hacer el viaje! ¡No me ahogues!

—Bahhh... qué blandengue eres... —Me aparto, dándole un suave manotazo en el pecho.

—Eso lo dices porque no has probado mi...

—¡Terry!

No podemos evitar soltar unas carcajadas y entonces lo invito a cenar.

—¿Quieres que pidamos unas pizzas y así concretamos lo del viernes?

—Me parece genial.

Son casi las dos de la madrugada cuando nos despedimos. Terry está apoyado con su postura típica en el umbral de la puerta, mirándome con esos ojos tiernos y pícaros a la vez.

—¿Comes mañana conmigo en mi hotel?

—Oh, Terry, me encantaría, pero si me vas a secuestrar durante cuatro días, mañana quisiera dedicarlo de lleno al trabajo. Tengo una maqueta de un empresario pijo —le guiño un ojo— y dos casitas que me están esperando.

—Lo entiendo, maldito pijo. Bueno, pues te llamo mañana para recordarte lo del viernes.

—No me olvidaré, pero sí, llámame, me gustará escuchar tu voz.

Se separa del marco de la puerta, me rodea por la cintura y me besa justo en la comisura de los labios. Mis manos se posan en su pecho y lo acaricio levemente.

—Buenas noches, Rebeca —se despide, sin apartar su mirada de mis labios.

—Buenas noches, Terry.

Cierro la puerta, suelto el aire contenido en mis pulmones y empiezo a temer mis sentimientos. ¿O serán mis deseos? Siento por él una profunda amistad, pero al mismo tiempo una atracción brutal que, si no fuera por mi gran poder de autocontrol, que últimamente me está sorprendiendo hasta a mí misma, me lanzaría en sus brazos sin pensar en las consecuencias.

En marcha

Y llegó la hora. Hemos quedado a las ocho de la mañana. Ayer por la noche dejé a los niños con su padre para así estar más libre para hacer las maletas y evitar preguntas incómodas sobre adónde iría el fin de semana.

Cuando faltan cinco minutos para las ocho, recién vestida y duchada, suena mi teléfono móvil. Descuelgo y me lo acerco a la oreja, sonriendo.

—Buenos días, madrugador.

—Buenos días, fierecilla. Si me hubieras dejado dormir contigo, podría haberme levantado un poquito más tarde. Ahora caerá sobre tu conciencia que hoy tenga sueño.

—Ya te lo quitaré yo, no te preocupes. —Al momento me doy cuenta del posible doble sentido que le puede dar a eso y, en efecto, no me equivoco.

—¿En serio? ¿Y cómo lo vas a hacer?

—Pues diciéndote que subas a ayudarme con la maleta. ¿Qué esperabas?

—¿Maleta? Rebeca, sólo estaremos fuera cuatro días...

—Lo sé. —Río—. Pero es que he hecho limpieza del taller y tengo que tirar unas cosas y no puedo con eso y la pequeña maleta.

—Ahhh, vale, si es por eso vale. Subo enseguida.

Cuando salimos fuera, voy detrás de él; nunca sé con qué coche me va a venir a buscar. No le he preguntado nunca cuál es el suyo y aquí, claro, siempre se mueve con coches de alquiler. Así que en cada viaje me sorprende con uno nuevo. Y a cuál más bonito siempre. Pero esta vez se supera. Acciona el mando a distancia y las luces intermitentes de un Mercedes plateado impresionante parpadean.

—A la empresa de alquileres se les habían acabado los coches normales y que pasan desapercibidos, ¿no? —bromeo atónita.

—¿No te gusta?

—Pues si te digo la verdad, esta marca nunca me ha atraído mucho, pero reconozco que éste es precioso.

—Pues ya verás cuando entres. Es un clase S.

—A mí como si es un clase de los elefantes, como en las guarderías.

—Rebeca... es el más lujoso de la marca.

—Terry, ¿todavía no te has enterado de que a mí eso me da igual? Me hubiera conformado con un pequeño utilitario mientras nos lleve donde sea que me vas a llevar...

—Ya, a ti te gustan los coches más robustos, ¿no? —pregunta, mientras mete mi maleta en el amplio maletero, donde veo que también está la suya, por cierto, de dimensiones más reducidas que la mía.

—Ohhh, sí... a poder ser todo robusto... —comento, poniendo los ojos en blanco.

—¿Quieres saber qué coche es el mío?

—Déjame pensar... —Sonrío, tamborileando con los dedos sobre mis labios—. Pues un arquitecto pijo y engreído como tú debe de tener uno como éste. Ostentoso y que marque territorio.

—Qué mala eres... ¡Anda, sube! —me reprende, manteniendo abierta la puerta del acompañante.

La verdad es que el interior es impresionante. Muy amplio, con asientos de piel gris claro y embellecedores de madera. Muy bonito, pero sigue sin ser mi estilo.

—Bueno, ¿qué?, ¿he acertado? —le suelto cuando entra en el vehículo.

—Para nada —responde, poniendo el coche en marcha.

—Vaya... Ah, ya sé, no tienes coche. De tu casa a la oficina vas en jet privado, ¿a que sí?

—Te has propuesto que este viaje sea inolvidable para mí, ¿verdad? Pero no de la forma que yo quisiera, sino tocándome los huevos. —Su media sonrisa a un palmo de mi cara me divierte—. Bueno, a decir verdad, eso también me gustaría.

—¡Terry! Todavía estoy a tiempo de bajar del coche y meterme en mi casa.

—¡Ya no! —Y del acelerón que pega, mi cabeza se incrusta en el reposacabezas. Al momento, relaja el pie y la velocidad se normaliza.

—Estás loco. —Pero me gusta y con él me olvido de todos los problemas—. ¿Me vas a decir qué coche tienes o no?

—Un Porsche Cayenne negro como el azabache.

—Jooooderrrrrr.

No puedo decir nada más.

—¿Impresionada? —pregunta, alardeando y mirándome de reojo.

—Lo que yo decía. Un maldito engreído pijo.

—Te recuerdo que tú tienes un X5.

—Técnicamente no es mío.

—Ya, pero lo disfrutas tú, preciosa.

—Pero vamos a ver, no me compares un triste X5 con un Cayenne.

—Bueno va, dejémoslo casi en tablas. Pero ¿qué me dices? Es el tipo de coche que te gusta, ¿no?

—Madre mía, ¡síiii!

—Entonces tú también eres una pija engreída —afirma carcajeándose.

Le sacudo en el hombro y así damos por terminada nuestra discusión automovilística.

—Pues ahora que ya sé de qué pie cojeas, ¿me dices adónde vamos?

—A Lérida. A un precioso hotel rodeado de hermosos jardines, pero la flor más maravillosa y bonita estos días allí serás tú.

—¿A Lérida? Pero ¡si está aquí mismo! ¿Por eso hemos tenido que madrugar tanto? —exclamo indignada, haciendo caso omiso del piropo que me acaba de echar.

Sin mirarme, pone los cuatro intermitentes y detiene el coche en el arcén.

—Tienes toda la razón. ¿Sabes por qué he querido quedar tan temprano? Niego con la cabeza y mis ojos lo instan a que me lo diga.

—Porque quiero pasar el mayor tiempo posible contigo. Aunque ya veo que tú prefieres dormir.

Está de broma, lo noto en su tono, pero en el fondo me entristece un poco mi frivolidad y poco tacto.

—Terry, estamos en una autovía, si no quieres pagar un pastón por devolver el coche rayado, además de lo que te habrá costado alquilar esta pequeña limusina, te recomiendo que continúes.

Se ríe y me hace caso. Luego añade:

—Yo también me alegro mucho de que cuando son... —miro el reloj del coche— poco más de las ocho de la mañana estemos juntos.

—Eres imposible, Rebeca.

—Pero te gusta que sea así —afirmo.

—No lo sabes tú bien.

A mitad de camino, paramos a estirar las piernas y desayunar un poco.

—Voy al servicio —dice Terry, levantándose de la mesa en la que un

perfecto y educado camarero nos ha acomodado nada más entrar por la puerta.

—¿Necesitas ayuda? —bromeo, casi carcajeándome. Aunque el tiro me sale por la culata.

—¿Te gustaría? —Enmudezco ante su pregunta—. Lo suponía...

Lo contemplo mientras se aleja en dirección a la puerta de los servicios y no puedo evitar posar los ojos en su trasero. Hoy lleva unos vaqueros negros que le quedan de escándalo y un jersey gris de cuello de pico que deja ver el poco vello que tiene en el pecho. Al momento, me doy cuenta de que se ha parado, alzo la vista y me está mirando. Siento cómo mis mejillas arden y me enfurezco cuando veo su sonrisa maliciosa y perversa.

—¿Me estabas mirando el culo, fierecilla? —pregunta cuando vuelve a la mesa.

—Pues sí, para qué lo voy a negar, me has pillado de lleno. Además, ya sabes que no es la primera vez.

—Y qué, ¿te gusta?

—Terry, ¿me estás preguntando si me gusta tu culo?

—Sí, eso es.

—Pues no tengo la suerte de haberlo visto, pero... —Diosssss, maldita impetuosidad y poca cabeza la mía a la hora de contener las palabras—. Quiero decir que intuyo que tienes un buen culo. —Hala ya está, la gracia ya está hecha, pues hagámosla del todo.

—Así que no tienes la suerte de haberlo visto, ¿eh? Pues eso ha sido porque tú no has querido.

—Lo sé, aunque en sueños te lo he tocado...

—Rebeca, no me lo recuerdes y, por favor, vamos a cambiar de tema que me estoy poniendo malo.

—¿No te gusta hablar de culos? A mí me encanta —lo provoco.

—¿Quieres hablar de culos? Bien, hablemos de culos. ¿Quieres que te diga lo que haría con el tuyo? —pregunta de forma insinuante, apoyando sus codos sobre la mesa y acercándose a mí.

—¡Anda, mira qué bien, ya viene el camarero con nuestro desayuno!

Terry sonrío y yo respiro aliviada. Si es que me meto yo solita en unos *fregaos*... Pero es que es tanto el *feeling* que tenemos que me dejo llevar, aunque luego a veces, me arrepiento.

El viaje hasta el hotel se hace muy ameno, la verdad es que con Terry es

imposible aburrirse y consigue en más de una ocasión dejarme muda. Como cuando llegamos a nuestro destino. El complejo es inmenso y, después de circular entre numerosos y grandiosos jardines, llegamos a lo que me parece un paisaje de postal. Infinidad de pequeñas casitas dispuestas en hileras, embellecen más aún los floridos jardines. Paramos frente a la casa principal y en el rótulo leo, HOTEL COTTAGE, y más abajo, con letra más pequeña, RECEPCIÓN.

Terry baja del coche y yo, sin salir de mi asombro, veo cómo pasa por delante y al llegar al lateral me abre la puerta.

—¿Me acompañas o piensas quedarte ahí dentro los cuatro días? — bromea, con su típica inclinación de cabeza.

Cuando llegamos al mostrador, la joven recepcionista nos recibe con una más que amplia sonrisa y desnudando a Terry con los ojos. Si es que no es para menos... Si yo pudiera también lo haría, bueno, bien pensado eso ya lo he hecho.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenos días —saluda Terry—. Tenemos una reserva a nombre de Terry Jonah.

—Correcto, señor Jonah. Aquí tiene la llave del *cottage* número 24. No tiene pérdida. Es la primera calle a la derecha y lo encontrará hacia el final de la misma. Aquí le dejo información de los horarios del restaurante y lugares típicos para que puedan disfrutar de su visita —dice la chica, entregándole a Terry un llavero junto con los papeles.

Nos dirigimos de nuevo hacia el coche y sigo sin salir de mi asombro.

—Terry, esto es precioso. ¿Has visto qué jardines más bonitos?

—Sí, Rebeca, te lo he dicho. Pero tú eres la más bella flor de entre todas —me piropea entrando en el coche.

—Bahhh, no te me pongas cursi ahora.

A los dos minutos como mucho, llegamos al número 24 y él aparca justo enfrente. Al ver la casita, me asalta una duda.

—Terry, ¿me mentiste?

—¿Yo? Nunca haría eso, Rebeca —responde en tono ofendido.

—Me dijiste que veníamos a un hotel con habitaciones separadas.

—Y así es.

Subimos los tres escalones del pequeño porche y él inserta la llave en la cerradura, abre la puerta y entramos.

—Hay dos habitaciones, así que no debes preocuparte por nada, fierecilla.

—Ya... pero están bajo el mismo techo.

—Y si fuera en un hotel también estarían bajo el mismo techo, ¿no?

Niego con la cabeza y lo dejo por inútil. Veo una sonrisa en sus labios y me voy a inspeccionar el interior. Él sale, supongo que a recoger las maletas del coche, y a los pocos segundos oigo que vuelve a entrar.

—¿Te gusta?

—La verdad es que es muy bonito y acogedor.

Y no miento. Las dimensiones son reducidas, pero tiene todo lo imprescindible para no salir de allí en días. Una pequeña cocina, un baño con su ducha y su bañera, un salón con un gran sofá, la tele, y las dos habitaciones, con una gran cama de matrimonio cada una.

La decoración es típica de montaña, predominando la madera de color natural, lo que otorga más amplitud a los espacios. Y las telas, blancas como la nieve, que dan una sensación de frescor y pureza que relaja.

Después de colocar nuestras cosas cada uno en su habitación y dar una vuelta por los preciosos jardines del complejo, se hace la hora de comer, así que nos dirigimos al restaurante. Ya sentados a la mesa y al cabo de unos segundos con mi mirada perdida en la lejanía a través de los ventanales, me doy cuenta de que me observa con cara divertida.

—¿Qué miras? —le pregunto, fingiendo enfado por haber perturbado mi concentración.

—Estás realmente preciosa cuando te pones pensativa. —Niega con la cabeza y continúa—: Bueno no, siempre estás preciosa.

—No estaba pensativa, sólo estaba admirando tanta belleza junta.

—Entonces como yo... —asegura sonriendo.

En cuanto nos traen los platos, me apura para que coma deprisa. Está ansioso por algo y no consigo que suelte prenda.

—Sólo te diré que te gustará mucho, pero tenemos que salir nada más acabar de comer, tenemos que llegar cuando aún haya luz de día.

Así que, todavía con el sabor del último trago de café, nos levantamos de la silla y, agarrándome por la cintura, me guía hacia el aparcamiento.

—Madre mía, ya veo que de fin de semana tranquilo nada. Terry, ¿vas a llevar este ritmo todos los días? —Lo miro sonriendo.

—Rebeca, te prometo que me gustaría mucho llevar otro ritmo contigo,

pero tú no quieres.

Desvía la mirada y la fija al frente, riendo y consciente de que su comentario me va a molestar. Ahora mismo, me encantaría coger su cara entre mis manos y besarla. Pero no, no puedo hacer eso, así que intento seguir su paso acelerado sin pensar en nada más.

El viaje es tranquilo y al cabo de casi una hora me pide que cierre los ojos.

—Pero no los abras, por favor. En un par de minutos vamos a llegar, yo saldré del coche y te ayudaré a ti a salir. Pero ¡ni se te ocurra abrir los ojos! Quiero que lo veas cuando lo tengas delante. ¿Me lo prometes?

—¡Sí, sí, pesado! —Cierro los ojos y no puedo evitar que mi mente recuerde ese mismo juego con Alan en nuestro aniversario, cuando me dio su regalo.

Pero las palabras de Terry me alejan de esos pensamientos enseguida.

—Vale ya hemos llegado. Ojos cerraditos...

Oigo cómo sale del coche y al momento se abre mi puerta.

—¿Señorita? —Me sujeta el brazo con dulzura y tira de él suavemente para ayudarme a salir del coche—. Y no abras esos ojos tan bonitos que tienes.

—¡Mira, Terry, como me lo vuelvas a decir, los abro! —amenazo.

—Vale, vale, fierecilla... Ya me callo.

Me pasa un brazo por la cintura. Y yo con los ojos cerrados siento aún más su calor cerca de mí. Ayyy, qué difícil va a ser esto.

—Aquí estamos bien. —Siento su mano en mi barbilla, me levanta la cara y me susurra al oído—: Ya puedes abrirlos. —El ligero roce de sus labios en mi oreja me hace estremecer.

Obedezco. Abro los ojos y alucino.

—¡Dios mío, Terry, qué bonito!

Estamos en un campo inmenso repleto de violetas. Un precioso manto liláceo se extiende a nuestros pies y mi vista se pierde en la lejanía observando tal belleza.

—Hubiera preferido llevarte a la Provenza francesa para que vieras los campos de lavanda, pero florecen en verano, así que investigué y esto es lo que encontré.

—Me encanta, Terry. Es precioso. Gracias. —Él sigue aferrado a mi cintura y, agarrándolo del cuello, acerco su cara a mis labios y lo beso en la

mejilla.

En un giro inesperado, me encuentro con su cara frente a la mía, sus ojos clavados en mi boca y su cálido aliento derritiendo mis labios. Durante un par de segundos, mi cabeza lucha contra mis deseos y por fin lo aparto de mí y me siento sobre la hierba del prado, recogiendo las rodillas contra el pecho y contemplando el espectáculo que se extiende más allá de mis pies.

Él hace lo mismo y, sentados juntos, observamos en silencio la maravilla que nos ofrece la naturaleza. Cuando empieza a caer la tarde y después de un par de horas largas charlando, riendo, provocándome con sus bromas y sacándome de mis casillas, decidimos volver al hotel. Debemos cambiarnos de ropa y yo quiero antes darme una ducha para salir a cenar.

—Veo que estás indecisa... —Estoy frente al armario, pensando qué conjunto de los seis que me he traído voy a ponerme.

Me doy la vuelta y lo veo apoyado en el umbral de la puerta de mi habitación, sin camisa y con el pantalón medio desabrochado. Un reguero de fuego me invade por dentro y no puedo hacer otra cosa que quedarme ahí con la mandíbula medio desencajada y los ojos fijos en...

«¡Madre mía, Rebeca, reacciona!»

—Sí, lo estoy y mucho —ironizo, consiguiendo desviar la vista.

—Supongo que te debes de referir a la ropa, ¿no? —pregunta acercándose.

Ya ha llegado a mi lado y, rozando mi hombro con su pecho desnudo, toca uno de los conjuntos sin dejar de mirarme.

—Éste creo que será perfecto. Pero si quieres seguir pensándolo, mientras yo iré a la ducha, ¿te parece bien?

—Sí, claro, ve. Cuando acabes iré yo.

—Siempre la podemos compartir, si quieres —me provoca, sin apartar su cuerpo del mío.

—Terry, vete a la ducha... ¡ahora! —grito, fulminándolo con la mirada.

Entre risas se da la vuelta y contemplo su espalda mientras sale de mi habitación. Dios mío, qué difícil será esto... Si es que no sé por qué me meto en estos líos. ¿Quién me mandaría a mí aceptar venir a este viaje?

Al momento, oigo correr el agua de la ducha y no puedo evitar imaginar las gotas resbalando por su pecho. Sacudo la cabeza y decido ir a la cocina a tomarme algo. Al pasar por delante del baño, veo de reojo que Terry no ha cerrado la puerta y, si no recuerdo mal, la mampara de la ducha es de cristal

transparente, así que... Acelero el paso y no muevo ni un ápice mi cuello hacia la izquierda.

Ya a salvo en la cocina, abro la nevera y me sirvo una copita de vino. Pienso que igual a él le apetecerá también cuando salga de su placentera ducha y se lo pregunto.

—¡Terry, ¿te preparo una copa de vino?! —grito desde la cocina.

Espero su respuesta. Nada. Claro, con el ruido del agua no me debe de oír. Me acerco a la puerta y, de espaldas al interior, voy a repetir la pregunta cuando lo pienso mejor.

Me vuelvo y me oculto tras la pared del pasillo. Y miro. Está de espaldas, con la cabeza llena de deliciosa espuma blanca, que cae acompañada por el agua por su dorso y por sus perfectos glúteos. Pero no sé cómo, pierdo de vista ese bonito culo y en su lugar aparece un más que atractivo miembro.

No soy capaz de mirarlo a la cara. Pero, claro, tengo que dejar de mirarle el... Bufffff, siento calor en las mejillas y empiezan a temblarme las piernas. Reacciono por fin, casi al borde de la histeria.

—Yo... quería preguntarte... ¿quieres una copa de vino para después, cuando acabes de... cuando tú...?

—Sí, gracias, estará bien —responde sonriendo, sin ningún tipo de pudor y dejando que el agua se lleve todo el jabón, que se desliza por su cuerpo hasta sus pies.

Como en trance, me doy la vuelta y vuelvo a la cocina. Sirvo otra copa de vino, cojo la mía y me la bebo de un trago. La lleno otra vez y me quedo ahí, mirando a través de la ventana y con esa imagen grabada en mi mente, la de la espuma deslizándose por su... esas gotas cayendo...

—¿Dónde está mi copa? —Me sobresalto y giro sobre mis talones.

Y ahí está él, con su trasero apoyado en la isleta central de la cocina y una toalla anudada a la cintura. Con el pelo alborotado y todavía mojado y alguna que otra gota de agua aún resbalando por su pecho desnudo.

—Has decidido torturarme durante todo el fin de semana, ¿no? —pregunto, dándole un repaso general ya sin ningún tipo de vergüenza.

—Nada más lejos de mis intenciones. Aunque... —Se acerca a mí y, colocando los brazos a cada lado de mi cuerpo, se apoya en la encimera, dejándome atrapada entre ellos y a tan sólo escasos centímetros de su rostro —, si decidieras probarme, tu tortura terminaría o se convertiría en una más

dulce.

—Terry, ¿no decías que no querías interponerte en mi vida con Alan? —
Mis manos sobre su pecho intentan mantener las distancias.

—Técnicamente ahora no estás con él...

—Ya, pero lo volveré a estar. —Empiezo a molestarme.

—Está bien, como quieras —susurra en mi oído, aprovechando el impulso que toma para coger su copa.

Y de nuevo, ese súbito e inesperado acercamiento, junto con el roce de su cuerpo, hace que me vuelva a estremecer.

—Voy a ducharme, Terry. —Me mira y sonrío.

Me encierro en el baño, me cercioro de que el pestillo está bien asegurado en su sitio y empiezo a desnudarme. La cabeza me da vueltas, supongo que beberme esa copa de golpe no me ha ayudado mucho y, además, sus insinuaciones y provocaciones... Yo creo que será mejor que le diga que quiero volver a casa, o de lo contrario esto acabará muy mal.

¡Sí, decidido! Mañana por la mañana se lo pediré.

La última noche

Hoy es nuestra última noche aquí. Al final no le dije nada a Terry de que quería irme, porque empezó a comportarse bien y fue el mismo de siempre, divertido y cariñoso, pero sin ponerme al límite con sus peligrosos acercamientos. Sólo un poco, eso sí, es superior a él y de vez en cuando algo se le escapa, pero eso lo soporto bien.

Volvemos al hotel después de haber disfrutado de nuestra última cena juntos en este precioso paraje. Me siento en el sofá y enciendo la televisión.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunta él.

—Vale, lo mismo que tú.

—Yo me voy a tomar un whisky —dice, mirándome con cara de pensar «Sé que tú no vas a querer eso».

—¡Puajjjj, no! Pues entonces un vino, mejor que no haga mezclas; si no, se me irá la cabeza.

—Bien, entonces te pongo otra cosa —bromea, riéndose mientras se dirige a la cocina.

Lo que dan en la televisión es un asco, así que la dejo en un canal de radio, subo un poco el volumen y me relajo escuchando la música.

Sentados el uno junto al otro, charlamos y reímos durante un rato. Terry apoya la cabeza en mi hombro y me agradece que haya querido compartir con él este precioso fin de semana.

—Gracias a ti por querer ser mi amigo a pesar de todo.

En la radio empieza a sonar *Away*,* de Auryn y doy un salto del sofá.

—¡Ohhhhh, me encantan estos chicos, y esta canción es preciosa!

—¡Joder, qué susto me has dado! Pensaba que me ibas a atizar o algo... Si es que en el fondo eres una niña. ¿Éstos no son esos adolescentes?

—Sí, pero me gustan mucho. —Me levanto y empiezo a bailar al son de la tranquila melodía.

Al momento, los brazos de Terry me rodean por detrás.

—Esta canción no la puedes bailar sola. ¿Puedo? —pregunta,

tendiéndome una mano.

No le contesto. Me doy la vuelta, paso las manos por detrás de su cuello y apoyo la cara en su pecho.

Me acerca hacia él. Siento los latidos de su corazón al trote, golpeando fuerte sus músculos... mejor dicho, al galope... ¿O son los míos los que, con su desenfrenado repiqueteo, intentan decirme algo?

—La verdad es que es muy bonita la canción —dice, levantándose la cara—, pero no tanto como tú...

Cierro más los brazos en torno a su cuello, estiro la espalda al máximo y me acerco a sus labios.

Nos miramos profundamente.

Su mirada desciende hasta mi boca y me la devora con la vista.

Yo hago lo mismo. Veo cómo se entreabren sus labios y se acercan...

Aprisiona mi labio inferior entre los suyos, tira de él y, presionando con sus manos sobre mi trasero, me catapulta contra su entrepierna, que siento excitada ya contra mi pubis.

Mi boca busca la suya y él me la ofrece con deseo. La canción termina. Pero nosotros hace minutos que ya no bailamos. Nos limitamos a sentir nuestros cuerpos y a soltar toda la tensión sexual que durante meses nos ha atenazado.

Me levanta, sosteniéndome por el culo, y enrosco mis piernas en torno a sus caderas mientras no dejamos de besarnos. Mete la lengua en mi boca y ese sabor dulzón me embriaga de tal forma que no puedo reprimir un gemido.

Terry sigue avanzando hasta atravesar la puerta de mi habitación, que es la que está más cercana al salón y una vez dentro, se detiene al lado de la cama. Se separa de mi boca y, lentamente, me deja en el suelo, todavía agarrado a mi cintura y mirándome a los ojos. Sin hablar, sé lo que me quiere decir y se lo hago saber empezando a desabrocharle la camisa.

Coge mi cara entre sus manos y vuelve a besarme, al mismo tiempo que se lanza sobre mí y los dos caemos sobre la cama. Su cuerpo está ahora totalmente sobre el mío y con una mano me acaricia el cuello. Me deshago de su camisa y él me quita la camiseta. Sus ojos recorren mi cuerpo y yo el suyo con las manos. Rozo su abdomen y cuando mis dedos se dirigen a la cinturilla del pantalón, lo siento estremecerse bajo mi tacto. Mira mis manos y, volviendo la mirada a mis ojos, me sonrío.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres? Luego no me echas la

bronca, ni me taches de acosador.

—Estoy segura, aunque mañana tengamos que olvidarlo.

—Sabes que haré todo lo posible para que eso no suceda.

Agarro su cabeza entre mis manos y lo acerco a mí.

—Terry, cállate, ¿quieres? —Sonreímos y nos seguimos besando.

Con una destreza increíble, me desabrocha el pantalón y me lo baja hasta quitármelo. Desliza una mano por mi pierna y, rebasando la rodilla, me acaricia el muslo por la parte interna. Suspiro una vez y el segundo suspiro que sale de mis labios es atrapado por su boca.

Yo lucho con los botones de su pantalón. Dios mío, me parece muy sexy este sistema, pero, en ciertas ocasiones, ¡lo odio! Con lo fácil que es bajar una cremallera. Terry se da cuenta de que estoy en apuros y, abandonando mi muslo a su suerte, acaba él mi trabajo.

—Fierecilla, eres un poco torpe, ¿no? —bromea.

—Cuando acabemos, ya me dirás si sigues pensando lo mismo...

—Mmmmm... ojalá este momento no acabara nunca. Bueno, mejor dentro de un rato, entonces que se pare el tiempo, ¿no crees?

—Terry...

—Sí, sí, ya me callo...

Me hace sonreír y mi sonrisa es truncada de nuevo por sus besos. Paso las manos por su espalda, su piel es suave y sigue estremeciéndose bajo mis caricias. Yo no puedo hacer otra cosa que imitarle, cuando él ya ha terminado el recorrido por mi muslo y siento su mano quieta sobre mi ingle, rozando mi entrepierna.

Le bajo con suavidad los pantalones junto con los bóxers y me siento morir cuando gime sobre mis labios.

La despedida

Por la mañana me despierto junto a él. Nuestros cuerpos todavía despiden el calor remanente que nos ha dejado nuestra noche de pasión y yo me apresuro a salir de la cama y meterme en la ducha, dejándolo a él ahí, durmiendo.

Cuando termino y cierro el agua, la mampara se abre y aparece Terry, más atractivo que nunca. Entra y, atrapándome entre su cuerpo desnudo y las frías baldosas de la pared, me besa.

—Terry, ayer, cuando terminamos...

—Sí, lo sé. Acordamos que lo olvidaríamos y que no volvería a pasar nada más entre nosotros. No haré nunca nada que no quieras, pero no te puedo prometer que olvide esta noche mágica. Y ahora... sólo quiero despedirme y saborear por última vez tus labios... ¿Puedo? —Me acaricia la mejilla.

Le sonrío y me besa por última vez.

Jueves, 17 de abril

Hace ya cinco meses desde que se descubrió ese oscuro episodio de la vida de Alan. Él aceptó mi decisión y me dio todo el tiempo necesario para que yo pusiera orden en mi cabeza. No ha sido una separación total. Hablamos mucho por teléfono. Algún día incluso, hemos comido juntos y la Navidad la celebramos con los niños. No podíamos dejar pasar esos días sin estar el uno con el otro, simplemente porque las pasadas Navidades nos fueron arrebatadas de la forma más trágica posible.

Al final, Alan decidió aplazar el viaje a Dubái. Prefirió esperar y hacerlo juntos. Teníamos la esperanza desde el principio que todo se solucionaría. Es tan fuerte el amor que sentimos el uno por el otro que de eso no nos quedó ninguna duda, por muchas cosas que hubiesen pasado antes y durante estos últimos meses.

En esta etapa de reconducción de nuestras vidas, Terry y yo nos hemos estado viendo. Alan siempre lo ha sabido y hemos decidido empezar de cero, olvidando todo lo ocurrido y pactando no hablar nunca más de ello.

Con Terry, al final, después de todo lo que hemos pasado juntos, ha quedado una bonita amistad que incluso continúa ahora que Alan y yo volvemos a estar juntos. Esta amistad, y esto es un gran logro por parte de Alan, es aceptada por él, porque sabe que es lo que me hace feliz y cumple su parte del pacto no juzgándome por ello. Aun así, entre ellos dos no ha habido ningún encuentro más, ni siquiera han cruzado dos palabras.

Ya llevamos un mes en la nueva casa, disfrutando de nuestro nuevo comienzo, con las fuerzas intactas y el amor más afianzado que nunca.

—Rebeca, aquí tienes los billetes para mañana y las reservas del hotel. También están los resguardos para los dos coches de alquiler.

—Gracias, Luis.

Guardo la carpeta en mi bolso, ya que no quisiera olvidármela aquí en la oficina.

Ahora la antigua habitación de Alan se ha convertido en su despacho. La estancia contigua, separada por una puerta, es el mío. Y es aquí donde pasa la

mayor parte de su tiempo, distrayéndome de mis tareas y perturbándome con sus insinuaciones.

Así, su antiguo y precioso chalet se ha transformado en un moderno y útil centro de negocios. La sede de la ambiciosa y joven firma A&J Architecture.

Nuestra nueva casa ya está totalmente decorada. Ha sido un mes intenso de trabajo, aunque tengo que reconocer que Alan me ha ayudado mucho y se ha volcado totalmente conmigo, participando en todo momento, escogiendo muebles, accesorios... y «estrenando» cada objeto que incorporábamos a nuestra habitación.

A las ocho de la noche entramos por la puerta. Al día siguiente por la mañana, Jan y Sara pasarán a recogernos a las siete para volar rumbo a Dubái y todavía tenemos que preparar las maletas. Al final, Alan convenció a Jan para que viniera también Sara. Lo han vuelto a intentar y así, mientras Jan y Alan están metidos en sus negocios, yo no estaré sola.

—Voy arriba, empezaré por tu ropa, luego vienes y me dices si quieres llevarte algo más, ¿vale, mi amor? —Y después de besarlo en el cuello, recojo de la escalera un par de jarrones que todavía quedan por colocar en la habitación.

Entro en nuestro estupendo y gran refugio de juegos y apasionantes momentos de amor y coloco los jarrones en la amplia cómoda del fondo.

—¿Qué estás haciendo?

Su grave voz me sobresalta y lo veo con su musculoso hombro apoyado en el marco de la puerta y los fuertes brazos cruzados sobre su semidesnudo y adorable pecho. Su actitud es amenazante y su mirada es muy profunda, lo que hace despertar en mí mis más bajos instintos.

—He... colocado... los jarrones...

—¿Y? —pregunta, acercándose lentamente a mí.

—Y... lo siento... Es que tenemos tantas cosas que hacer, que lo he hecho sin pensar.

Una vez llega al lado de la cama, se sienta en ella y extiende su mano hacia mí. Yo estoy totalmente paralizada ante tal espectáculo de belleza.

—Ven aquí, chica mala y olvidadiza... ¿Qué crees que tengo que hacer yo ahora? ¿Enfadarme? ¿Castigarte? ¿O complacerte? —Sus palabras salen de su boca de una forma pausada y en tono gutural y sólo con escucharlas siento cómo las piernas me empiezan a flaquear.

—Ohh... Alan, haz conmigo lo que quieras. Sea lo que sea, sé que me gustará. —Mis manos empiezan a deslizarse por su torso semidesnudo, su camisa desabrochada me ofrece una visión perfecta de sus pectorales, que quiero besar ahora mismo—. Sé que me he equivocado. Ha entrado una cosa nueva en la habitación y he olvidado que tú también tienes que entrar entonces dentro de mí... —A estas alturas ya está rendido bajo mi cuerpo, me he sentado sobre sus caderas y beso sus abdominales mientras le desabrocho los pantalones—. Castígame Alan, castígame con tu cuerpo...

—Rebeca... Mmmmm... Sí... ¿Cómo lo quieres? —murmura, mientras se deshace de la ropa.

—Duro, Alan, duro, por favor... —Sus fuertes manos me agarran por la cintura y, en un segundo, me encuentro atrapada bajo su cuerpo.

—Bien... —Entre los dos nos liberamos de mis pantalones y de mis bragas y, mientras me sigue encendiendo con sus susurros, sus expertas manos se libran también de mi camiseta y el sujetador.

—Ohhh... Alan...

—Rebeca, tengo que castigarte... lo entiendes, ¿no?

—Sí, Alan, sí... ¡Quiero que me castigues ya! Por favor...

—De acuerdo, mi caliente Rebeca. ¿Quieres que te dé tu merecido castigo? Vale, pues voy a hacerlo haciéndote el amor, lento... dulce... como nunca te lo he hecho... —Sus besos me queman y sus palabras me enfurecen.

—¡Nooooo! Alan, por favor...

—Cállate, Rebeca, para hacerlo así tengo que concentrarme...

Todo mi cuerpo empieza a ser invadido por la oleada de inmenso calor que dejan sus manos al deslizarse sobre mi piel. Sus labios se abren paso por mi escote, pasan entre mis pechos y su lengua dibuja círculos sobre mi cuerpo y se introduce lentamente en mi ombligo.

—Alan... —Mis dedos enredados en su pelo lo empujan hacia mi sexo en un desesperado intento de acelerar sus movimientos, pero no lo consigo. Sigue deleitándose con mi ombligo—. Me vas a volver loca, por favor... ven... quiero tocarte...

Obedeciendo mis deseos, se coloca frente a mí, torturándome con su caliente sonrisa, y cuando mis manos se dirigen enloquecidas hacia su pene, en un arrebató furioso me sujeta las muñecas sobre la cabeza y me las mantiene juntas con una sola mano, mientras con la otra me separa las piernas y me penetra dulcemente.

Me besa el cuello y sus movimientos dentro de mí son lentos y suaves. Demasiado lentos y enloquecedoramente suaves.

—Alan... —Quiero gritarle, quiero pegarle, quiero enfurecerlo, pero no puedo mover las manos.

Me siento fuera de control, quiero que me suelte y necesito sentirlo duro sobre mí. Haciendo acopio de todas mis fuerzas, doblo las piernas e, impulsándome con los pies, consigo deshacerme de su dulce penetración. Quiero cabrearlo y entonces sé que me dará lo que quiero. Aprovecho este momento de sorpresa que he conseguido provocarle para liberarme de su fuerte mano y le golpeo con fuerza en el pecho, haciéndolo caer a mi lado.

Estoy sorprendida del resultado de mis esfuerzos, es increíble que haya podido ganarle en nuestra particular lucha.

—¡Déjame! ¡Fuera!

Intento escaparme a gatas por encima de nuestra gran cama, en dirección opuesta a donde él está tendido, pero una fuerte presión en mi tobillo derecho me impide llegar al suelo.

—¡¿Adónde vas?! ¡Ven aquí!

—¡Nooooo! ¡Suéltame!

Lanzo una patada al aire y veo que mi pie impacta contra su cara. De inmediato doy por acabado mi juego y voy a lanzarme sobre él para pedirle perdón, cuando sus profundos ojos negros se clavan en los míos y su boca se abre desmesuradamente.

—¡¡¡Arrrggg!!! ¡¡¡Rebecaaa!!!

Se abalanza sobre mí con las manos en alto y cuando deja caer su cuerpo sobre mí puedo verlo, puedo ver su gran erección. La lucha que hemos mantenido lo ha excitado de tal manera que empiezo a temer las consecuencias.

—Alan... mi amor... ¿te he hecho daño?

Su respuesta no se hace esperar, su pene se introduce con fuerza dentro de mí. Sus ojos siguen fijos en los míos y sus manos se aferran con fuerza a mi cabello y a mi muslo, que mantiene con extremada fuerza pegado a su cuerpo. La fuerza y el ritmo de su penetración son incontrolados.

—Ahhh... Alan... sí... ohhhhh...

—¡Es esto lo que querías, ¿no?! —Su fuerte voz retumba en mis oídos y empiezo a sentir dolor en el cuero cabelludo por los tirones que me da en el pelo.

—Sí... Alan... Sí... Sigue no pares... Ahhhh...

Su enorme miembro me está llenando por completo y su brutalidad en las embestidas me hacen llegar al orgasmo más rápido de lo que hubiera deseado. Él enseguida lo nota y se deja llevar también hacia el clímax, mientras ahoga mis gritos de placer cubriendo mi boca con la suya y empezando su lengua un baile con la mía, que lo espera con ansias.

Después, una vez recuperada la respiración, intento disculparme de nuevo.

—Mi amor, ¿estás bien? ¿Te he hecho daño?

Su sonrisa y sus caricias, ahora tan tiernas, me dicen que no.

—Rebeca, me ha encantado. Al final te has salido con la tuya, siempre consigues de mí lo que quieres. Pero... suerte que me has dado en la frente, si me llegas a dar en la nariz... me la rompes, mi fierecilla.

Esa última palabra se me clava en el cerebro. Así me llama Terry, pero eso es algo que nunca le he contado.

—Alan, lo siento. —Lo obligo a tenderse en la cama y me acurruco contra su pecho, acariciándole la cara.

—¿Te ha gustado por lo menos, mi pervertida princesa?

—Me ha encantado. Tu enorme polla me ha llenado por completo. Has sido tan duro que a veces he creído que estaba en el paraíso.

—Mmmmm... qué bien...

—¿Y a ti? ¿Lo hubieras preferido dulce?

—Ohh... no... Pensaba que de un momento a otro mi polla iba a estallar. Ha sido increíble, de verdad.

Acabamos abrazados y riendo con nuestras calientes observaciones sobre lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

Viernes, 18 de abril

A la mañana siguiente, alrededor de las siete, casi con una puntualidad británica, ya estamos cargando las maletas en el coche de Jan y cinco minutos más tarde partimos rumbo al aeropuerto.

Vamos a estar diez días en la maravillosa ciudad de Dubái y es la primera vez que viajamos los cuatro juntos. Estoy emocionada por compartir este viaje con Jan y Sara, él es encantador y Sara tampoco se queda atrás. Ella y yo hemos congeniado mucho, aunque últimamente, por su separación, no la he visto todo lo que quisiera, así que espero que en esta nueva etapa les vaya bien. Se lo merecen.

Circulamos ya por la autovía y, mientras nuestros dos atractivos compañeros comentan sus temas de trabajo, nosotras dos, sentadas en la parte trasera del coche, empezamos a planear nuestras rutas de *shopping*.

—En la maleta llevo una lista de tiendas increíbles que tenemos que ver —dice Sara—. Es una pasada la cantidad de cosas bonitas que he visto. Creo que voy a necesitar otra maleta para la vuelta, para meter todo lo que me quiero comprar.

—Tú y tus compras compulsivas. Ya veo que tendré que controlarte o, de lo contrario, no te dejarán subir al avión de vuelta por exceso de equipaje. —Río al ver su cara de emoción.

—Sí, por favor, Rebeca, a ver si tú consigues algo con ella. Estos días he estado a punto de desconectar el wifi de casa para que no siguiera buscando tiendas... —interviene Jan, fingiendo un tono preocupado.

En veinte minutos llegamos al aeropuerto y nos dirigimos al mostrador. Vamos a viajar en clase Business, por lo que no tenemos que hacer nada de cola. Y, cómo no, llegamos cinco minutos antes de que el avión despegue. No creo que Alan haya acatado nunca las normas horarias.

La atractiva azafata hace un ligero comentario sobre nuestro retraso, instándonos a embarcar, pero es como si hablara con la pared. Alan ni se inmuta. Me agarra por la cintura y nos encaminamos hacia la puerta de embarque.

Tenemos ocho horas y media de vuelo por delante, y sumado a la diferencia horaria de Dubái, calculo que más o menos llegaremos de noche. Mañana es sábado y como hasta el lunes Alan y Jan no tienen que trabajar, tendremos dos días para descansar y el lunes empezar a madrugar.

El viaje no se hace nada pesado. El servicio que ofrece la tripulación es de lo más selecto. Al mediodía nos deleitan con una copa de exquisito vino blanco y la comida es más que aceptable.

—¿Te apetece otra copa de vino, princesa? —pregunta Alan cuando estamos terminando el postre.

—Mejor que no, Alan; si no, no creo que pueda reprimir mis deseos hacia ti —respondo, con una provocativa mirada.

—¡Señorita! Otras dos copas de vino, por favor —ordena él a la auxiliar de vuelo que pasa en ese momento por nuestro lado.

—Enseguida, señor —contesta amablemente la chica, sin poder evitar sonrojarse al mirarlo a los ojos.

Una punzada de celos me atraviesa el cerebro. ¿Se habrá percatado Alan de la reacción de la joven?

—Los aseos de Business son muy amplios... —me susurra al oído, rozándome con los labios y encendiendo dentro de mí todos los fuegos.

—¿Los has probado muchas veces o qué? —pregunto un poco molesta.

—No para lo que estoy pensando. Espero que hoy sea la primera vez que le vayamos a dar esa nueva utilidad.

—Alan, estás loco. —No puedo evitar reírme al ver la cara de Sara, supongo que adivinando las proposiciones de Alan.

La auxiliar nos trae las copas de vino y él, sosteniendo la suya en alto, pronuncia su brindis más caliente:

—Por ti, Rebeca. Y porque este viaje se convierta en memorable para el resto de nuestras vidas. Porque los cimientos del hotel estén reforzados para que soporten los temblores que provocarán mis movimientos al follarte y porque el aseo que tenemos ahí enfrente esté libre en menos de cinco minutos. Te quiero.

Su tono no es precisamente suave y creo que sus palabras llegan a oídos de Jan y de Sara, que están frente a nosotros, porque se quedan mirándonos fijamente y sonriendo.

—Alan, estás rematadamente loco, pero me encanta —le susurro al oído, besando su bonita oreja.

Bebemos de nuestras copas y, con su mano detrás de mi nuca, me acerca para besarme apasionadamente.

—Ve al baño —me ordena—. En un minuto iré, tocaré tres veces a la puerta y me abres.

—Alan, no... se darán cuenta —le suplico, mirando a nuestros amigos.

—Mejor, así les daremos nuevas ideas para sus aburridas vidas.

—¡Alan! —Me sorprende lo despiadado de sus palabras, sobre todo teniendo en cuenta que se refiere a su amigo.

—¿Prefieres que te demuestre aquí y ahora cómo tengo la entrepierna? —Su intensa mirada me dice que es mejor que le obedezca y me levanto mirando con una disculpa a Sara y Jan.

Me invade la ya conocida sensación de nerviosismo y excitación a la que me tiene acostumbrada mi atractivo e incontenible compañero. Abro la puerta del aseo y entro rápidamente para evitar que me vea nadie de la tripulación. Sin pensarlo ni un minuto, empiezo a quitarme los zapatos, para continuar con los pantalones.

Toc, toc, toc.

Sabía que no tardaría en venir, pero aun así el corazón me da un vuelco y la excitación se apodera hasta de mi más minúscula terminación nerviosa.

—Lo sabía. Sabía que estarías más que dispuesta... —Me empuja hacia la reluciente encimera del lavabo y me aprisiona contra su pecho.

—Alan... ¿con qué cara nos sentaremos luego junto a Jan y Sara? —le pregunto entre suspiros.

Ya le he desabrochado el cinturón y ahora le bajo la cremallera del pantalón. Me enloquece sentir su gran erección bajo la suave tela de los bóxers.

—Pues con la de haber follado brutalmente en los aseos de un avión.

Noto cómo mis bragas se deslizan por mis piernas y me desabrocha la camisa, mientras me besa el escote. Sus fuertes manos me agarran por la cintura y me levanta del suelo para dejarme caer sobre la fría encimera. Instintivamente, abro las piernas y él se coloca entre ellas. Introduce dentro de mí sus expertos dedos, al tiempo que yo empiezo a masturbarlo.

—Arrggg... Rebe... ¡Joder! ¡Cómo estás!

—Alan... no grites, por favor...

—Lo intentaré... pero no te prometo nada...

—Vale, pues cállate... y fóllame Alan. —Antes de que concluya mi

petición, su pene ya me está entregando lo que pido y damos rienda suelta a nuestro deseo.

Una vez acabada la rápida y excitante sesión de sexo, nos refrescamos un poco, nos vestimos y yo soy la primera en salir del aseo.

—Voy enseguida, mi caliente princesa, en cuanto pueda abrocharme el pantalón. —Su cara de excitación me divierte y salgo rápidamente, para no sucumbir de nuevo a sus encantos.

Nuestros dos amigos me ven aparecer por la cortina que separa la cabina y, cuando llego a nuestros asientos, los dos miran disimulando hacia la ventana. Me siento muy incómoda y un poco avergonzada, aunque feliz y enamorada. En estos momentos es como si por todos y cada uno de los poros de mi piel se me escaparan pequeños corazones que se quedarán revoloteando a mi alrededor.

—Oh, chicos, por favor, no disimuléis. Me hacéis sentir peor todavía. — Prefiero atacar el tema de frente, así pasará más rápido el bochorno. Creo.

—Pues Rebeca, tu cara no refleja precisamente malestar —dice Jan.

—¡Jan, cállate! —lo increpa Sara, enfadada.

Yo le doy a él un débil puntapié y acabamos riéndonos.

—No te preocupes, Sara, Jan tiene razón. Es culpa mía. Soy débil ante los encantos de Alan.

Intento cogerle la mano cuando se levanta furiosa en dirección al aseo, pero no lo consigo.

—¿Qué le ocurre, Jan? —Me he quedado estupefacta ante su reacción.

—Bah, no te preocupes, está nerviosa por el viaje, nada más.

—¿Qué le has hecho a Sara, Jan? ¿O qué no le has hecho? Un poco más y me arrolla por el pasillo —bromea Alan sentándose a mi lado y besándome dulcemente la mejilla.

—¿Quieres que vaya a hablar con ella? —Me decido a preguntarle a Jan, al no ver ninguna intención por su parte de ir a tranquilizar a su novia.

—Como quieras.

Me sorprende su actitud. De pronto, las bromas y risas se han esfumado y su rostro permanece impassible.

Llego a la puerta del aseo contiguo al que antes Alan y yo hemos visitado, el que veo que tiene el piloto rojo encendido de ocupado, mejor, no sé si podría soportar volver a entrar en el otro, y golpeo suavemente la puerta.

—Sara, ¿estás bien?

La puerta se abre y entro. Está apoyada en la encimera y su rostro me dice que no va a tardar en estallar en sollozos descontrolados.

—¿Qué ocurre, Sara? ¿He dicho algo que te haya molestado?

—No, Rebeca, no es culpa tuya en serio. Sólo que os envidio tanto... Se os ve tan enamorados... Es como si fuerais uno solo. Habéis superado lo que ocurrió, que ha sido mucho. En cambio, nosotros... no creo que podamos.

—Sara, no, Jan te quiere con locura. No digas eso —intento consolarla y le aparto un mechón de pelo que le tapa la cara—. Eres preciosa y hacéis una pareja perfecta.

—Entonces... ¿por qué no ha venido él, Rebeca? Esto no funcionará otra vez, lo sé. —Las lágrimas empiezan a recorrer sus sonrosadas mejillas.

—Supongo que estará un poco nervioso con este proyecto tan importante para ellos. Es la construcción de un complejo hotelero muy grande en una ciudad muy ambiciosa, donde cualquier error, por pequeño que sea, les puede salir muy caro. Sabes que se toman muy en serio su trabajo.

—Ya. Si hubieras sido tú, Alan habría saltado por encima de los asientos para correr detrás de ti, sin importarle lo más mínimo las preocupaciones que tuviera ahora mismo en la cabeza.

—Sara, vamos a pasar diez días en una fantástica ciudad. Nos lo vamos a pasar genial. Verás cómo todo irá bien. Dale tiempo. Jan tiene mucha presión. Ya conoces a Alan y sabes cómo es en el trabajo. Estoy segura de que en cuanto lleguemos y tenga controlada la situación, todo irá bien.

—¿Tú crees? ¿De verdad piensas que me quiere?

—¡Pues claro! ¿Quieres que le diga que venga? Te puedo asegurar que estos aseos son muy cómodos, ¿eh? —Le hago una mueca picarona y consigo arrancarle media sonrisa.

—No, no le digas nada. Salgo enseguida. Gracias, Rebeca.

La abrazo con cariño y vuelvo a mi asiento.

—¿Todo bien? —Curiosamente, es Alan quien se preocupa por Sara, mientras que Jan no aparta la vista de la ventana.

—Sí. Vuelve enseguida —contesto, dirigiéndome a éste, que sigue inmóvil.

Alan y yo nos miramos y entiendo que me dice que lo deje estar.

Viernes, 18 de abril (en Dubái)

Ya en la habitación del hotel, no puedo salir de mi asombro.

—Alan, es perfecto. Todo es tan bonito...

—Quería que tuvieras cerca todo lo que te gusta. El mar. La playa...

—Y tú. —No dejes que termine, acabo yo su frase y lo beso.

—Sí y yo. Tendrás que dejarme algo de tiempo para trabajar, ¿vale?

—Claro que sí, mi amor. Alan, ¿qué ocurre con Jan y Sara?

Sus brazos me rodean por detrás, mientras contemplamos las maravillosas vistas de la playa desde la terraza de nuestra habitación.

—Bueno, pues parece que... yo no soy tan raro... y Sara está un poco celosa por la complicidad que hay entre vosotros dos.

Me revuelvo entre sus brazos para mirarlo de frente, preocupada.

—Pero...

—Parece que le ha molestado la naturalidad con que bromeabais acerca de nuestro encuentro en los aseos del avión cuando has vuelto a sentarte con ellos.

—Alan, yo... —Me preocupa su reacción, pero enseguida me tranquiliza.

—Lo sé, lo sé. Jan me ha explicado cómo ha sido. Sé que estabas avergonzada. Tu intención sólo era pasar el mal rato cuanto antes, pero ella no lo ha entendido así.

Eso me hace convencerme de que Alan, por fin, ha cambiado, que ha conseguido controlar sus celos y que tiene asumida la aparición de Terry en nuestras vidas y el hecho de que éste siga de alguna manera en la mía, puede que incluso llegue a entenderlo.

—No me ha dicho nada de eso cuando he estado hablando con ella. Sólo me ha dicho que nos envidiaba a ti y a mí. Duda de si Jan realmente la quiere.

—Conozco a Jan y, créeme, yo también lo dudo. Ella te quiere mucho, por eso no te ha dicho nada, pero en el fondo sabe que nunca podrá tener algo como lo nuestro.

Sus palabras me entristecen mucho. Mis sentimientos hacia Jan y Sara

son muy fuertes y quiero que todo les vaya muy bien. Es necesario que hable con Jan cuanto antes.

Pero ahora tengo otro tema pendiente... y está frente a mí, rodeándome con sus brazos.

Miércoles, 23 de abril

La ciudad de Dubái es realmente increíble. Todo lujo y glamour. Sara, como era de esperar, se ha vuelto loca con las compras. Con nuestro impresionante Audi de alquiler, vamos recorriendo todas las tiendas de la larga lista que preparó hace unos días, mientras nuestros amados compañeros batallan en sus negocios.

Han pasado ya cinco días desde nuestra llegada y me siento mal al pensar que ya estamos en el ecuador de este apasionante viaje.

Llegamos cargadas con nuestras bolsas, más Sara que yo, cuando son más de las nueve de la noche. No creo que nuestros chicos tarden mucho más, por lo que me apresuro a despedirme de Sara para arreglarnos y luego bajar a cenar.

Coloco cuidadosamente el provocativo conjunto que he comprado esta tarde en la cómoda de la suite y me meto en la ducha.

Estoy acabando de ponerme los zapatos cuando Sara llama a mi puerta.

—Rebeca, ¿estás ya?

—Sí. Vamos.

En el bar, nos acomodamos en nuestra mesa de costumbre, a esperar a nuestros guapos acompañantes, mientras tomamos una copa de vino.

—¿Qué tal con Jan? ¿Has hablado con él? —le pregunto a Sara. Si voy a hablar con Jan, necesito saber cómo está el tema.

Durante toda mi vida he conectado mejor con el sexo masculino, no sé por qué extraña razón, pero siempre ha sido así. Mis mejores amigos han sido chicos. Y sí, puedo afirmar que puede haber amistad sin sexo, yo la he tenido. Y mi círculo de amistades siempre ha tenido más componentes masculinos que femeninos. Pero con Sara es diferente, igual que con Sofía, me siento bien con ella, y no me gusta saber que está sufriendo.

—Sí, hemos hablado, pero sigue distante conmigo. No lo entiendo. Siempre intento estar pendiente de él, pero no consigo hacerle feliz. Yo he apostado por nuestra relación, me he olvidado de todo, pero me temo que él no.

—No, Sara, no digas eso...

—Sí, Rebeca. Mira, yo te quiero mucho, no malinterpretes lo que te voy a decir. Sé que quieres con locura a Alan y que sólo tienes ojos para él, pero Jan... no estoy segura de sus sentimientos hacia ti.

—¡No! ¡Te equivocas! Jan se portó muy bien conmigo tras el accidente de Alan y en esos momentos forjamos una profunda amistad, pero sólo es eso. Sara, por favor, no te montes historias raras en la cabeza. Jan te quiere.

De repente recuerdo la situación que vivimos aquella noche en casa de Alan y empiezo a tener mis dudas.

—Rebeca, sé lo que tú sientes por Jan, sé que es tu amigo. Lo que todavía no sé es qué es lo que eres para él.

Viene a mi mente la conversación en el Ola's aquel mediodía y cómo Jan se enfrentó a Alan, haciéndole entender que no tenía por qué preocuparse en cuanto a nuestra amistad. Pero ahora empiezo a dudar de Jan. Y le odio por ello. No puede traicionarme así. Yo le he considerado mi amigo todo este tiempo. No lo voy a consentir. Que me traicione a mí, eso ahora ya me da igual, lo que no puedo permitir es que traicione a Alan y que le haya mentido.

—Hablaré con él en cuanto pueda, te lo prometo.

—Sí, Rebeca, por favor. Me estoy volviendo loca.

—No te preocupes, todo saldrá bien, te lo prometo.

Pero me entristezco, porque no sé si mi promesa se cumplirá. El tintineo de mi WhatsApp nos sobresalta.

ALAN GASS

Estamos llegando, mi amor.

Estoy hambriento.

—Es Alan, que están llegando. —Puedo ver sus tristes ojos y sé por qué. Sólo ha sonado mi teléfono.

(En línea)

Estamos en el restaurante.

Esperando ansiosas.

(Escribiendo)

Lástima, pensaba que todavía estarías en la habitación.

La verdad es que ahora no tengo muchas ganas de seguirle el juego, cuando tengo frente a mí a una triste y preciosa chica, preocupada por los sentimientos de su novio.

(En línea)

Ven rápido.
Acabemos con la cena y estaremos donde quieres.

(Emoticono carita beso)

(Escribiendo)

(Emoticono lengua, lengua, lengua, lengua)

Cierro la aplicación sin poder evitar reírme.

Miércoles, 23 de abril (por la noche)

Esa noche se celebra una fiesta en el hotel con baile incluido.

—Alan, por favor, saca a bailar a Sara.

Su intrigada mirada se clava en mí y me dice que está esperando una explicación.

—Por favor, tengo que hablar con Jan.

—Oh, no, Rebeca, no te metas. Ya se apañarán ellos con sus problemas —comenta mientras me abraza.

No le puedo confesar los temores de Sara, no ahora que empieza a controlar sus compulsivos celos hacia Jan.

—Por favor...

—¡Está bien! Pero sólo una canción. Y luego, en la cama, tendrás que compensarme por este mal rato —me susurra al oído, rozándome con sus calientes labios.

¡Dios! Muchos hombres quisieran poder bailar con Sara. Es una chica rubia realmente hermosa, que atrae más de una mirada, pero Alan no puede ver más allá de mí. Me obligo a volver a la tierra, sólo tengo el tiempo que dura una canción y sé con certeza que será así.

Me acerco a Jan, que me sonrío dulcemente.

—Jan, necesito hablar contigo.

—Lo sé. Se te nota hace días que quieres hacerlo.

Él también sabe lo que pienso. ¿Tendrá razón Alan cuando asegura que soy tan transparente? Que lo note él lo entiendo, incluso me gusta, pero que también lo note Jan, no estoy tan segura de que sea lo que quiero.

—Has hablado con Sara, ¿no? —pregunta él.

Su mirada no se aparta de su chica y Alan mientras bailan, casi a medio metro de distancia el uno del otro. No puedo evitar esbozar una media sonrisa al contemplarlos.

—Lo está pasando muy mal. No está segura de tus sentimientos. Ella te quiere mucho, Jan, y creo que...

—¿Sabes qué, Rebeca? —me interrumpe—, ni yo mismo sé cuáles son.

Es muy difícil saber cuáles son los sentimientos de uno mismo, cuando al lado tienes continuamente una historia de amor incontrolable y perfecta y entiendes que tú nunca llegarás a tener algo así. Simplemente porque la persona que protagoniza esa historia es la persona que tú quisieras tener a tu lado.

—Jan, eso no es así. Sara y tú...

—Rebeca, me he enamorado de ti.

Sus ojos fijos en los míos me parecen más verdes que nunca. Jan tiene siete años más que Alan, me lleva a mí sólo un par de años, pero ahora mismo parece un niño.

—Jan, no, por favor...

—No te preocupes, Rebeca. No pienso decirle nada a Alan, ni por supuesto a Sara. Cuando volvamos a casa la dejaré definitivamente. No tendríamos que haberlo vuelto a intentar. Yo sabía que esto no funcionaría. Y no pienso interponerme entre vosotros. Os quiero demasiado a los dos. Pero no puedo seguir manteniendo esta mentira. Lo superaré, no te preocupes. Sois mis amigos y aunque sólo sea por eso, lo haré.

—No veas, Rebeca, no conocía yo esta faceta de perfecto bailarín de Alan.

La alegre voz de Sara acaba por romperme el corazón y Alan, por supuesto, lo nota. Se interpone ante la mirada de mi amiga acercándose para besarme.

Acabamos nuestras copas y subimos a nuestras respectivas habitaciones. Una vez allí, el interrogatorio de Alan no se hace esperar.

—¿Qué te ha contado, Jan? Pareces preocupada.

—Quiere romper con Sara definitivamente. —Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Ohh... vamos, Rebeca... no hagas esta guerra tuya, por favor. No te preocupes, los dos encontrarán a alguien rápido. ¿Te ha dicho por qué? Bueno, realmente no sé si me importa, tengo cosas mejores en la cabeza...

—Alan, por favor, ¿cómo puedes ser tan frívolo? Es tu amigo. —No me gusta cuando actúa así y él lo sabe.

—Mi amor, conozco a Jan desde hace mucho tiempo y te aseguro que nunca le ha costado mucho encontrar recambio para sus episodios de desamor. Esta vez no será diferente.

—Pero ella le quiere.

—No lo suficiente si no ha sabido retenerlo a su lado.

—¡Eres un machista! —Me enfurece porque sé que no tiene razón, pero no puedo explicarle la verdad.

—Ohhh... ¿ahora te molesta que sea machista? Creo recordar numerosas ocasiones en que te gusta que te demuestre lo macho que soy... —Sus besos ya me queman la piel y empiezo a perder el hilo de la conversación que estábamos manteniendo.

—Sí... pero ya me he olvidado. Refréscame la memoria, por favor...

—Mmmm... enseguida, mi amor. ¿Cómo han ido las compras hoy?

—Me he comprado algo que te gustará... Mañana me lo pondré. Ahhh... ¿Por qué me preguntas? Si no... me haces caso...

Domingo, 27 de abril

Hoy es domingo y por fin consigo despertarme antes que Alan y así puedo contemplar su bello rostro mientras duerme. Mañana ya volvemos a casa. Al final no ha sido todo lo divertido que había esperado, ya que Sara no está en su mejor época, pero Alan lo ha compensado por las noches y por las mañanas.

Jan y él están muy contentos, las negociaciones han ido muy bien y casi seguro que el proyecto será suyo. Alan está pletórico y eso también se nota en nuestra relación. Ojalá le pasara lo mismo a Jan con Sara.

Empiezo a acariciar su caliente cuerpo. No puedo contenerme más. Él se revuelve bajo las sábanas y me estrecha con fuerza junto a él.

—Mmmm... Buenos días... Ohhh... sigue, me gusta.

—Buenos días, mi Don Perfecto. Qué caliente estás.

—No lo sabes bien, todavía no has llegado al punto crítico.

—¿No? ¿Y hasta dónde quieres que llegue, mi pervertido Alan?

—Deja volar tu imaginación, mi caliente princesa.

Por la noche salimos a cenar los cuatro para la despedida. Alan no está muy conforme con esta decisión, porque quiere que vayamos los dos solos, pero yo pienso que no estaría bien. En estos momentos Jan y Sara necesitan nuestra compañía y lo pasaremos bien. Juntos fuera del trabajo, Alan y Jan pueden llegar a ser muy divertidos.

De regreso al hotel, Sara quiere irse a dormir y yo le digo a Alan que se tome una copa con Jan mientras yo me preparo para él.

—¿Una de tus duchas frías?

—Ducha sí, pero para nada fría. Sólo dame diez minutos.

Él se mira el reloj y asiente.

Veo cómo se alejan los dos hacia la terraza del restaurante y no puedo evitar mirar a Jan y entristecerme. Aún tengo la esperanza de que todo se arregle entre él y Sara.

—¿Subes, Rebeca? —La dulce voz de ésta me aparta de mis cavilaciones y me meto con ella en el ascensor.

—¿Qué tal? —le pregunto, cogiéndola del brazo.

Me siento fatal, como si la estuviera traicionando, porque conozco un dato muy importante del que ella no tiene ni idea.

—Bueno, por la noche... en la cama, bien. Parece como si en ello le fuera la vida. Pero luego, durante el día, ya ves... arisco conmigo, indiferente casi como si no estuviera.

Y tiene razón, durante toda la cena, Jan ha estado bromeando con Alan, hablando con nosotros, pero pocos momentos de afecto, por no decir ninguno, he visto entre ellos.

—Y ahora ya tienen el proyecto en sus manos, ¿no? No es problema de trabajo, Rebeca, el problema soy yo, ya se ha cansado de mí. —Sus preciosos ojos azules empiezan a inundarse de lágrimas y se abraza a mí con fuerza.

—Oh... Sara... Vamos a mi habitación, ven.

Nos sentamos en el gran sofá, frente a las maravillosas vistas que se pueden apreciar desde la terraza, abrazadas como dos niñas.

—Sara, eres joven y preciosa. —Quiero prepararla un poco para lo peor, aunque nunca se me ha dado muy bien dar consuelo en momentos difíciles—. Y si de una cosa me he dado cuenta después de mi divorcio es de que no vale la pena malgastar ni dos minutos de tu vida en una relación que sabes que no funciona.

—Rebeca, ¿qué te ha contado Jan?

Puedo ver la súplica en sus ojos, que mis palabras no sean las peores, pero no puedo darle falsas esperanzas.

—Sara, Jan no sabe muy bien... lo que necesita ahora. Te quiere mucho, pero su cabeza creo que está en otro sitio.

—¿Con otra mujer? —Sus sollozos ya son imparables.

De repente, se abre la puerta de la habitación. ¡Oh, no! Alan se queda inmóvil en la puerta al ver el panorama y enseguida me acerco a él.

—Lo siento, mi amor... no podía dejarla sola. Está destrozada. Dame diez minutos más.

Detrás de él veo a Jan, que observa la escena irritado y dice:

—No, Rebeca, dile que salga, nos vamos a dormir. —Su voz ha sonado gélida.

Vaya, al final todo se pega.

—Jan, por favor... sólo cinco minutos —le suplico.

—Bien. Dentro de cinco minutos quiero que salga.

Por primera vez es Jan quien me intimida con su tono y Alan parece un dulce niño a su lado. Cierro la puerta y me siento de nuevo junto a Sara.

—No está con otra mujer —le digo—. Te lo puedo asegurar.

—¿Entonces?

—Sara, lo siento, no sé qué decirte. Tenéis que hablar los dos. Debes plantearle tus miedos. Y sed sinceros el uno con el otro.

—Vale, Rebeca, gracias. Pero creo que voy a tomar una decisión ya, aunque me duela. Ahora me voy, no sea que vayas a tener tú también problemas. —Y esbozando una débil sonrisa se levanta y se va.

Sigo sentada en el sofá y veo a Alan acercarse a mí. Su semblante es serio y entonces recuerdo lo que tenía que hacer.

—Me has hecho perder un tiempo precioso, chica mala.

—Perdóname, Alan, pero necesitaba...

Me pone un dedo en los labios.

—Chis... no quiero saber más de esta historia y quiero que tú también te olvides. No hay nada que hacer. Jan me ha contado...

—¿Has hablado con él? ¿Y qué te ha dicho? —El corazón me da un vuelco y noto que las piernas me empiezan a temblar.

—Nada, lo que te dije. Simplemente se ha cansado de ella. Pero basta de charlas. Como te decía, mi tiempo es muy valioso y tú, mi bella dama, tenías cosas que hacer. Pero por lo que veo... has sido muy mala y no las has hecho.

No para de besarme mientras habla y el temblor de nerviosismo de mis piernas ha dado paso a un nuevo tipo de temblor más excitante.

—Sí, mi amor, tendrás que castigarme...

—Ohhh... ¿cómo lo sabes? Pero esta vez no te preguntaré. Ya conoces mi táctica y sé que me engañarás para tener lo que quieres. Esta vez será diferente.

—¿Ah, sí? ¿Qué me vas a hacer?

—Chis... calladita y cierra los ojos.

Oigo cómo se levanta y se dirige al otro lado de la habitación, abre un cajón y vuelve a mi lado. Ahora mismo le gritaría lo que quiero. Estoy ya más que preparada para recibirle, pero me obligo a mantenerme callada, de lo contrario, sé que será peor.

—No abras los ojos, te los voy a tapan. —Noto sus calientes manos en las caderas ayudándome a sentarme casi en el borde del sofá.

—Alan... te deseo ya...

—Jajajaja. —Su risa irónica me hace estremecer de pies a cabeza. Y me sobresalto al notar el tirón de pelo cuando me ata fuertemente algo alrededor de la cabeza.

—Entonces, mi dulce Rebeca... ¿¿por qué no has hecho lo que tenías que hacer y cuando lo tenías que hacer?!

—Ya te he pedido perdón, pero es que... tenía que...

Me enmudece su susurrante y amenazadora voz al lado de mi oído, en un tono que me vuelve loca.

—No, no, no... has preferido pasar un rato de charla con tu amiga, antes que prepararte para mí. —Mientras me musita al oído, me va desnudando despacio. Primero la camisa, luego el sujetador...—. ¡Levanta tu precioso culo!

Obedezco y me baja los pantalones, junto con las bragas. Estoy ya completamente desnuda frente a él, con los ojos vendados y muy excitada.

—Alan, no puedo más... Quiero verte, tocarte...

Ahora está sentado encima de mí. El peso de su cuerpo casi me aplasta los muslos y mis manos se apresuran hacia su pecho. Él también está desnudo. Pero ¿cómo lo ha hecho tan rápido? Una fuerte presión en cada una de mis muñecas, seguida de un doloroso movimiento hacia atrás, hace que se me escape un gemido de dolor. Noto que me las rodea con algo y luego otro fuerte tirón. Después ya no las puedo mover de detrás de mi espalda. ¡Me las ha atado!

—Alan, por favor... no me gusta tener las manos atadas.

—¡Y a mí no me gusta perder el tiempo! ¡Lo sabes, Rebeca!

Me empuja contra el respaldo y me quedo ahí medio tendida. Se levanta. Ya no siento su contacto. Sus calientes manos se posan en mis rodillas y me las separa lentamente. Estoy a su merced y lo peor es que no sé qué es lo que está pasando por su perversa cabeza.

—Ohh... Rebeca, ¡qué espectáculo!

—Desátame, por favor, te haré lo que quieras, pero desátame.

—Sí... Rebe... ya lo creo que me harás lo que quiera, pero no pienso desatarte. Ahora me voy a divertir contigo y luego... luego... ya lo sabrás.

¡Dios santo! ¡Me voy a morir! Empiezo a sentir la humedad en mi sexo y no puedo dejar de gemir al notar su boca sobre mis pezones. Quisiera verlo y, sobre todo, tocarlo, pero me está resultando tan excitante esta situación que acabo por olvidarme de mis ataduras y empiezo a gozar de ello. Me

sorprende de repente el contacto de sus dedos en mi vagina y abro todavía más mis piernas, elevando un poco las caderas.

—Arrrggg... Rebeca... ¡Joder! —Se me escapa una risa al oírlo. Sé que le encanta lo rápido que me humedezco con sus caricias—. ¡No puedes correrte todavía! ¡Te ordeno que no te corras!

—Ohhh... Alan... lo siento... Me temo que eso no va a ser posible... tendrás que castigarme otra vez.

—Pues entonces tendré que actuar rápido, ¡tú lo has querido! ¡Dobla las piernas!

Sujetándome con fuerza las pantorrillas, tira de mí hacia adelante y me obliga a subir los pies al sofá.

—¡Ahora sí que vas a correrte! ¡Y quiero oír tus gritos de placer! ¡Ahora!

Y de golpe me llena con su espectacular miembro. Lo imagino suspendido sobre mí y ayudándose del peso de su cuerpo para aumentar la fuerza de sus impresionantes embestidas, que me hacen sentirlo más dentro que nunca.

—¡Ahhh! ¡Alan! ¡Ahh! ¡Síii!

—¡¡¡Cóoorreteeee!!! ¡¡¡Ahoraaaaa!!! ¡¡¡Arrrgggg!!!

Mi orgasmo no se hace esperar ni un segundo, pero no porque él me lo haya ordenado, claro. Me gusta tanto todo lo que me hace, que es imposible aguantar mucho más sin correrme.

—¡Sí, Alan, sí!

—¡¡¡Arrggg, Rebecaaaa!!! ¡¡¡Abre la boca!!!

Saca su miembro de dentro de mí y me parece notar cómo se pone de pie frente a mí sobre el sofá y entonces me arranca la venda de los ojos. Y ahí está. Impresionante sobre mí, masturbando su duro pene delante de mi sedienta boca abierta y lanzando en su interior dulces chorros de semen. Con la mano libre me agarra el pelo con fuerza y mirándome loco de deseo, hunde su miembro dentro de mi boca. Empiezo a succionarlo al tiempo que él sigue masturbándose. Lo miro y, relajándose, cierra los ojos, afloja la presión de su mano sobre mi pelo y me sonrío.

Se queda inmóvil dentro de mi boca y poco a poco me suelta el pelo y me acaricia la frente. Muy despacio, se va retirando entre suspiros de placer, mientras me mira con dulzura a los ojos. Se sienta de nuevo sobre mí y me desata las manos sin apartar la vista de mí.

—Alan, es increíble todo lo que me haces sentir. Eres como una droga dura... muy dura.

—Rebeca, esa boquita... No empieces, creo que ya me estoy haciendo mayor y necesito recuperarme un poco antes de volver a follarte.

Por fin liberada de mis ataduras, lo abrazo con fuerza y me deleito acariciando su ancha espalda y sus musculosos glúteos.

—Te quiero, Alan.

—Y yo mucho más, Rebeca. Te quiero mucho más cada día. Pero... ¿en serio no te gusta que te ate las manos? —pregunta, mientras limpia con sus pulgares restos de su semen de mis labios.

—No me ha gustado al principio, pero luego me ha parecido de lo más excitante...

—Ohh... mi caliente princesa, cómo me gusta oír eso.

Finales de junio

Al final, Sara habló con Jan y juntos tomaron la dura decisión de dar por terminada su relación. Han pasado ya dos meses desde nuestra vuelta de Dubái y parece que las aguas van volviendo a su cauce. Sara está empezando a salir con un nuevo chico con el que se encuentra muy bien y Jan... él sigue solo. Ahora salimos bastante con él y con Sofía, que también se acaba de unir al club de separadas, pero me parece que mis intenciones de celestina se están quedando sólo en eso, intenciones.

—Rebeca, mi amor, déjalo ya. Jan es mayorcito y ya encontrará a alguien. Piensas demasiado en él. ¿Tengo que empezar a preocuparme de nuevo? —Acaba la frase en un tono muy distinto del que la ha empezado.

Estamos tomando una copa en un bar musical del puerto. Jan y Sofía bailan en la abarrotada pista y Alan me retiene entre sus calientes brazos.

—Sabes que no. Pero Sara está rehaciendo su vida... Dijiste que Jan lo haría también enseguida y, míralo, pasa de Sofía como de... —Me quedo paralizada y con el rabillo del ojo puedo ver cómo Alan dirige su mirada hacia el mismo sitio que yo.

—¿Ves cómo no hay que ponerse nerviosos? Al final la carne es débil. Y tú más que nadie deberías saberlo, mi caliente princesa...

Sus provocativos besos en mi cuello no consiguen hacerme apartar la vista de la escena que tengo ante los ojos. Jan aprieta a Sofía contra su cuerpo, mientras se besan apasionadamente en el centro de la pista de baile. Lo he conseguido. ¡Sí! Por primera vez en muchas semanas, me siento aliviada. Por fin podré volver a comportarme con Jan como antes, sin temor a despertar en él equívocos sentimientos.

—Es que no hay nada que se me resista... y tú mejor que nadie deberías saberlo, mi pervertido Alan. ¿Nos vamos a casa?

—Tus deseos son órdenes para mí, mi insaciable Rebeca.

Me despido con la mano de Jan, que sigue bailando con Sofía y ve cómo Alan prácticamente me arrastra fuera de la sala. Pero alcanzo a ver una sonrisa en su cara, acompañada de un cariñoso guiño.

Viernes, 4 de julio

Hoy viernes llegaré un poco más tarde al estudio de Alan, ya que después de dejar a los niños tengo mi cita semestral con la ginecóloga. Me toca nueva dosis de anticonceptivos y también tengo que comentarle ciertos cambios que estoy experimentando, no sé si debido a nuestro incansable ritmo de sexo. Le pediré que me saque de dudas sobre si realmente esto es sano.

Espero que me diga que sí, ya que, de lo contrario, sé que aun siendo contraproducente para la salud, lo seguiría haciendo.

—Buenos días, Rebeca.

—Buenos días, doctora.

—¿Preparada para un nuevo pinchacito?

—Sí, por supuesto.

—Vale, pero como sabes, antes de la revisión necesito una muestra de orina —dice, mientras me entrega el típico botecito.

Me meto en el baño y hago pis dentro de él. A esto sí que no podré acostumbrarme nunca. Lo encuentro tan ridículo y asqueroso...

—Perfecto, dejaremos el bastoncito dentro mientras te hago la revisión.

Mientras, me aclara todas mis dudas y despeja todas las tonterías que tengo en la cabeza.

—Te puedo asegurar que si la gente se dedicara a hacer más el amor, no habría tantos problemas en el mundo.

—Pues tiene razón, doctora, toda la razón.

—Bueno, vamos a ver esto —dice, observando la muestra de orina, mientras empiezo a vestirme.

—Rebeca, ¿cuándo fue la última vez que te administré la dosis?

—Pues justo mañana hará los seis meses, ¿por qué?

Su cara revela que algo no va bien.

—Como te comenté, el anticonceptivo inyectable tiene una efectividad del noventa y nueve por ciento...

—Doctora...

—Rebeca, estás embarazada... Lo siento...

Conduzco por la autopista en dirección al estudio por inercia, casi sin ser consciente de mis movimientos hasta que aparco frente a las oficinas de Alan.

—Buenos días, mi amor, ¿todo bien?

Ojalá él no estuviera aquí hoy, porque no sé cómo le podré ocultar mi preocupación. Habría preferido no tener que venir y quedarme en casa con mis maquetas, pero Alan me necesita para sus nuevos proyectos y no le puedo dar la espalda.

—Sí, Alan, perdona, tengo que llamar a mi madre, se me ha cortado por el camino.

Me siento tras mi mesa y cojo mi móvil, no sin antes ver su cara de sorpresa al sentirse «rechazado» por mí. Finjo hablar, mientras intento trazar un plan. Pero no he conseguido disuadirle, porque a los pocos minutos lo tengo a mi lado, apoyado en mi mesa.

—Rebeca, ¿te encuentras bien?

—Sí, mi amor, no te preocupes, es que... después de la inyección, me siento rara.

—Pues no lo hagas más, cariño, busquemos otro método.

Su ternura acariciándome la cara está a punto de hacerme perder el control y estallar en sonoros sollozos, pero consigo contenerme.

—No, Alan, tranquilo, se me pasará enseguida.

—Está bien. Te quiero.

—Yo también, mucho.

Por suerte, hoy es uno de esos días de locura y no tengo mucho tiempo para pararme a pensar. Por la tarde, me despido de Jan y de Alan, a los que todavía les quedan un par de horas de trabajo, y me voy a casa a esperar que llegue mi amante-compañero.

Los niños están con su padre, así que tengo tiempo de pensar a solas en la situación, y bajo los refrescantes chorros a presión de la ducha, acabo de decidir cuál será la mejor solución al problema que se nos presenta.

Oigo la puerta de entrada que se cierra y al minuto mi escultural Alan irrumpe en la habitación. Ya llevo mi ropa de deporte y estoy pensativa sentada a los pies de nuestra gran cama.

—Hola, preciosa.

—Hola, Alan. —Intento sonreír pero creo que no lo consigo.

—Rebeca, ¿piensas decirme qué es lo que pasa por esa bonita cabecita?
¡Me vas a volver loco!

Ya no puedo más. Las lágrimas hacen acto de presencia y me refugio entre sus brazos.

—Rebeca, ¡por favor! ¡No me asustes! ¡¿Qué ocurre?! —Sus ojos reflejan terror al verme llorar desconsoladamente.

—Alan, el maldito método anticonceptivo ha fallado. Estoy embarazada... —Ya no puedo seguir hablando, mis sollozos no me lo permiten y sentirlo abrazado a mí empeora más la situación.

No se separa ni un milímetro y siento sus labios rozando mi oreja.

—¿Embarazada dices?

—Sí... Lo siento, Alan, lo siento.

Ahora su rostro está frente al mío y me sujeta la cara mientras con los pulgares intenta secar las lágrimas que corren por mis mejillas.

—Rebeca, mi amor... no digas eso. Para que una mujer se quede embarazada, hacen falta dos personas. No me pidas perdón, amor mío. Claro, con tanta intensidad y tanto sexo. el método no ha podido más...

—¡Alan! ¡¿Cómo puedes estar bromeando?! —Hago ademán de alejarme de él, pero me lo impide.

—Rebeca, pero ¿tú sabes lo que estás diciendo? ¡Es increíble, mi amor!
—De repente posa las manos en mi estómago—. Para mí es el mejor regalo, después de ti.

—¡No, Alan! ¡Ya no tengo edad para esto! ¡No quiero otro hijo!

Entonces me doy cuenta de mi egoísmo. Y entiendo que no he pensado en ningún momento en él y que lo estoy privando de algo muy importante. De ser padre. Nunca habíamos hablado de la posibilidad de tener un hijo y yo había dado por hecho que era algo que no entraba en sus planes. Y, por supuesto, tampoco en los míos.

—Rebeca, es nuestro hijo. Y si tú lo quieres, yo voy a ser el hombre más feliz del mundo.

Sigue otra vez sorprendiéndome con sus reacciones. Y le quiero... le quiero tanto, pero le quiero sólo para mí... no quiero compartirlo. No puedo...

—Alan... no... puedo... no sé qué hacer. Te quiero sólo para mí. No puedo pensar en cuidar de un bebé... No puedo...

—Rebeca, me seguirás teniendo siempre. Cuando el bebé se duerma, no

te preocupes, que aliviaré tu cansancio.

Sus besos vuelven a hacerme estallar en sollozos y me aferro con fuerza a su cuello.

Lunes, 1 de septiembre

Esta mañana tenemos cita para la primera ecografía. Han pasado ya ocho semanas desde la, en un principio, triste noticia de mi embarazo. Alan está pletórico con el embarazo, lo que se refleja también en nuestras relaciones sexuales. Está encantado con la nueva turgencia de mis pechos y yo, gracias a las alteraciones hormonales, siento todavía más deseo de él que antes... si eso es posible.

—En cuanto tengamos el niño, recuérdame que te deje embarazada otra vez... Me vas a volver loco.

—No hará falta... Te recuerdo que tendrás que cuidarme mucho entonces y ya sabes cuál es la medicina que me gusta. Una gran pastilla que tienes... aquí —digo, mordiéndole el lóbulo de la oreja y acariciándole el pene.

—¿A qué hora era la visita, Rebe?

—Todavía falta una hora y media.

—Bien, tenemos tiempo de otro...

Llegamos a la consulta puntuales. Alan parece un niño pequeño, nervioso, casi puedo apreciar el temblor en sus labios, pero reconozco que yo también lo estoy.

Tendida en la camilla y ya preparada para conocer a nuestro bebé, Alan no se separa de mí y no me suelta la mano. Su calor me reconforta y me invade un profundo sentimiento de amor al contemplar su rostro pendiente del monitor.

—Vale, voy a echar primero un vistazo y luego os cuento —anuncia el médico, mientras coloca un preservativo en el aparato ecógrafo y lo impregna de gel.

No puedo evitar sonreír ante la cara de Alan cuando ve lo que se dispone a hacer el médico con eso. Yo ya sé lo que ocurrirá. Éste será mi tercer hijo, pero, claro, para él es la primera vez.

—Tranquilo, mi amor. Es muy pequeño todavía, si no es así no se vería nada.

El médico se percata de la situación y entonces le explica a Alan el porqué del procedimiento. Parece que se queda un poco más tranquilo, pero su fuerte presión en mi mano me dice que no le acaba de gustar del todo.

—Bueno... disculpad un segundo. —El médico sigue observando la pantalla y, dejando inmóvil el ecógrafo dentro de mí, vemos que coge el teléfono y pregunta—: Doctor Llanes, ¿puede bajar enseguida a eco tres?

—¿Qué pasa, doctor? —Mi pregunta parece hacer reaccionar a Alan, que me aprieta tanto la mano que casi me va a paralizar el riego sanguíneo.

—Ahora mismo os explico.

En pocos segundos, otro médico entra en la sala.

—Buenos días —saluda, dirigiéndose a mí.

El médico que había estado desde el principio con nosotros le deja su silla frente al monitor y el otro se coloca un guante de látex antes de sujetar el ecógrafo. Empieza a moverlo más firmemente que su compañero y a los pocos segundos lo saca con cuidado y me tiende un trozo de papel de celulosa.

—Ya hemos terminado. Puede limpiarse. Me temo que no tenemos buenas noticias, el embrión no ha evolucionado. —Aparta los ojos de mí para posarlos sobre mi historial, supongo—. En un principio estaríamos hablando de una gestación de ocho semanas y media, pero por el tamaño y la forma del embrión, éste no superó las cuatro semanas de gestación. Lo siento mucho. El doctor Lutz responderá a todas sus dudas y le explicará el procedimiento que debemos seguir ahora. Lo siento, de verdad.

—Puede vestirse, señora Cold —dice el doctor Lutz.

Mientras el médico nos habla, yo oigo su voz como si viniera de muy lejos. Alan lo mira fijamente, con la boca entreabierta. Al final oigo su deliciosa voz, que ahora me parece de lo más triste que he oído nunca.

—Gracias, doctor. Hasta el viernes.

—Señora Cold, lo siento. —Y me aprieta el hombro.

Cuando salimos a los jardines exteriores de la clínica, estallo en angustiosos sollozos entre los brazos de Alan, que sigue con el semblante desenchajado.

—No llores, mi amor... no llores...

—Alan, lo siento... Deseabas tanto este hijo...

—Rebeca, mi amor, y tú también. No ha sido culpa tuya.

—Sí, Alan, soy demasiado mayor para ti.

—¡No digas tonterías! ¡¿No has oído lo que ha dicho el médico?! —La verdad no, no he podido enterarme de nada—. Puede ocurrirle tanto a una mujer de veinte años como a una de cuarenta, simplemente no ha salido adelante. No te atormentes por eso.

Durante toda la semana, Alan me trata como lo que siempre he sido para él, su princesa. El dolor que siento es muy grande, pero no es un dolor físico, sino el peor de todos, el psicológico, sabiendo que tengo dentro a nuestro pequeñísimo bebé... sin vida.

Ya sólo queda un día para decirle adiós. Mañana me practicarán el legrado para extraerlo y todo habrá terminado.

Lunes, 22 de septiembre

Después de transcurridas dos semanas tras la pequeña intervención, sigo torturándome con mis pensamientos. Estamos a punto de dormir, tendidos el uno junto al otro, abrazados más fuerte que nunca.

—Alan, ¿me quieres?

—Rebeca, nunca dejaré de quererte.

—Pero perdí lo que tanto querías.

—No importa, te quiero a ti. Tú eres suficiente para mí.

Ha entendido a la perfección que ya no quiero intentarlo de nuevo, no podría volver a pasar por lo mismo. Y ha aceptado mi decisión sin poner ningún problema. Y por eso todavía le quiero más. Acaricio lentamente su cuerpo y enseguida entiende lo que quiero.

—Todavía faltan dos semanas, Rebe. Me muero de ganas, ya lo sabes, pero no quiero lastimarte.

—Alan, estoy bien, de verdad. Te necesito. Hazme el amor, por favor...

Con un movimiento rápido, se quita los bóxers y enseguida hace lo mismo con mis bragas, mientras yo me deshago de mi camiseta. Sus añoradas caricias vuelven a reencontrarse con mi cuerpo, y mis manos hacen lo mismo con su escultural anatomía. Y después de darme su dulce amor, nos dejamos llevar por el reconfortante sueño.

Al cabo de dos años...

En dos años, el proyecto de Dubái se ha convertido en una realidad. Alan tuvo que trasladarse en un par de ocasiones a esa maravillosa ciudad, pero yo no pude acompañarle.

La empresa A&J Architecture está en su mejor momento y sus dos principales pilares son los hombres más felices del mundo.

Jan y Sofía siguen con su relación y esta noche hemos quedado los cuatro de nuevo, para cenar en el Ola's. Estamos esperando a Sofía, que acaba de salir de su despacho, y Alan está en el baño, así que Jan y yo estamos sentados a la mesa, hablando tranquilamente.

—Jan, me alegro tanto de verte tan feliz. Sofía está como nunca la había visto. Tan enamorada...

—Sí, Rebeca, y todo gracias a ti. Estoy muy bien con ella. Es una chica encantadora, pero tú siempre estarás en mi corazón...

—Jan, por favor. Te considero un gran amigo y quiero que lo puedas seguir siendo. Por favor... sé mi amigo, Jan, sólo eso.

—Por supuesto, Rebeca. Prefiero eso a nada.

Sus palabras son un gran alivio para mí y no puedo reprimir mis deseos de abrazarlo enseguida.

—¿Se puede saber qué cojones está pasando aquí?!

Su voz hace que nos separemos como si un centenar de agujas se incrustaran en nuestra piel. Alan está de pie, al otro lado de la mesa, con los puños cerrados apoyados en ella.

—¡Alan!, sólo me estaba alegrando de que...

—¿Alegrando? ¡Levántate, Rebeca! ¡Nos vamos!

Jan se levanta de su silla y coge a Alan por el brazo intentando tranquilizarlo.

—¡Suéltame, Jan! ¡Ni se te ocurra volver a ponerme la mano encima!

Es como si los ojos estuvieran a punto de salirse de las órbitas y de repente viene a mi mente la terrible escena vivida en mi casa con Terry. Prácticamente Alan me arrastra fuera del restaurante y casi a empujones me

sienta en el asiento del acompañante del Audi.

Los escasos diez minutos que nos separan de nuestra casa los pasamos en silencio. Las lágrimas corren por mis mejillas y me aterroriza lo que me espera ahora en casa. Hacía tiempo que no vivíamos uno de los ataques de celos de Alan y éste creo adivinar que será el peor de todos.

No llego a entender cómo acepta mi amistad con Terry y que en alguna ocasión incluso quedemos para tomar un café o comer cuando sus negocios lo traen a Barcelona, y, por el contrario, tenga estos arrebatos contra su amigo y socio al que ve cada día y conoce como si fuera su hermano.

Me siento morir cuando llegamos a casa y Alan se dirige a la barra de bar del salón, se sirve un whisky y se desploma sobre el sofá. Sin mirarme. Sin dirigirme una palabra.

Subo la escalera a toda prisa y me lanzo sobre nuestra cama, llorando desconsoladamente. Pensaba que esto lo teníamos superado, pero no es así. Al cabo de una larga e interminable hora, cuando consigo reponerme un poco, decido darme una ducha y me visto con el provocativo conjunto de ropa interior que tanto le gusta, con el firme propósito de hacerle olvidar la maldita escena que acabamos de vivir.

Salgo del cuarto de baño con la esperanza de encontrarlo esperándome, tendido desnudo sobre nuestra cama, pero ésta está vacía. Me empiezan a escocer los ojos y sólo puedo hacer una cosa, acurrucarme sobre las sábanas, abrazada a su almohada.

Me sobresalta un profundo y sofocante calor junto a mí. Por fin. Intento darme la vuelta, pero entonces me despierto y veo que sigo sola. Estaba soñando. Soñando con su calor. Soñando con él.

Se apodera de mí un profundo terror y corro escaleras abajo. Lo veo tendido en el sofá, con la mirada fija en el techo. Miro el gran reloj de diseño que decora la pared principal del inmenso salón y veo que son las tres de la madrugada.

—Alan, por favor, ven a la cama.

Sus ojos permanecen inmóviles, sin pestañear. Me invade el pánico y voy a tocarlo cuando se vuelve de repente hacia mí.

—¿Te gusta él, Rebeca?

No puedo dar crédito a lo que estoy oyendo. ¿Cómo puede pensar eso? Pero sobre todo, ¿cómo puede a estas alturas dudar de esta manera de mis sentimientos hacia él?

—¿Jan? ¡No! Alan, por favor...

—He estado hablando con él esta tarde, Rebeca, y luego salgo del baño y me encuentro con esa escena.

Creo que el corazón se me va a parar.

—¿Por qué no me lo contaste? —continúa—. ¿Cómo me lo has podido ocultar durante todo este tiempo?

—Alan...

Sus ojos están de nuevo fijos en el techo.

—Jan me ha contado por qué dejó a Sara. Me ha confesado los sentimientos que tuvo hacia ti. ¿Obsesivos celos? Creo que lo llamasteis así, ¿no? ¡Dime, Rebeca, fue eso lo que dijisteis, ¿no?! —Su voz se eleva entre las cuatro inmensas paredes del salón y se incorpora para mirarme.

No puedo articular palabra. Tengo la garganta totalmente cerrada y me cubro la cara con las manos, ocultando mis lágrimas. De repente, me levanta del suelo y en décimas de segundo me encuentro sentada sobre sus rodillas, frente a su endurecido rostro.

Sus ojos recorren mi cuerpo semidesnudo con su conjunto preferido y puedo ver en ellos un atisbo de deseo.

—Rebeca... no dudo de ti... Sé lo que sientes por mí, lo sé. Pero tienes que entender que no puedo fiarme de él.

—No, Alan, por favor, Jan en ningún momento ha intentado nada conmigo, te lo juro. Por favor, te lo suplico... Es tu amigo, nunca haría algo así. No puedes tratarlo como a uno de tus empleados.

—Sólo por el simple hecho de que pensara en ti de esa forma ya es suficiente, Rebeca.

—Dale otra oportunidad, Alan, por favor. Ahora está con Sofía. Todo irá bien. Por favor. Dejaré de trabajar contigo si hace falta, pero no lo apartes de tu vida, Alan.

—¿Y tú, Rebeca? Me ha dolido más lo que has hecho tú. ¿Cómo has podido ocultarme una cosa así?

—Lo siento... no quería preocuparte. Yo sabía que a Jan se le pasaría y...

—Quiero tenerte a ti a mi lado antes que a él.

—Yo seguiré contigo, me dedicaré a mi trabajo y no volveré a ver a Jan si es necesario, pero no lo hagas, por lo que más quieras.

—Bajo ningún concepto podría permitir que dejaras de trabajar conmigo. —Me acaricia la espalda—. Pero, vale, de acuerdo, volveré a hablar

con él. Me ha dicho que se marcha, que quiere montar su propia empresa, pero creo que es un farol. No te preocupes, hablaré con él mañana.

—Gracias, Alan. Te quiero más que a mi vida. Que no se te olvide nunca.

—Lo sé, Rebeca, por eso sigo todavía aquí.

—Hazme el amor, Alan. Te quiero ahora...

—No, Rebeca, primero quiero besar todo tu cuerpo.

Sin pensarlo dos veces, me levanto rápidamente en dirección al equipo de música y selecciono una canción. Cuando vuelvo a estar sobre sus muslos, empieza a sonar. *Feel,*^{*} de Robbie Williams.

—Rebeca... todavía recuerdo esta canción como si fuera ayer. Tus labios sobre los míos, mi lengua por primera vez dentro de tu boca. Y mi primera erección junto a tu cuerpo...

Mis dedos, como poseídos por el diablo, se están encargando ya de sus pantalones y de sus bóxers y mis movimientos sensuales sobre sus caderas se hacen ya incontrolables.

Me arranca literalmente el tanga y su pene se introduce dentro de mí con fuerza. Nuestro ritmo es más acelerado que el de la dulce canción que suena y nos dejamos llevar más allá de lo que nuestro deseo hubiese podido imaginar.

Sábado, de madrugada

Volvemos a casa después de disfrutar de una deliciosa cena y de compartir un buen vino y, por primera vez, a Alan algo no le ha sentado bien, así que le pido que se recueste cómodo en el asiento del copiloto y soy yo la que me pongo al volante.

—¡Qué mala suerte la mía! Hoy precisamente decidimos salir con el BMW, con lo que me gusta tu coche...

—Rebe, sabes que si lo quieres conducir sólo tienes que pedírmelo. Cuando lo haces siempre te lo dejo. Ya sabes que pienso que eres muy buena conductora y no me asusta la idea de que te lleves a mi niño mimado. —
Sonríe.

—Lo sé. Pero es que justamente por esta carretera, en esta recta precisamente, donde otras veces te he... bueno, eso, que pisar el acelerador en esta recta es lo más.

—Pues písalo con éste. Sabes que también responde de maravilla.

Me sigue enamorando su sonrisa y siento que empiezo a perderme en ella, cuando sus ojos, abiertos al máximo, miran por detrás de mí y de su garganta surge un grito desgarrador:

—¡¡¡Cuidado!!!

Cuando giro la cabeza, todavía con la imagen de su sonrisa en la retina, sólo tengo tiempo de ver un gran camión que se acerca en sentido contrario y a toda velocidad y que, saltándose dos carriles e invadiendo el nuestro, impacta contra nuestro coche sin darme opción a apartarme de su trayectoria.

No soy consciente de cuánto tiempo ha pasado desde el choque, creo que he perdido el conocimiento, porque no recuerdo nada desde entonces y ahora todo lo que veo a mi alrededor es caos, las luces naranjas de las ambulancias girando y fundiéndose con las azules de la policía, y agentes y personal sanitario corriendo de un lado a otro.

A mi lado, Alan me estrecha con fuerza contra él. Estamos en el suelo, parece que en medio de la carretera, y a unos metros puedo divisar el coche, con la parte frontal izquierda hecha un completo amasijo de metal retorcido.

A Alan le sangra la cabeza y tiene la ropa completamente manchada también. Lloro. Parece un niño asustado, desconsolado hasta el punto de la desesperación y eso me entenece.

Cuando voy a acariciar su rostro y decirle que no se preocupe, que estoy bien, veo mi cuerpo, la sangre, las heridas... y que no puedo moverme...

Epílogo

—Alan, estos años junto a ti han sido maravillosos. Los mejores de mi vida. Pero... no... no llores mi amor... Estoy bien y soy muy feliz.

—Rebeca... —Su voz es casi inaudible.

—Señor Gass, lo sentimos, ha llegado la hora —dice una voz desconocida para mí.

Los ojos de Alan se clavan en mí y entonces puedo ver el gran dolor que se refleja en ellos. Sus calientes labios se posan sobre los míos y sus lágrimas humedecen mis mejillas.

—Vamos, Alan, debemos esperar fuera. Te acompaño. —La mano de Terry se posa en su hombro y veo cómo se disponen a salir de la estancia. Ahora Terry le pasa un brazo por los hombros y se reúnen con Jan, que está esperando en el umbral de la puerta. Fuera hay más gente, pero no consigo distinguir sus caras ni sus voces.

—Alan, me llevo mucho amor conmigo. Mi vida, nunca dejes de sonreír, quiero seguir viendo tu sonrisa allí donde vaya. Ojalá pudieras escucharme por última vez, mi amor. Te quiero. Y no lo olvides, estaré siempre a tu lado.

Y sobre mí se cierne la oscuridad cuando dos desconocidos cierran la tapa de mi ataúd.

Han pasado ya cuatro días desde que te fuiste. Rebeca, me siento tan solo... No podré soportarlo. Te necesito a mi lado. Siento que debo hacer algo. Hay alguien que debe recibir su merecido y seré yo quien se lo dé.

Llaman a la puerta. Me cuesta tanto salir de la cama... Esta cama que se ha convertido en mi refugio, envuelto todavía en tu cálido aroma. Prometiste que nunca me dejarías y un maldito cabrón se cruzó en nuestro camino y te

separó de mí.

—Hola, Alan, ¿cómo te encuentras?

—Jan, pasa. ¿Alguna novedad?

—No. Acabo de hablar con la policía. Por las marcas en la carretera, parece que el camión invadió el carril contrario y embistió a... embistió al BMW por el lado del conductor sin ninguna intención de frenar ni de esquivaros. Pero hasta que ese malnacido no despierte y le interroguen, no pueden cerrar la investigación, aunque no tienen ninguna duda de que fue así. Mañana van a poner vigilancia policial en el hospital. Al no haber testigos del accidente, la investigación se ha demorado un poco, pero ya casi pueden afirmar que fue intencionado, así que...

—Bien.

—Alan, ¿qué puedo hacer por ti? Déjame ayudarte, por favor. Necesito sentirme útil.

—Jan, amigo mío, sólo necesito una cosa y un grandísimo hijo de puta me la ha arrebatado. Lo único que deseo es que pague por lo que ha hecho. Y lo hará, te lo prometo.

—Sí, Alan, seguro que sí, en cuanto se recupere estoy convencido de que pasará unos cuantos años a la sombra. Ya lo verás.

Bueno, Jan ya se ha ido. Rebeca, tengo que salir un momento. Ahora vuelvo, mi amor. Espérame. Luego seré todo tuyo de nuevo.

En poco menos de media hora, estoy frente a la entrada del hospital. Tras preguntar en el mostrador de información, me dirijo a la cuarta planta. Busco la habitación 412. La puerta está entornada. La abro sigilosamente y ahí está, durmiendo plácidamente. Maldito cabrón.

Tiene las piernas enyesadas, además del brazo izquierdo; en el derecho, entre varios vendajes, cuelga la vía que le suministra la medicación. Cojo la silla que está al lado de la pared y la acerco a la cama, justo al lado de sus pies, me siento y empiezo a estudiar todas y cada una de las facciones de su asquerosa cara.

Al cabo de unos minutos, mueve la mano derecha. Separo mi espalda del respaldo, apoyo los codos sobre las rodillas y la cara sobre mis nudillos.

Poco a poco va abriendo los ojos. Mira al techo y una mueca de dolor se dibuja en su boca.

—Bienvenido al mundo de los vivos, cabrón —digo con voz gutural, provocada por el esfuerzo que tengo que hacer para no abalanzarme sobre él

y quitarle la poca vida que le queda.

Al oírme, sus ojos me buscan y, al verme, se abren del todo. Sus labios se mueven, pero su garganta no emite ningún sonido. Es la viva estampa del terror y eso me hace sonreír de forma malvada.

—¿Te acuerdas de mí, escoria humana? —Me levanto y me coloco a su lado, de pie, apoyando las manos en la cama bruscamente, con lo que provoco un movimiento del colchón que lo hace gemir de dolor.

Afirma ligeramente con la cabeza.

—Sí, ¿verdad? —Me acerco más a él—. ¿Y sabes por qué estás aquí? — Mi voz es ya un ronco susurro, cargado de ira y odio.

Su boca se sigue moviendo, pero ninguna palabra sale de sus labios. Vuelve a asentir.

—Sí, claro que lo sabes. Pero tu plan ha fallado, ¿no? —Ahora niega con la cabeza, mientras empieza a sollozar.

Tan sólo unos centímetros separan nuestros rostros, y siento su cuerpo debajo del mío. El poco movimiento que le permiten sus extremidades y la expresión de su cara me dicen que le estoy machacando de dolor, y disfruto con ello.

—Sí, maldito cabrón. Mal para ti y bien para mí: tu plan ha fallado, porque yo sigo sano y salvo, pero Rebeca...

Mi voz se quiebra, pero mi mente, cegada por el odio, hace que me recomponga al momento para así no mostrar ni un atisbo de debilidad frente al engendro que tengo delante de mí.

—No tuviste suficiente con amargarle parte de vuestra vida juntos, que tampoco la has dejado ser feliz conmigo. Pero, mira, Fran, mejor que tu descabellado plan haya fallado, porque ahora, ¿sabes lo que haré?

La cabeza del exmarido de mi querida Rebeca no para de moverse a izquierda y derecha, y llora como un completo cobarde.

—Pues vas a probar tu propia medicina.

Levanto despacio la mano derecha y la mantengo frente a su rostro, mientras lo miro a los ojos y sonrío.

—Te lo advertí, Fran. Prometí que te mataría si le hacías daño a Rebeca. Y la has... me la has arrebatado para siempre. Lástima que sólo pueda matarte una sola vez, porque juro que si pudiera, lo haría una vez y otra hasta morir yo también de agotamiento.

Su brazo derecho adquiere más movimiento y hace tambalear el soporte

de la vía. Con la mano izquierda lo sujeto con fuerza por encima del aparatoso vendaje que sostiene la aguja y se le vuelve a descomponer la cara por el dolor.

—Adiós, Fran. Nos reencontraremos en el infierno.

Lentamente, bajo mi mano, la coloco sobre su garganta y poco a poco voy apretando. Siento bajo los dedos el temblor que provocan sus gemidos y veo cómo sus ojos se abren al máximo, al mismo tiempo que su boca, que intenta acaparar de una sola bocanada todo el aire que le empieza a faltar a sus pulmones.

Sigo apretando cada vez más fuerte y sus movimientos se vuelven más lentos. Mis dedos están completamente hundidos en la carne de su cuello y él yace ya inmóvil. No dejo de apretar hasta que un gemido en mi propia garganta me hace reaccionar. Lo contemplo durante unos segundos mientras alivio la presión y me cercioro de que realmente he acabado con su vida.

Salgo del hospital sin ninguna prisa. Ha empezado a llover y las gotas de lluvia dibujan hermosos círculos sobre el gris asfalto. Me invade una enorme alegría y sé por qué es. Llego a casa y, ya en mi despacho, abro la caja de seguridad. El frío metal en mi mano me reconforta y alivia la sensación de calor que siento en los dedos al recordar el contacto de su repugnante piel.

Rebe, mi amor. Ya está. Lo he hecho. Ya nadie más se interpondrá entre nosotros. Prometimos estar siempre juntos y así será. Te quiero.

Cuando todo se te vuelve del revés y parece que el destino te da la espalda, llegas a ese punto de inflexión del cual sólo tú mismo eres el protagonista, y tienes que decidir rápido: o te dejas arrastrar por la corriente que sabes que te ahogará en su oscuridad, o te rebelas y emerges de las profundidades en las que has empezado a adentrarte y entonces es el momento de plantar cara...

Pero, Rebeca, lo siento, yo me estoy dejando arrastrar. Quiero dejarme arrastrar...

Visualizo el rostro de mi amada y su dulce mirada me llena totalmente cuando coloco la pistola en mi sien y un intenso calor hace estallar mi cerebro al apretar el gatillo.

Siempre a tu lado, Rebeca. Siempre.

Nota aclaratoria de la autora

(o sea yo)

Más que nada escribo esta nota por mi bien físico y porque quiero conservar la vida, bueeeeenoooo, ¡¡¡está bien!!! Síiiii, y también porque os quiero!!!

Sí, lo sé, ahora mismo la mayoría de vosotras, mejor dicho todas, y algunos de vosotros, mejor dicho muchos, lo que quisierais sería tener mi cuello entre vuestras manos... Y apretar fuerte... Y hacerme sufrir... Pues no, lo siento, no me va ese rollo, prefiero otras presiones y otras acciones más... Vale, dejemos ese tema, que ahora no toca.

Habéis estado leyendo una novela en la que los personajes están muertos desde el principio y toda la historia es un recuerdo que todavía persiste en la mente aún caliente de un cadáver... Brrrr... ¿Sorprendente, no?

Lo que venía a deciros no es otra cosa que ya sé lo que estáis pensando, que vaya final, que no puedo acabar así la historia de Alan y Rebeca, que vaya mierda de escritora y todo eso. ¡Ya! Y ¿¿¿qué queréis???

Mi padre ya me lo dijo siempre: «Hija, piensa un poco las cosas antes de hacerlas».

Pero no, han pasado los años y sigo siendo aquella niña impulsiva y reaccionaria, que no piensa en las consecuencias ni cuando las tiene delante de las narices.

Los que me conocéis ya sabéis «de qué pie cojeo» (¿verdad, Esther?) y supongo que cuando empezáis a leer un libro mío, sois conscientes de que el final, al menos un poco, os sorprenderá. Que os guste o no, eso, ya es otra historia.

Pero hoy, me siento diferente, siento que os debo algo, por todo el apoyo que me estáis brindando y por todos los buenos momentos que gracias a vosotr@s estoy viviendo. Es por eso por lo que... en un episodio de

enajenación mental transitoria y profunda (redoble de tambor) os voy a desvelar algo: como sabéis, mi inspiración para Alan ha sido mi amor platónico, el actor Miguel Ángel Silvestre, el protagonista de la exitosa serie «Sin tetas no hay paraíso». Si lo recordáis, en esa serie se grabaron dos finales, el bueno y el que a mí me encantó, en el que El Duque muere (jejeje, eso es lo mío) y el romántico, pasteloso y rosa, en el que son felices y comen perdices (puajjjj).

Pues bien, en honor a mi musa, mi buenorro, mi Adonis, mi Don Perfecto Alan, si queréis y os habéis quedado con ganas de más, seguid leyendo, porque a vosotras y a vosotros, acérrimos defensores del amor y la vida bella, está dedicado el final que sigue a continuación. Y a los que sois como yo, que os va la marcha sádica y lo tenebroso y cruel, también, por supuesto.

Así que todos a seguir leyendo porque todavía no habéis acabado.
¡¡¡Que lo disfrutéis!!!!

Sábado, de madrugada

Volvemos a casa después de disfrutar de una deliciosa cena y de compartir un buen vino y, por primera vez, a Alan algo no le ha sentado bien, así que le pido que se recueste cómodo en el asiento del copiloto y soy yo la que me pongo al volante.

—¡Qué mala suerte la mía! Hoy precisamente decidimos salir con el BMW, con lo que me gusta tu coche...

—Rebe, sabes que si lo quieres conducir sólo tienes que pedírmelo. Cuando lo haces siempre te lo dejo. Ya sabes que pienso que eres muy buena conductora y no me asusta la idea de que te lleves a mi niño mimado. —
Sonríe.

—Lo sé. Pero es que justamente por esta carretera, en esta recta precisamente, donde otras veces te he... bueno, eso, que pisar el acelerador en esta recta es lo más.

—Pues písalo con éste. Sabes que también responde de maravilla.

Me sigue enamorando su sonrisa y siento que empiezo a perderme en ella, cuando sus ojos, abiertos al máximo, miran por detrás de mí y de su garganta surge un grito desgarrador:

—¡¡¡Cuidado!!!

Cuando giro la cabeza, todavía con la imagen de su sonrisa en la retina, sólo tengo tiempo de ver un gran camión que se acerca en sentido contrario y a toda velocidad y que, saltándose dos carriles e invadiendo el nuestro, impacta contra nuestro coche sin darme opción a apartarme de su trayectoria.

No soy consciente de cuánto tiempo ha pasado desde el choque, creo que he perdido el conocimiento, porque no recuerdo nada desde entonces y ahora todo lo que veo a mi alrededor es caos, las luces naranjas de las ambulancias girando y fundiéndose con las azules de la policía, y agentes y personal sanitario corriendo de un lado a otro.

A mi lado, Alan me estrecha con fuerza contra él. Estamos en el suelo, parece que en medio de la carretera, y a unos metros puedo divisar el coche, con la parte frontal izquierda hecha un completo amasijo de metal retorcido.

A Alan le sangra la cabeza y tiene la ropa completamente manchada también. Llora. Parece un niño asustado, desconsolado hasta el punto de la desesperación y eso me enternece.

Cuando voy a acariciar su rostro y decirle que no se preocupe, que estoy bien, veo mi cuerpo, la sangre, las heridas... y que no puedo moverme...

Han pasado ya dos semanas desde el accidente. Rebeca, me siento tan solo... No podré soportarlo. Te necesito a mi lado. Prometiste que nunca me dejarías y un maldito cabrón se cruzó en nuestro camino y te separó de mí. Siento que debo hacer algo. Hay alguien que debe recibir su merecido. Y seré yo quien se lo dé.

—Hola, Alan. ¿Cómo te encuentras? —pregunta Jan, mirando profundamente abatido el rostro de Rebeca, tendido inmóvil sobre la cama del hospital y con el cuerpo totalmente cubierto de cables y rodeado de maquinaria.

—Jan, pasa. ¿Alguna novedad?

—No. Acabo de hablar con la policía. Por las marcas en la carretera, parece que el furgón invadió el carril contrario y embistió a... embistió al BMW por el lado del conductor sin ninguna intención de frenar ni de esquivaros. Pero hasta que ese malnacido no despierte y le interroguen, no pueden cerrar la investigación, aunque no tienen ninguna duda de que fue así. Mañana van a poner vigilancia policial en el hospital. Al no haber testigos del accidente, la investigación se ha demorado un poco, pero ya casi pueden afirmar que fue intencionado, así que...

—Bien.

—Alan, ¿qué puedo hacer por ti? Déjame ayudarte, por favor. Necesito sentirme útil.

—Jan, amigo mío, sólo necesito una cosa y un grandísimo hijo de puta me la ha arrebatado. Lo único que deseo es que pague por lo que ha hecho. Y lo hará, te lo prometo.

—Sí, Alan, seguro que sí, en cuanto se recupere estoy convencido de que pasará unos cuantos años a la sombra. Ya lo verás. ¿Cómo sigue Rebeca?

—La valoración de los médicos es casi segura. El coma es irreversible y no tienen muchas esperanzas de que salga adelante.

Jan ya se ha ido. Rebeca, tengo que salir un momento. Ahora vuelvo, mi amor. Espérame. Luego seré todo tuyo de nuevo.

En poco menos de media hora, estoy frente a la entrada del hospital. Tras preguntar en el mostrador de información, me dirijo a la cuarta planta. Busco la habitación 412. La puerta está entornada. La abro sigilosamente y ahí está, durmiendo plácidamente. Maldito cabrón.

Tiene las piernas enyesadas, además del brazo izquierdo; en el derecho, entre varios vendajes, cuelga la vía que le suministra la medicación. Cojo la silla que está al lado de la pared y la acerco a la cama, justo al lado de sus pies, me siento y empiezo a estudiar todas y cada una de las facciones de su asquerosa cara.

Al cabo de unos minutos, mueve la mano derecha. Separo mi espalda del respaldo, apoyo los codos sobre las rodillas y la cara sobre mis nudillos.

Poco a poco va abriendo los ojos. Mira al techo y una mueca de dolor se dibuja en su boca.

—Bienvenido al mundo de los vivos, cabrón —digo con voz gutural, provocada por el esfuerzo que tengo que hacer para no abalanzarme sobre él y quitarle la poca vida que le queda.

Al oírme, sus ojos me buscan y, al verme, se abren del todo. Sus labios se mueven, pero su garganta no emite ningún sonido. Es la viva estampa del terror y eso me hace sonreír de forma malvada.

—¿Te acuerdas de mí, escoria humana? —Me levanto y me coloco a su lado, de pie, apoyando las manos en la cama bruscamente, con lo que provoco un movimiento del colchón que lo hace gemir de dolor.

Afirma ligeramente con la cabeza.

—Sí, ¿verdad? —Me acerco más a él—. ¿Y sabes por qué estás aquí? — Mi voz es ya un ronco susurro, cargado de ira y odio.

Su boca se sigue moviendo, pero ninguna palabra sale de sus labios. Vuelve a asentir.

—Sí, claro que lo sabes. Pero tu plan ha fallado, ¿no? —Ahora niega con la cabeza, mientras empieza a sollozar.

Tan sólo unos centímetros separan nuestros rostros, y siento su cuerpo debajo del mío. El poco movimiento que le permiten sus extremidades y la expresión de su cara me dicen que lo estoy machacando de dolor, y disfruto con ello.

—Sí, maldito cabrón. Mal para ti y bien para mí: tu plan ha fallado,

porque yo sigo sano y salvo, pero Rebeca...

Mi voz se quiebra, pero mi mente, cegada por el odio, hace que me recomponga al instante, para así no mostrar ni un atisbo de debilidad frente al engendro que tengo delante de mí.

—No tuviste suficiente con amargarle parte de vuestra vida juntos, que tampoco la has dejado ser feliz conmigo. Pero, mira, Fran, mejor que tu descabellado plan haya fallado, porque ahora, ¿sabes lo que haré?

La cabeza del exmarido de mi querida Rebeca no para de moverse a izquierda y derecha, y llora como un completo cobarde.

—Pues vas a probar tu propia medicina.

Levanto despacio la mano derecha y la mantengo frente a su rostro, mientras lo miro a los ojos y sonrío.

—Te lo advertí, Fran. Prometí que te mataría si le hacías daño a Rebeca. Lástima que sólo pueda matarte una sola vez, porque juro que si pudiera, lo haría una y otra vez hasta morir yo también de agotamiento.

Su brazo derecho adquiere más movimiento y hace tambalear el soporte de la vía. Con la mano izquierda lo sujeto con fuerza por encima del aparatoso vendaje que sostiene la aguja y se le vuelve a descomponer la cara por el dolor.

—Adiós, Fran. Nos reencontraremos en el infierno.

Lentamente, bajo mi mano, la coloco sobre su garganta y poco a poco voy apretando. Siento bajo los dedos el temblor que provocan sus gemidos y veo cómo sus ojos se abren al máximo, al mismo tiempo que su boca, que intenta acaparar de una sola bocanada todo el aire que le empieza a faltar a sus pulmones.

En ese momento, me sobresalta el sonido de llamada entrante en mi móvil, cede la presión de mi mano sobre el cuello de Fran y, sin soltarlo, extraigo el aparato de mi bolsillo. Miro la pantalla. El hospital. Rebeca... Dios mío... No...

—¿Qué ha ocurrido?! —vocifero nada más descolgar.

Escucho a mi interlocutor y a los pocos segundos, mientras corto la comunicación, y olvidándome por completo del trabajo que tenía entre manos, salgo de la habitación y abandono el hospital a toda prisa. Ha empezado a llover y las gotas de lluvia dibujan hermosos círculos sobre el gris asfalto. Me invade una enorme alegría y sé por qué es.

Cuando irrumpo en la habitación de Rebeca, dos enfermeras le están

cambiando la medicación y le toman la temperatura. Veo sus ojos mirar hacia mí y una profunda emoción se apodera de todo mi cuerpo. Llego hasta su lado y me desplomo junto a ella, entre sollozos y reteniendo su mano contra mis mejillas.

—Mi amor... Te quiero... —No puedo decir nada más. Sólo puedo llorar, besar su mano y ser feliz al ver su tímida sonrisa en los labios.

Gracias a la investigación de la policía en el lugar del siniestro y al rastreo de llamadas y mensajes, así como el interrogatorio a nuestros vecinos y el testimonio de diferentes amigos y conocidos que sabían de la difícil relación que había entre nosotros, Fran es sentenciado por delito de homicidio en grado de tentativa y pasará por ello unos cuantos años en la cárcel, además de tener que pagar una nada menospreciable cantidad de dinero por las secuelas que me causó en el accidente y de las cuales ya estoy totalmente recuperada.

Transcurrido un año y medio desde ese fatídico día, la normalidad ha vuelto a nuestras vidas. Alan y yo somos muy felices en la magnífica casa que él construyó para nosotros y junto a mis hijos, estamos ya preparados para darle la bienvenida al nuevo integrante de la familia.

—Rebeca, qué sensación más maravillosa —susurra Alan recostado dulcemente sobre mi abultado abdomen, fruto de mi embarazo de ocho meses.

—Mi amor, a partir de ahora todo será perfecto. Ya hemos pasado por todo lo malo que nos podía suceder y hemos vencido. El destino nos ha puesto a prueba y hemos sido más fuertes que él. Ya no debes preocuparte por nada... —Acaricio sus cabellos y disfruto con él de este momento de profundo amor.

—Por instantes me volví loco, Rebe... No podía pensar en una vida sin ti...

—Lo sé, Alan... Pero luché porque en una ocasión te dije que nunca te dejaría y tenía que cumplir mi promesa. Nunca lo olvides, mi amor. Siempre a tu lado, Alan. Siempre a tu lado.

Agradecimientos

A todos mis lector@s:

Cuando empecé a escribir Sonríe por aquel lejano octubre de 2012, nunca imaginé que ahora estaría escribiendo estos agradecimientos. Mi idea era que me había vuelto loca y que estaba cometiendo un error irreparable al autopublicar una «cosa» que nadie se descargaría y el/la que lo hiciera sentiría casi náuseas al leerla, eso si la terminaba de leer, claro...

Pero el tiempo me ha hecho cambiar de opinión y vosotr@s habéis hecho posible que esté donde estoy ahora. Soy muy feliz cuando escribo y más feliz aún cuando veo que lo que hago gusta, aunque a veces queráis matarme, pero bueno, espero que con el tiempo os vayáis acostumbrando... Jejeje.

Esther Escoriza y Noelia Martin Toribio, gracias por confiar en mí desde el principio. Sois el pilar principal que sostiene esta aventura y es algo que nunca olvidaré. A mis preciosas niñas, mis queridas amigas del otro lado del charco, qué decir de ellas, Marisa Fernández, Carolina Domínguez, Katherin Rivera, Yube Villegas, Cecilia Perez, gracias por vuestra locura, por volcaros conmigo y con mis chicos y por hacer que esto sea una verdadera experiencia llena de cariño y diversión. Y a vosotr@s amig@s de aquí más cerquita, un@s más que otr@s, pero aunque algún@s estéis en la otra punta, igualmente os siento cerca, Iris T. Hernández, José Flores, Marta de Diego, Begoña Arnaz, Briana Sinclair, Nínive L. Blé, Ximena Dunne, Sheila Perez, Bruja Meiga, Laura Guerra, Begoña Díaz, Montse Ruiz, Mayte Esteban, Alberto González, Virginia Jiménez, Carlos J. Benito, Yasnaia Altube, Lluïsa Pastor, Feli Ramos, Elena Gallego, Tiaré Pearl, Valme Montoya, Óscar Prieto, Victoria Riscart, Minerva Fuentes, Elisenda Fuentes, Miguel Ángel Gasch, Neus Trinidad, Verónika García, Rebeca Mrt, Mari Díaz, Toñi Díaz, un gracias infinito a todos, por aguantarme día a día y compartir conmigo este precioso sueño. Y gracias, Mario, por tu valiosa

ayuda técnica y profesional. ¡¡¡OS QUIERO A TOD@S!!!!



Nací en Barcelona una fría madrugada de enero y ya desde muy pequeña (todavía no sabía escribir) le robaba las libretas a mi hermano mayor para repasar por encima sus deberes del cole.

Lo primero que me empujó a escribir, desde bien jovencita, fue la trágica muerte de un amigo. Rellené páginas y páginas con tristes poemas que guardaba en una libreta. Después llegaron las cartas de amor.

Desgraciadamente, esa libreta se perdió en un traslado de domicilio, aunque pienso que fue mejor así, ya que había demasiado dolor en esos escritos.

Luego sí, alguna que otra carta de amor hay perdida por ahí, aunque no sé si todavía existirán o ya habrán sido quemadas o hechas una pelota para encestar en la papelera.

En el año 2012, aprovechando una etapa complicada de mi vida, y buscando una válvula de escape al estrés y las preocupaciones, me decidí a escribir mi primera novela: me senté frente al ordenador y empezaron a fluir palabras, ideas, escenas...

A pesar de que esta primera novela es romántico-erótica, no descarto abordar otros géneros que me apasionan, como el terror o la ciencia ficción, pero todas tendrán sus toques eróticos.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:
<www.facebook.com/mel.caran>.

Notas

* *Under*, Warner Music France, interpretada por Alex Hepburn. (N. de la E.)

* *Dear Darlin'*, Epic, interpretada por Olly Murs. (*N. de la E.*)

* *You and me*, Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside the United States, interpretada por Ryan Star. (*N. de la E.*)

* *Gonna make ot right*, Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside the United States, interpretada por Ryan Star. (*N. de la E.*)

* *Counting Stars*, Mosley Music/Interscope Records, interpretada por OneRepublic. (N. de la E.)

* *Counting Stars*, Mosley Music/Interscope Records, interpretada por OneRepublic. (N. de la E.)

^{**} *Burning Bridges*, Mosley Music/Interscope Records, interpretada por OneRepublic. (N. de la E.)

* *Love Runs Out*, Mosley Music/Interscope Records, interpretada por OneRepublic. (N. de la E.)

*
— *Away*, Warner Music Spain, S. L., interpretada por Auryn. (*N. de la E.*)

* *Feel*, In Good Company Co Limited under exclusive licence to Universal Island Records, a division of Universal Music Operations Ltd. This label copy information is the subject of copyright protection, interpretada por Robbie Williams. (*N. de la E.*)

Siempre a tu lado
Mel Caran

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada: Kletr / Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Mel Caran, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2015

ISBN: 978-84-08-14213-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com